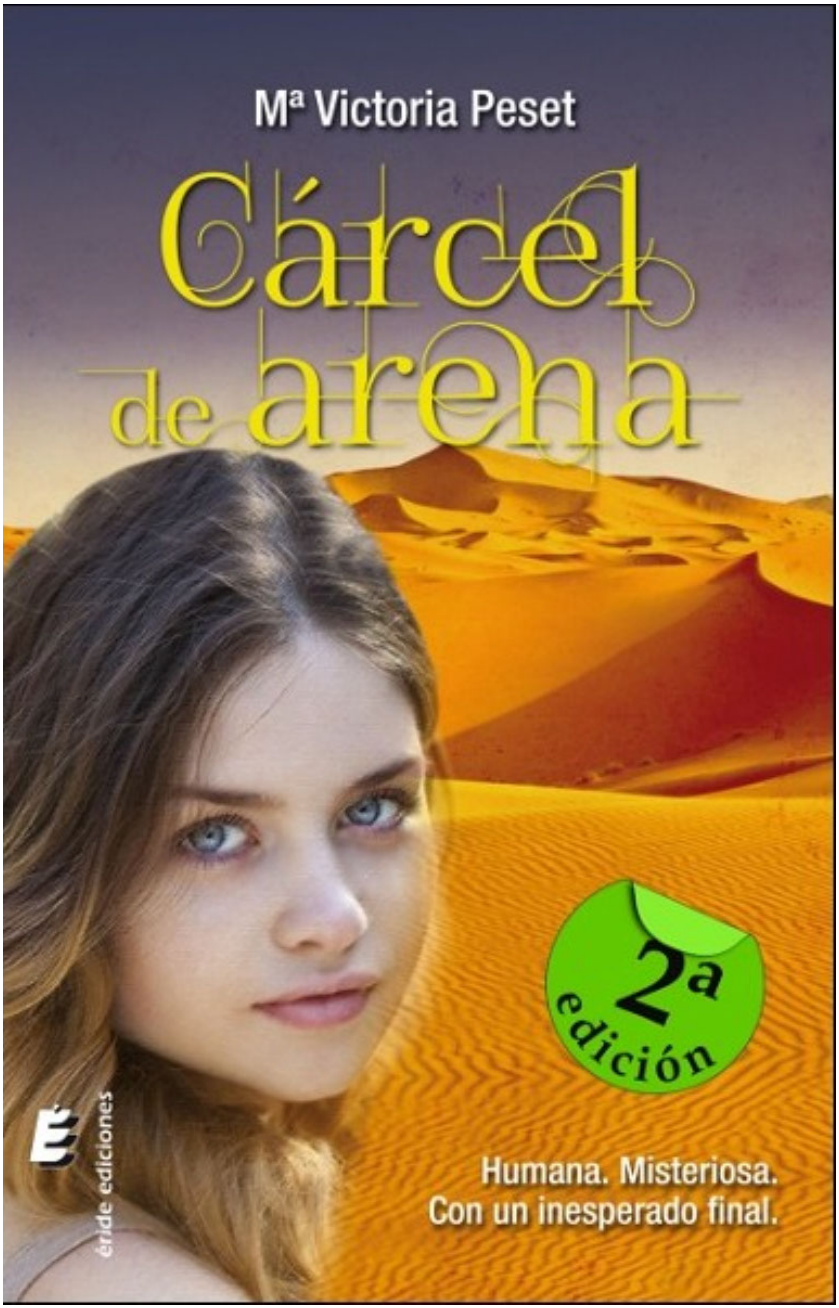
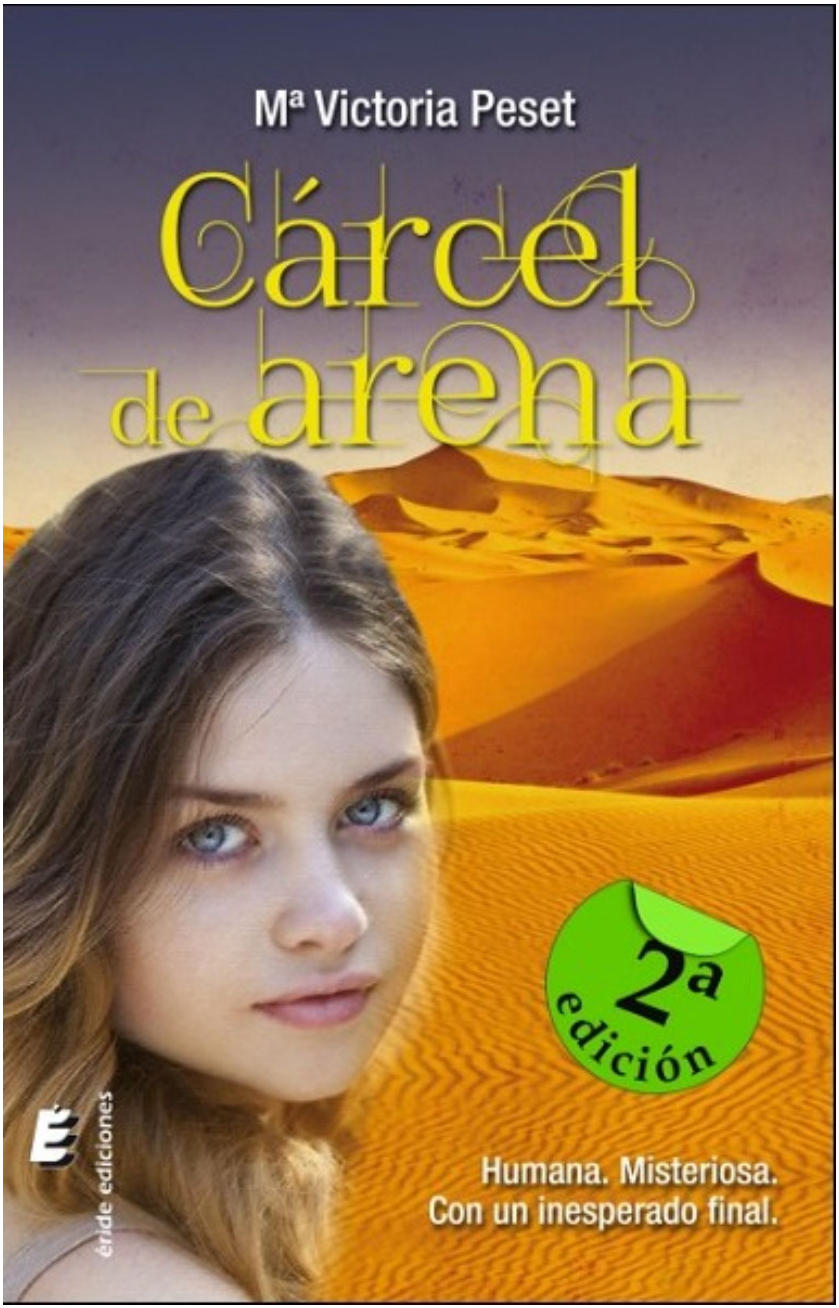

Mª Victoria Peset
Cárcel de arena
2ª edición
Humana. Misteriosa.
Con un inesperado final.
éride ediciones


Mª Victoria Peset
Cárcel de arena
2ª edición
Humana. Misteriosa.
Con un inesperado final.
éride ediciones

Cárcel de arena

Cubierta y diseño editorial: Éride, Diseño Gráfico Dirección editorial: Ángel Jiménez

Cárcel de arena

© María Victoria Peset Marí

© éride ediciones, 2021

Espronceda, 5

28003 Madrid

éride ediciones

ISBN: 978-84-18848-41-4

Diseño y preimpresión: Éride, Diseño Gráfico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación

pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO

(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mis hermanos, Manuel José y Susana, pilares siempre en mi vida.

A mi madre, Victoria, por estar siempre a mi lado.

INTRODUCCIÓN

Mi primer viaje a Marruecos no lo olvidaré nunca; el desconcierto que me producía un país anclado en el pasado, con costumbres y gentes tan diferentes a lo que yo conocía hasta ese momento, produjo un gran desasosiego en mi persona días antes de partir. Tierra que enamora o no la vuelves a pisar en tu vida; ahora, después de repetir la experiencia en numerosas ocasiones, me siento una enamorada del desierto, de los nómadas, de sus gentes hospitalarias, de la grandeza y la soberbia de las altivas dunas, de los bailes y de las risas de los niños del desierto, emocionando mi corazón y provocando un gran nudo en mi garganta, con silenciosas lágrimas asomando en mi rostro. Doy gracias por haber tenido la oportunidad de llevarles grandes sonrisas y aplausos a esos niños, repartir entre ellos juguetes, ropa y otras necesidades, todo ello acompañada de mi esposo, hija y amigos…, es algo que siempre tengo presente. Recuerdos profundos en los que me encierro y quiero más.

Pocas cosas llenan tanto mi pequeño mundo interior que dar todo lo que consigues llevarles y oír esos gritos de alegría a tu alrededor, con sonrisas contagiosas y miradas agradecidas.

Esta historia que os voy a contar tiene muchos momentos reales vividos en mi persona; no soy la protagonista, ni siquiera es una historia real, pero os puedo asegurar que pongo mi alma en ella y muchos de vosotros vais a adivinar momentos vividos conmigo, pinceladas ocultas tras estas letras de tremendas situaciones que me ha tocado vivir y otras que voy a tener que pasar y ni siquiera las conozco. Desde mi humildad os invito a leer esta nueva novela creada para y por vosotros, amigos lectores. Espero la disfrutéis tanto como yo al escribirla.

CAPÍTULO 1

Sara estaba completamente angustiada. Una y otra vez la vida le mostraba su cara oculta. Era fuerte, o eso le decían, aunque a veces no tenía más remedio que serlo, más por sus seres queridos que por ella misma. Había sufrido mucho cuando su padre y su suegra vivieron la terrible enfermedad del maldito cáncer; ella debía de mostrar fortaleza y guardar sus lágrimas en silencio, no podía encima mostrarles su preocupación y debía de aparentar delante de ellos un gran optimismo y volcarse en sonrisas ante sus ojos. Se fueron arropados como reyes, se fueron con una gran consternación, cogidos de la mano de Sara y de otros miembros de la familia.

Sara recibió otro puñetazo en toda la cara cuando tuvo que salir pitando hacia el hospital. Su marido llegaría en diez minutos con la ambulancia tras un grave accidente; sus piernas llegaron a doblarse mientras escuchaba por teléfono el aviso. Habían pasado tan solo dos meses y Sara agradecía una y otra vez que su marido estuviera con vida y solo hubiera perdido gran parte de su dentadura con una pequeña reconstrucción del labio superior; la fisura en la tráquea no fue a más y unos días de en el hospital hicieron el resto.

Ahora le tocaba a ella en su propia piel. Le acababan de diagnosticar un cáncer de pecho. Interiormente se lo repetía una y otra vez para que su mente la ayudara a asimilarlo cuanto antes. Nuevamente debía de esconderse, ninguna lágrima o muy pocas delante de los suyos, tenía el convencimiento que todo pasaría, debía de ser así, le quedaban muchas cosas que hacer, sobre todo por su familia... los quería tanto.

En el silencio de su habitación se imaginaba lejos, muy lejos,

acompañada de risas y buenos momentos. No tenía claro si quería viajar y no enterarse de nada, como si no fuera con ella, o dormir, dormirse y soñar que nada era real, dormir...

El largo viaje llegaba a su fin y del mismo modo acababa de empezar. Sara y Jesús, con el coche cargado de ilusiones y nerviosismo, buscaron lentamente por el parking del puerto de Almería a los organizadores; todos los integrantes del grupo habían quedado allí para conocerse antes del embarque. Dos jóvenes vestidos con sendas camisetas rojas y su flamante y llamativo todoterreno, pintado con numerosos rótulos y la silueta de un tuareg, provocaron una sonrisa nerviosa en ellos. Dos todoterrenos más se unieron detrás de ellos, como por intuición. Parecía que el grupo poco a poco se iba encontrando, faltaba un coche más, puesto que las copias que habían recibido de los organizadores con todos los detalles, número de coches y la ruta del viaje, decían claramente que iban a ser cinco coches y once personas.

Después de las respectivas presentaciones, todos se miraron silenciosos, de alguna manera se observaban y escudriñaban como queriendo saber con qué clase de personas se iban a embarcar en aquella aventura.

Tom y David miraron respectivamente sus relojes, habían sido muy claros pidiendo en el folleto máxima puntualidad. Tenían que presentar y sellar toda la documentación antes de embarcar y no podían empezar el viaje con ningún contratiempo. El quinto coche llegó solo diez minutos más tarde de los demás; parecía que iba a ser un buen grupo.

El gran ferri abrió sus puertas y una enorme y larga rampa quedó a la vista, delante del grupo. Numerosos vehículos esperaban las instrucciones y la confirmación de los empleados para embarcar.

Los policías pedían nuevamente los pasaportes a través de las ventanillas de los coches; con pequeñas linternas ojeaban el interior de los vehículos, y varios policías con sus perros adiestrados daban vueltas alrededor de todos.

Sara miró de reojo a su marido, le costaba aceptar que Jesús se hubiera salido con la suya, ya estaban subiendo por la rampa y no había vuelta atrás. Un hormigueo se instaló en la boca de su estómago.

—¡Date prisa, Sara! Los demás ya están fuera de los coches. No los perdamos y no dejes nada a la vista en el coche.

—¡Ya voy, ya voy! Estoy cogiendo la mochila. ¿Dónde has dejado los pasaportes?

—Los llevo yo, Sara. Dame la mano y no te separes de mí.

Uno detrás de otro, el grupo subió unas largas y estrechas escaleras.

La gente se agolpaba amontonada en un ir y venir; realmente uno se podía perder en aquella monstruosa embarcación. Los organizadores encabezaban el grupo y se dirigían al mostrador con los billetes en las manos para coger las llaves de los pequeños camarotes. Tenían tres para los once, el viaje salía un poco más económico si compartían.

—Voy a dar un camarote para Ximo, Mónica y Sheila, puesto que

ellos ya son tres —la pequeña Sheila tan solo tenía siete años y era la única niña que viajaba en el grupo.

—Muchas gracias, Tom —dijo Ximo—. Te agradezco este gesto.

Todos estaban de acuerdo y asentían con aprobación, era lo más obvio.

—¿Quién se viene con nosotros? —dijo David mirando a las tres parejas.

—Pues nosotros mismos —contestó Pascual—. ¿No, Laura?

—¡Sí, sí, está bien, sin problemas!

Jesús y Sara sonrieron mirando a sus nuevos amigos Tino y María, una risueña pareja de Madrid; estaba ya claro que les tocaba con ellos.

El camarote era minúsculo, dos literas, un pequeño lavabo y una pequeña ventana. Tras visitar sus camarotes quedaron en verse todos arriba, en la gran sala de la cafetería. Los organizadores habían sugerido en el folleto de información que llevaran una pequeña mochila con bocadillos, bebida y pastillas para el mareo.

Eran casi las doce de la noche y el barco empezó a moverse. Una gran alegría compartida por el grupo asomó en los rostros de todos,

de todos menos en el de Sara; el hormigueo que se había instalado en su estómago se había acrecentado. Una lucha interna entre ilusión y desasosiego, entre excitación y pinceladas de temor, hacía que Sara no mostrara la radiante sonrisa que acompañaba a su marido y a todo el grupo.

Jesús la miró embelesado. Sara tenía una belleza elegante, sus expresivos ojos verdes y su pelo rubio hacían que no pasara desapercibida entre la gente. Ya se había dado cuenta de cómo la miraban muchos de los hombres que viajaban de vuelta a su país; tendría que tener cuidado y vigilar de cerca en cuanto llegaran.

—¿Estás bien, Sara? Te noto ausente y un poco sería… ¡Venga, mujer, estamos de vacaciones!

—¡Lo sé, lo sé! Estoy bien, pero tengo ganas de despertarme y estar ya allí, me da un poco de cosa el viaje en barco, supongo que será por falta de costumbre.

—Pues eso tiene solución, en cuanto nos terminemos los bocadillos, te tomas una pastilla de esas que has cogido por si acaso para dormir, no te enteraras de nada, y cuando despiertes, ya habremos llegado.

—Tienes razón... Creo que será lo mejor, me noto muy inquieta, ya no sé si es el barco por lo que me está pasando, o por el sitio donde vamos.

—Tranquila, estamos en buena compañía, estos chicos hacen este viaje varias veces al año y con ellos estamos seguros.

—Eso espero, Jesús, tengo como un presentimiento, pero ahora mismo no sabría decirte lo que me pasa.

Cuando se fueron a los camarotes a descansar, Sara pidió a Jesús que la acompañara hasta el baño; debía de ir antes de acostarse como hacía siempre y esa noche no iba a ser diferente. Se estaba haciendo un lío para regresar al camarote y se veía incapaz de buscar sola el baño y encontrar de nuevo la vuelta; jamás había pensado que hubiera tantos pasillos y puertas, parecía un laberinto.

Salió del baño conteniendo las arcadas que le había producido entrar allí, el olor era irrespirable, no tenía ni idea que producto habían utilizado para limpiar o desinfectar el baño que, a pesar de seguir muy sucio, su olor era nauseabundo.

No sabía las horas que habían transcurrido. Acostada en la parte baja de una de las literas, el barco se movía bruscamente. Se arrodilló en silencio y miró a través de la pequeña ventana, el mar era oscuro... negro, aparecía y desaparecía ante sus asustados ojos, todos dormían. Sara tenía ganas de dormirse de nuevo rápidamente y no enterarse de nada, pero se dio cuenta de que una vez más se estaba orinando. No se lo pensó dos veces, en silencio y en la penumbra del camarote, de puntillas para poder llegar, se bajó las bragas y se alivió en el lavabo; jamás se lo contaría a nadie.

El barco entró despacio en el puerto de Nador, eran casi las ocho de la mañana, tal y como anunciaba la hora de llegada. Las puertas se abrieron y los coches lentamente fueron descendiendo uno tras otro.

Reunidos a la salida, se dispusieron a pasar la aduana. Tom y David

llevaban todos los papeles organizados y, sin problemas, cruzaron entrando de lleno en la ciudad; estaban a unos quince kilómetros de Melilla. El grupo conectó la emisora para seguir las instrucciones de Tom y no perderse unos de otros; era uno de los requerimientos obligatorios del viaje. La ciudad de Nador era una de las más comerciales de Marruecos y estaba congestionada de coches y de gente. Irían derechos al zoco de Morakeb, quizás el más grande de la ciudad, allí casi siempre había sitio para aparcar y enfrente, además de freidurías de pescado, se encontraban las cafeterías más limpias, por decir algo, ya que la higiene no era lo primordial para sus dueños.

Sentados por fin en una pequeña terraza, se dispusieron a desayunar.

Eran casi las nueve de la mañana y les esperaba un largo viaje hacia Errachidia. En la ruta programada visitarían algunos pueblos, los más cercanos en dirección hacia el desierto.

—Estamos en la puerta de entrada al Marruecos oriental —dijo Tom mirando a sus acompañantes.

—¿Vamos a visitar el zoco? —preguntó rápidamente Mónica. Lo tenían justamente delante. —Tenemos aún unas horas de viaje y me gustaría llegar a media tarde a Errachidia. Tened en cuenta que vais a ver muchos zocos y comprar ahora no sería una buena idea. Queda mucho trayecto y aquí las carreteras no son como las nuestras, ya lo veréis, ya os daréis cuenta del mal asfaltado y baches, por no mencionar las piedras sueltas. Tened cuidado con los coches que os crucéis.

—Bueno... si no hay más remedio, me hacía ilusión visitarlo, se ve

tan grande.

—Por eso mismo, Mónica —continuó Tom—. Es muy grande para visitarlo ahora, pero lo haremos, de eso estoy seguro; a la vuelta llegaremos, si todo va como tenemos previsto, a media tarde, hasta la hora de cenar lo podréis visitar, ya que cenaremos en una de las freidurías de aquí. Ya lo tenemos previsto antes de embarcar de nuevo, siempre lo hacemos así, cena de despedida de viaje en Nador.

El grupo charlaba amigablemente entre ellos mientras terminaban el desayuno. La pequeña Sheila apenas había abierto la boca, era una niña más bien tímida y callada, y le costaba bastante coger confianza con la gente que apenas conocía.

—Quiero ir al baño, mamá, antes de que nos vayamos —le dijo a Mónica en voz baja.

—Yo también voy a ir —contestó Sara aprovechando el momento.

—Pues vamos todas, no tengo ni idea de dónde pararemos luego —añadió María.

Entraron y vieron un pequeño cartel indicando en varios idiomas el baño. Tuvieron que hacer cola fuera, ya que la puerta daba directamente a un minúsculo aseo. Estaba bastante limpio puesto que era primera hora de la mañana, pero la cadena del agua estaba rota y no tuvieron más remedio que hacerse a la idea y orinar igualmente así, pues en unas horas sería insoportable entrar en ese baño.

Mientras salían de la ciudad dirección Errachidia, David y Tom cogieron la avenida Tánger y lentamente pasaron por delante de la Mezquita Hassan II para que a los demás les diera tiempo de admirarla.

Durante el trayecto, David, que era el copiloto, comentaba a través de la emisora a todo el grupo los sitios por donde iban pasando y consejos a tener en cuenta. Muchos niños se agolpaban a pie de las irregulares carreteras pidiendo con las manos extendidas; los turistas siempre llevaban cosas y ellos lo sabían, esperando nerviosos que pararan. Laura sacó una gran bolsa de caramelos que llevaba en los asientos traseros, la abrió y bajó la ventanilla; sin pensarlo dos veces, cogió un puñado y lo arrojó con el coche en marcha. Los niños se empujaron unos a otros invadiendo la carretera. Tino y María, que iban detrás, tuvieron que dar un volantazo, y varios niños quedaron tendidos en el medio. Bajaron corriendo y todos los demás, parados a un lado de la carretera, acudieron con el corazón en vilo mientras rezaban temiendo lo peor.

Unos y otros ayudaron a levantar a los niños tras revisarlos y comprobar que están bien. Laura estaba a punto de sufrir una crisis nerviosa y no paraba de llorar, tenía muy claro que había sido su culpa.

Pascual intentaba calmarla.

—¡Madre mía, Laura! Cálmate, pero cómo se te ha ocurrido…

Espero que todos estén bien, de no ser así, menudo problema que

vamos a tener.

—No pensé que esto pudiera pasar. —dijo entre sollozos— No lo pensé, me dieron lástima todos pidiendo...

—Siento mucho lo que ha pasado, Tom —dijo Pascual—. No volverá a pasar; menos mal que están todos bien.

—No, no volverá a pasar —contestó Tom mirando al grupo—. Esto es lo que no hay que hacer nunca.

Los niños se habían dado un buen susto. Parecía que estaban en medio de la nada. A lo lejos se apreciaban unas pequeñas casas, debían de venir de allí.

—Nosotros llevamos varias cajas con juguetes, creo que estos pequeños se han ganado unos pocos. Voy a sacarlos y a darles a todos; menudo susto que se han dado los pobres —dijo Tino aún pálido.

Cuando Tino abrió la puerta trasera del coche, los niños se empujaban nuevamente para ser los primeros. María, haciendo gestos con las manos, los intentaba calmar y les pedía que esperaran. Había unos ocho niños; cada uno de ellos recibió un puñado de juguetes. Laura se acercó a ellos con los ojos todavía enrojecidos y puso en cada mano de cada niño un puñado de caramelos.

— ¡En marcha, chicos! —dijo Tom—. No ha pasado nada, así que... no hay nada más que decir.

El grupo viajó un largo trayecto silencioso, nadie decía nada por la emisora, cada uno tenía sus propios pensamientos y agradecían una y otra vez que todo quedara en un susto; si a uno de esos niños le hubiera pasado algo, se habrían metido en un lío que ellos no podían ni llegar a imaginar, eran unos auténticos extranjeros.

Sara miraba por la ventanilla contemplando el paisaje tremendamente polvoriento y seco. Era una persona muy intuitiva, observaba y analizaba cada situación que la rodeaba; el viaje acababa de comenzar y habían estado a punto de meterse en un grave problema. En su interior sentía como si tuviera que estar alerta, no acertaba a saber por qué, necesitaba disfrutar de ese viaje, a la vuelta le esperaba un calvario.

Por momentos pensaba que lo estaba soñando todo, el viaje, su operación... No quería darle tantas vueltas a las cosas, ni preocupar más a Jesús, puesto que ni ella misma entendía lo que sentía; esperaba estar profundamente equivocada.

Tom puso el intermitente a la derecha y entraron por un estrecho camino de tierra hacia una gran explanada cubierta por completo de grandes y altas palmeras. Anunció por la emisora que iban a parar a comer.

Iban a desayunar y a cenar en los hoteles, pero como siempre hacían, la comida corría por cuenta de cada uno. El grupo se dispuso a sacar las mesas y sillas que bien organizadas llevaban en el coche; en un momento las mesas se llenaron de latas y de fiambres envasados al vacío, todos llevaban bolsos nevera eléctricos

por recomendación de los organizadores.

Se sentaron unos junto a los otros tomando unas cervezas y refrescos.

Nadie se atrevió a mencionar nada sobre lo ocurrido. Pascual y Laura se mantenían callados y a la vez un poco serios. Tom y David querían que su grupo olvidara de inmediato lo ocurrido, estaban de vacaciones y tenían la responsabilidad de que recordaran con cariño ese viaje; eran excelentes acompañantes y siempre lo conseguían, haciendo disfrutar a los participantes hasta el último día.

—Comeremos y sobre las cinco de la tarde llegaremos más o menos a Errachidia —dijo alegremente Tom.

—¡Buena hora! —respondió Ximo mirándolo mientras empezaba a dar bocados a su bocadillo.

—Cuando lleguemos —continuó Tom—, iremos directos al hotel.

Tenéis hora y media para descansar, duchaos o haced lo que os apetezca.

Después nos encontraremos en la cafetería y os tomareis el té. Es todo un ritual aquí, ya veréis, espero que os guste ya que es una de las cosas que más echo de menos cuando volvemos a España. En los zocos, si os gusta, podréis comprar, ya que lo venden por todas partes.

—¿Vamos a visitar la ciudad? Tengo ganas de hacer muchas fotos —

dijo Jesús.

—¡Por supuesto! Vamos a tener tiempo para todo, pero cuidado con las fotos; si no os dan permiso, no fotografiéis directamente a las personas, no les gusta para nada, y menos filmarlos, la mayoría de veces se enfadan y no quieren —explicaba David—. Os llamará la atención sus vestimentas y cómo muchas mujeres llevan el burka puesto, sed discretos, y otra cosa... está totalmente prohibido que fotografiéis a los policías y sus puestos policiales, que están en las entradas y salidas de las ciudades, si no queréis quedaros sin cámara. Si se dan cuenta, os la pedirán y quitarán, ya les ha pasado alguna vez a otros compañeros de viaje por no haber hecho caso, realmente son muy estrictos con eso.

El grupo escuchaba mientras comía, todos tenían curiosidad por las costumbres de esas gentes.

—¿Es grande Errachidia? Informadnos un poco de la ciudad —dijo al fin Laura mirando a Tom.

—Errachidia —dijo Tom— es una ciudad de descendencia bereber, está situada a los pies del Atlas, nos quedan unas tres horas o un poco menos para llegar. Es más bien pequeña y la verdad... bastante pobre, pero cuidado con sus hoteles, no tiene nada que ver, enseguida os daréis cuenta de la diferencia que hay entre estar dentro o fuera. Tiene una abundancia de palmeras datileras alrededor, un gran recurso para ellos.

Cuando entremos, lo haremos despacio, la gran mayoría de la gente se desplaza con bicicletas, burros y mulas, aunque también en coches, claro está.

—¿Qué se puede comprar allí de recuerdo, Tom? —Mónica se había quedado con las ganas cuando estuvieron en Nador.

—Lo más típico son los fósiles y no os podéis ir de aquí sin adquirir la típica Rosa del Desierto, os enseño qué es cuando vayamos de compras, estoy seguro que os va a gustar.

—¡Bueno, chicos! —anunció David—, es hora de que vayamos recogiendo, es hora de irnos ya.

Entre sonrisas, el grupo recogió, no sin antes aprovechar para ocultarse entre las palmeras y cada uno hacer sus necesidades; los chicos, sin problemas, y las chicas, cubriéndose unas a otras, poco a poco iban cogiéndose confianza y amistad entre ellas. La pequeña Sheila, cogida de la mano de su madre, decía una y otra vez que ella no iba a orinar en plena calle. Entre sonrisas y explicaciones, unas y otras la convencieron de que no tenía más remedio y que quizás no sería la última vez que le tocaría hacerlo.

CAPÍTULO 2

Eran las cinco y media de la tarde. Entraban en Errachidia a través de una gran puerta en medio de la carretera. Desde el puesto policial los miraban atentamente, uniformados hasta los dientes, serios y estrictos. El grupo pasaba por delante despacio y con las ventanillas bajadas; con gesto de aprobación, les daban paso pero sin mover un solo músculo de sus serias caras. Menos mal que habían avisado los organizadores, pues todos tuvieron ganas de fotografiarlos, con sus uniformes grises, guantes blancos y la prepotencia en estado puro con que asentían dando permiso; era para plasmarlo en sus cámaras de por vida, pero imponían demasiado para atreverse...

Se reagruparon y cruzaron la pequeña ciudad hacia el hotel, puesto que estaba a las afueras, y volvieron a conectar las emisoras conduciendo despacio, siguiendo las instrucciones de David.

Las casas eran pequeñas, cuadradas la gran mayoría, parecían hechas de arcilla y paja, no debían de tener más de una o dos habitaciones; el grupo miraba de un lado a otro mientras numerosas personas se les cruzaban con sus burros y bicicletas, todos tenían la sensación de haberse metido de lleno en otro tiempo, otra época. Una mezcla de fascinación y de tristeza les invadió sus corazones, esa gente se había quedado atrapada en el tiempo..., pero parecían contentos, hablaban en grupos en medio de la calle; otros, recostados por los suelos, sonrientes observándolos a su paso. Tal vez se estaban equivocando y los atrapados eran ellos, atrapados en sus ciudades, con sus pertenencias, sus coches y sus hipotecas, día a día con sus vidas quizás demasiado controladas, queriendo cada vez más.

Llegaron delante del hotel y sus ojos no podían creer, después del pequeño recorrido por la ciudad, el aspecto tan impresionante que tenía y tan solo estaban en el amplio aparcamiento. Numerosos marroquís uniformados de un pulcro blanco se situaron al lado de cada coche esperando para saludar y recoger las maletas de los turistas extranjeros.

Tom y David se acercaron rápidamente y dieron unos dírhams a los empleados, puesto que era habitual dar propinas y el grupo aún no había cambiado sus euros, lo harían en cuanto salieran a dar una vuelta por la ciudad.

La entrada del hotel estaba vestida por numerosas alfombras, del techo colgaban llamativas lámparas con cristales de todos los colores; la decoración era exquisita, pequeñas mesas, asientos invadidos por abundantes cojines de todos los tamaños, parecía que estaban en el alojamiento de un cuento real. Por primera vez Sara miró a Jesús y, pellizcándole el brazo, le sonrió.

—¡No me lo puedo creer! —dijo mirándole—. Después de ver lo que hay ahí fuera, esto es impensable.

—Me alegra saber que te gusta, Sara —dijo David al escucharla—.

Tienes una bonita sonrisa ausente durante todo el día, he pensado que quizás no sabías sonreír.

—¡Vaya...! Pues como puedes ver, estás muy equivocado; si todos los hoteles son como este y todo marcha bien, me veras sonreír más de una vez.

—Los sitios donde vamos, Sara, son siempre los mismos. ¡Pues claro que todo irá bien! ¿Lo dudas...? Tom y yo llevamos años bajando al desierto, solo cambian en los viajes las personas, aunque desde luego hacemos grandes y buenos amigos, muchos repiten, puesto que quedan enamorados de estas tierras, de sus gentes y, por supuesto, del desierto.

Espero que seáis unos de ellos, tenemos una gran variedad de hoteles donde elegir e intentamos, cuando repiten, que conozcan otros nuevos y otros lugares.

—¡Venid, acercaos! —llamó Tom—. Id cogiendo las llaves, estamos todos unos al lado de los otros; esta es la de tres personas, toma, Ximo, las demás habitaciones son todas para dos, vamos... recordad que sobre las siete nos vemos en la cafetería.

Puesto que las habitaciones estaban juntas, las chicas pasaban de una habitación a otra contemplando con aprobación y entre sonrisas las espectaculares estancias. Se interrumpían elogiando el hotel y las habitaciones, como si de adolescentes se tratara. Sheila, subida encima de la cama, saltaba una y otra vez riendo mientras la contemplaban. El lazo de la amistad crecía entre ellas, tal vez por su cordialidad, tal vez porque lo requería, tal vez por estar en ese país, tal vez... porque lo iban a necesitar.

Sara entró en su habitación, sentada encima de la cama observaba sonriente todos los detalles, la colcha roja, la lámpara, las alfombras, la enorme tinaja del rincón, el precioso baúl a los pies de la cama. Jesús salió del baño recién duchado, desnudo y con la toalla a modo de turbante en la cabeza.

—¡Ven aquí, que te voy a poner un rato a «rezar mirando cara a La Meca»! —dijo muy sonriente mientras se abalanzaba encima de Sara.

Provocó una gran carcajada en su mujer, que no podía parar de reír; esas palabras y el turbante mal puesto en la cabeza de Jesús junto a sus movimientos de provocador bailarín habían conseguido el efecto deseado. Jesús estaba muy preocupado por Sara y quería verla feliz. Sara le pidió un minuto, iba a darse también una ducha rápida antes de ponerse a «rezar mirando a La Meca».

—¿Quién está en la habitación de aquí al lado, lo sabes, Laura?

—Sí, son Jesús y Sara, no hace falta que digas nada más, también los estoy oyendo, o son muy escandalosos o estas paredes son casi de papel.

—¡Pues menuda juerga se están montando! Tan callada y seria todo el viaje…

—Venga, Pascual... realmente no los conocemos, espero que todos nos llevemos bien, son diez días los que vamos a estar juntos y este es el primero.

—¡No, si no lo digo por nada! Me hace gracia, eso es todo.

Ximo y Mónica charlaban en la cafetería con Tom y David, mientras Sheila intentaba montar un puzle que se había traído para jugar en

la mesa al lado de su madre. Tino y María acababan de llegar y fueron directos hacia ellos. A los quince minutos llegaron Jesús y Sara. Pascual y Laura fueron los últimos, con tanto jaleo, habían decidido ponerse a

«rezar» también.

Después de cordiales saludos, todos se dispusieron a esperar el ansiado té, mientras hablaban animadamente entre ellos. Sara se sentó al lado de Sheila y se puso a ayudarla a componer el lío que había formado con el puzle.

Gianna, con su larga y vistosa melfa, se acercó a la mesa con una bandeja. Estrechos y coloridos vasos y una preciosa tetera llenaban por completo la enorme bandeja. La apoyó con sumo cuidado y miró tímidamente a los extranjeros. Además de vestir con la melfa, su rostro estaba parcialmente cubierto, pero sus ojos eran preciosos y expresivos.

Hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo y preguntó con un excelente español, aunque se notaba el peculiar acento, cuántos iban a tomar té.

—¡Todos! —contestó Tom.

Sus manos eran anaranjadas debido a los tatuajes y dibujos que llevada hechos de henna. Cogió la tetera y la abrió, en un pequeño cuenco había trozos irregulares de azúcar, cogió dos y los echó al humeante té, cerró la tapa y movió sin parar pero con cuidado la tetera. Después fue cogiendo vaso por vaso y los llenó desde la

altura apropiada para que el líquido produjera una ligera espuma y sin derramar ni una gota. Gianna volvió a verter el líquido de los vasos a la tetera y repitió de nuevo el ritual, añadiendo unas hojas de menta en cada vaso. Saludó con la cabeza nuevamente al maravillado grupo y con delicadeza se fue; pasado un minuto regresó con un pequeño cuenco lleno de dátiles.

—¡Pues yo voy a repetir! —Laura estaba cogiendo la tetera para comprobar si quedaba.

—Excelente —dijo Sara—. Tiene un sabor un tanto áspero, peculiar, pero me gusta.

—Ahora iremos a dar una vuelta, podréis ir a comprar, pero antes hay que ir a cambiar. También aceptan euros, pero os interesa moveros con los dírhams, al cambio sale más rentable que los euros. Cambiad solo lo necesario, lo que penséis que vais a gastar —dijo Tom.

—¿Hay que coger los coches? —preguntaron Tino y Pascual a la vez.

—¡No, no es necesario! Nos vendrá bien estirar un poco las piernas, son cinco o diez minutos, solo estamos a la salida de la ciudad... un paseo.

—¿Habéis desmontado la emisora? Yo no, no pasa nada, ¿verdad? —

preguntó Jesús.

—Quitad solo la antena y guardadla en el coche, tranquilos, nadie os tocará nada, os lo aseguro, aquí robar es un delito grave.

Durante el paseo, las mujeres charlaban y Sheila se esforzaba por soltarse de la mano de Mónica.

—¡No te voy a soltar! ¿No ves la gente que hay? Te podrías perder, haz el favor, Sheila, pórtate bien, vamos a un sitio donde podremos comprar algún recuerdo; si haces caso a la mamá, a lo mejor te compro algo, ¿vale?

—¡Valeeeee! Está bien, pero que sea muy chulo.

Llegaron al zoco de la ciudad, pequeñas y estrechas calles unidas entre otras y sus suelos de tierra. Algunos puestos exhibían un sinfín de prendas íntimas, encajes y transparencias, parecía casi impensable después de ver a las mujeres tan tapadas y con sus velos cubriendo sus rostros que utilizaran semejantes prendas, tan llamativas y sexis.

Por donde pasaban, casi todos los hombres las miraban, sonrientes y haciendo comentarios inentendibles entre ellos, llamándolas e invitándolas a comprar en sus puestos. Sara a su paso hacía que casi todos se volvieran a mirarla, caminaba junto a sus nuevas amigas, pero los ojos de los más jóvenes la escudriñaban de arriba a abajo con mucho descaro.

Se sintió tan abrumada con esas miradas que se paró y esperó a su marido, que iba detrás, cogiéndolo de la mano. El grupo paseaba fascinado observando, allí se podía comprar de todo; además de los puestos, había también pequeños locales concurridos con estanterías repletas de telas, bebidas, especias, zapatos y todo lo que pudieran pensar, sin clasificar ni guardar cierto orden. Llamaban la atención los grandes trozos de carne cruda colgando a la vista y sin ningún tipo de conservación. Algunos con su amabilidad invitaban a entrar al grupo, se notaba el talante hospitalario y abierto de la gente.

Tino y María decidieron entrar en un pequeño local de preciosas alfombras. Mientras decidían… ya les estaban preparando el té allí mismo, en el suelo de un rincón de la tienda. Cuando se dieron cuenta, unos tras otros, todo el grupo se encontraba sentado en el suelo tomando té, con los serviciales dueños, todos menos Sheila, que no paraba de quejarse a su madre, para salir en busca de las pulseras que tanto le habían gustado.

Jesús y Sara compraron también una preciosa alfombra, les habían asegurado que estaba hecha a mano.

—Me ha llamado la atención que te dicen el precio, pero apuntado en una pequeña libreta y te lo enseñan. ¿Por qué lo hacen, David? —

Jesús no lo entendía puesto que hablaban bastante el español.

—Bueno... es una manera que tienen de regatear contigo sin que otros clientes vean cómo van bajando el precio.

—Muy astutos, directamente les he ofrecido la mitad tal y como me sugeriste, pero era duro el tío, no cedía.

—Ellos suben siempre un poco más del doble, en ocasiones el triple, vete tú a saber, les gusta que les regateen, es como un juego para ellos.

—O sea, que he pagado la mitad y aún hubiera podido bajar un poco más.

—La mitad está bien, Jesús, para ser tu primera compra importante, la alfombra es preciosa.

—La próxima vez regatearé yo —dijo Sara—. Pero estoy encantada con la alfombra, quedará perfecta en nuestra habitación.

Dejaron las compras en las habitaciones y se reunieron en el comedor, el ambiente era excelente, bromeaban entre ellos y cada uno comentaba acerca de lo que había comprado.

El restaurante del hotel era precioso y muy colorido. Los camareros con sus turbantes y su gandurah azul sin mangas, sobre otra de manga larga, hacían realmente entrañable y acogedor el disfrute de una cena típica marroquí. Estaba casi al completo, la mayoría, familias o grupos como ellos, extranjeros, bajaban también a pasar la Nochevieja en el desierto. Encima de la mesa pusieron dos grandes ollas de cerámica en forma de cono «tachineras», y los camareros quitaban la parte de arriba, ofreciendo al grupo sin preguntar una de las más típicas comidas que ofrecían a los turistas, tagine, compuesto por patatas, carne y verduras variadas.

Tras la cena, la música empezó a sonar. Los camareros cogían de la mano a las mujeres animándolas al baile. El hotel en esas fechas contrataba a pequeños grupos para deleitar a los turistas con sus músicas y bailes tradicionales, los tumboles no paraban de sonar.

CAPÍTULO 3

Tras un copioso desayuno, el grupo abandonó el hotel dirección Erfud, estaban a tan solo unos ochenta kilómetros. Por la emisora David informaba un poco acerca de la ciudad y la posibilidad de visitas que podrían hacer durante el día.

—Erfud es una ciudad un poco más moderna —comentaba David—.

Nuestro hotel, el Ksar Desert, os va a encantar. Está construido con materiales autóctonos, el adobe como base, en el interior descubriereis un pequeño palmeral al lado de la piscina. Como vamos a llegar relativamente pronto, dejaremos las maletas e iremos a visitar la sala del Hamman. Os dije que trajerais traje de baño. ¿Lo habéis traído?

—¡Sí! —contestaron unos y otros por la emisora.

—¿Es obligatorio? —preguntó Sara.

—Aquí no hay nada obligatorio, todos tenemos que seguir lo que es la ruta, pero el Hamman es en el mismo hotel, por lo tanto, si alguien quiere saltárselo, no pasa nada, pero yo os lo aconsejo, la verdad es que cuando sales de allí, entre la limpieza que te hacen y el masaje, sales renovado.

»Bueno…, como os decía, después de la sala de masajes comeremos y ya que estamos a tan solo unos treinta kilómetros del oasis de Erchefatti, iremos a visitarlo. Podréis ver por fin las puertas del desierto y desde allí ya se pueden admirar las dunas del Erg Chebbi, puesto que miden unos doscientos cincuenta metros de altura. Mañana por la noche dormiremos allí, a pie de dunas en Merzouga, pero el plan de mañana ya lo iremos hablando.

—Yo lo del Hamman ese lo pensaré —comentó Mónica—. No lo tengo muy claro y con la niña... no sé.

Durante el trayecto continuaban hablando animadamente por la emisora, bromeando y preguntando. David era un joven muy cordial y realmente se desvivía por entretener y aclarar las dudas a todos los participantes del viaje; le gustaba el grupo que se había formado, a la vuelta estaba seguro que todos serían grandes amigos, ya se percibía el buen rollo.

Llegaron a Erfud y dejaron los coches alineados a un lado de una estrecha acera. Nuevamente el responsable del puesto policial asintió dando el visto bueno, se notaba que les gustaba hacerlo con cierta altanería. Tom había propuesto tomar el té antes de ir al hotel. Muchos jóvenes se acercaban contemplando los impresionantes todoterrenos y entre sonrisas y comentarios miraban al grupo, sobre todo a las mujeres.

Algunos un poco más atrevidos ofrecían colgantes, fósiles y pulseras. Tom y David aconsejaron que también podían, además de regatear el precio, canjear ropa, juguetes, etc., casi siempre aceptaban y más si les ofrecías alguna cerveza; aunque presumían de no consumir alcohol, las cogían escondiéndolas de inmediato.

El hotel era tan espectacular que tras recoger las llaves y dejar las maletas, las mujeres quedaron todas en la terraza para hacerse fotos y recorrer todos sus rincones. Los hombres se apuntaron al Hamman.

—No me puedo creer que exista este tipo de hoteles en estos sitios —

comentaba Sara—. Es increíble después de ver cómo viven, sus casas, sus calles... Jamás había estado en un sitio tan lujoso.

—¡Yo estoy alucinada! —contestó Laura mirando de un sitio a otro.

—Este rincón es para hacernos todas juntas una foto, ¿no os parece?

Vamos a sentarnos, me encanta que esté toda la terraza llena de amplios sillones, con sus cojines y las enormes alfombras por todas partes, las telas que cuelgan y el efecto tan colorido. ¡Mirad esos candelabros! Tenemos que decirle a algún camarero que nos saque una foto —María no dejaba de mirar de un lado a otro.

Mónica hizo un ademán con la mano y enseguida se acercó el camarero que recorría de un lado a otro la espectacular terraza. Cuando todas estuvieron sentadas, el amable camarero hizo la foto.

El Hamman tenía varias dependencias. Después de un buen lavado de cuerpo, recibirían un estupendo masaje. Tom y David acudían habitualmente en sus asiduos viajes; después de tanto coche desde

la salida de casa, era una estupenda recompensa que el cuerpo agradecía.

Todos con sus trajes de baño puestos, se dispusieron a seguir las indicaciones, gastándose alguna broma que otra entre ellos, y de inmediato se vieron sumergidos en una especie de ritual de higiene, en una gran sala vestida de gran humildad pero escrupulosamente limpia.

—Creo que ya no nos queda ningún rincón por fotografiar, voy a darme una ducha antes de comer. ¿Se viene alguna hacia las habitaciones? —

Sara necesitaba llenar la bañera y relajarse un rato antes de ir al comedor.

Las risas y alegría de sus amigas estaban un poco reñidas con ella, intentaba no pensar y disfrutar al máximo, pero su mente de vez en cuando le jugaba malas pasadas, recordándole el molesto huésped que se había instalado en su pecho. No quería hablar de esto con ellas, no quería alterar el viaje ni que le tuvieran lástima; no había motivo alguno, muchas mujeres pasaban por eso y estaban llenas de vida, lo habían logrado y ella también lo haría, aunque de momento todo parecía un sueño, un sueño real o no tan real..., se tenía que convencer y decirse a sí misma que era verdad, aunque por momentos deseaba despertar y que Jesús la abrazara y comprobar que nada pasaba.

—Sheila tiene hambre y aún queda un rato hasta la hora de comer.

Voy a pedirle algo en la cafetería, supongo que tendrán patatas fritas o frutos secos. ¡Nos vemos luego en el comedor!

—¿Os vais todas a ducharos, no se viene nadie con nosotras? —

preguntó Sheila.

—No pasa nada, Sheila. ¿No tienes hambre? Luego iremos nosotras también a la habitación, no pasa nada por ir nosotras solas, hija, además, sé perfectamente después del recorrido que hemos hecho dónde están, así que vamos, id tranquilas, luego nos vemos.

Poco a poco se reunieron en el comedor. Los hombres fueron los primeros en llegar y estaban esperando a sus chicas, ya que habían quedado en verse allí mientras tomaban unos refrescos. Sentados en una gran mesa, contaban a sus respectivas parejas la visita al Hamman con pelos y señales. Les habían frotado con una especie de estropajo de hilo, enrojeciendo sus pieles y volviendo a su color natural tras el reconfortante masaje y sus aceites reparadores.

Uno de los camareros se acercó a la mesa dejando una gran sopera.

Al instante regresó con una bandeja con pollo y patatas hervidas. Tras desearles buen provecho y con la ya conocida reverencia, se alejó para atender otros huéspedes; en escasos minutos el comedor estaba al completo.

CAPÍTULO 4

Eran las cinco de la tarde. Tom y David continuaban la ruta marcada, habían informado al grupo que esa tarde tendrían el primer contacto con el desierto. Iban a visitar el oasis de Tafilated, estaban relativamente cerca, conocerían algún asentamiento tuareg y allí podrían dejar algunas de las cajas que habían traído de ayuda humanitaria.

—Cenaremos con esas gentes hospitalarias y agradecidas por vuestro ofrecimiento y sobre las diez de la noche estaremos de vuelta al hotel, la gente del desierto acostumbra a cenar temprano. Mañana no hay que madrugar ya que estamos a un paso de Merzouga —David continuaba con sus explicaciones—. En Merzouga pasaremos cuatro noches inolvidables, es un punto clave para movernos y regresar por la noche al hotel.

Lentamente se acercaban y empezaban a contemplar la majestuosidad de la arena rojiza, sus irregulares y pequeñas dunas, invitándoles alzar la vista ante el principio del espectacular y salvaje desierto.

—El oasis está a tan solo un par de kilómetros, no hace falta que paremos a deshinchar los neumáticos puesto que no vamos hoy a adentrarnos en las dunas. ¿De acuerdo? —continuó David.

—Me están empezando a sudar las manos, Jesús, y tengo un poco de ganas de vomitar.

—¿Quieres que pare, Sara, te encuentras mal?

—Es este maldito estómago, otra vez esa sensación de desasosiego, como una angustia muy fuerte que no sé controlar.

—¡Cálmate, cariño! Si no estás bien, lo digo por la emisora y paramos un poco.

—¡No, no digas nada! Han dicho dos kilómetros, supongo que cuando lleguemos me tomaré una Coca-Cola fresquita y se me pasará.

Este viaje es para desconectar, ya lo hemos hablado y no quiero fastidiarla.

Jesús acarició tiernamente la mejilla de Sara, adoraba a su mujer y la entereza que demostraba. En ocasiones le costaba disimular sus miedos, pero ella merecía toda su atención, comprensión y apoyo.

Sara descansó su brazo en la ventanilla y observó callada todo su entorno; algo dentro de ella le hacía sentir vulnerable, no era lo que estaba sucediendo en su cuerpo, era más bien desconfianza y una alerta que despertaba en ella, pero no entendía esas señales, tendría que controlarse ya que se repetía una y otra vez que carecía de fundamentos; todo marchaba a la perfección, ya tendría bastante que afrontar a la vuelta del viaje, ahora solo tocaba disfrutar, disfrutar de esos momentos y de su marido.

Llegaron al oasis, un verdadero paraíso natural fértil que chocaba con la extrema aridez que lo rodeaba. Había un pequeño embalse de agua cristalina fluyendo a través de pozos subterráneos, era fascinante, de una incomparable belleza. Justamente al lado había un pequeño asentamiento de nómadas, con sus haimas viviendo en paz.

Tom y David dejaron el coche a unos metros de la haimas y por las emisoras pidieron al grupo que hiciera lo mismo. Debían de mostrar respeto por el sitio y por sus gentes. Mientras bajaban de los coches y se agrupaban alrededor de David y Tom, todos observaron maravillados el lugar.

Un hombre salió de una de las haimas saludando con la cabeza y mirando a los visitantes. Era un autentico tuareg, con su gandurah azul de manga larga y su excelente y bien puesto turbante del mismo color.

Llevaba el rostro completamente cubierto a excepción de los ojos. Los tuareg eran los más hospitalarios de todo el desierto, se regían por sus propias leyes que pasaban de generación en generación. «La hospitalidad»

no estaba escrita en ningún sitio, pero se anteponía a todo lo demás, recibían, respetaban y ayudaban siempre a sus huéspedes, sus costumbres y sus leyes debían de ser siempre respetadas.

—¡ Salam aleikum! —saludó Tom con una sonrisa y muy amablemente.

—¡ Aleikum salam! —contestó el tuareg con un gesto de aprobación e invitándoles a pasar a su haima.

—Sean bienvenidos. ¡Pasen, pasen y tomen un té! Mi nombre es Gassit. Dentro está mi esposa Danay, y mis hijos Omar y Amir, ellos están aprendiendo un poco vuestro idioma. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Yo hace años que lo hablo aunque, como podéis ver, no muy bien, se me nota bastante el mal acento —Gassit estaba siendo muy amable con los recién llegados; la rutina y monotonía de su vida despertaban cierta curiosidad cuando llegaban visitantes.

—¡Gracias, Gassit! —dijo rápidamente Tom, mientras todos saludaban al tuareg y mostraban una sonrisa de agradecimiento—. ¡Sentaos, chicos!

Gassit nos invita a tomar el té junto a su familia.

Danay sonrió a sus recién llegados huéspedes y tras un breve saludo se retiró a preparar el té. El grupo sentado junto a Gassit observaba la amplitud de la haima, desde fuera no aparentaba la comodidad y lo acogedora que resultaba. Les llamó la atención cómo Gassit llevaba su rostro cubierto y sin embargo su esposa no. No tenían ni idea de cómo vivían, no sabían nada acerca de sus costumbres y les pareció una visita muy interesante.

Poco a poco entablaron conversación con Gassit, explicando de dónde venían y el recorrido que estaban haciendo. Los dos niños de apenas ocho años miraban sonrientes a los turistas, observaban

sobre todo a la niña, a Sheila, pensaban que debía de tener su misma edad. Sheila se encontraba sentada al lado de su padre. Miraba encantada el interior maravillada, para ella era como una gran casa original de muñecas donde sentarse por los suelos y jugar libremente con todos los cojines revolcándose a placer por tan bellas alfombras, esparcidas elegantemente.

Danay colocó la tetera y los vasos en una acogedora pero baja mesa, sacó más cojines y se sentó junto a su esposo. Omar y Amir se sentaron detrás de su padre sin dejar de sonreír. Mientras degustaban el sabroso té y charlaban amigablemente, Gassit les explicaba cómo se las ingeniaban para sobrevivir en un sitio así, aunque él les hacía saber que se encontraban en el paraíso, no siempre disponían del agua que les regalaba el pequeño oasis. En otros tiempos habían tenido que recorrer varios kilómetros en busca del preciado líquido, pero ahora llevaban tiempo asentados en ese maravilloso lugar.

Tom y David llevaban varios viajes sin visitar aquel oasis, de ahí que no conocieran a Gassit y su familia; eran muchos los rincones que recorrer y conocer en aquel espectacular lugar...

Gassit explicaba que las mujeres tuareg no se cubrían su rostro, al contrario que ellos, que solo podían descubrirse ante sus familiares o ante un verdadero amigo.

—Nuestras mujeres —continuaba Gassit— tienen absoluta libertad, al igual que los hombres, visten discretas, pero como quieren y además son ellas las que eligen a sus futuros esposos; jamás sus padres las someterían a una boda forzada. En mi caso, como podéis ver, tengo dos hijos; si tuviera también una hija, ella tendría todo mi respeto a la hora de elegir a su marido.

—Llevamos un montón de cosas que les puede ir muy bien para tus hijos, Gassit —dijo Pascual—. Tengo una caja repleta de ropa y zapatillas y creo que les vendrá bien. Mi hermano me dio un montón de cosas antes de salir, es ropa de mi sobrino, y tus hijos son de su misma estatura.

—¡Pues vamos al coche! —dijo Tino—. Llevo muchos juguetes todavía para regalar y estoy seguro que estos muchachotes van a flipar en colorines; realmente no hemos repartido todavía apenas nada. —Sois muy amables con mis hijos, estoy seguro que os lo van a agradecer. ¡Muchas gracias!

—¡Jesús!, me gustaría darles algunas latas, llevamos de todo y seguro, seguro que lo agradecen y les gusta. Trae también algún paquete de bollería, ¿quieres?

En unos momentos, en esa haima de Gassit se vivió algo que emocionó a todos los componentes del grupo, a todos, incluidos Tom y David.

Gassit fue en busca de su hermana y su esposo, vivían en la haima justamente al lado con su madre. Gassit dio instrucciones a su progenitora para que empezara a organizar y encender una hoguera; en el desierto durante el día hacía calor, pero por la noche la temperatura caía en picado. Tenían huéspedes, huéspedes muy especiales, les habían traído regalos y les tocaba corresponder con creces. Encenderían el fuego y cenarían con ellos y con los demás miembros del asentamiento, no podía hacer menos. Toda la gente, la mayoría familiares, acudieron a la haima de Gassit, presentándose y saludando a los turistas.

El grupo tuvo que ir a los coches y bajar un poco más de lo que había traído; esperaban poder repartir un poco más para aquella gente que los miraba ilusionados. Allí se repartió ropa, zapatos, peluches, etc., y las chicas del grupo repartieron algunas latas entre las mujeres tuareg.

Poco a poco iban reuniéndose todos alrededor de la hoguera, los tumboles empezaron a sonar y las mujeres entonaron sus característicos sonidos guturales que dominaban a la perfección, mientras danzaban para los turistas. Entre aplausos y sonrisas apareció un cielo plagado de estrellas y la luna se alzó luminosa y plena. Alrededor de la gran hoguera y de varias antorchas encendidas, todos los miembros del asentamiento se levantaron a la vez y todo quedó en silencio; el grupo, sin saber por qué, también se levantó en silencio mirándose unos a otros. Una vieja y lenta señora avanzaba despacio hacia ellos, su larga túnica se arrastraba por el polvoriento suelo; se cubría un poco su rostro con el pañuelo que llevaba atado en la cabeza. Cuando llegó se situó al lado de su hijo Gassit, lentamente se descubrió su rostro y observó callada a los visitantes. Los miembros del asentamiento se volvieron a sentar para degustar la exquisita cena que habían preparado, pero la vieja continuaba de pie. El grupo no sabía qué hacer, si sentarse o continuar de pie, puesto que Gassit aún no se había sentado y estaba junto a su madre. En ese momento se sentó y el grupo miró a la vieja como pidiendo permiso.

CAPÍTULO 5

La vieja arrugada tenía la mirada fría, sorpresiva y enigmática. Se le acercó a Sara con sigilo, observándola de arriba a abajo sin prisa. Levantó la mano y la invitó a sentarse a su lado; ella no lo sabía, no tenía ni idea, pero ese gesto la condenó, la encarceló en medio del desierto silencioso, formando alrededor de ella una cárcel invisible, una cárcel de arena.

La luna llena, inmensa y roja, se posó encima de sus cabezas y un escalofrío recorrió el cuerpo de Sara, como si un mal presagio acabara de formarse en aquel cielo cuajado por miles de estrellas.

Todos empezaron a cenar, pero a Sara no le entraba la comida; por no entrarle..., no le entraba ni el aire, le costaba respirar, no sabía qué le estaba ocurriendo, la zozobra y la ansiedad se instalaron en su corazón.

Estuvo toda la cena callada, mirando de reojo a la vieja y apenas probó bocado. Cuando terminaron de cenar, los cantos volvieron a sonar mientras tomaban el humeante té. Transcurridos unos minutos dejaron de cantar y quedaron silenciosos observando de nuevo a la vieja.

—¡Tu paso por el desierto será incierto ! —dijo la vieja mirando a Sara—. Tu mirada de alerta te delata, niña pálida. Atrapada estás en mi visión no muy lejana. ¡Despierta!, y todo terminará... Te estoy avisando,

¡pero hazlo ya! No te mueves, ni hablas, tú misma lo has creado, tú misma me has llamado, pues que así sea.

El grupo estaba en tensión mirando a la vieja y a Sara. Jesús no daba crédito a lo que estaba sucediendo y miraba a su mujer, ninguno era capaz de articular palabra alguna. Todos observaban los rostros de las dos mujeres enfrentadas. Jesús continuaba paralizado, quería acercarse a Sara, pero sus piernas no le obedecían. Sheila, aterrorizada, lloraba pero sin entender por qué, los lloros no se oían. Todo era extraño, irreal, un sueño contagioso en el que se sentían atrapados, pero la que realmente acababa de quedar atrapada era Sara. Se sentía inmóvil, con ganas de correr, pero no lo hacía, sentía que no podía, estaba rodeada por cientos de barrotes invisibles, tal vez imaginarios, tal vez de arena... Tan solo hacía falta un movimiento, un soplo cargado de verdad y nada estaría ocurriendo, pero el momento pasó, así, sin más, como un tren que tienes que coger y lo ves pasar sin otra oportunidad.

Los cantos volvieron a sonar, la vieja se sentó, cogió su taza de té y, como si nada hubiera dicho ni pasado, se puso a beber sonriendo a sus invitados, incluida Sara.

—¡Quiero volver al hotel! —dijo Sara tajante mirando a los organizadores.

—Creo que será lo mejor, Tom —dijo Jesús muy serio, mirando la cara desencajada de su mujer.

—Ruego disculpéis a mi madre, es muy mayor y a veces no sabe muy bien lo que dice.

—Está bien, Gassit, pero creo que Jesús tiene razón, será mejor que marchemos ya, por lo que veo mi gente está levantada y es el momento de regresar.

—¿No habréis creído las tonterías que ha dicho la vieja, verdad? Mi madre acostumbra a contar leyendas a los turistas que nos visitan, cree que es una manera de entretenerlos mientras toman nuestro té.

—Gassit, estamos muy agradecidos por tu hospitalidad, por la buena cena que nos habéis ofrecido, pero realmente es hora de regresar al hotel y de mañana continuar con nuestro viaje.

El grupo había quedado un tanto afectado y comentaban por la emisora sus inquietudes e impresiones, unos más que otros.

—Esa vieja bruja se hubiera podido ir a dormir, como hacen la mayoría de ancianas. Menudo susto le ha dado a mi hija, con esa forma de hablar y tanto misterio. ¿Habéis visto cómo se movía mientras hablaba?

Parecía una serpiente de pie —Ximo estaba consternado comentando la situación por la emisora.

—¡Venga, chicos, no exageremos! Realmente no sé qué ha sucedido.

Si lo analizamos..., no ha dicho nada, más bien creo que nos ha interpretado un poco de magia del desierto. Nosotros es verdad que no conocíamos a esta gente, hemos visitado otras veces este oasis,

unas veces desértico y otras con asentamientos, pero es la primera vez que nos ocurre esto. Tom y yo lo estábamos hablando y cuanto antes olvidemos a esa vieja bruja como dice Ximo, mejor. ¡Venga estamos de vacaciones!

—Pues a mí me ha dado un poco de repelús y a Tino también —

contestó María—. Sara, ¿estás bien?

—¡Sí sí, tranquilos! Ya se me pasará, gracias. La verdad no tengo claro yo tampoco qué es lo que ha ocurrido ni qué me ha querido decir.

Me repito sus palabras y no encuentro sentido alguno, tampoco entiendo muy bien por qué me eligió a mí de entre todos. Niña pálida me ha llamado...

—¿De verdad estás bien, cariño? Tu cara me dice todo lo contrario.

Ya estamos llegando al hotel, ¿quieres que nos quedemos un rato en la habitación? Estoy preocupado por ti, ya lo que te faltaba… — Espero, cuando me pase el susto, poder reírme de esta situación, Jesús. Sabes que llevo todo el viaje un tanto inquieta, alterada, se me juntan demasiadas cosas, y me faltaba esa abuela diciéndome que estoy en sus visiones. ¿Qué habrá querido decir? Cuando dijo que yo la había llamado, me ericé entera, esto es de locos. Me has hablado mucho de hacer este viaje, lo he tenido en la cabeza hasta el punto de obsesionarme.

Sé que quieres que me distraiga y no piense en mi enfermedad y te lo agradezco, realmente estoy bastante tranquila puesto que el médico dice que el tumor ni se ha formado, que tiene muy buen pronóstico y solo me darán después unas sesiones de radio. Todo eso lo acepto, pero ahora mi intuición me dice que algo nos va a pasar, no se el qué, pero es como si la vieja me estuviera advirtiendo.

—¡La verdad es que llevas razón! Pero ¿qué ha dicho? ¡Nada! Más bien parecía un juego de palabras.

—Sí, un juego... Pero dice que estoy atrapada y no sé qué de unos barrotes de arena a mi alrededor. ¿Qué habrá querido decir?, me estoy poniendo nerviosa…

—Debe de estar pasada de rosca, con tantos años encima y tanta arena, su cerebro seguro lo tiene atascado y sus palabras se cruzan por ahí dentro, ¿no? Ja, ja, ja, ja, ja, ja, venga, mujer, ríete un poco, menuda anécdota que vamos a contar a la vuelta.

—Sé lo que estás haciendo, quieres hacerme reír, pero entre su aspecto, su forma de mirarme y todo lo que estaba diciendo, ¡casi me meo encima!

—Tampoco hace falta mucho para eso, ja, ja, ja, ja, ja, ja, que nos conocemos.

—¡Tonto!

—Dejad las antenas dentro de los coches como siempre —dijo David.

Acababan de llegar al aparcamiento del precioso hotel.

El grupo, sin darse cuenta, se reunió alrededor de Jesús y Sara en cuanto bajaron de los coches; querían saber antes de despedirse hasta el día siguiente si ya estaba más tranquila. Poco a poco, hablando unos con otros, volvía la normalidad entre ellos y hasta empezaron a bromear, provocando finalmente una ligera risa en Sara. «Una sorprendente anécdota que contar a la vuelta», se decían entre risas.

Sara salió de la ducha, hacía más bien fresco y Jesús tenía la calefacción recién puesta. La esperaba tendido en la cama completamente desnudo, necesitaba tenerla entre sus brazos, abrazarla y hacerle saber que estaba con ella en todo momento. Habían sido amigos durante mucho tiempo antes de dar un paso más, lo sabían todo el uno del otro, sus noviazgos anteriores, sus inquietudes, sus valores, todo... El primer día que se cogieron de la mano en plan novios casi les da un ataque de risa a los dos.

Sara siempre temblaba entre sus brazos, era el amor de su vida, lograba llenar todos los espacios de su vida, con él estaba protegida, a salvo, en barrera... Sus cuerpos se conocían con tan solo un roce, disfrutaban plenamente de su pasión y sexualidad una y otra vez. Empezaban siempre haciendo el amor, con ternura, con cariño, juntando sus manos y uniendo sus cuerpos, para terminar como si el mundo desapareciera esa noche, extasiados y abrazados, sonriéndose uno al otro, y esa noche no iba a ser diferente.

El bufet libre del desayuno era espectacular. Tras los

correspondientes saludos, el grupo hacía cola con la bandeja en la mano. La mesa vestía un largo mantel de color azul chillón, bandejas con tortas de harinas, huevos duros, pan y todo tipo de mermeladas, dulces viscosos de miel, dátiles y, por supuesto, zumo de naranja, café y leche de cabra.

Poco a poco se reagruparon alrededor de la mesa que el atento camarero había reservados y preparado para ellos. Desayunaban tranquilos, joviales, hablando entre ellos. Todos preguntaron a Sara si había descansado y si se le había pasado ya el susto. Sara intentó por todos los medios aparentar que ya estaba hasta olvidado, pero no era cierto. Jesús y Sara en la intimidad de su habitación habían analizado las palabras de la vieja. No les encontraban sentido y obviamente poco a poco intentaron quitarles importancia. Jesús charlaba con Pascual y Laura, mientras Sara observaba a la pequeña Sheila cómo se manchaba hasta los codos poniendo la mermelada en las tortas de harina, lo que provocó una bella sonrisa en sus labios. Tom y David se mantuvieron unos momentos expectantes, observando al grupo mientras desayunaban. Todo parecía que estaba bien y se alegraban realmente, se había formado un gran grupo y por nada en el mundo querían que se estropeara o que a algún integrante del viaje le sucediera algo. Habían pasado tres noches desde que salieron del puerto de Almería, y esa noche la pasarían en Merzouga.

—¡Escuchad, chicos! Estamos muy cerca de nuestro próximo destino, la ciudad de Merzouga, allí es donde vamos a tomar las uvas. ¿De acuerdo? Hoy tendréis vuestro primer contacto real con un río de arena, la sensación es espectacular, tanto para el que conduce, como para el copiloto. Antes de entrar de lleno en el río, deshincharemos los neumáticos a un kilo de presión y de esta forma comprobareis que la pisada del neumático es más ancha y no se hunde en la arena, haciendo más fácil la conducción. En cuanto salgamos, los volveremos a hinchar, llevamos compresor, ¿vale? Preguntas... —dijo David.

—¿Dónde se come, en el hotel de Merzouga? —rápidamente preguntó Tino, que era incapaz de saltarse una comida.

—No, Tino, vamos a hacer la ruta un poco más larga. Pararemos de camino, como estos días. Ya sabes que se cena y desayuna en el hotel, pero la comida siempre va por libre.

—Como dices que estamos cerca, había pensado que llegaríamos enseguida.

—Desde luego, si fuéramos por carretera, pero es más divertido hacerlo por el río de arena. Estamos seguros de que vais a disfrutar.

¿Alguna pregunta más?

—¡El pan, David! —dijo Mónica—. Hay que comprar antes de irnos.

—¡Todo controlado! A la salida del pueblo paro y lo cojo. Cuando queráis nos vamos.

El grupo cargó las maletas en los coches amarrándolas por seguridad, y salieron dirección Merzouga. El trayecto se convertía gracias a la antena en una excelente distracción, pues además de estar informados, permanecían en contacto continuamente. Cada uno de los integrantes del grupo preguntaba curioso, pisándose por la emisora en muchas ocasiones. María y Laura eran las bromistas del grupo, de vez en cuando se picaban contando chistes provocando repetidas carcajadas; todo parecía volver a la

normalidad.

Sara de vez en cuando miraba a su marido mientras conducía sonriente. Ella le devolvía la sonrisa cuando la miraba, pero la ansiedad se había instalado en su corazón, convirtiendo en obsesión las palabras de aquella maldita bruja del desierto. Llegaron al inicio, donde se empezaba a apreciar el contacto de los neumáticos deslizándose suavemente por la arena. Parecía de momento que el trayecto estaba en muy buenas condiciones, haciendo sencilla la conducción y bastante segura. Desde allí se empezaba a distinguir el cordón de dunas, realmente asombroso y de una belleza espectacular. Uno tras otro seguían absortos a los organizadores, contemplando y sintiendo la suavidad de la arena bajo ellos. El follaje verde de los pequeños grupos de arboles adornaba de vez en cuando el trayecto. Avisando siempre por la emisora, paraban repetidamente para hacer fotos, sobre todo cuando se cruzaban con paisajes tan espectaculares como este. Descubrieron a su paso una manada de dromedarios, estaban pastando libremente, era seguro que su dueño no estaría muy lejos. Nuevamente pararon para hacer unas fotos rápidas. Los dromedarios llevaban preciosos ronzales y sus monturas eran muy llamativas; iban de un lado a otro sin llegar a trotar. Un escurridizo zorrillo, un fénec de largas orejas, cruzó en ese momento el ancho río de arena, camuflándose y desapareciendo rápidamente ante los atónitos ojos del grupo. Nuevamente subieron a los coches complacidos, estaban a pocos kilómetros de Merzouga pero antes buscarían un sitio donde comer.

Continuaron sonrientes y saboreando el placer de estar ante semejante lugar. Todo era muy diferente a lo que habitualmente estaban acostumbrados a vivir en la rutina de sus respectivas ciudades. Llegaron a una pequeña explanada donde poder salirse del río y donde empezaban a formarse pequeñas dunas. Tras ellas, las importantes, las enormes y espectaculares, era todo un espectáculo contemplarlas. En la explanada, un grupo de rocas y agrupados unos árboles dando pequeñas pinceladas de sombra; era la hora de comer y no estaba mal el sitio para parar.

Como siempre hacían, bajaron las mesas y las sillas, sacaron el pan y el fiambre envasado, y seguidamente las bebidas frescas que llevaban en sus bolsos nevera. Compartieron bolsas de picoteo unos con otros, pero antes de empezar a comer, todos posaron delante de las dunas y se intercambiaron las cámaras para inmortalizar su paso por el desierto.

David apoyó su cámara en una roca y todo el grupo se unió con alegría para salir en la foto reunido.

CAPÍTULO 6

El GPS anunciaba que estaban a tan solo dos kilómetros de Merzouga.

Extasiados de adrenalina por la preciosa etapa transcurrida por el río de arena, habían cogido confianza y cada vez iban más rápidos. El río se estaba estrechando y resultaba más difícil circular por él. Se habían metido de lleno en el fesh-fesh, un suelo más arenoso e imprevisible del que podían entrar, pero muy difícil para circular y salir, más peligroso que el río de arena, ya que se hundían poco a poco como si de arenas movedizas se tratara. Debían de seguir, ya estaban llegando y no era momento de dar la vuelta. David rápidamente empezó a dar instrucciones por la emisora: las ventanillas cerradas, pues el polvo que se levantaba era impresionante, se metía por todas las rendijas de los coches y debían de guardar mayor distancia unos de otros ya que la visión con tanto polvo era realmente dificultosa; tenían que evitar cualquier choque entre ellos.

—David, ¿me oyes?

—¡Dime, Laura!

—Con tanto polvo nos hemos salido del camino, estamos parados.

—¿Pero os ocurre algo o estáis parados esperando que baje el polvo?

—Somos los últimos, apenas vemos el camino y creo que hemos topado con algo, si no me equivoco, con alguna piedra.

—¡Está bien, no os mováis! No bajéis del coche hasta que el polvo se asiente y podáis ver bien, ¿de acuerdo?

—¡Vale!

—Ya habéis oído, parad todos, apagad el motor y permaneced en los coches unos minutos. En cuanto se vaya el polvo vamos a ver qué pasa con Pascual y Laura.

En apenas dos minutos el polvo se disipó y nuevamente volvieron a ver a la perfección. Todos bajaron de los coches y se reunieron alrededor del vehículo de Pascual. Como bien había dicho Laura, estaban enganchados en una roca y además habían doblado un poco la barra de torsión.

—Bueno... —dijo Tom—, no es nada grave, tendremos que tirar de pala e intentar sacar el coche. La barra no me preocupa mucho, solo está aparentemente un poco doblada. ¡La enderezaremos!

—Menos mal, nos hemos dado un buen susto. De momento he notado como si una piedra se hubiera quedado atascada en los bajos y se ha frenado el coche.

—Cuando pase esto hay que encender las luces antiniebla traseras para que todos nos veamos y no choquemos entre sí. Guardad mucha distancia de seguridad, el de delante levanta mucho polvo y no deja ver al que le sigue. ¡Dejad que se vaya! El polvo se aposentará de nuevo y podréis entonces continuar, no tengáis prisa ni miedo de quedaros atrás, os vamos a esperar y nos reagruparemos más adelante, ¿de acuerdo? —

explicó David.

—¿Sacamos entonces todos la pala?

—¡No, Ximo! Tráela tú, que eres el que va delante de Pascual, y Jesús, que es el siguiente; nos turnaremos, no hace falta más.

Pascual ya estaba con el maletero abierto y quitando la sujeción donde estaba atada su pala.

El espíritu de equipo y compañerismo se contagió de unos a otros.

Quitaron las piedras de debajo del coche y con las palas, la arena acumulada de debajo. Menos mal que los coches eran altos, pues así llegaron fácilmente hasta la roca que impedía circular a Pascual. Tom y David, tumbados completamente debajo del coche y dando fuertes patadas a la piedra, la lograron mover e inclinar. Pascual subió al coche y lo arrancó de nuevo, consiguiendo salir sin mayor esfuerzo. Los conocimientos mecánicos y unos cuantos martillazos hicieron el resto.

—¿Alguien quiere una cerveza? —preguntó Sara. El sol pegaba fuerte a esas horas y todos contestaron afirmativamente. Mónica se fue tras Sara para traer también unas cuantas.

—¡Mamá, mamá! Tráeme un zumo fresquito.

—Vale, Sheila, quédate ahí con el papá, ahora te lo traigo, ¿vale?

—¡Vale!

—Con lo bien que lo estábamos pasando, espero que podamos salir sin más problemas de aquí.

—Eso espero, Mónica, menos mal que estos chicos entienden de mecánica.

—Creo que corríamos demasiado, hemos levantado tanto polvo que casi no se veía nada. Lo que no sé Sara es cómo no nos la hemos pegado más de uno. Le he dicho a Ximo que parara, me estaba poniendo nerviosa y con la nena en el coche... Pero Ximo me decía que era imposible parar, tenía miedo de que nos dieran por detrás con tan poca visibilidad.

—¿Sabes, Mónica...? Creo que este trozo lo hubiéramos tenido que pasar uno a uno y esperarnos delante. Si no me equivoco, solo faltan dos kilómetros para Merzouga, lo cual quiere decir que falta muy poco para salir del río de arena. —Creo que tienes razón, en fin, supongo que ahora Tom y David nos dirán que pasemos uno a

uno. Bueno..., voy a coger el zumo y un puñado de cervezas. Ve, te espero aquí.

—No tardo nada, espérame.

Sara tenía el coche a pocos metros y apresurándose sacó la llave que llevaba colgada en el cuello; era un buen método de tenerla siempre a mano y no perderla en un sitio como aquel. Abrió el maletero y se subió para coger las cervezas, cerró nuevamente el bolso nevera y a través de la ventanilla vio una figura que la estaba observando. Las cervezas que llevaba en las manos se le cayeron al suelo y con los nervios al bajar del maletero, se cayó en la mullida arena sin causarle ningún daño. Mientras se sacudía, dirigió rápidamente la vista hacia el lugar donde había visto a alguien. No podía ser, su corazón galopaba desconfiadamente y un sudor frío le recorrió todo su cuerpo. Era la vieja, la vieja del oasis, la maldita vieja allí, quieta, con las mismas ropas y con el brazo extendido llamándola de nuevo. No podía ser, era imposible. Cerró los ojos fuertemente unos segundos y al abrirlos fijó la vista en el mismo lugar, nada... Allí no había nadie, «tal vez se ha escondido», pensaba su mente alterada, «pero era ella. ¡Estaba allí! La he visto», se decía Sara a sí misma.

Recorrió la vista de un lado a otro lentamente, escudriñando todo su alrededor, ni rastro, no había nadie, solo Mónica a unos metros con las latas en su regazo y llamándola a gritos por su tardanza. Desde el coche Mónica la observaba con las latas por el suelo y a Sara de pie sin moverse, girando la cabeza de un lado a otro. Sara se sacudió de nuevo la ropa, recogió del suelo las latas y cerró el coche. Tenía ganas de llorar, por un momento recordó que ya sin ninguna duda le tenían que quitar un trozo de pecho, solo un trozo, si todo salía como los médicos decían, pero... le costaba mucho asimilarlo. Ella era valiente y cuando le dijeron que solo le darían radioterapia sonrió, no le quedaba otra. En su interior estaba enormemente agradecida de que lo detectaran a tiempo, pensaba

que hubiera pasado si no llega a ir a esa cita con la mamografía rutinaria que ya le hacían por edad, no quería ni pensarlo, y ahora todo se le juntaba.

Esa vieja la estaba avisando de algo, lo sentía en su interior, no tenía ni idea que conexión tenían ellas dos; realmente era de locos pensar así, pero la tenía metida en su interior y estaba muy asustada. Se dirigió hacia el coche de Mónica secándose las lágrimas y sin saber qué decirle.

—¿Estás bien, Sara? Te he visto en el suelo, pero como te has levantado enseguida, he pensado que no era nada.

—¡He resbalado! Bajando del maletero, no sé qué me ha sucedido. De momento he perdido el equilibrio pero no me he hecho daño, con tanta arena solo ha sido el susto del trompazo.

—No tienes muy buena cara, Sara. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, tranquila, Mónica, no pasa nada, solo ha sido un susto.

¿Vamos?

Sara caminaba junto a Mónica e intentaba sonreír mientras llegaban donde estaba el grupo. Decididamente se prometió que no iba a decir nada de lo ocurrido, la iban a tomar por una histérica…, ni tan siquiera a Jesús, estaba tan ilusionado con ese viaje, que en casa no se hablaba de otra cosa. Tenía a la vieja y al viaje metido en la

sesera de tal manera que casi era ya una obsesión para ella. Seguramente la visión de la vieja había sido fruto de su imaginación, ¡la vieja de las narices!

Pensaba una y otra vez que en qué mal momento fueron a ese oasis.

—¡Sara... Sara! ¿Me vas a dar una cerveza o qué?

—¡Claro, claro! Perdona, cariño, faltaría más, toma, repártelas, yo me voy a tomar también una.

—¡Así me gusta, cielo! Que estés animada, estamos de «vacances» Y

esta noche te voy a poner a «rezar un rato» otra vez cara a la Meca.

—Jesússsss, que hay ropa tendida —dijo Ximo sonriente.

—Ropa tendida... Y nosotros no nos hemos traído el rosario. Sera mejor que recéis en silencio, chicos —todos rieron ante la ocurrencia de David. Todos menos Sheila, que miraba a sus padres como preguntando por qué reían tanto cada vez que decían que iban a rezar y tampoco entendía la manía que tenían todos de rezar tanto.

—¡Venga, peque, termina el zumo y al coche! Nos vamos ya —

Mónica miraba a su hija sin dejar de reír.

—Esperad que lleguemos a la salida, os aviso por la emisora; salid despacio, cuando el siguiente se reúna con nosotros, saldrá el otro, ya vamos avisando. Nos costará un poco más pero será lo mejor. ¡Venga!

Todos subieron a los coches dándole las gracias a Tom, era lo más acertado. Realmente habían sido un poco temerarios. En media hora todos se reagruparon y salían del río de arena entrando en la pequeña ciudad de Merzouga. Estaban a unos cincuenta kilómetros de la frontera de Argelia y a unos treinta y cinco de Rissani, ciudad que los organizadores tenían intención también de visitar. Cruzaron la pequeña ciudad por una amplia y alargada calle. El pueblo estaba a pie de dunas, a las puertas del gran desierto de Sáhara, punto donde se iban a topar de lleno con el famoso Erg Chebbi y su impresionante duna de más cincuenta kilómetros de largo y cinco de ancho, con sus majestuosos doscientos cincuenta metros de altura. El pueblo era más bien pequeño, humilde, pero sin ninguna duda, para los amantes de la arena, la joya del desierto. A pesar de estar tan cerca de Argelia, los organizadores intentaban no cruzar sus fronteras; los conflictos que se vivían allí no eran un buen tema para los turistas, ni había que arriesgar nada, mucho menos sus vidas, se sabía de secuestros y jamás pondrían sus vidas ni las del grupo en peligro.

Merzoga estaba rodeada de un gran palmeral muy verde que contrastaba con el espectacular desierto, que ya se dejaba ver desde las afueras de la ciudad. Un gran cordón de hoteles distribuidos de izquierda a derecha pisaba los pies al desierto. Desde las grandes terrazas de estos ya podías pisar la arena, era un lugar de paz, de tranquilidad, para meditar, escribir, leer o enamorarse. Muchas sensaciones invadían a los integrantes del grupo mientras avanzaban lentamente observando el lugar a través de las ventanillas de los coches.

Pasaron un par de hoteles, bordeándolos por una estrecha pista de tierra y pequeñas piedras. Desde fuera ya se adivinaba la riqueza y elegancia de estos sin llegar a parar. Todos tenían impresionantes parkings.

Habían cruzado la ciudad muy rápidamente. Sus calles estaban llenas de gente subida en sus bicicletas y sus borricos; de nuevo regresaban al pasado, vestían sus trajes típicos marroquís tanto mujeres como hombres, menos los pequeños y las jóvenes, que ya llevaban sus pañuelos atados, aunque vistieran con vaqueros. Alguna mujer llevaba el burka puesto, con su pequeña pantalla de rejilla a la altura de los ojos, lo que impresionaba siempre por la falta de costumbre o por no terminar de entender esta vestimenta ni a la gente que la llevaba puesta, aunque algunas la eligieran ellas mismas.

El grupo llegó al hotel, dos tinajas gigantes y espectaculares daban paso a la entrada del grandioso aparcamiento. El hotel era una antigua kasbba, nombre que daban los árabes particularmente en los dominios berberiscos, al antiguo palacio del soberano. Era como una especie de palacete fortificado. A la izquierda, delante del aparcamiento, había un pequeño jardín, y justo al lado un cerco con varios dromedarios. La construcción vestía el más puro estilo islámico y marroquí. El grupo, tras coger sus respectivas maletas, se apresuró a seguir a Tom y David, que esperaban ya en la puerta principal. Cruzaron un pequeño patio decorado con un estanque central de color rojo-ocre, el color natural de la tierra local. El hotel disponía de treinta habitaciones y desde el patio se accedía a la gran sala de recepción. El grupo miraba ensimismado la elegancia y la exquisita decoración hispano-morisca, así como los muebles de cedro bien dispuestos por toda la estancia. En este espectacular hotel iban a pasar la Nochevieja, tan solo faltaba un día y era el sitio ideal. El hotel estaba prácticamente al completo y se avecinaban unas uvas completamente diferentes en aquel entorno tan exótico y especial.

Tom y David hablaban perfectamente el francés, segunda lengua de los marroquís, y tras los habituales saludos del amable recepcionista y sus indicaciones, recogieron las llaves y las repartieron. Nuevamente todas las habitaciones disponían de grandes camas de matrimonio y la de Mónica su ya reservado suplemento para Sheila. El grupo se dirigió hacia sus respectivas habitaciones charlando entre ellos y muy contentos bromeando sobre la fiesta que iban a montar al día siguiente. Tom y David tenían claro antes de entrar en el hotel, puesto que ya lo conocían, que el grupo iba a estar muy satisfecho con solo verlo. Las habitaciones tenían los techos de vigas de madera y a los pies de las especiales camas, unas preciosas alfombras. Las paredes estaban decoradas con tapices coloridos de lana, y dos grandes candelabros apoyados en las bajas mesitas daban un toque muy romántico. Todas las habitaciones se complementaban con un precioso y exótico baño, con su rincón especial de ducha separado del resto de la estancia y con forma de una gran tinaja de piedra. Dejaron las maletas y continuaron todos juntos visitando el resto del hotel, estaban tan excitados, que no lo podían dejar para más tarde.

Entraron en una gran sala completamente acristalada. El techo era una cúpula de madera de cedro dorado, sostenido por siete preciosas columnas de mármol; era la sala del té, pequeñas mesas y mullidos sillones se repartían por toda la estancia. El suelo, como era de esperar, estaba completamente cubierto de bellas alfombras y desde allí se podía ver la terraza del hotel. Salieron de la sala del té y cruzaron un ancho pasillo, enfrente mismo había una enorme puerta de bronce envejecido que anunciaba el comedor, estaba aun cerrado. Continuaron por el pasillo dirección a la terraza, grandes paneles colgaban de las paredes a modo de decoración de cerámica, sus colores eran en tonos ocres y verdes, con variadas formas geométricas. Por fin dieron con la terraza, no se podían creer realmente dónde estaban, delante mismo el desierto; tenía distribuidos aquí y allí palmeras, buganvilias y algún pequeño olivo. El mobiliario era digno de contemplar, sillones, sillones y más sillones, grandes, coloridos y repletos de cojines adornados con

bellos hilos en oro y plata. Las mesas eran más bien altas, debía de ser a causa de la arena, para evitar que salpicara las bebidas con sus granos indiscretos, volando de un lado a otro al menor soplo de viento.

—Yo no sé vosotros, pero María y yo nos vamos a quedar aquí un rato, contemplando este maravilloso sitio, y ya sería el colmo poder tomar un cubatita. ¡Fijaos qué sillones! Como me tumbe..., no habrá quien me levante.

—¿Y quién te ha dicho que no puedes tomar ese cubata, Tino? Solo lo tienes que pedir, eso sí, aquí el alcohol está carísimo, dicen que lo traen para los turistas, pero ya te digo yo que es mentira; tú acércate una noche aquí fuera cuando estén reunidos alrededor de la hogueras, ofréceles un trago de ron y verás. Estoy seguro que te quedas sin bebida, menudos lingotazos que se meten siempre que pueden; eso sí, se creen muy discretos, pero luego no hay quien los aguante de pesados que se ponen, siempre quieren venderte algo o hacer de guía, hasta ligar con las turistas, no se cortan ni un pelo —explicó David.

—Nosotros también nos apuntamos. ¿Verdad, Laura? Un ron con Coca-Cola no estaría mal. ¿Tenéis previsto hacer algo esta tarde, David?

—Íbamos a ir a visitar Merzouga después de un pequeño descanso antes de cenar, pero lo que queráis, lo podemos dejar para mañana por la mañana, ya que pasaremos el día aquí; será un día tranquilo, más bien en plan relax, guardaremos fuerzas para la noche.

—¡Pues venga esos cubatas! —dijo Ximo.

—Yo voy un momento a la habitación y cogeré algo para que Sheila juegue, ahora venimos. Vamos, Sheila.

—¿Qué quieres hacer, Sara? —le preguntó Jesús—. ¿Quieres descansar un rato, o nos quedamos también?

—Casi que nos quedamos, si quieres, me apetece el cubata y realmente es muy pronto, luego ya me daré un baño.

—Como quieras, cariño. ¿Estás bien? Desde que salimos del río de arena, apenas has abierto la boca.

—Bueno... Estoy intranquila, no lo puedo evitar, me tengo que repetir muchas veces lo que me está pasando, siento como si no fuera conmigo. Me encuentro bien y me cuesta creerlo, pero aquí y ahora no es el momento, no te preocupes, Jesús.

A Sara se le enrojecieron los ojos por momentos, pero como otras veces, se controló, no quería por nada en el mundo ver triste a su marido y casi siempre terminaba ofreciéndole una sonrisa. Cogidos de la mano, se reunieron con el grupo y se sentaron para contemplar con ellos la gran maravilla que les ofrecía la naturaleza, un paraíso pacífico.

CAPÍTULO 7

El grupo, tras reunirse en la cafetería, entró en el comedor. Solo quedaba libre la alargada mesa que estaba reservada para ellos. Con asombro, se percataron de que iban a ser más personas de lo que esperaban al día siguiente para pasar la Nochevieja; a excepción de la gente que trabajaba en el hotel, todos eran turistas extranjeros, igual que ellos. Dejaron en los asientos las pequeñas mochilas y se acercaron en busca de platos para hacer cola. Sheila seguía a su madre muy contenta, le encantaba servirse ella misma y coger lo que le apeteciera. En las mesas había cazuelas con puré de verduras y justo al lado, pequeños cuencos con especias para acompañarlos, el típico cuscús y tagine, que acompañaba casi todas las cenas, así como alargadas fuentes de patatas asadas con legumbres variadas.

El comedor tenía el techo muy alto y, al igual que las habitaciones, estaba cubierto de alineadas vigas de cedro. Las paredes estaban pintadas de un azulón subido y todas las mesas vestían largos manteles de un rojo vino. Cuando el grupo se sentó a la mesa con sus platos ya servidos, un camarero se acercó y encendió las tres velas que estaban repartidas, y justo al lado, pequeños puñados de pétalos de rosas. En un par de minutos, en un rincón del comedor, un dúo de laúd y guitarra se puso a tocar suavemente y con discreción su tradicional música.

—Me parece increíble la sensación de lujo que hay aquí dentro, para luego ver cómo viven en los pueblos ahí fuera —dijo Sara casi indignada.

—No te preocupes, Sara, ellos no conocen otras formas y maneras, son felices con lo que tienen —respondió David.

—¿Me estás diciendo que no ven nuestros coches, «todo un lujo para ellos», que no ven dónde nos hospedamos...? Este hotel, por ejemplo. Me llama mucho la atención el contraste de un sitio como este, que parece sacado de un cuento, y luego ver esas casas tan pequeñas, cuadradas y sus calles, la mayoría sin asfaltar.

—Bueno, es verdad que llama mucho la atención y que es difícil de imaginar que podamos encontrar estos hoteles después de ver sus pueblos, pero los que menos tienen, menos necesitan, y ellos no viven como nosotros, pendientes del reloj y de acumular bienes. ¿No te has dado cuenta aún? Aquí una de sus frases favoritas es: «La prisa mata».

Nosotros hemos venido ya tantas veces, que la verdad, uno se acostumbra y no piensa en esas cosas; todo lo contrario, tienen su encanto, viven tranquilamente y necesitan para ser felices mucho menos que nosotros.

—Tal vez tengas razón —contestó Sara mirando seriamente a David.

La cena transcurrió animadamente hablando unos con otros e intercambiando sus opiniones, para terminar comentando sobre la fiesta que les esperaba al día siguiente y comprobar que por más que dijeran o pensaran, nada podían hacer ni nada podían cambiar.

Sheila, ajena a la filosofía que los mayores habían compartido en la mesa, estaba encantada con dos amigas que acababa de conocer en el comedor. Estaban sentadas en una mesa próxima y se habían acercado para preguntarle si quería jugar con ellas. Mónica,

encantada de ver a Sheila con otras niñas, le había dado permiso para levantarse y poder jugar. Tras la cena, Sheila y las dos niñas iban de un lado a otro riendo y pillándose. El comedor poco a poco se fue quedando vacío y Sheila regresó al lado de sus padres, puesto que sus nuevas amigas se habían ido ya.

María y Tino salieron con Jesús y Sara a la terraza para tomar un té, se despidieron del grupo hasta el día siguiente. Los demás optaron por irse a descansar. Pasaron por las habitaciones a por las chaquetas, a estas alturas tenían claro que fuera haría frío; el desierto era así, calor durante el día a pesar de estar en diciembre y un cambio brusco por las noches.

La terraza estaba iluminada con pequeños faroles esparcidos por el suelo y por varias largas antorchas. Había dos grupos sentados tomando también el té. Ellos se sentaron en primera línea de la terraza, más cercanos a la arena. Sara, a pesar del frío, se descalzó y sus pies se hundieron en la fina y fría arena, haciéndole sentir una sensación muy agradable. Un camarero se acercó y después de servirles el humeante té, les ofreció la boquilla de un narguile, invitándoles a fumar el tabaco aromático típico de allí. Los cuatro rechazaron la invitación amablemente y se relajaron contemplando maravillados el espectáculo que les ofrecía aquel singular lugar. El cielo estaba completamente despejado y se veía plagado de miles de estrellas. La luna acompañaba, surgió enorme y su color era de un rojo intenso. Una hermosa claridad hacía posible distinguir las altivas dunas del gran desierto, que como paisaje silencioso los observaba indiscreto.

Sara, con los pies completamente enterrados en la fría arena, sintió un cosquilleo en el tobillo de su pie izquierdo; sacó el pie de la arena y bajó la vista instintivamente. El horror que sintió fue acompañado casi en el acto por una picadura. Sacudiendo su pie empezó a gritar como una loca, le acababa de picar un escorpión. Sintió un dolor muy fuerte y rápidamente notó una sensación de

adormecimiento en sus extremidades; su corazón empezó a acelerarse, por momentos creía que iba a sufrir una taquicardia.

—¿Qué te ocurre, Sara, qué pasa? —preguntó Jesús a la vez que todos se ponían de pie, acercándose a Sara.

—¡Quítamelo, Jesús, quítamelo! Me está picando.

—¿Qué te está picando, Sara, dónde?

—¡El pie, el pie, tengo un escorpión!

—¿Un escorpión? ¡Dios mío, Sara!

—¡Sí, sí, sí! Es un escorpión, lo he visto, además creo que es de los malos, es negro, Jesús. ¡Quítamelo!

—No veo nada, Sara, no lo veo, déjame verte el pie. Tino, por favor, sujétale la pierna, no puedo ver nada si no la deja de mover.

—Tranquila, Sara, tranquila. ¿Te duele mucho? —preguntó María mientras le cogía la mano.

—¡Me duele, me duele mucho, Jesús!

—Voy dentro corriendo y pregunto qué hacemos, ¿no?

—¡Sí, ve, corre, Tino!

Jesús sentó a Sara. Le revisaba el pie, ni rastro del escorpión, miró atentamente la zona de la que Sara se quejaba y le pareció ver una especie de rojez, pero con la escasa luz de la terraza no se llegaba a apreciar bien.

Un camarero se acercó corriendo hacia ella acompañado por Tino; sin perder tiempo, puso una bolsa de hielo encima del pie de Sara y entre los tres la sacaron en brazos, dirigiéndose apresurados hacia el aparcamiento.

María soltó la mano de Sara y apresuradamente los siguió. El camarero arrancó el coche y los cinco salieron hacia Merzouga. Sara iba sentada detrás junto a su marido y María. Se lamentaba por su mala suerte. Todos intentaban calmarla y el camarero les dijo que pusieran la pierna de Sara en alto. Jesús colocó de nuevo la bolsa de hielo en su pie.

—¿Dónde vamos? —preguntó Jesús.

—Tenemos un centro de salud en el pueblo, será mejor que la miren allí, una picadura de escorpión puede ser cosa seria, depende mucho de qué tipo le haya picado.

—Era negro, muy negro, me dio tiempo a verlo, estaba como enganchado al tobillo.

—¿Negro? —dijo el camarero.

—¿Qué pasa si es negro? —preguntó Tino.

El camarero miró de reojo a Tino, que iba sentado en el asiento del copiloto, quedó callado y continuó conduciendo.

El pueblo estaba relativamente cerca, en pocos minutos el coche se detuvo en una oscura calle. Mohamed puso el freno de mano y rápidamente todos bajaron del vehículo. María cogió la bolsa de hielo y entre Tino y Jesús sujetaron de los brazos a Sara, mientras esta cojeaba entrando en el centro.

Mohamed se acercó a un pequeño mostrador y sacudió un par de veces una pequeña campanilla. Un joven con cara de sueño se asomó al cabo de un par de minutos, era evidente que estaba durmiendo por su aspecto un tanto desgarbado. Iba vestido con anchos pantalones y una túnica que apenas le llegaba a las rodillas de color azul.

—¿Qué ocurre? —preguntó el joven tras observar a los turistas.

—Es esta mujer, están hospedados en nuestro hotel, dice que le ha picado un escorpión, un escorpión negro.

—¿Negro?

—Sí, eso dice.

Sara miró inquieta a Jesús, no sabía el porqué, pero no sonaba muy bien que fuera negro según parecía.

—Ahora mismo aviso a mi padre, yo le hago la guardia y lo aviso si veo que es importante, voy a despertarlo. Pueden sentarse, y ustedes pasen dentro, enseguida vuelvo.

María y Tino se sentaron en los rígidos asientos que había delante del mostrador, realmente solo había esos asientos, pues la sala era pequeña y completamente cuadrada. El camarero salió y ya en la calle se encendió un cigarro. Jesús y Sara se encontraban en un cuarto. Había una mesa de color blanco y una silla más bien desgastada. Pegada a la pared, una vitrina alargada con escasos medicamentos a simple vista. De la pared colgaba una especie de cajonera con minúsculos compartimentos. Sara se sentó directamente en la camilla y Jesús salió un momento a por la bolsa de hielo. Cuando iba a ponérsela, miró atentamente de nuevo el tobillo.

—¿Donde dices que te ha picado, Sara? No te veo nada en el tobillo, ni siquiera lo tienes rojo.

Sara se quedó mirando a su marido, pasó de tener un dolor insoportable a en un segundo no sentir nada, el dolor había desa

parecido completamente, como por arte de magia. En ese instante entró el joven acompañado por un hombre mayor, era su padre y el médico del centro de salud.

—Túmbese, joven —dijo mirando a Sara—. Me han dicho que le ha picado un escorpión negro, ¿es así?

—¡Sí! —contestó Sara desconcertada.

—¿Y dónde le ha picado?

—Aquí, en el tobillo. —¡Veamos!... ¿Está segura?

—Sí, sí lo estoy, señor.

—Pues en principio le aseguro que no veo absolutamente nada, ni siquiera la típica marca que dejan.

El médico revisó detenidamente la zona del tobillo, no había ni rastro de la picadura, ni tan siquiera una rojez... Observó la cara asustada de Sara y luego al atónito Jesús.

—Un escorpión, cuando pica, deja una buena marca, más si cabe si es el peligroso escorpión negro, pues puede causar hasta la muerte en muy poco tiempo, dependiendo, claro está, del veneno que haya inyectado. Suele acompañarse de un dolor muy agudo y las extremidades se duermen, vómitos... taquicardias y yo no veo nada

de esto. ¿Cómo puede decir que le ha picado un escorpión negro? Es imposible.

—No sé qué está pasando. ¡Le digo que tenía un escorpión en el tobillo, lo vi! Noté claramente cómo me picaba, sacudí la pierna y empecé a notar casi todas esas cosas que usted está diciendo. No sé qué más decirle y ahora mismo no me puedo creer lo que me está pasando; ya no me duele.

—Pues entonces creo que la visita ha terminado —el médico observaba incrédulo a Sara.

—Por favor, lamentamos las molestias que le hemos causado, realmente estoy muy contento de ver que mi mujer está bien, realmente tampoco sé bien qué ha pasado. Dígame lo que le debemos.

—Me puede dar la voluntad, puesto que no ha requerido nada del centro.

Salieron del cuarto y nuevamente dieron las gracias. Ya en la calle, explicaron a sus amigos y a Mohamed lo que allí dentro acababa de suceder. Tino y María no daban crédito a las palabras de Jesús. Ellos, aunque no habían visto el escorpión, estaban presentes cuando Sara empezó a gritar como una loca. El pobre camarero miraba a los turistas sin entender absolutamente nada, aunque agradecía que nada hubiese pasado; eran huéspedes del hotel donde trabajaba y una muerte por escorpión negro, con el hotel al completo, hubiera sido nefasta para ellos.

Subieron al coche y regresaron al hotel. En el corto trayecto comentaron la insólita historia que les acababa de pasar. Sara no abrió la boca en ningún momento, en la penumbra de la noche y con tan escasa luz, dejó caer unas lágrimas silenciosas por su rostro. Una contrariedad luchaba dentro de ella, estaba feliz porque nada le había ocurrido y angustiada por lo que acababa de pasar. Cerró los ojos y con disimulo secó sus lágrimas con las manos. Una idea cobró vida en su mente, no podía ser de otra manera, estaba segura de que la vieja arrugada tenía algo que ver. Intentó recordar aquellas palabras, aquella vieja la avisaba de algo, lo que no tenía claro eran sus intenciones, estaba en el punto de pensar si la estaba asustando y advirtiendo para que pudiera hacer algo...

Retroceder... No sabía bien lo que percibía, todo se mezclaba en su cabeza y se sentía confundida, sus palabras estaban metidas en sus entrañas.

Pensó en ellas y las recordó como si nuevamente se las estuviera repitiendo: «Tu paso por el desierto será incierto, tu mirada de alerta te delata».

«¡Eso es! Debo de estar alerta», pensaba Sara, «mi paso por aquí es incierto», la cabeza de Sara parecía que le iba a estallar, «incierto... O sea, que podría estar aquí o no estar, algo tiene que pasar y por eso debo de estar alerta y saber si debo venir o no. ¡Es eso, vieja! Pero no tiene sentido, no para mí, ¿no ves que estoy aquí? ¿Qué quieres, por qué juegas?».

—¿Qué ocurre, Sara, qué estás diciendo?

—Nada, nada, Jesús, tranquilo, estaba hablando conmigo misma, pensando en la maldita historia del escorpión, eso es todo.

—Bueno, mejor que no haya sido nada, tal vez viste realmente al escorpión y te asustaste tanto, que sentiste hasta que te picaba.

—No, Jesús, ojalá pudiera decir que tal vez tengas razón, pero no es así. Me picó, cariño, me picó y dolió muchísimo. Lo que ha pasado después sé que no tiene ninguna explicación, yo tampoco lo entiendo, pero ha sido real.

—Creo que lo mejor será en cuanto lleguemos que te tomes un relajante e intentes dormir, mañana será otro día. Hoy casi mejor daremos las gracias de que todo haya terminado así, a pesar de la evidente angustia de no saber o no entender lo que ha pasado —dijo María mientras bajaban del coche, pues acababan de llegar al hotel.

Se despidieron de Mohamed dándole las gracias y los cuatro se dirigieron hacia las habitaciones, eran casi las dos de la madrugada.

—Buenas noches, amigos, lamentamos el susto que os hemos dado.

—No te preocupes, Jesús, más susto os habéis dado vosotros, sobre todo Sara, pobre. Id y descansad. Menudo rato que hemos pasado todos.

—Hasta mañana, Sara, descansa —dijo María dándole un beso en la mejilla.

—Voy a darme una ducha caliente, Jesús, he cogido un poco de frío.

¿Me miras otra vez el tobillo? Quiero quedarme tranquila, no sea que me vuelva el dolor y entonces me muero del susto. ¿Sabías tú que el escorpión negro es más peligroso que los demás? —Yo qué voy a saber de escorpiones, sé lo que sabe todo el mundo, que pican y son peligrosos, nada más, para mí son todos iguales.

—Bueno, pues mírame bien el tobillo, anda.

—Estoy mirando el pie entero, y nada, no tienes nada, ni picadura, ni hinchazón. Está perfecto. Mejor así, Sara, no sé qué habría pasado si te llega a picar de verdad.

Sara miró unos segundos a su marido. Por un momento pensó que Jesús tenía claro que nada le había picado, pero ella sabía que no era así; no valía la pena hablar más del tema, no les conduciría a nada y lo que menos deseaba era discutir con su marido intentando convencerlo que para ella había sido todo real.

Dejó la ropa encima de la silla y llenó la bañera, como siempre, la reconfortaría. Jesús se acostó y cuando Sara salió del baño, Jesús estaba completamente dormido. En silencio se tumbó a su lado y apagó la vela que se había dejado encendida. Lentamente el sueño se apoderó de ella rindiéndose sin ninguna protesta.

CAPÍTULO 8

El grupo mientras desayunaba estaba completamente alterado y sin palabras después de que Jesús contara lo que había pasado la noche anterior. Todos miraban a Sara y ella parecía no inmutarse, nada podía hacer más que sentirse un rato observada y que todos le pidieran que les enseñara el tobillo.

Tino y María asentían mientras Jesús explicaba la insólita historia.

Sara optó por no abrir la boca, solo contestaba que estaba bien cuando le preguntaban a ella directamente. Como de todos modos no tenían más remedio que contarlo, antes de salir de la habitación decidieron que fuera Jesús quien lo hiciera.

Había llegado ya el día treinta y uno de diciembre. David les dijo que sería un día tranquilo, de relax y pasearían por Merzoga para estar descansados para la fiesta de la noche. Sara se había aplicado esa fórmula y no deseaba hablar más del tema, así que le dejó todo el protagonismo a su marido y a María y Tino, que también metían baza dando sus explicaciones.

Mónica no las tenía todas consigo, no le gustaba la idea de posibles picaduras de escorpiones, más estando Sheila allí. Laura y Pascual escuchaban con cierto temor la odisea de sus amigos; si habían pensado en pasear descalzos por la arena, desde luego rápidamente la idea se les fue de la cabeza. Tom y David lamentaban tan terrible experiencia. Habían acampado muchas veces en el desierto, siempre cerraban bien las cremalleras de las tiendas y jamás dejaban las

botas en el exterior que, aun así, siempre las revisaban antes de ponérselas. Sabían que había escorpiones, pero estos no acostumbraban a acercarse donde había gente.

Ximo tranquilizaba a Mónica, no dejarían que Sheila se descalzara por si acaso.

El desayuno terminó y salieron en busca de los coches, aprovecharían para llenar los depósitos, limpiar los filtros que casi era seguro estarían llenos de arena y luego visitarían tranquilamente Merzouga.

Mientras los hombres hacían sus revisiones en la gasolinera, ellas se acercaron justo al lado, donde había una tienda de fósiles y algún que otro recuerdo para comprar. Dos amables marroquíes sonrieron al verlas entrar.

Por fuera la tienda no daba el aspecto de elegancia que realmente tenía en el interior. Del techo de la tienda colgaban las típicas lámparas en forma de faroles de vidrio de varios colores. Había una pared llena de preciosas estanterías de madera envejecida, en ellas y bien organizados, un gran número de fósiles y rosas del desierto de todos los tamaños. Como si se hubieran puesto de acuerdo, todas se dirigieron al mismo sitio, todas menos Sara, que estaba fascinada contemplando una pared llena de espejos.

Estos tenían varias formas y algunos de ellos estaban cubiertos por puertas móviles y preciosos embellecedores, y tenían incrustaciones de piedras de todos los colores; pero el que más le llamó la atención fue uno con las puertas de latón dorado. Tenía dibujadas pequeñas dunas y con las puertas cerradas y unidas se apreciaba a la perfección un oasis. Sara sintió la repentina necesidad de abrir

aquellas puertas y contemplar bien aquel espejo; sin dudarlo, dejó el bolso en el suelo y las abrió. El espejo era una auténtica joya, alrededor de él, en un trabajado marco de color marfil, había numerosos dibujos tallados. Se miró al espejo y sonrió, si no era muy caro, tal vez le gustaría llevárselo para su recibidor. Contempló bien el espejo antes de preguntar su precio, por si tenía algún defecto, y lentamente una figura se le apareció en él.

Era una mujer con el rostro totalmente tapado que con una suave melodía se acercó a sus oídos diciéndole: «Los silfos del desierto llegarán, yo los he invitado por ti».

El rostro de la mujer quedó al descubierto, solo duró unos segundos... La vieja arrugada le mostraba una amplia sonrisa.

Con las dos manos y con un movimiento brusco, Sara cerró el espejo, recogió el bolso del suelo y salió precipitadamente a la calle. Se apoyó en la pared intentando controlar su respiración, ya no podía más, el viaje se estaba convirtiendo en una terrible pesadilla para ella. Debía de hablar con Jesús, ella sola no podía cargar por más tiempo con lo que le estaba pasando. Ya le daba igual que la tomara por histérica o que llegara a pensar que estaba perdiendo la razón. Tenía claro que no había sido una imaginación más, al igual que la noche anterior, cuando vivió la picadura de aquel maldito escorpión en sus propias carnes. Los acontecimientos la estaban superando y por un momento tuvo claro lo que tenía que hacer: hablaría muy seriamente con Jesús y le pediría que la llevara de nuevo a aquel embrujado oasis para visitar a la maldita y vieja bruja arrugada.

María, Mónica y Laura estaban tan fascinadas buscando qué recuerdo comprar, que ni se fijaron que Sara había salido. Sheila sí vio cómo Sara salía corriendo de la tienda y se asomó a la puerta.

—Hola, Sara, ¿no compras nada? ¿No te gustan esas cosas? He visto cómo mirabas ese espejo tan bonito. Si no lo compras le diré a mi madre si puede comprármelo para mi habitación. Me gusta mucho.

—¡No, no lo compres!

—¿Por qué?

—Pues... Parece un espejo más bien para una habitación de gente más mayor, no para niñas.

—¿Te has enfadado conmigo por quererlo?

—No, ¿por qué piensas eso?

—Me acabas de contestar casi gritándome, pareces muy enfadada.

—No estoy enfadada, Sheila.

—Si lo quieres tú, no pasa nada, yo no me enfadaré contigo.

—De verdad que no estoy enfadad contigo, creo que eres una niña muy buena y te estás portando muy bien para lo peque que eres; no

te quejas nunca vayamos donde vayamos.

—Bueno, a veces en el coche sí me quejo, pero solo un poco. Me canso y me apetece jugar con otras niñas. ¿Sabes que tengo dos amigas en el hotel? Las conocí anoche, son de una ciudad que se llama Almería y tienen mi edad. ¿Sabes cuántos años tengo?

—¿Ocho?

—Siete, pero como dicen que soy alta, pues a veces dicen también ocho o nueve. ¿Ya no estás enfadada?

—No, cariño, no lo estoy, pero hazme un favor, elige una cosa muy bonita para tu habitación, pero que no sea el espejo, ¿vale? Seguro que hay algo que te gusta y no es tan frágil como un espejo, se podría romper durante el viaje y te quedarías sin regalo.

—Pues eso no lo había pensado. Gracias, Sara, voy a decírselo a mi madre. ¿Te vas a quedar aquí fuera?

—Creo que me compraré algo, pero no en esta tienda, seguro visitamos más y prefiero esperar a encontrar algo que realmente me guste mucho. ¡Venga, ve! Tu madre ni se ha dado cuenta que has salido a la calle.

—A mi madre le gusta mucho llevarse cosas y regalos para la familia, debe de estar muy atareada, siempre se entretiene.

—Eres un encanto, bonita, entra antes de que no te vea y se lleve un disgusto.

—¡Vale!

Sara se asomó y les dijo desde fuera que mientras terminaban sus compras, ella regresaba a la gasolinera. Como bien había dicho Sheila, Mónica llevaba una especie de cesta de mimbre y continuaba metiendo pequeños recuerdos en ella. María y Laura estaban cogiendo unas rosas del desierto y Sheila miraba por las estanterías intentando elegir qué comprarse.

—¿No has comprado nada, Sara? —preguntó Jesús al verla.

—No, creo que lo dejaré para otro día, hay muchas cosas pero no estoy muy inspirada para comprar nada. ¿Has terminado ya?

—Sí, estaba esperando a los demás, están en la cola para poner gasolina.

—Desde aquí veo una terraza justo enfrente, acércate y diles que los esperamos allí, vamos a tomar un café. Necesito hablar contigo, que quiero contarte una cosa.

—¿Te ha pasado algo con alguna de las chicas?

—No, no tiene nada que ver, prefiero que nos adelantemos y poder contártelo antes de que lleguen los demás.

—Me estás preocupando, estás muy seria. ¿Que te ha pasado ahora?

—¿Tienes el coche bien aparcado? Acércate y diles a David o a Tom que estamos ahí enfrente. ¡Venga, ve!

Después de hablar con David, Jesús se acercó a Sara, la cogió de la mano y cruzaron la calle. Se sentaron en la terraza y pidieron los cafés.

Sara no sabía por dónde empezar, pero mirándole a los ojos le pidió que no la interrumpiera y que escuchara lo que le estaba pasando.

Jesús observó a su mujer con una gran ternura, la sintió frágil, angustiada y le dolió no haberse dado cuenta antes. Sara se apresuró a contarle lo que le ocurría. Empezó por la extraña visión que había tenido cuando fue en busca de las cervezas, cayendo incluso por los suelos a causa del gran susto que se llevó. Luego estaba la insólita picadura del escorpión, ella le aseguró que había sentido la picadura. Le contó lo que le acababa de pasar en la tienda tan solo hacía unos minutos, le explicó las palabras exactas que había oído; ella ni tan siquiera conocía la palabra

«silfos», no había oído hablar nunca de ellos y no tenía ni idea de qué eran. Jesús la escuchó atentamente, su cara reflejó perplejidad por lo que acababa de escuchar. No creía en esas cosas, pero tenía claro que algo debía hacer. Sara necesitaba su ayuda, respuestas y, muy a su pesar, le dio la razón sobre visitar de nuevo aquel oasis.

Tendría que hablar con David o con Tom, no tenía ni idea de cómo ir de nuevo a ese lugar y pensaba en qué iba a decir para poder regresar allí; quizás no habría más remedio que decir la verdad, no se le ocurría nada más.

El grupo se reunió con ellos en la terraza y tomaron unos refrescos.

Sheila le enseñó a Sara lo que llevaba en su bolsa, un simpático camello de madera para la estantería de su habitación. Sara le sonrió y le dijo que le gustaba mucho. Seguidamente Laura le preguntó por qué se había ido tan pronto de la tienda sin esperarlas. Un poco más tranquila, Sara se excusó diciendo que no había visto realmente nada en ese momento y que cogería algún recuerdo otro día.

David propuso dar una vuelta por Merzouga en cuanto terminaran los refrescos, y después ir a comer a un bar donde servían cordero a la brasa. Delante de los clientes cortaban el trozo que elegían, lo pesaban y después de sazonarlo con un montón de especias, directamente y al gusto de cada uno, lo pasaban por las brasas. David quería que el grupo pasara el día tranquilo, pero que al mismo tiempo estuvieran entretenidos.

Después de comer sugirió volver al hotel, los que quisieran podían echarse una buena gaila, que era la hora de la siesta sagrada en el desierto.

Para los que les apeteciera, les recordó que en el hotel había un impresionante spa, con tratamientos muy originales como los masajes de aceite de naranja y envolturas de rosa de azúcar.

Hasta las nueve de la noche que se servía la cena de gala de fin de año, podían hacer lo que se les antojara e ir un poco a su aire. Al día siguiente sí comerían en el hotel, era típico servir a sus huéspedes todas las sobras de la noche anterior, pues la gente ese día se levantaba más bien tarde, y después de comer visitarían la ciudad de Rissani. Tom y David eran excelentes anfitriones y lo tenían todo organizado, siempre y cuando todo marchara según lo previsto.

Pagaron los refrescos y tras dejar las bolsas en los coches, dieron un paseo por el pequeño pueblo. Entraron por un estrecho callejón donde múltiples negocios salpicaban la calle. Los marroquís disfrutaban de su adecentamiento en el pelo y la barba, se adivinaba el establecimiento que daba este servicio por la típica silla de barbero en medio de la pequeña sala.

La actividad comercial respondía siempre a la demanda del barrio y era de carácter muy diverso. El tiempo, como de costumbre, parecía que se hubiese congelado, por la imagen que ofrecía aquella calle con sus variopintos establecimientos. Tras patearse toda la ciudad y ser «acosados»

repetidas veces por niños intentando vender sus collares y amuletos, decidieron ir a comer al restaurante sugerido por David y Tom.

Era un sitio más bien humilde, pero de entrada parecía aseado y limpio. Se sentaron alrededor de una mesa de mármol color gris. El dueño se acercó a saludarles, poniendo directamente en la mesa un cuenco de aceitunas negras. Les invitó a escoger el corte de carne que quisieran. La carne colgaba a la vista sujeta en ganchos en una alargada barra de aluminio. Debajo de la carne había una mesa de piedra con una antigua báscula y una gran tabla de madera, con toda clase de cuchillos afilados que resultaba siempre chocante para

los turistas. Sin ningún tipo de puerta, justo al lado, se dejaba ver un pequeño patio con brasas ya preparadas y parrillas ordenadas esperando para ser utilizadas.

La comida fue todo un éxito. La carne, a pesar del aspecto que ofrecía colgando, estaba sabrosa y tierna. Cuando pagaron se quedaron pasmados, al cambio solo les había costado cinco euros por persona.

Durante toda la comida Sara se había mostrado un tanto inquieta y deseaba llegar al hotel para pedirles a Tom o a David que les acompañaran al oasis. Recordaba que estaban más bien cerca, aunque al igual que Jesús, no tenía ni idea de cómo llegar, ni tampoco tenía claro lo que le iba a decir a la vieja cuando la tuviera delante, ni por supuesto qué excusa poner para volver allí.

Salió del restaurante despidiéndose del dueño con un saludo. Llegaron a los coches tras un breve paseo. Pascual, Laura, María y Tino habían quedado en darse una ducha y visitar el spa. A Mónica le pareció buena idea lo de la siesta, más que nada por Sheila, esperaba que se durmiera un rato y así aguantaría mejor después de la cena. Finalmente Sara le comentó a David que cuando llegaran al hotel deseaba hablar un momento con él.

David adivinó por la cara que puso Sara que fuera lo que fuera, era importante.

CAPÍTULO 9

Sara y Jesús quedaron en reunirse con el grupo antes de la cena en la cafetería del hotel. Se excusaron por querer pasar la tarde a su aire y esperaron en su habitación a David.

David no tardó en llamar a la puerta y querer saber qué les pasaba a Sara y Jesús, estaba preocupado, no era muy normal que quisieran hablar a solas con él.

—Vosotros diréis, espero que no sea nada grave. ¿Qué os pasa?

—No pasa nada, tranquilo, a lo mejor hasta te parece una tontería, pero queríamos pedirte, ya que esta tarde sería la ideal, si nos podrías acompañar al oasis que visitamos. A Sara le gustaría visitar a la madre de Gassit.

—Me dejas de piedra, para nada había imaginado que fuera eso, ni que desearais volver allí. Sara, quieres ver a esa mujer, ¿para qué?

—Verás, David, es difícil de explicar. Yo soy una mujer muy intuitiva, muchas veces incluso puedo ir más allá de la intuición; es, para que me entiendas, como un tipo muy fuerte de presentimiento, vamos a decirlo así, ¿vale? Pues bien, ya sabes que esa mujer me dijo aquella tarde una serie de cosas y desde entonces no me la puedo quitar de la cabeza.

—Pero yo creía que eso ya estaba hasta olvidado.

—¡Pues no!

—David, Sara solo quiere hablar un poco con ella, preguntarle qué quería decir con aquellas palabras. Este viaje es una vía de escape para Sara por motivos personales, necesita cargar pilas y, en vez de eso, se está convirtiendo en un viaje angustioso para ella. No me malinterpretes, David, es solo por esa mujer; sin darse cuenta, Sara se ha obsesionado con ella, es como si la viera por todas partes. No tiene nada que ver con vosotros, que sois unos organizadores geniales, el viaje, los sitios que estamos conociendo, la gente que viaja con nosotros, estamos realmente encantados. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Está muy claro, Jesús. Siento mucho que te sientas así, Sara, sencillamente pensaba que aquella vieja dijo una serie de tonterías para impresionarnos, como un juego para llamar la atención y sentirse protagonista en su vida rutinaria y tranquila. Es más, pensé que lo debía de hacer con todos los turistas que los visitaban.

—Tal vez tengas razón y sea un problema mío, ya que siempre le doy vueltas a todo, pero me gustaría estar equivocada; presiento, o más bien me hace sentir, como si me quisiera advertir de algo que ella sabe, o a lo mejor solo lo presiente y es su forma de avisarme. Qué lío, ¿no?

—¡Madre mía, Sara! Menuda comida de coco que te estás pegando.

No se hable más, no quiero verte así y saber que no disfrutas de este

precioso viaje por culpa de todo eso. Voy a comentárselo a Tom y os espero en el aparcamiento, iremos con mi coche ¿De acuerdo?

—¿Qué le vas a decir a Tom? —preguntó Sara.

—Debo decirle dónde vamos, no puedo irme y ya está. Respecto al motivo, no te preocupes, yo le explico y creo que sería mejor no comentar con los demás que hemos vuelto al oasis los tres, ¿vale? No por nada, esta noche es Nochevieja, tenemos una preciosa fiesta preparada y para que no haya malos rollos, será lo mejor.

—No te preocupes, David, a Sara tampoco le apetece mucho hablar de esto con ellos y dar tantas explicaciones.

—Está bien, ahora vuelvo, esperadme en mi coche.

David salió de la habitación y Sara sonrió; esperaba hablar con la vieja y que finalmente todo quedara en el protagonismo y palabras teatrales para turistas, como había dicho David. No tenía por qué temer nada, solo era una mujer, una mujer mayor un tanto misteriosa a la que le gustaba llamar la atención y calar en las personas. Gassit debería de tenerla encerrada en la tienda y no dejarla salir, pensó.

Sara cogió su mochila y salió de la habitación aparentemente tranquila de la mano de Jesús. Por el pasillo comentaban satisfechos que David fuera tan comprensivo y les quisiera acompañar.

David, tras unos minutos, se reunió con ellos, pero no mencionó para nada a Tom, que se había quedado pasmado y quedó un tanto divertido por la extraña situación que David le acaba de contar. Sara se sentó detrás, estaba absorta en sus propios pensamientos, solo dio de nuevo las gracias a David.

Recorrieron de nuevo el trayecto hacia el oasis. Sara contemplaba el paisaje que le llevaba otra vez a aquel lugar, esta vez estaba preparada, no sería tan ingenua de escuchar a la vieja sin preguntarle de qué le estaba hablando, le pediría respuestas. Aquella mujer tenía algo especial, eso lo sabía y le quedaba muy claro, pero no entendía cómo era posible que se hubiera metido dentro de ella; era de locos lo que le estaba pasando y no tenía ningún tipo de explicación.

Jesús y David comentaban la sorpresa que se iba a llevar Gassit al visitarlos de nuevo y explicarle que Sara necesitaba hablar con su madre.

Le quitarían importancia diciéndole que Sara pensaba mucho en lo que le dijo. Sara necesitaba continuar su viaje sin sentirse preocupada.

Esperaban que Gassit los entendiera y también la anciana. Tras compartir sus opiniones y sin que Sara se pronunciara, llegaron al oasis.

David condujo lentamente con una expresión seria, ya deberían de estar viendo las haimas desde el coche. Entró de lleno en el oasis y finalmente paró el coche. Los tres se bajaron y por un momento se mantuvieron en silencio observando aquel lugar, estaba completamente desértico, no había ni una haima; se miraron

instintivamente reflejando en sus caras el asombro que les acababa de invadir. Esa opción ni tan siquiera les había pasado por la cabeza.

—¡No están! —dijo Sara muy contrariada.

—Pues ahora sí que no sé qué decir, Sara, menudo chasco que nos acabamos de llevar.

—¡Desde luego, David! ¿Cómo es posible?

—Hombre... Tampoco es tan descabellado, piensa que esta gente no se queda mucho tiempo en el mismo lugar, por algo son nómadas.

—Pero David, si no me equivoco, dijeron que llevaban mucho tiempo aquí, es muy raro, aquí tenían agua, según tú, lo más esencial para quedarse en un sitio.

—Lo sé, Sara, lo sé, pero con esto no contábamos, la verdad es que no tengo ni idea de por qué se han ido y desde luego menos dónde.

—De nuevo no me puedo creer lo que me está pasando. Esperaba hablar con esa mujer y poder continuar mi viaje con tranquilidad; si te soy muy sincera, esperaba dejar atrás a la maldita vieja de una vez, ahora no sé qué hacer.

—Sara, cariño, ¡mírame! No pasa nada, ¿vale? Intenta no pensar

más en esa mujer, olvídate de ella y de las tonterías que te dijo, por favor, cariño, hazme caso. Hoy es Nochevieja, esta noche lo vamos a pasar muy bien y dentro de poco estaremos de nuevo en casa. Mira el lado positivo, realmente no nos ha pasado nada, estamos en un sitio precioso y este es un viaje de esos para recordar. ¿Lo harás?

—¡Y tanto que lo voy a recordar! Disculpadme los dos, ya sé que no nos ha pasado nada. Parece ser que tendré que intentar en estos días que nos quedan de viaje no pensar en ella, aunque sé que me va a resultar muy difícil. ¿Me entendéis?

—¿Y no puede ser que te sientas sugestionada por ella, que tu mente te esté jugando malas pasadas?

—Pues podría ser, David, aunque lo dudo, es todo tan real…, ya no sé que pensar. Venga, vayámonos, siento mucho todo esto.

—No te preocupes, Sara. Venir aquí quizás haya sido lo mejor, tal vez ahora que ya sabes que no está, te sientas más tranquila, ¿no? Todo volverá a la normalidad con esa vieja lejos.

—Muchas gracias, David, por traernos y por ser tan comprensivo.

David le guiñó el ojo a Jesús y los invitó a subir al coche. Sara se abrazó un momento a su marido y tras darle un cálido beso subieron al coche, que ya estaba en marcha, y sin respuestas regresaron al hotel.

Se despidieron de David hasta la noche, y Sara y Jesús regresaron a su habitación.

Sara observó que su marido encendía las velas y corría las gruesas y pesadas cortinas de la ventana. La habitación quedó en una agradable penumbra. Sin quitarle la vista a Sara, Jesús se desnudó, apartó la colcha de la cama, se acercó hasta ella y le quitó lentamente su ropa. Se situó detrás acariciando suavemente todo su cuerpo, pegándose piel con piel y haciéndole sentir el calor que lo envolvía junto al suyo. Besó apasionadamente la nuca de su mujer, este gesto a ella siempre le erizaba la piel, y una apasionante sensualidad los envolvió en silencio. Jesús continúo acariciando cada rincón de su cuerpo; ella se dejaba hacer. Sara cerró los ojos y se abandonó al placer de las manos expertas de su marido.

Jesús la cogió de la mano y se la llevó a la gran cama que los esperaba para envolverlos en una frenética pasión.

Jesús cerró los ojos y rodeó con sus brazos a Sara, que estaba completamente acorrucada y pegada a su cuerpo. Todavía era pronto para arreglarse para la cena y se dejó vencer por la apacible somnolencia que le vencía. Sara permaneció con los ojos cerrados aunque estaba completamente despierta, y notó cómo su marido se abandonaba al sueño.

Acarició lentamente el pecho que le iban a operar, palpando con las yemas de sus dedos cada centímetro de su piel; no notaba absolutamente nada. Pensaba en qué hubiera pasado si no llega a ir a la cita de la mamografía, con seguridad el pronóstico no hubiera sido el mismo. El médico le había dicho que había tenido mucha suerte y ahora pensaba en esa suerte; le quitarían solo un trocito de pecho, aunque ya le habían advertido que igualmente lo iban a abrir entero. Se resignó completamente y decidió que tenía que ser

muy valiente, era una dura prueba y una dura experiencia. Sara siempre había admirado a otras mujeres luchadoras, pensaba en las que sí les habían tenido que quitar el pecho entero y encima no habían tenido más opciones que pasar por la devastadora quimioterapia, despojándolas de su salud, de sus cabellos y viviendo los pesados efectos secundarios del tratamiento. Esas mujeres eran dignas de admiración, bravo por su valor, pensaba... Sintió una gran fuerza en su interior, si ellas podían, ella no iba a ser menos, pues estaba entre las mejor paradas, un trocito de pecho y solo radioterapia; la fuerza creció en su interior.

Sara era una mujer enormemente agradecida y muy sensible. Le importaban los pequeños gestos, valoraba la educación, la gratitud y el cariño, se sintió bien, en paz consigo misma y llena de vitalidad; se levantó sin hacer ruido y fue a darse una ducha. Quería arreglarse para la cena, deseaba estar radiante y olvidar a la vieja del oasis. Ella era capaz de muchas cosas y aquella bruja no le iba a amargar la existencia. Tom les había dicho que allí la gente no lucía vestidos de noche, simplemente se arreglaban un poco más.

Sara se puso sus pantalones ceñidos de color berenjena y una blusa que había traído para la ocasión. La blusa era semitransparente y los pequeños botones del mismo color que el pantalón. Ató a su cuello un pequeño y estrecho pañuelo también berenjena, salpicado de pequeñas flores blancas. Se miró al espejo y se sintió elegante. Dio un toque de maquillaje a su rostro y pintó con esmero sus llamativos ojos. Dejó suelta su larga melena y se puso unos largos pendientes. Salió del baño y tras perfumarse despertó a Jesús; lo esperaría en la cafetería tomándose tranquilamente una copa.

Ximo y Mónica estaban en la barra bastante acaramelados mientras degustaban una copa de vino tinto. La pequeña Sheila les enseñaba a sus nuevas amigas un cuento que se había traído. Sara se acercó y saludó mientras pedía un ron con Coca-Cola. Ximo y Mónica la miraron sonriendo, parecía que Sara empezaba fuerte la Nochevieja.

Los tres se sentaron en un rincón de la cafetería y le preguntaron a Sara qué habían hecho esa tarde. Saboreando su cubata, les dijo con una pícara sonrisa que se habían pasado toda la tarde en la habitación.

—Hola, Sara, qué guapa estás.

—Hola, Sheila, tú también, llevas un conjunto muy bonito.

—Gracias, mis amigas se han ido a cambiarse y después vendrán.

¿Quieres ver mi cuento?

—¡Claro! Me gustan los cuentos, coge una silla y siéntate a mi lado y me lo enseñas.

—Sheila, no molestes a Sara, ya se lo enseñas en otro rato.

—No, déjala, Ximo, no te preocupes, ya ves que le hace ilusión.

¿Cómo se llama el cuento, Sheila? —Se llama El conjuro de los Silfos.

—¿Cómo has dicho?

— El conjuro de los Silfos, pero no pongas esa cara, Sara, es un cuento muy bonito y no es de miedo. Mi madre no me deja leer cosas de miedo, dice que no tengo edad y que luego puedo tener pesadillas.

—Y tiene razón, me imagino que debe ser un precioso cuento. ¿Me lo dejas ver?

—Pues claro. ¿Te gustan las historias de los Silfos? A mí me encantan.

—La verdad, Sheila..., estoy un poco despistada, jamás he leído ninguna historia de ellos, a decir verdad, ni los conocía, yo soy más de la época de Cenicienta, Blanca Nieves y Pinocho.

—Bueno, esas historias también las conozco y en casa los tengo todos. Este es el último que me han regalado, ya lo he leído varias veces y me gusta tanto que me lo llevo siempre que puedo.

—¿Y de qué va la historia, Sheila, qué son los Silfos?

—Es una historia muy chula, te la cuento:

»Dos niñas viven a orillas de un enorme lago en una pequeña casa, sus padres no pueden comprar una más grande en el pueblo porque son pobres. Ellos todas las mañanas se van a trabajar a una casa de

gente muy rica, son los sirvientes. El trabajo es muy duro para ellos, ya que dejan solas a las niñas durante todo el día, pero no les queda más remedio para poder llevar algo de comida a casa.

»Un día, Mirella, que es la hermana mayor, tiene una brillante idea.

Convence a Nagore para coger la vieja barca de su padre, quiere ayudar para que sus padres no tengan que pasar tantas horas fuera de casa. Le cuenta a Nagore que ella todas las mañanas ve peces, peces saltarines, y tal vez, si van con la barca, los puedan coger. Los podrían vender en la plaza del pueblo y ganar dinero para su familia. Nagore miraba a su hermana sin creer lo de los peces saltarines. Su padre hacía tiempo que dejó de pescar en el lago, al igual que la gente del pueblo; entre todos habían acabado con ellos y ya no quedaban, pues la gente se llevaba hasta los pequeños y finalmente los agotaron.

»Mirella estaba segura de que ella veía peces, peces saltarines, le repetía a su hermana Nagore. Al final la convenció y las dos se subieron a la barca y remaron hasta el centro del gran lago.

»Las dos niñas tenían un gran corazón y eran muy buenas. Las personas buenas siempre tenían algún tipo de recompensa, les decía siempre su bondadosa madre.

—¿Y los Silfos son esos peces saltarines? —¡No, Sara! ¿Cómo van a ser peces? Espera y termino de contártelo.

¿Por dónde iba? ¡Ah, sí!

»Estaban en el centro del lago y de repente empezó a soplar y a soplar un fuerte viento. Nagore empezó a estar asustada pero Mirella de nuevo vio peces, peces saltarines. Entonces llegaron ellos, los Silfos, hicieron que el aire soplara fuerte empujando a los peces al interior de la barca. Nagore no se lo podía creer al ver un montón de peces saltarines dentro de la barca, mientras Mirella aplaudía muy contenta. Menuda sorpresa se iban a llevar sus padres. Por la noche, cuando llegaron cansados a casa, no podían creer la cantidad de peces que había, ni de dónde habían salido. La historia se repitió al día siguiente, y al otro y al otro.

»La gente del pueblo salió de nuevo a pescar sin ningún resultado y no tuvieron más remedio que comprar los peces a las dos hermanas.

—Perdona, Sheila, pero no lo acabo de entender. ¿Entonces qué son los Silfos?

—¡Sara! Todos los niños saben qué son los Silfos. Son unos seres mágicos, ellos son los que mantienen el aire a salvo de la contaminación, son los dueños y forman huracanes, remolinos, vientos y las tormentas de aire. ¿No lo sabías?

—No, no lo sabía, Sheila.

—Pero no pongas esa cara, aún no he terminado la historia, tiene un final precioso.

—¿Y cómo termina?

—Pues muy bien, como tiene que ser. Los padres, al ver que sus hijas todos los días eran capaces de llenar la barca de peces, pagaron a unos vecinos que eran muy pobres para que los vendieran en el pueblo y demás poblados vecinos. Los padres ya no tuvieron que ir todos los días a trabajar y pudieron estar más tiempo con sus hijas. Ahora son todos felices y recuerdan tanto los momentos difíciles que han vivido, que dos días a la semana reparten ellos mismos junto a sus hijas peces en todas las casas más pobres del pueblo y también del alrededor.

»Y como todos los cuentos... Colorín colorado…

—Este cuento se ha acabado —respondió Sara sin saber qué pensar.

—¡Ahí están mis amigas! Me voy a jugar, no sabía que te gustaran tanto los cuentos. Como veo que ya lo has mirado... ¿me lo devuelves?

—Claro, Sheila, perdona.

—Te ha tenido un buen rato entretenida, parece que le caes muy bien a Sheila.

—Y ella a mí, Mónica, la verdad es que tienes una niña preciosa. Ahí vienen Pascual y Laura con David y Tom.

Poco a poco el grupo se reunió para tomar una copa antes de pasar al comedor. Jesús apareció el último, sin darse cuenta se había quedado de nuevo dormido.

Al principio Sara pensó en el cuento de Sheila, ahora sabía qué eran los Silfos y le llamaban la atención ciertas casualidades que giraban a su alrededor. Sheila inocentemente le había dicho algo que quería saber sin ni siquiera esperarlo. Se sintió un tanto divertida, seres mágicos dueños del viento, «menuda chorrada». Quizás fue un poco el efecto del cubata, ya que no acostumbraba a beber, pero se dijo a sí misma que no dejaría que aquella vieja le hiciera perder la cabeza.

CAPÍTULO 10

La cafetería estaba al completo y un amable camarero invitaba a los huéspedes a pasar al comedor; era Mohamed, la cena estaba a punto de servirse. Saludó al grupo y se acercó a Sara, quería saber si ya estaba completamente recuperada del susto del escorpión. Sara le agradeció su preocupación contestándole que se encontraba muy bien.

Entraron en el comedor y en la puerta les esperaban los camareros idénticamente vestidos con su larga túnica azul cielo, decorada en el pecho con dibujos dorados. Todos llevaban su turbante del mismo color.

Saludaron a sus huéspedes con una gran sonrisa y un leve movimiento de cabeza.

Reconocieron su mesa al leer un pequeño cartel central en el que ponía: «Grupo de David».

Todas las mesas vestían largos manteles de color vino y las sillas las habían engalanado con unas preciosas fundas en color blanco. En el centro de la mesa había una alargada fuente de cristal, con pequeñas velas encendidas flotando en el agua. No solo las chicas del grupo sonreían, ellos estaban también completamente satisfechos del ambiente que habían creado aquella gente para ellos.

Cuando todo el mundo estaba sentado, entraron en el gran comedor

cinco marroquís que vestían completamente de blanco y empezaron a entonar una canción típica de su tierra; tenían unas voces espectaculares y el compás lo llevaban solo con una gran habilidad y unas peculiares palmadas. La gente empezó a levantarse de sus sillas, pero sin moverse de su sitio, moviendo sus cuerpos al compás. El grupo se animó a levantarse también y, moviéndose entre risas, vivieron la espectacular y diferente Nochevieja que les esperaba.

Eran las cuatro de la mañana y poco a poco el comedor se fue quedando vacío. Todos se retiraban despidiéndose de los demás. Había sido una velada preciosa y muy animada. Los camareros sirvieron una buena combinación de platos típicos, la bebida no faltó y los bailes y la música hicieron el resto. El grupo se abrazó unos con otros después de dar las doce. La pequeña Sheila fue pasando de un brazo a otro llenando su cara de repetidos besos.

Sara y Jesús tuvieron su momento mágico, un momento que a pesar de estar rodeados de gente y gritos de alegría, recibieron solo ellos, como si nadie ni nada estuviera a su alrededor. Frente a frente, se miraron con gran cariño, cómplices de sus miradas, de todas las cosas que se querían decir y sentían; sellaron ese momento con un tierno beso que prolongaron durante unos minutos. Los ojos de Sara se volvieron vidriosos, cristalinos, se sintió amada, querida, y por un momento quiso pensar que ojalá no fuera tarde para ella, deseaba estar junto a su marido muchos años, tantos..., que un día le pidió que en la otra vida se casara otra vez con ella; sentía que esta vida era más bien corta para todo el amor que había dentro de ella.

Salieron del comedor y quedaron en verse a la hora de la comida.

«Mañana libre», dijeron los agotados Tom y David. Todos habían

bebido más de la cuenta y no habían parado de bailar.

La pequeña Sheila iba en brazos de su padre, y a pesar del ruido, llevaba casi media hora dormida. Mónica, Laura y María todavía danzaban moviendo las caderas descaradamente por el pasillo de las habitaciones, mientras Tino y Pascual intentaban copiar las originales palmadas que no habían sido capaces de aprender. Sara y Jesús reían girándose de vez en cuando, viendo la juerga que aún llevaban sus amigos, y así se despidieron hasta el día siguiente.

Ninguno se levantó para ir a desayunar. Era la hora de la comida y Tom y David se encontraban ya sentados esperando en el comedor al resto del grupo.

Iban a visitar esa tarde la ciudad de Rissani, que estaba a unos treinta y cinco kilómetros de Merzouga. Les quedaban tres noches, después embarcarían de nuevo hacia España. Tenían previsto llegar la madrugada del día cinco y así pasar los Reyes cada uno ya en su ciudad de origen.

Ximo, Mónica y Sheila, tras saludar, se sentaron al lado de sus amigos. La pequeña estaba muerta de hambre. El resto del grupo llegó unos minutos más tarde, alguno de ellos un tanto resacoso, pero completamente dispuestos a seguir conociendo aquellos lugares, unas veces de ensueño y otras desértico, polvoriento, con muchos residuos de pobreza y pequeños abalanzándose al paso, esperando con sus miradas de incertidumbre, queriendo saber si iban a parar o no y qué les iban a dar.

La comida poco a poco fue cogiendo ritmo y devoraron los sabrosos platos que sirvieron, ya que sobró mucha comida de la cena de gala; era un detalle que hacía el hotel invitándolos a la comida del día

siguiente, aunque imaginaban que de una manera u otra, seguro que ya se lo habían cobrado.

—Esta tarde vamos a Rissani. ¿Qué planes llevamos para mañana? —preguntó Jesús mirando a los organizadores.

—Mañana toca día fuerte. Nos levantaremos muy temprano, todo el mundo a desayunar a las siete de la mañana. A las ocho saldremos hacia el lago Iriki, es un lugar mítico para los aficionados al 4x4 por su infinita y grandiosa explanada. Tanto a lo largo como a lo ancho, os dará la impresión de que no tiene fin.

—Parece muy interesante. ¿Y cuando entramos en las dunas? —

preguntó Tino.

—Mañana, después de comer, cuando regresemos y antes de venir al hotel, iremos un rato para que practiquéis, pero solo al principio, donde están las dunas más pequeñas y sin adentrarnos. Os explicaremos cómo conducir por ellas; tenéis que tener un poco de noción de cómo hacerlo, ya que depende de ello poder pasar un rato espectacular, o ser todo un caos. Pero cuando llegue el momento, tranquilo, Tino, que os lo explicaremos.

—Me parece perfecto, Tom, según tengo entendido, ninguno de nosotros hemos estado antes aquí y espero que se nos dé bien.

—¡Veremos, Tino! Lo normal es que la lieis un poco y más de uno

se quede atascado en la arena. Lo que queremos evitar son los vuelcos, tened en cuenta que las dunas, conforme vas avanzando hacia dentro, cada vez son más altas e impresionan un poco. La idea es cruzar un buen tramo, como unos cuatro kilómetros desviándonos siempre hacia la derecha. No se puede entrar sin GPS, pues una vez dentro es difícil orientarse y muy fácil perderse.

—Oyéndote da mucho respeto, Tom. Jesús me dice que tiene muchas ganas de entrar y de que llegue el día de dunas, pero yo no las tengo todas conmigo.

—Tranquila, Sara, lo hacemos siempre que venimos y nunca ha pasado nada. Antes de salir tendréis comprobados los GPS, se avanza despacio y cada vez que encontramos una explanada nos vamos esperando. Saldremos junto al río de arena, muy cerca de nuevo de Merzouga. No nos vamos a adentrar en línea recta sin saber dónde vamos, no nos exponemos nunca, está todo controlado.

—Está bien, Tom, pero me sigue produciendo un cierto desasosiego.

—Bueno, sobre dunas ya hablamos mañana. Ahora, si os parece bien, nos vamos a Rissani.

El grupo se levantó y todos juntos fueron a buscar los coches.

Cuando llegaron se llevaron una grata sorpresa, todos estaban relucientes y sin una mota de polvo. Mohamed, junto a los demás trabajadores del hotel, se había encargado, como todos los años hacían con sus huéspedes. David les explicó que era una buena manera de ganarse una buena propina y que sin duda, aparecerían

por el aparcamiento a la vuelta.

Todos pusieron la antena de la emisora y como siempre comprobaron que tenían puesto el canal número dos. Durante el trayecto nuevamente David les explicaba un poco acerca del lugar que iban a visitar.

—Rissani es una de las ciudades más grandes que visitaremos, tiene unos veinte mil habitantes y está situada en un importante palmeral. A su entrada se hallan las ruinas de adobe de la antigua Sjilmassa. Cuando lleguemos os invito a que os quedéis con las abundantes kasbas (palacetes fortificados) que hay alrededor, es un reflejo del modo de vida de los habitantes de esta región, que mantenían una continua lucha con los tuareg del desierto del Sáhara. Como veréis, estamos encontrando numerosas pistas que se cruzan, todo un lujo para los amantes del todoterreno. Muy cerca de Rissani hay un sitio que no nos podemos saltar y, si nos da tiempo, os lo enseñaremos. Os sorprenderán los espléndidos paisajes lunares; allí hay una impresionante construcción aunque ya ruinosa. Está situada junto a un monte aislado, en una gran llanura en forma de «U». En ese sitio se han rodado varias películas, quizás la más conocida sea La Momia.

Durante el trayecto se les cruzó un cochambroso y desvencijado pequeño camión; en la parte trasera y de pie, se amontonaban numerosos hombres y mujeres, todos saludando con la mano y sonrientes ante los pitidos del grupo a modo de saludo. Se quedaron de piedra, el parabrisas era un cartón precintado con una abertura cuadrada para poder tener suficiente visión; debía de haberse roto la luna y esa había sido la opción más rápida que habían ingeniado, algo totalmente inaceptable en nuestro país. Tras varios comentarios y risotadas, el grupo llegó a Rissani.

La ciudad, como todas, tenía una puerta, en este caso monumental y muy decorada. Pasaron bajo la misma despacio, observando el puesto de control policial, cuyos integrantes, con un ademan y movimiento de cabeza, les dejaron pasar. Circularon por lo que parecía una de las calles principales y dejaron los coches en una ancha avenida a espaldas de una gran muralla.

El colorido de las vestimentas de sus habitantes cruzándose con ellos y observándolos con cierta discreción hacía que fueran ellos los que llamaban la atención. Realmente era una ciudad más moderna y muchas de sus calles estaban asfaltadas, por lo que se podía pasear por las aceras. Se encontraron con varios carros de madera que hacían a su vez de puestos de chucherías.

Pasaron por varias tiendas con sus puertas abiertas y muchos objetos bien dispuestos a cada lado y en la acera. Llegaron a la gran plaza Marrakech y se sentaron a tomar un té a la menta en una de sus terrazas. Como casi siempre pasaba, no había ninguna mujer y los hombres que se encontraban allí, los más jóvenes, sonreían descaradamente observando a las mujeres del grupo.

No llevaban más de cinco minutos sentados y tres niños de no más de nueve o diez años de edad se les acercaron diciendo: «Amigos». En la mano llevaban varios fósiles a modo de colgantes que tenían diferentes formas y estaban sujetos por finos cordones negros. Sara los observó sonriendo y les pidió que se los enseñaran. Los niños casi se pelean entre ellos ya que los tres querían que se quedara con alguno suyo. Finalmente Sara eligió el colgante en forma de corazón marrón y el fósil en negro y blanco incrustado. Cuando le pidieron solo veinte dírhams, Laura sonrió, le pareció muy barato y les dio la alegría de coger tres más a cada uno, así tenía regalo de recuerdo para sus amigas. David, viendo que los niños se po nían pesados intentando vender a los demás los colgantes que les quedaban, dio dos fuertes palmadas y en un perfecto francés les invitó a que se marcharan ya; realmente se podían poner muy pesados. Tras

terminar el té, decidieron ir a uno de los numerosos mercados, querían aprovechar para comprar algún paquete de té, ya que poco a poco se habían acostumbrado a su sabor y David les comentó que lo vendían también envasado y resultaba bastante económico.

Entraron de lleno en la cotidianidad de aquella ciudad que conservaba con orgullo sus tradiciones a puertas del gran desierto del Sáhara.

El mercado estaba parcialmente cubierto por viejos tejadillos que lo protegían del sol; este se filtraba provocando pequeños rayos por todas partes. Un olor a cuero recién curtido impregnaba el aire al paso, mezclándose con un sinfín de especias. Tras recorrer el mercado fueron en busca de los coches. Todos se compraron la típicas babuchas amarillas bereberes, con sus suelas de goma de neumáticos reciclados. De camino escucharon la llamada a la oración por los altavoces repartidos por toda la ciudad, ese momento siempre imponía. El grupo no llegaba a acostumbrarse a pesar de que ya lo habían escuchado en numerosas ocasiones. A Sara, sin poder evitarlo, le daba una especie de sensación más bien temerosa, le hacía sentir que estaba en otro mundo y muy lejos de su país.

De regreso al hotel se acercaron a visitar, ya que les pillaba casi de camino, las ruinas de la impresionante construcción de adobe, construida en medio de una gran explanada. De lejos ya se podía ver; parecía más bien un pequeño poblado sin puertas ni ventanas y estaba bastante empinado. Dejaron los coches y todos cogieron sus cámaras. Era un sitio bastante peculiar y un tanto tenebroso. El silencio lo invadía todo. Sara lo contempló sin demasiado entusiasmo. No sabía ciertamente lo que sentía, pero no le estaba gustando nada.

—¡Jesús, ven!

—Dime, cariño.

—No quiero subir a ese lugar.

—¿No quieres, por qué?

—No me gusta nada, me da escalofríos.

—Pero si vamos todos…

—No me voy a pasear por ahí.

—Sara, tendrás que empezar a no pensar tanto en tus supersticiones, no tiene ningún sentido lo que dices.

—Lo siento mucho, Jesús, pero realmente no me apetece nada.

Además, me siento un poco cansada, me pasa muchas veces.

—Está bien, cariño. ¿Pero te encuentras bien?

—¡Sí! Pero prefiero quedarme aquí, al lado de los coches. Supongo que se me pasará.

—¿Qué quieres que les diga a los demás?

—Pues lo dicho, cariño, sin reparos, me siento cansada y este sitio está muy empinado. No creo que les importe realmente, ellos pueden ir aunque yo espere aquí.

—¿Quieres que me quede contigo? No me importa si no voy, desde aquí ya se ven muchas cosas de este lugar, no me gusta que te quedes aquí abajo sola.

—¡No! No pasa nada, ve si quieres. Tampoco pretendo que no lo puedas visitar tú. Además, supongo que será solo un momento, el sol empieza a irse ya como puedes ver, y no creo que David y Tom quieran que les coja la noche y más ahí dentro. ¿No?

—Está bien, Sara, ahora vuelvo. Están empezando a subir y voy a alcanzarlos; si te encuentras mal o cualquier cosa, toca el pito. ¡Toma las llaves!

—Ve tranquilo, de verdad que prefiero quedarme aquí. ¡Date prisa, que te dejan atrás!

—¡Como quieras, Sara!

Jesús alcanzó el grupo y les explicó que Sara prefería quedarse en el coche. Sara abrió el maletero y cogió una Coca-Cola fresca y, apoyada en el coche, miraba cómo el grupo subía y de vez en cuando se paraban para hacerse fotos.

Jesús desde arriba contempló a su mujer y alzó el brazo saludándola.

Sara le correspondió del mismo modo mientras sorbía despacio su refresco. En unos minutos el grupo desapareció de su vista y un escalofrío recorrió todo su cuerpo mientras miraba alrededor. No había ni un alma, solo el silencio; una brisa errante la acarició.

Pasaron unos diez minutos desde que Sara se quedó sola. Fue de nuevo al maletero y abrió una cajonera, cogió un paquete de patatas fritas y se subió al coche. Mientras comía y bebía, no le quitaba la vista a las ruinas, esperando ver a alguien del grupo.

Sara vio inexplicablemente cómo el sol surgía como si de un nuevo día se tratara, posándose de lleno en lo alto de las ruinas. Quedó unos segundos cegada. De repente las ruinas cobraban vida, y lo que era como un pequeño poblado derruido y solitario, ahora Sara lo veía como había sido antes. Aparecieron puertas y ventanas, las fachadas se mostraban como si estuvieran recién construidas. No se lo podía creer, ¡no podía ser cierto! Pensaba que todo era un espejismo de una increíble realidad.

Un grupo de mujeres estaban ordeñando a sus camellas delante de sus narices, varios muchachos llamaban con sus silbidos a las cabras que deambulaban de un sitio a otro. Sara giró la cabeza y vio unas

altas palmeras y justo al lado, un gran y precioso pozo de piedra. Varias mujeres caminaban de un sitio a otro, cubiertas completamente con sus burkas.

Llevaban cestas y de ellas asomaban verdes verduras. En otro rincón a pie del poblado se veía un pequeño huerto y un cercado con varios animales.

Sara abrió la puerta del coche y bajó... Se apoyó en el vehículo y puso sus manos en la frente para ocultarse del sol, que la cegaba con fuerza. Delante de ella, saliendo de una de las puertas, una mujer la observó, no había ninguna duda de que la estaba viendo. Levantó la mano y la saludó; instintivamente Sara se giró, era a ella a la que estaba saludando, detrás de ella no había nadie más. La mujer, tras unos segundos y de pie, descubrió su rostro. Era una joven hermosa, le sonreía y la miraba fijamente alzando la mano de nuevo e invitándola a que subiera al poblado. Sara observó aquellos ojos fijamente, esos ojos, aunque más jóvenes, no los podía confundir con ningunos otros, los tenía grabados en su mente. Era la vieja del oasis, aquella vieja arrugada con muchísimos años menos. El paquete de patatas fritas le cayó al suelo, estaba realmente muy asustada, y como por intuición, Sara se agachó a cogerlo. Cuando levantó la vista, Jesús y el resto del grupo la miraban desde arriba sonriendo, le hacían señales con los brazos, mientras se disponían a bajar con cuidado de las viejas ruinas.

CAPÍTULO 11

Sara sintió que no tenía la capacidad para asimilar todo lo que le ocurría.

Una vez más, era demasiado para ella. Respiró profundamente intentando corregir el estado en que se encontraba su corazón. Si contaba al grupo lo que acababa de ver..., la tomarían desde luego por una loca. Pensarían que tenía problemas mentales y ella sabía que no era cierto. Debía de sobreponerse rápidamente y pensó en Jesús, de nada serviría contarle una nueva visión, todo iba más allá de lo ilógico. Faltaba poco para que terminase el viaje y eso es lo que más deseaba.

Quería estar de nuevo en su casa y que aquella vieja por fin la dejara en paz. No sabía cómo era capaz de hacer lo que hacía, no podía entender nada, pero por alguna razón tenía esa clase de poderes. Empezó a pensar que, aparte de asustarla, aquella vieja nunca le hacía nada malo, en ningún momento había sufrido ningún daño; debía de analizar mejor todo lo ocurrido. Desde luego, la vieja estaba llamando su atención, pero no sabía nada más.

Aquella mujer tuvo un gran momento con ella y Sara pensaba que no estuvo a la altura de la vieja, se dejó llevar por su misterio, por sus palabras liosas como si le hubiera hecho algún conjuro y ella no supo reaccionar; le tendría que haber obligado a que le explicara sus palabras, a que le explicara qué quería y por qué ella.

Sara miró de nuevo las ruinas, en menos de cinco minutos estarían

todos en los coches.

De momento tuvo una gran curiosidad, no podía marcharse sin comprobarlo. Cuando las ruinas cobraron vida, ella vio unas palmeras y un pozo construido, tenía que saber qué había de verdad en todo lo que acababa de pasar. Si no había ninguna señal de que un día hubiera un pozo allí construido, pensaba que tal vez y solo tal vez, empezaba a tener más problemas de los que creía.

Corrió en aquella dirección, debía de darse prisa antes de que llegaran los demás. Se puso a mirar alrededor, de un sitio a otro, y en un par de minutos encontró lo que estaba buscando; sin ninguna duda aparecían los restos de lo que un día fue un precioso pozo de piedra.

Contrariamente, en vez de asustarse más, Sara sonrió: «No estoy loca».

Esas gentes habían vivido allí y la vieja arrugada también.

Todo era un misterio para ella, acababa de ver un momento del pasado, «realmente escalofriante», se dijo a sí misma.

Sara regresó a los coches, y el grupo se le acercó, puesto que estaban preocupados por ella. Jesús, paseando con ellos por aquellas ruinas, finalmente terminó contándoles que estaban pendientes de la operación de pecho y que Sara se sentía un poco cansada. Ninguno mencionó nada al respecto, Jesús había pedido que no le dijeran nada, pero por la forma en que la miraron, Sara supo enseguida y con seguridad que lo sabían. La gente tenía la

capacidad de desviar la vista hacia el pecho cuando se enteraban. Realmente tampoco le importó mucho, se habían hecho todos muy amigos y aquel sitio de alguna manera los unía. Tomaron unas cervezas antes de salir de nuevo hacia el hotel; aunque todavía era de día, no tardaría en ponerse el sol. Tom sacó el trípode de su cámara y todo el grupo se puso delante de las ruinas; querían guardar aquel recuerdo con ellos. Sara quizás lo guardaría también, pero de otra manera. Ninguno de ellos podía llegar a imaginar lo que ella vio, seguramente se escandalizaran al oírla; ese momento lo iba a guardar para ella sola. No quería involucrar más a Jesús, ni ella misma lo entendía. En esos momentos él no la podía ayudar, tenía que continuar el viaje cruzando los dedos y rogando que nada pasara.

Aquella vieja le quería decir algo, cada vez estaba más segura, debería de continuar en alerta... Solo sabía eso.

De regreso dieron un pequeño rodeo. Tom conducía más bien deprisa, el grupo todavía llevaba cosas para regalar. Mientras iban hacia Rissani, vio de lejos un pequeño albergue aislado junto a unas palmeras. A pocos metros de allí había unas haimas nómadas; se acercarían para darles ropa y juguetes, esas cosas siempre eran bien recibidas por aquellas gentes que carecían de muchas cosas. Por la emisora Tom avisó de su intención.

El grupo vivía ese momento siempre con gran ilusión, no podían dejar de emocionarse siempre que lo hacían. Solo con ver las caras de esas gentes, ya valía la pena acercarse.

Pararon los coches justo delante de las tiendas. Las mujeres y los niños se agolparon enseguida a su alrededor sonriendo. Tras varios saludos cordiales por parte del grupo, fueron a sus maleteros y buscaron qué ofrecerles. Sheila había hecho una gran recolecta de

juguetes propios y de varias amigas del colegio. Mónica y Ximo bajaron una caja precintada y ante los ojos de varios pequeños la abrieron. Uno a uno, todos tuvieron su peluche o muñeca. Los niños sonreían, gritaban y saltaban llenos de alegría mirando a esos visitantes. Las madres no dejaban de sonreír y de darles las gracias. De las tiendas salieron varios hombres acercándose y observando a los turistas que les estaban visitando. Miraron a sus hijos rebosantes de felicidad y, con mucha educación, juntaron sus manos y les hicieron una pequeña reverencia. Fue un momento inolvidable. Laura terminó por dar los últimos caramelos que les quedaban a los pequeños. Una de las mujeres con un francés un tanto dificultoso preguntó si tenían algo para el dolor de cabeza, así como calcetines señalando sus pies, pues ellas, al igual que los niños, iban descalzas; les explicó que allí por la noche hacía mucho frío. Sin pensárselo dos veces, Tom y David se quitaron sus botas y les dieron sus calcetines, en el hotel tenían más. David se acercó al coche y bajó una caja de ibuprofeno. El grupo lo miró muy, muy emocionado, era una de esas cosas que te llegaba y te calaba el alma. Tom y David miraron a sus amigos y estos, como si se hubieran puesto de acuerdo, empezaron a aplaudirles. Ese momento se contagió de unos a otros, el mismo grupo aplaudía. Después se les unieron los niños, las mujeres y finalmente los hombres. No hay ninguna palabra que llegue ni siquiera a acercarse para poder decir lo que pasó en ese momento allí... Mónica no le quitó los calcetines a Sheila, aún recordaba lo del escorpión y no le dio permiso para quitárselos; en cambio les regaló unas zapatillas de la pequeña que siempre llevaba de repuesto debajo de su asiento; en el hotel Sheila tenía otro par y pensó que con ese se apañaría igualmente. Aquella gente les estuvo sumamente agradecida y querían invitarles a tomar un té; el grupo ya sabía que era una verdadera tradición.

David, que dominaba a la perfección el francés, les agradeció la invitación, pero les hizo entender que se estaba haciendo de noche y les rogó que no se molestaran al no aceptar, pues debían de regresar al hotel. Acompañándoles hasta el coche, los nómadas se despidieron entre agradecimientos y sonrisas, y el grupo marchó con el corazón desbordado de alegría y con una sobredosis de sentimientos encontrados.

—¡Bien, chicos! —dijo David por la emisora—. Se nos ha hecho de noche, nos quedan unos quince kilómetros para llegar al hotel, así que no vamos a correr; ya vais viendo cómo son las pistas por aquí y la cantidad de baches y piedras sueltas que hay. Guardad bien las distancias. Solo son las seis de la tarde y vamos sobrados de tiempo. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —contestaron todos.

—¿Estás mejor, Sara? La verdad es que aquellas ruinas tenían un cierto encanto, si no te hubieras sentido tan cansada, pienso que te hubiera gustado visitarlas.

—No te preocupes, Jesús, me he bebido una Coca-Cola y he comido unas patatas fritas. Ahora estoy bien, anoche nos acostamos tarde y la verdad, desde que hemos llegado, no hemos parado, es solo eso.

—Es verdad... Estos chicos aprovechan muy bien los días y no nos dejan parar, pero está bien que visitemos todo lo que podamos, hay tanto que ver aquí…

—¿Qué vamos a hacer hasta la hora de cenar?

—No lo sé, Sara, no han dicho nada. ¿Por qué lo preguntas, te apetece algo en especial? —Me gustaría darme un masaje, creo que me iría de maravilla, necesito relajarme y unos momentos de no pensar en nada y que mi cuerpo afloje tensiones, eso es lo que me gustaría.

—En cuanto lleguemos preguntaremos si puede ser. No tengo ni idea si a estas horas todavía te pueden coger.

—Supongo que dependerá de la gente que tengan. Si puede ser, ¿te vienes conmigo?

—Me apetece más la idea de darme una buena ducha y tomarme una cerveza en la cafetería, independientemente de lo que hagan los demás, pero no te preocupes, te acompaño y preguntaremos.

—¡Está bien! Ojalá estén trabajando, realmente es pronto todavía.

Tras dejar los coches en el aparcamiento del hotel, quedaron en verse en un rato en la cafetería. Jesús y Sara fueron al mostrador de la sala de masajes y una atenta mujer apunto a Sara para las siete sin ningún problema. Faltaban diez minutos y le daba tiempo de darse una ducha rápida. Jesús la esperó sentado en la cama y nuevamente la acompañó.

Quedaron en verse en la cafetería en una hora.

Sara entró en la amplia cabina seguida de la amable masajista, una mujer joven con su túnica rosa pastel y su pelo negro completamente recogido en una corta coleta, sus manos estaban excesivamente tatuadas con la típica anaranjada henna.

Sara se quitó sus botas, sus vaqueros y el suéter negro que llevaba.

La mujer sujetó con una pinza la melena de Sara y la invitó a acostarse en la mullida camilla. Puso una gruesa toalla por encima de ella que previamente había calentado, el tacto fue sorprendente y confortable. La mujer encendió unas velas y apagó la luz, encendió también unas barritas de incienso con olor a vainilla y sacó un frasco de aceite que había calentado al baño María. Derramó unas gotas a lo largo de toda su espalda, Sara sintió la tibieza del líquido y cerró los ojos; las manos expertas de la joven empezaron a recorrer toda su espalda, entreteniéndose donde percibía mayor tensión y más de una contractura.

Sara empezó a notar cómo todo su cuerpo rápidamente se aflojaba, una sensación de bienestar la invadió. La joven bajó las manos por sus piernas, una mezcla de dolor y de placer recorrió todo su cuerpo. Cuando la joven se puso a tocar las plantas de sus pies, Sara suspiró abandonándose completamente a las sensaciones que la embargaban sin poder evitarlo. Aquella mujer era una de las mejores masajistas que Sara había probado. Ojalá lo hubiera descubierto antes, pensó por un momento, estaba segura que la hubiera visitado todos los días que estuvo hospedada allí. Cuando la mujer terminó, Sara creía que estaba a punto de desmayarse. La joven agradeció que solicitara sus servicios y tras unos minutos de recobrarse, Sara se vistió. Se sentía como nueva, se acercó al mostrador y pagó el masaje, veinte euros al cambio... No estaba nada mal, por lo que, por supuesto, si le daba tiempo antes de marcharse de allí, lo repetiría seguro.

Sara fue lentamente hacia la cafetería en busca de Jesús. Se sentía ligera, como si estuviera casi flotando. Jesús charlaba con Tom y David, encima de la mesa tenían las cervezas a punto de terminar. Sara dedujo que llevaban un buen rato en la cafetería. Se acercó a la barra pidiendo una buena copa de vino tinto y tras saludarlos se sentó al lado de su marido. Por la cara de relajación que llevaba

Sara, los tres sonrieron observándola; parecía que a Sara le había sentado muy bien aquel masaje.

—¿Te has quedado a gusto, eh, Sara?

—No lo sabes bien, David, creo que aún me dura.

—Muy bien, cariño, me gusta verte así, ahora creo que empiezo a arrepentirme de no haber ido yo también.

—Bueno, no pasa nada. Si nos da tiempo antes de irnos, yo repito seguro, así que ya sabes, ¡espabila!

—Vaya... Lo tendré en cuenta.

—Creo que mañana os dará tiempo después de venir de practicar por las pequeñas dunas —dijo David—. Después de las seis ya no tiene sentido estar allí ya que no se ve nada de nada.

—Bueno es saberlo, no está nada mal el plan para mañana, lago Iriki, un poco de dunas y luego un buen masaje, dos cervezas, la cena y al final nunca se sabe. ¿No, Sara?

—¡Ya estamos! —contestó Sara entre carcajadas.

—¡Hola, chicos! Veo que no estáis nada mal.

—Hola, Tino, no, no estamos mal como puedes ver. Pide una cerveza. ¿Y María?

—Ahora enseguida viene, ya sabéis, dándose los últimos toques antes de salir.

—Estábamos hablando de mañana, creo que será un día perfecto, le tengo ganas al lago ese y a las dunas.

—Pues yo el lago lo veo muy bien, pero las dunas… veremos. ¿Y si nos pasamos todo el rato atrapados en la arena? —dijo nuevamente Tino.

—Esperemos que no, Tino, confío en vosotros.

—Eso espero yo también, Tom, ya falta menos para comprobarlo.

—Hola, pensábamos que seríamos los últimos, pero veo que aún falta gente, voy a la barra a pedirme algo. ¿Tú qué quieres, Laura?

—No lo sé, Pascual. ¿Está bueno ese vino, Sara?

—Sí, está delicioso, suave y entra muy bien.

—Pues tráeme una copa, lo probaré. Empiezo a tener hambre, ya no tardaremos en entrar al comedor, ¿no?

—Falta media hora, Laura, entretén un poco al estómago con los cacahuetes que nos han puesto, los demás no creo que tarden en llegar —

le contestó amablemente David—. Me extraña que Ximo, Mónica y la peque no estén ya aquí, casi siempre son los primeros.

—¡Buenas! ¿Preguntabais por nosotros?

—Ahora mismo lo estaba haciendo, Ximo.

—Hemos tardado un poco más, pues mientras nos duchábamos, Sheila se ha quedado dormida. ¿Quieres una botella de agua, peque?

—Vale, papá. ¡Mira, Sara! Hoy no traigo un cuento, me he cogido esta muñeca para enseñársela a mis amigas. ¿Te gusta?

—Es preciosa, cariño, igual que tú.

—Gracias, tú también eres muy guapa —Sara miró a Sheila con una sonrisa, la pequeña era absolutamente un encanto.

Terminaron las bebidas justo cuando llegaba María. Eran las nueve en punto y Mohamed, como todos los días hacía, les invitó a pasar al comedor junto a los demás huéspedes. Mientras iban saliendo de la cafetería, les agradeció la propina que les dieron por el lavado de los coches.

El comedor ya no estaba al completo, varios grupos se habían ido ya después de pasar las uvas allí, pero también vieron nuevas caras; no imaginaban el ir y venir de tanta gente en aquel lugar tan apartado de todo.

La cena transcurrió como todas las noches, el servicio era excelente y los camareros rebosaban sonrisas y amabilidad. Como casi todas las noches después de cenar, hubo un rato de espectáculo con pequeños grupos de marroquís obsequiándoles con sus músicas y sus canciones.

La pobre Sheila se quedó un poco triste al comprobar que sus amigas ya no estaban allí, le hubiera gustado despedirse de ellas, pero ahora ya no había remedio. Sara se dio cuenta, la niña viajaba con adultos y llevaba muchos días fuera de casa y de su entorno, pero a pesar de eso, Sheila no protestaba nunca por nada para la corta edad que tenía.

Al principio la pequeña se mostró bastante tímida y reservada, como era de esperar, pero ahora hablaba con todo el grupo y todos estaban pendientes de ella. Sara le propuso a Sheila mientras tomaban ya el té que sacara los vestidos que llevaba para la muñeca y que cada vez que le cambiaran el modelo, harían fotos con el móvil a la muñeca como si de un pase de modas se tratara. La pequeña se puso muy contenta y Mónica miró a Sara unos segundos

con mucho cariño; al cruzar sus miradas, se sonrieron como si se conocieran hacía mucho tiempo.

El grupo intercambió direcciones y teléfonos y también sus correos, estaban seguros de querer volverse a ver, incluidos Tom y David.

Decidieron tomar otro té mientras charlaban con tranquilidad. Desde que le pasó a Sara la historia del escorpión, ninguno había vuelto a salir por la noche a la preciosa terraza; además, en el desierto cambiaba la temperatura de una forma exagerada. Durante el día, a pesar de estar en pleno invierno, todos iban con mangas cortas, utilizaban sus cremas solares para protegerse aunque igualmente sus caras estaban sonrojadas y día a día iban poniéndose cada vez más morenos, pero por las noches era imposible salir al exterior sin una buena prenda de abrigo.

Sara recordó a los nómadas a los que habían regalado sus calcetines.

Los imaginó reunidos alrededor de una gran hoguera para calentarse. Tras terminar el segundo té, el grupo acusó el cansancio de no parar durante días y decidieron retirarse e ir a descansar. Tom y David les recordaron que al día siguiente había que madrugar, se despidieron y quedaron en verse a las siete de la mañana. David ya había avisado a Mohamed para que tuviera preparado el desayuno para esa hora.

CAPÍTULO 12

Sara y Jesús apagaron la luz y, tras darse las buenas noches, la habitación quedó en una leve penumbra amparada por la ventana abierta. Sara permaneció unos minutos con los ojos cerrados; a pesar del sueño y del cansancio, no podía dormir, recordó todo lo que le había sucedido en las ruinas. Su mente recorrió cada lugar observando atentamente todo lo que había visto, le resultaba increíble ni siquiera mencionárselo a su marido.

—Jesús, ¿estás dormido?

—¡No! Pero no tardaré en estarlo, me encuentro también cansado.

¿Qué te pasa?

—Nada... ¿Qué te han parecido las ruinas esas que has visitado?

—¿A qué te refieres?

—No sé, cuando estabas allí dentro, ¿te dio la sensación de que allí un día hubo gente?

—Pues en cierto modo cuesta imaginarlo. Estaba todo medio

derrumbado, aunque hemos entrado en una especie de cueva, casi no se veía nada ya que estaba bastante oscuro, pero dentro hacía bastante frío.

Tom nos dijo que allí guardaban la comida que recolectaban, para poder mantenerla un mayor tiempo sin que se estropeara.

—¿Y qué más?

—Está lleno de pequeñas y estrechas callejuelas, pero sumamente empinadas. Supongo que vivir allí dentro no sería muy fácil, estando sus calles tan empinadas. El suelo era totalmente de tierra y piedras sueltas, no creo que viviera mucha gente en ese lugar, tal vez unas pocas familias como mucho.

—¿Sabes qué creo yo? La gente que vivía allí y sus descendientes ahora mismo están por aquí, en algún lugar, con sus familias en sus tiendas o pequeñas casas, como esas que vemos desde el coche cuando vamos algún sitio y creemos que están abandonadas por su aspecto.

Seguro que de vez en cuando visitan ese lugar con sus hijos y les enseñan dónde se criaron y cómo vivían.

—Menuda reflexión te estás marcando, Sara, y eso que no las has visitado. Yo lo que creo es que te has quedado con las ganas y te hubiera gustado ver algo más que las fachadas desde allí abajo, ¿no?

—Podría ser, Jesús, una vez pasas de largo, ya sabemos que no lo volveremos a ver más. —Nunca se sabe, Sara, nunca se sabe... A lo mejor nos apetece volver a venir otra vez algún día, ¿no crees?

—No creo, cada uno vive este viaje de una manera diferente, a mí me gusta, los sitios son sorprendentes, sus gentes, pero te voy a ser sincera: tal vez y solo tal vez, pensaría como tú si no hubiera conocido a aquella vieja. Parece mentira que una auténtica desconocida pueda influirme de esa manera. Quién me lo iba a decir… Pero te puedo asegurar que todo sería diferente si no hubiera aparecido esa mujer en nuestro viaje.

—Cuánto siento, Sara, que estés viviendo el viaje de una manera tan particular. Descansa, cariño, le das demasiada importancia a una mujer que conociste tan solo un momento y que ni tan siquiera viaja con nosotros. Debe de estar muy lejos, recuerda que se han ido. Además, estoy seguro que ni tan siquiera se acuerda de ti.

—¡Seguro que no! Buenas noches, Jesús, descansa tú también, cariño, y no te preocupes por las tonterías que te cuento, ya se me pasará.

Sara cerró nuevamente los ojos y forzó su memoria para volver a ver a la vieja cuando era joven. Por unos momentos la vio de nuevo con su larga melena morena y con la sonrisa dibujada en su piel tostada, a pesar de ir cubierta con aquellas ropas completamente. Era una joven muy hermosa y muy alta para la estatura que tenía actualmente; su cara le recordó a Gassit. Ahora pensaba que le hubiera gustado saber más acerca de la vida de aquella mujer.

El día amaneció completamente cerrado, el cielo estaba cubierto de nubes, y Tom y David lo agradecieron. Transitar por el lago Iriki

con un día así era lo mejor que les podía pasar.

Entraron los primeros en el comedor y Mohamed tenía puntualmente preparado el desayuno para sus madrugadores huéspedes. Tras unos saludos cordiales, Tom y David fueron en busca de platos. Empezaron a servirse crepes añadiendo manteca y mermelada, tras coger zumo de naranja y café. Se sentaron en la mesa y comenzaron a desayunar mientras esperaban al resto del grupo. Diez minutos más tarde todos desayunaban entre carcajadas escuchando nuevos chistes que graciosamente contaban Laura y María. A las ocho en punto salieron dirección Merzouga para comprar el pan para la comida, y unos minutos más tarde tomaron la dirección del lago Iriki. Llegarían a bordear la frontera con Argelia pero sin llegar a cruzarla. Ese iba a ser el sitio, entre comillas, más peligroso si cabía decirlo así que iban a visitar. Por supuesto, Tom y David lo sabían, por eso nunca cruzaban la frontera. Llegarían en algo más de dos horas y media, ya que iban por una hamada negra. Era la pista que llevaba directamente al Iriki y como lo conocían muy bien, sabían que era un auténtico pedregal.

La conducción era más bien rápida y de vez en cuando daban pequeños saltos controlados debido a la irregularidad de la pista y a los baches que encontraban en numerosas ocasiones. Estaba claro que iba a ser uno de los días más duros y agotadores. David por la emisora les contaba que valía la pena. Tras una hora de conducción, pararon a tomar un refresco. Sheila ahora sí se quejaba por culpa del traqueteo continuado que la agitaba en su asiento a pesar de llevar puesto el cinturón; les quedaba mucho tramo por delante y la pequeña empezó a agobiarse. Tras estirar las piernas y beberse unos refrescos, el grupo se puso de nuevo en marcha, y sin más remedio, la pequeña se resignó.

Pasaron por delante de pequeñas casas agrupadas y aisladas. Algunos niños salían corriendo al ver ya de lejos el polvo que levantaban los todoterrenos, pero el grupo estaba metido de lleno y

continuaron sin parar.

Laura tuvo ganas de tirar por la ventanilla un par de peluches que le quedaban, pero después de lo que paso el primer día con los caramelos y aquellos niños, se contuvo.

Eran casi las diez y media de la mañana y cuando se dieron cuenta David les anunció que estaban entrando en el lago Iriki. Redujeron la velocidad al principio. Tom y David querían que disfrutaran de ese momento, ya tendrían tiempo de correr después.

—¡Bueno, chicos! —dijo David por la emisora—. Estáis dentro del lago Iriki. Antes era una superficie pantanosa que solo se secaba en verano. Ahora está prácticamente siempre seco, a excepción de los días de contadas lluvias. Quiero que sepáis que ahora mismo estamos bordeando la frontera con Argelia, pero si continuamos en línea recta y no nos desviamos, no hay problema. ¿De acuerdo?

—Parece inmenso —dijo Pascual.

—¡Así es! Tiene unos ciento sesenta kilómetros de largo y unos siete de ancho, pero en la parte más ancha creo que llega a tener por lo menos treinta. Este es un sitio donde si queréis, podréis alcanzar grandes velocidades, pero os voy a decir que tengáis mucho cuidado ya que vamos a encontrar baches; de momento no deis vueltas rápidas ni volantazos. Sé que el sitio tal vez os parezca propicio para hacer todo eso, pero podríais volcar. ¿Entendido?

—¡Sí! —contestaron todos por la emisora.

—Es imposible visitarlo en pleno verano ya que es un sitio que alcanza los sesenta grados de temperatura. ¿Veis esos arbustos de la izquierda? Pues fijaos bien, cuando paremos, vamos a ver más de uno.

¡No los toquéis! Esos en especial son muy venenosos. El arbusto en sí se llama calotropis, y hay que tener mucho cuidado. ¿Oído?

—¡Sí! —esta vez solo contestó Sara, pero al momento la afirmación se repitió uno tras otro.

David miró a Tom y sonrió. El grupo aprendía muy rápido, estaban encantados con sus nuevos amigos y era una auténtica delicia compartir el viaje con gente tan maravillosa; sin dudarlo, un lujo para todos.

—El agua que contenía este lago pantanoso era agua salobre —

continuó diciendo David—. El lago Iriki, al dejar de ser lago, actualmente también se llama Sebka. El suelo es de arena endurecida, con una fina capa de sal, procedente de la desecación del lago.

—¿Podemos parar un poco, David? Me gustaría hacer alguna foto.

—¡Claro, Pascual! Sin problemas, si queréis, vamos a parar

alineando los coches para que salgan todos, y nos ponemos delante; esa es una de las fotos más típicas que la gente se hace aquí.

El grupo, tras dejar los coches pegados unos al lado de los otros, contempló aquel lugar antes de ponerse para la foto. Todos tuvieron la impresión de estar en una inmensidad absoluta, podían decirse al contemplarlo que estaban delante del infinito. La vista se les perdía en una línea completamente plana. Aventurarse en aquel lugar sin GPS, sin organizadores o sin tener buen sentido de la orientación, podría meter seguramente al que lo visitase en más de un apuro.

El cielo empezó a despejarse, si salía el sol..., más de uno descubriría por primera vez cómo eran los espejismos, aquel era uno de los lugares más propicios para verlos. Los espejismos en sí son una ilusión óptica natural, el reflejo del cielo parece el mar sobre la tierra arenosa caliente.

Se hicieron varias fotos juntos y también por separado. Sheila y Laura tenían hambre después del madrugón que se habían dado, y decidieron preparar unos mini bocadillos hasta la hora de comer. Tino guardaba una botella de vino tinto, la llevaba envuelta en un trapo de cocina para que no se rompiera. Buscó por la cajonera unos vasos de plástico y sirvió un poco a todos.

Cuando paraban a comer, compartían siempre lo que llevaban, se había convertido casi en una norma; siempre había algún salchichón que iba de mano en mano cortándolo con la navaja o alguna bolsa de aperitivos. De pie junto a los coches y observando todo alrededor, el grupo charlaba con amplias sonrisas y un buen sentido de camaradería.

Aprovecharon la parada para orinar. A esas alturas ya tenían

experiencia, como en ese momento en que estaban parados no había dónde esconderse, las chicas se pusieron a un lado de los coches y los chicos al otro. Estos tenían menos problemas, cuando se daban cuenta, ya había alguno haciéndolo solo con apartarse un poco del grupo y poniéndose de espaldas; en el desierto era así y realmente tampoco importaba ya mucho, se habían acostumbrado. Mónica en una ocasión comentó que jamás había orinado tanto por «la calle», provocando grandes risotadas de sus amigos, quienes la entendían perfectamente.

Terminaron el pequeño almuerzo y, como siempre hacían, metieron en una bolsa los restos, para después tirarlos en algún contenedor.

Subieron a los coches y se dispusieron a pilotar por aquel precioso lugar. María sacó la cámara de vídeo, cada vez que podía filmaba los lugares que iban visitando. Por la emisora pidió al grupo que pasaran uno a uno por el lado de su ventanilla con las ventanas bajadas; le encantaba filmar y además se le daba muy bien. Con sonrisas en sus rostros, el grupo fue pasando por su lado y ella, sujetando fuerte la cámara, sacó el brazo por fuera de su ventana para dar mayor realismo a las imágenes. El grupo se fue juntando unos metros más adelante y Tino guardó la distancia quedándose detrás. Todos a la vez aceleraron y, como estelas de polvo detrás de cada coche, María plasmó en su cámara uno de los momentos más espectaculares que el grupo estaba viviendo.

Recorrieron el lago Iriki casi en su totalidad. Cuando se dieron cuenta, eran más de las dos y sin encontrar un árbol que los cobijase, pararon a comer.

El cielo se había llenado de nuevo de nubes y una ligera brisa aliviaba el calor que hacia allí a esas horas. Agradecieron esas nubes y bajaron las sillas y las mesas. Como iban bien de tiempo,

ese día no prepararon bocadillos; todos llevaban sus pequeñas cocinas de gas, sartén y demás enseres. Mónica sacó una cazuela, iba a preparar unos fideos de sobre y tras preguntar, decidió coger la más grande; todos se habían apuntado a un primero de fideos. Sara sacó unos fiambres envasados al vacío y Laura ya había llenado las mesas con sus cervezas. Tom cogió de su cajonera unos botes de aceitunas, platos y vasos de plástico que llevaba siempre. Tino completó el menú con frutos secos y un par de bolsas de patatas fritas.

Estaban sentados y acababan de comer... A Sara le pareció ver un coche a lo lejos; como Tom y David habían dicho que verían espejismos, le hizo gracia y lo comentó al grupo.

—Creo que allá a lo lejos hay un coche parado.

—¿Dónde? —¡Allá, Jesús! ¿No lo ves?

—¡Pues no!

—Da igual, debe de ser un espejismo de esos.

—Sara, los espejismos son lo que son, parece que veas agua en el suelo, y cuando llegas ves que no es verdad, pero no se ven coches.

—Bueno, pues yo he visto uno. Poco a poco parece que se va, ya que cada vez lo veo menos. ¿Pero de verdad que no lo veis?

—¡Yo sí lo veo, Sara! Está allí, pero muy lejos. Ya casi no se ve.

—¡Gracias, Sheila! —contestó Sara mirando fijamente a su marido, con una pincelada de desafío en sus ojos.

—Está bien, Sara, el que yo no lo haya visto, no quiere decir que no estuviera allí. Esto es muy grande y la vista te se pierde sin saber exactamente dónde estás señalando, ¿vale?

—No os preocupéis, no pasa nada, sea quien sea, espero que sepa lo que está haciendo; si es por donde dices, va directo hacia la frontera de Argelia. ¿Recogemos? Es una hora perfecta para ponernos en marcha y volver al hotel —dijo Tom.

Empezaba a levantarse cada vez más aire, alzando millones de granos de arena. Cada vez era más molesto, en pocos minutos el aire se volvió si cabe todavía más fuerte.

David y Tom se miraron, sabían perfectamente lo que iba a pasar en pocos minutos. Debían de avisar al grupo y además darse mucha prisa.

—¡Escuchad! Creo que vamos a presenciar una tormenta de arena, guardadlo todo deprisa. ¡Venga! No os entretengáis ordenando nada.

Espero que no sea muy fuerte.

Mónica cogió a Sheila del brazo y corriendo la metió en el coche.

Después se puso a ayudar a Ximo a guardarlo todo, pero por lo que veía, no había mucho tiempo. El aire se estaba posando encima de ellos. El grupo, tal como había dicho Tom, sin arreglar nada, metió las cosas en los maleteros, mientras Tom y David sacaban bolsas de basura y precinto.

Movieron los coches agrupándolos y David repartió bolsas a los que llevaban snorkel; tenían que taparlos bien para que la tormenta no los dañara y no entrara toda la arena por ellos. Tom ayudó a tapar todos los filtros de aire con las bolsas, ya que si se llenaban de arena, podían romper el motor.

Sara se quedó quieta, su vista estaba clavada en una nube de polvo que se arrastraba por el suelo completamente hacia ellos.

«Los Silfos del desierto llegarán, yo los he invitado por ti».

—¡Todos a los coches! ¡Todos a los coches, subid!

Sara cogió la mano de Jesús tirando fuertemente de él, subiendo precipitadamente y viendo cómo el resto del grupo corría también. Tan solo unos minutos después dejaron de ver absolutamente. Escuchaban cómo la arena golpeaba sin cesar las carrocerías de los coches. Las tormentas de arena severas podían reducir la visibilidad

a cero. Estaban en uno de los sitios más propicios para que pudiera ocurrir. El lugar era completamente árido y cubierto en su mayoría por arena. Cuando fuertes vientos azotaban áreas tan secas, espaciosas y arenosas, levantaban los granos de arena sin piedad, rompiéndose en más partículas cada vez más pequeñas, arrastradas por el aire y llegando a desplazarse a grandes velocidades.

El grupo permaneció en los coches, esperando que la tormenta parara pronto y no les pasara nada. A través de sus ventanas apenas podían ver el coche que tenían justo al lado. Con las prisas, no habían tenido tiempo de quitar la antena de la emisora; esperaban que el viento no la arrancara, si no, el resto del viaje iban a estar sin comunicación.

Sara, sentada en su asiento, miraba al frente sin apenas ver nada. De nuevo la vieja hacía acto de presencia en su mente, aunque en esta ocasión se sintió ridícula pensando en ella. Solo era una tormenta de arena, una tormenta de lo más normal allí, como muchas otras que debían de suceder a lo largo del año.

David ya les había explicado que de vez en cuando sucedían esas tormentas, puesto que estaban en el desierto del Sáhara. Pero Sara, en lo más profundo de su interior, sabía que antes de regresar a España iban a ver en persona una tormenta de arena. La vieja del oasis así se lo hizo saber aquel día, cuando contemplaba aquel precioso espejo, aunque en ese momento no lo entendía. Cuando Sheila le explicó qué eran los Silfos, esa idea ya le pasó por la cabeza, solo tenía que esperar a que sucediera y rezar para que no les pasara nada.

Jesús no tenía ni idea de todas esas reflexiones que se hacía; había llegado ya a un punto en el cual a Sara le parecía que prácticamente lo tenía que solucionar ella sola. Quedaban dos noches para

finalizar el viaje y volver a Nador para embarcar, realmente tres noches si contaba la noche que pasarían en el camarote de regreso. Una sonrisa apareció de repente en su rostro cuando recordó las peripecias que tuvo que hacer para poder orinar en el pequeño lavabo sin que nadie la viera.

Estaban llegando casi al final del viaje y Sara intuía que algo muy gordo aún tenía que suceder. No sabía nada más, pero lo presentía cuando se daba cuenta de que siempre estaba en alerta. El viaje para ella era «una auténtica pesadilla».

La tormenta empezó a disiparse, poco a poco dejaron de estar en el centro de ella y los coches volvieron a ser visibles. Esperaron hasta cerciorarse que el peligro había quedado atrás y viendo cómo la tormenta se alejaba perdiendo fuerza a cada metro que avanzaba. El grupo bajó de los coches, inspeccionando cada uno su vehículo. Aparte de estar llenos de polvo y de arena, a simple vista parecía que todo estaba bien, lo comprobarían cuando se pusieran de nuevo en marcha para regresar al hotel.

Hubo un momento extraño que en esta ocasión sí pudo ser percibido por el grupo al completo. En una breve secuencia de tiempo, el cielo se pudo contemplar como si le hubieran dado marcha, las nubes corrían precipitadamente ante los ojos incrédulos del grupo, y al momento un sol radiante apareció ante ellos como si nada hubiera ocurrido y desapareciendo completamente todas las nubes.

¡Solo Sara se estremeció!

CAPÍTULO 13

—Ha sido realmente impresionante. La pobre Sheila ha tenido que cerrar los ojos más de una vez, menos mal que estábamos al lado de los coches...

—Impresionante es poco, Ximo... Nosotros hemos visto alguna que otra tormenta de estas, pero ha sucedido todo tan deprisa... Nunca habíamos vivido la forma en que ha desaparecido por completo y de repente surge el sol tan precipitadamente. ¿Verdad, Tom?

—Desde luego, solo puedo decir que ha sido toda una experiencia.

—María desde dentro del coche lo ha grabado todo, aunque supongo que poco se va a ver. Espero que las imágenes sean impactantes; cuando tengamos la película montada, pienso poner música de fondo y os la envío a todos. ¡Menudo recuerdo que vamos a tener!

—María, ¿por casualidad no grabaste el día que estuvimos cenando en aquel oasis?

—¡Sí! Grabé desde el coche cuando estábamos llegando y luego un poco las haimas de los nómadas y todo el alrededor.

—¿Tan solo eso? ¿No grabaste a Gassit, a su familia y cuando

estábamos sentados alrededor de la hoguera y salió su madre?

—No, Sara, se había hecho de noche y pensé que las imágenes no saldrían muy nítidas, ten en cuenta que es una cámara bastante sencilla.

¿Por?

—No, por nada, aquella mujer me pareció un tanto peculiar y quería saber qué habías grabado. Fue todo un tanto misterioso y seguro que esas imágenes hubieran quedado muy bien.

—Tienes razón, tal vez cuando estábamos alrededor de la hoguera sí tendría que haberlo grabado. Pero no se me ocurrió.

—¿Qué hacemos? Ordenamos un poco los maleteros y lo atamos todo, ¿no? Supongo que nos vamos.

—Sí, Laura, en cuanto lo tengamos todo controlado, es hora de irnos. ¡Avisad en cuanto estéis! —contestó David.

El grupo, tras asegurarse de que todo estaba en su sitio y bien amarrado, subió a los coches. Eran casi las cuatro de la tarde, llegarían al hotel apenas con los últimos rayos de sol, pero sería una hora excelente.

Sara ya estaba pensando en el masaje que se iba a dar nuevamente.

Se sentía contenta sabiendo que iban a tener tiempo para todo y así se lo comento a Jesús mientras regresaban de un día que iba a ser inolvidable. Podría contar a sus amigas la impactante tormenta de arena que les había alcanzado.

—¿David, me oyes?

—Dime, Pascual.

—Me está subiendo la temperatura del coche.

—¡No jodas!

—Tal cual te digo. ¿Qué hago, paro?

—¡Sí! Pero no pares el motor, ahora damos la vuelta y lo miramos.

¡Chicos, vamos a parar! Veremos qué le pasa a Pascual.

David y Tom dieron la vuelta y se acercaron al coche de Pascual y Laura; dijeron por la emisora que nadie bajara de momento.

El grupo permaneció en los coches mientras David y Tom iban a mirar directamente los bajos del vehículo. Esperaban que lo que estaban temiendo no fuera, pues si era así, tenían un grave

problema. Tras mirar, vieron confirmados sus temores, estaba cayendo agua del refrigerador. Pensaron en tener suerte y que solo fuera un manguito que se había reventado, pero después de comprobarlo y por cómo se salía el agua, lo acabaron de tener claro. Comprobaron la alta temperatura que marcaba el salpicadero, no había ninguna duda, Pascual acababa de reventar el radiador.

David subió al coche de Pascual y por la emisora dio la mala noticia al resto del grupo. No había más remedio que desmontar el radiador y llevarlo a reparar sin otra opción.

El grupo bajó de los coches, acercándose al lugar donde se encontraba el de Pascual. El semblante de los organizadores era serio.

—Tenemos avería y de las gordas, pero tranquilos, que lo solucionaremos. La cuestión es que unos tendremos que hacer noche aquí con las tiendas que llevamos. ¡Eso seguro! Tres coches y solo dos pueden regresar si quieren hacerlo.

—¡Explícate! —dijo Sara.

—Tenemos por lo menos una hora para desmontar el radiador, algo más de una hora para que lo reparen en algún taller, aunque ya estamos pensando dónde lo vamos a llevar en Zagora. Por la hora que es y después de desmontarlo, no creo que estemos allí antes de las seis y media; la hora de arreglarlo, siete y media; otra hora para volver seguro. Como estas cosas a veces se complican, vamos a decir que estemos aquí a las diez.

Luego tenemos que montarlo, serán las once ya seguro y tenemos, si todo va bien, más de dos horas de vuelta al hotel. Con un poco de suerte llegaríamos sobre la una y media o las dos, así que lo mejor será que montemos las tiendas, para eso las hemos traído por si acaso. No es la primera vez que hemos tenido que recurrir a ellas y puesto que llevamos comida y bebidas, no pasa nada. Mañana a primera hora o cuando nos despertemos se regresa y ya está. Pero también es verdad que dos coches pueden regresar. Tom y yo nos tendremos que quedar para montar el radiador cuando ya esté reparado. El coche de Pascual y Laura, ni hay que decirlo, y otro coche se tiene que venir también a Zagora, solo faltaría que tuviéramos una avería nosotros y Pascual se quedara completamente colgado. Puede regresar el coche de la familia de Ximo, más que nada por la pequeña, y quedáis Tino y Jesús. Uno de los dos tiene que venir con nosotros al pueblo y el otro, si lo desea, puede marcharse con Ximo. Así que mientras Tom y yo vamos desmontando el radiador, id pensando qué vais a hacer.

—¡Yo quiero dormir en la tienda, mamá! ¿Nos podemos quedar?

Será divertido.

—Lo que diga papá, cariño. De todos modos, no me parece bien que nos vayamos y dejemos aquí a nuestros amigos con esa avería.

—Nosotros nos quedamos, David. ¡Lo que haga falta! Llevamos tienda y no pasa absolutamente nada.

—Está bien, Tino, muchas gracias. ¿Y vosotros, Jesús? ¿Ya lo tenéis claro?

—Nos quedamos también. Aquí, o mojamos todos, o la puta al río...

El grupo soltó una carcajada, todos a excepción de Sheila, la pequeña no tenía ni idea de lo que acababan de decir, solo sabía que Jesús acababa de decir una súper palabrota y que sus padres, en vez de enfadarse, se reían también.

—Decididamente, nos quedamos todos —soltó Ximo.

El grupo lo tenía claro y empezaron a mirar dónde iban a acampar.

Tras oír las opiniones de unos y de otros, los organizadores tomaron el mando. Habían acampado en numerosas ocasiones y en sitios peores que ese, harían las cosas bien para pasar el menos frío nocturno del desierto y lo tenían bastante claro. Organizaron que pusieran las tiendas unas al lado de las otras. Antes de montarlas les dieron un gran toldo para que lo pusieran debajo; el contacto directo con el suelo arenoso traspasaría las tiendas y notarían cómo el frío entraba por el suelo. Todas las tiendas eran del tipo iglú, gran ventaja para montarlas automáticamente y sin piquetas; eran las tiendas que ellos habían pedido que trajeran para estos casos.

Tom y David fueron a por la caja de herramientas y se pusieron enseguida a desmontar el radiador, que era lo que más les urgía. El resto desplegó el toldo y cada uno, cogiendo de una punta, lo puso en el suelo para después ir colocando las tiendas encima de él. Cuando regresaran de Zagora, pondrían todos los coches en círculo alrededor de las tiendas. Ya que les habían dado la buena noticia de que llevaban otro toldo y cuerdas, lo atarían de un coche a otro para hacer con él un buen techo. El frío calaba por la noche y era un buen método para estar más cobijados.

También se tendrían que turnar con los focos de los coches para no gastar las baterías para alumbrar y poder montar de nuevo el radiador. Todos llevaban sus linternas y alguna batería de reserva, ahora se daban cuenta de la importancia de traer todo lo que los organizadores habían puesto en la lista de imprescindibles.

El grupo se puso manos a la obra y el pequeño campamento improvisado fue tomando forma, aprovechando las pocas horas que les quedaban del día.

El toldo en el suelo preparado y estirado, con varias piedras alrededor para que no se levantase; las cinco tiendas montadas y agrupadas en el centro, con los aparatos manuales que llevaban; hincharon las colchonetas, prepararon los sacos de dormir dentro de sus respectivas tiendas, bajaron del maletero la manta que llevaban todos y que David había aconsejado no dejar en el hotel por si acaso. Los que llevaban cojines individuales en los coches, los repartieron para que todos tuvieran uno. Después organizaron en un lado dos mesas, con eso sería suficiente para todos, y bajaron las sillas poniéndolas alrededor. Eran las cinco en punto de la tarde y Tom y David, con unas sonrisas en sus bocas, enseñaron al grupo el radiador; ya lo tenían desmontado y rápidamente iban a salir hacia Zagora. Pascual se subió al coche con David, y Tino se brindó en ir con su coche para acompañarlos y asegurar, tal y como había dicho David. Ximo, para que Tino no fuera solo, se fue con él, ya que Tom iba a quedarse con el resto del grupo. Así pues, mientras los dos coches se alejaban, Jesús y Tom empezaron a poner en los agujeros preparados del toldo los cordeles para tenerlo todo controlado cuando llegaran.

El grupo, tras revisar el campamento que habían improvisado, se sentó alrededor de las mesas. Había transcurrido ya una hora y pensaban que sus amigos estarían casi llegando a Zagora; eran las

seis de la tarde y empezaba a oscurecer, todos iban con manga corta, por lo que alguno se levantó para ir en busca de su chaqueta. Ahora agradecían de nuevo las instrucciones que diariamente repetían los organizadores antes de salir.

Mónica fue al coche y saco un suéter para Sheila, se sentía bien pensando que la pequeña todavía tenía de reserva la gruesa chaqueta. Miró en su cajonera y comprobó con agrado que el paquete de pan de molde estuviera aún sin empezar; llevaba latas, fiambre y un bote de Nocilla.

Sacó un cuchillo y le untó a la pequeña un par de rebanadas. El resto del grupo estaba tomando unas cervezas mientras compartía unas galletas saladas.

—Mañana ya no haremos dunas, supongo. ¿O igual?

—Depende de la hora a la que lleguemos y cómo estéis de cansados.

Supongo que si sobre las diez estamos por el hotel, se puede hacer igualmente. ¿Tienes ganas, eh, Jesús?

—La verdad es que sí, pero bueno, estas cosas pasan y lo primero es lo primero. De todas formas, según vosotros solo tenemos que recorrer cuatro kilómetros más o menos, puede que igualmente decidáis ir. Me hubiera gustado practicar un poco antes de meternos dentro.

—¿No te atreves a entrar con nosotros sin practicar?

—¡Hombre, sí!

—Verás, Jesús, podemos comentar, ya que estamos aquí tranquilamente, cómo conducir por ellas. Desde luego, es mejor si ya habéis tenido anteriormente algún tipo de contacto, pero nos lo vamos a tomar con calma. Después de cenar lo comentamos con David y veremos qué opina él.

—Tampoco debe de ser tan difícil, ¡digo yo! A Sheila le hacía mucha ilusión. ¡Pobre!, para una cosa que realmente le apetecía hacer...

—Nosotros ya hemos visto la destreza que tenéis todos con el 4x4, y se nota que controláis, sobre todo por pistas, pero la arena, Mónica, es otra cosa, más que la arena, las dunas. Allí dentro no se puede dar frenazos, os quedaríais enseguida clavados en la arena y tendríamos que sacaros cada vez; hay que conducir con fluidez. Tampoco es bueno dar ningún volantazo; cuando se llega a una cresta de nuevo, no se toca el freno, se levanta un poco el pie del acelerador y, sin perder la inercia y sin acelerar demasiado, dejad que el coche se deslice bajando la duna. Al principio impresiona porque llegas arriba y no ves la bajada hasta que no te metes en ella. Hay que guardar siempre las distancias por las dunas, eso es primordial, podría alguien quedarse clavado y el otro darle por detrás.

Cuando se sube una duna, se sube con decisión y acelerando, pero los vuelcos son también peligrosos. Si os quedáis en algún momento con el coche de lado y veis que hay riesgo de volcar, no hay que ponerse nervioso ni precipitarse, lentamente se da un poco marcha

atrás hasta enderezar el coche. Veréis también que en más de una ocasión nos vamos a perder de vista, pero no pasa nada, antes de entrar todos tendremos activado el track del GPS que vamos a seguir; bueno, no es que lo tengamos que seguir exactamente, es solo una referencia de dirección y que el copiloto deberá de estar controlando y atento para no perderse y mantener el rumbo.

Nosotros procuraremos, cuando encontremos una explanada donde parar, que nos reagrupemos y para que aprovechéis los que queráis hacer fotos desde allí dentro, os aseguro que es impresionante. Si alguien se queda atascado en la arena, que será lo más normal, no pasa nada, se avisa por la emisora y David y yo vamos a sacaros; llevamos eslingas y cabestrante y, por supuesto, todos llevamos palas. Nosotros llevamos hasta planchas de desatasco, así que lo único que puede pasar es que esos kilómetros cueste algo más de tiempo de cruzar... o no, dependerá de la habilidad del grupo, que por cierto, pienso que va a ser muy buena.

—¡Menuda explicación nos acabas de dar! Yo creo que después de oírte, ¡eso está chupado!

—¡Muy seguro te veo yo, Jesús! ¡Veremos! Continúo sin tenerlas todas conmigo —comentó Sara mirando a su marido.

—Pues Tino también le tiene ganas a las dunas y yo me muero por filmar por allí dentro.

—¡Eso! Tienes que filmarnos mientras conducimos por las dunas, quedará genial para la película que estás haciendo —dijo Mónica mientras le guiñaba el ojo a su hija sonriente.

La noche llegó al campamento. Todos se pusieron sus gruesas chaquetas, empezaba a notarse el frío. Decidieron preparar bocadillos con el pan que les quedaba y sacaron también pan de molde.

Sara escuchó a lo lejos el sonido de un coche. Cuando se lo dijo al grupo, todos se quedaron callados; tras unos segundos comprobaron que, efectivamente, no muy lejos de donde se encontraban, por lo menos un coche merodeaba por allí. Era imposible que fueran sus amigos, debían de estar en plena reparación del radiador.

El grupo se levantó mirando a un lado y al otro. La vista se les perdía en la oscuridad de la noche, tan solo alumbrada por miles de estrellas, la luna y un par de linternas... No se veía absolutamente nada. Por el ruido del coche, no debía de estar muy lejos, pero a pesar de eso no se distinguían los faros que supuestamente debía de llevar encendidos. Sara se intranquilizó, no le parecía nada justo que quien fuera pudiera en la lejanía distinguir que allí había personas acampadas y ellos no ver quién estaba por ahí fuera. Ese día apareció un coche de la nada y del mismo modo desapareció, a pesar de que el grupo no acertó a verlo, ella sí lo había visto y Sheila también.

La cabeza de Sara estaba proporcionándole información a modo de secuencias desconocidas. No tenía ni idea de qué pensar, pero lo que sí sabia y sentía era que algo los estaba acechando, algo estaba iniciándose sin contemplaciones y con esos sentimientos se sentía responsable en medio de todos sus amigos, amigos que desconocían por completo los pensamientos incontrolados y perdidos que embargaban sin piedad a Sara. Tom tranquilizó al grupo, que continuaba de pie en silencio mirando todo su alrededor, tan solo la pequeña Sheila permanecía sentada y miraba seria de vez en cuando a su madre.

—No os preocupéis, debe de ser ese tipo de gente a que le gusta la conducción nocturna; además, tenemos iluminación y nos verá, lo malo sería si estuviéramos completamente a oscuras y chocara con nosotros, pero no es el caso. Estoy seguro que dentro de un momento ya no lo oiremos.

—¡Bien! ¿Pero por qué no se ven sus luces? Parece que está bastante cerca y sin embargo no lo vemos —dijo Mónica un tanto alterada.

—Pues no sé muy bien qué contestar, podría ser que tenga los faros averiados.

—¿Los dos?

—Sé que es raro, Mónica, pero podría ser.

—Pues yo me pregunto cómo alguien conduce por este sitio solo y sin luz, puesto que parece que sea un solo coche. Da un poco de respeto, la verdad, no sabemos ni quién es ni qué intenciones tiene.

—No llevemos las cosas tan lejos, Laura, tan solo es un coche que pasa de noche por el lago Iriki —contestó contundente Tom.

—Estamos muy cerca de la frontera con Argelia, creo recordar que lo mencionaste. ¿No, Tom?

—¡Sí, así es! Pero no sé qué tiene que ver ahora eso, Sara.

—Nos podrían estar controlando.

—¿Controlando? ¿Quién, para qué?

—¡No lo sé!

—¡Venga, Sara! Creo que nos estamos poniendo nerviosos, estoy seguro que dentro de un momento el coche seguirá su camino y dentro de un rato llegarán los nuestros y cenaremos.

—Eso espero, Jesús, ojalá tengas razón y estemos sacando conjeturas de donde no las hay.

—Verás que tengo razón, mañana y de día verás que nos reiremos de este momento, cariño. La noche, a veces alimentada por la incertidumbre, da este tipo de malos rollos.

—Bueno, chicos, el sonido del coche se oye pero me da que cada vez está más lejos. ¿No os parece? Yo lo dejaría correr, no ha pasado nada,

¿no?

—Sí, María, eso parece. Como os he dicho al principio, será un 4x4

al que le gusta conducir de noche. Creo que ya no vale la pena hablar más del tema.

—Yo ya no lo oigo, mamá. —Yo tampoco, cariño, ya se ha ido. Tom tiene razón, puedes estar tranquila, peque.

Sara miró a Tom, tuvo la sensación que a él mismo le costaba creerse lo que acababa de decir. Luego observó a su marido, en ese momento sus miradas se cruzaron y rápidamente Sara le sonrió; no quería darle a entender su nueva preocupación, tenía claro que volvería con sus sermones por sus repentinas y extrañas conclusiones, así que se acercó al maletero y se bajó una cerveza, quería desconectar unos minutos por miedo a ella misma y por miedo también a que su boca se desmelenara sin contemplaciones y contara al grupo sus temores e inquietudes. El grupo, tras permanecer unos minutos en silencio y comprobar que el coche había desaparecido, se sentó nuevamente esperando que llegaran pronto los demás. Esperaban que el radiador estuviera reparado y por supuesto deseaban pasar tranquilamente la noche. Sara sorbía despacio su cerveza mientras los observaba en silencio, no supo a ciencia cierta si fue la helada cerveza o quizás sus propios pensamientos, pero como siempre le pasaba, nuevamente un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

CAPÍTULO 14

David tomó la calle que le llevaba directamente al conocido taller del

«Flaquito», en Zagora. Era muy raro estar por allí o por los alrededores y no haber tenido que visitar alguna que otra vez ese taller. David y Tino, mientras estaban llegando a Zagora, habían sido acosados un buen tramo por los captadores de coches averiados; iban en un Land Rover y los perseguían para guiarlos hacia sus talleres. Continuaron por una serie de calles hasta ver el cartel colgado en la entrada del taller: «Mohamed Flaquito». La fachada arqueada estaba pintada de un rosa fuerte y una gran palmera salía de la mal asfaltada acera dando sombra a la entrada. A un lado se amontonaban numerosos neumáticos de todos los tamaños, aunque a simple vista parecían más bien de segunda mano.

Varios chavales a pie o en sus bicicletas se sentaron en el suelo alrededor. Cuando llegaban turistas con sus coches a sus talleres, era todo un espectáculo para ellos, rompían por completo la rutina de sus tardes y observaban si iban a sacar algo con que obsequiarles; ellos, por si acaso, ofrecían la mayor de sus sonrisas y levantaban la mano saludando.

Las paredes estaban casi al completo cubiertas por numerosas pegatinas de grupos que habían pasado por allí; todas o la gran mayoría eran de 4x4, se veían de todos los colores, formas y tamaños con sus logotipos. Dentro del taller se encontraba Mohamed y tres jóvenes vestidos con sus respectivos monos azules semicubiertos de grasa. Mohamed llevaba puesta su inseparable

gorra; solo con mirarlo ya se adivinaba que era una buena persona y que se dejaría la piel solucionando los problemas de los coches que lo visitaban.

David se acercó y tras un afectuoso saludo, le explicó lo sucedido con el radiador. Mohamed lo dejó apoyado en la mesa y directamente se puso a revisarlo; los tres ayudantes con tan solo una mirada del

«Flaquito» hicieron levantar los capós y empezaron a soplar filtros y radiadores. Las nubes de polvo que se levantaron fueron impresionantes.

Sin mediar palabra, los chavales mientras Mohamed arreglaba el radiador, se pusieron a repasar y limpiar los dos 4x4. Cuando terminaron, Mohamed se aseguró de mirar si habían engrasado bien las trasmisiones.

Nuevamente volvió con el radiador y haciendo gala de la buena fama que tenía en ese mundillo, en poco más de una hora estaba completamente reparado. Pascual, tras pagarle un módico precio, sonrió, pensaba que lo iban a sangrar por la urgencia de la reparación, pero no fue así y aceptó de buen grado el humeante té a la menta que uno de los chavales del taller ofrecía tras estar todo solucionado.

Se despidieron de Mohamed y de los chavales sumamente agradecidos, dándoles unas propinas por la limpieza y el engrase que les habían proporcionado, y rápidamente subieron a los coches.

Era completamente de noche, les quedaba hora y media para regresar al campamento y aún tenían que montar el radiador. Pascual se sentía aliviado, los organizadores, tal y como esperaba, habían estado a la altura de las circunstancias en aquel lugar perdido.

Una hora y media más tarde llegaron sin ningún otro contratiempo al pequeño campamento. El resto del grupo veía ya de lejos las luces de los dos coches, y se levantaron esperando que la avería estuviera reparada y que nuevamente todo volviera a la normalidad. Pasar una noche en el lago Iriki acampados también tenía su encanto y así se habían mentalizado.

—¿Cómo ha ido, David, lo han reparado?

—Por supuesto, espero que nadie lo dudara, Tom. Veo que está todo perfectamente montado y organizado. ¿Cómo estáis de hambre, podéis aguantar un poco y así lo dejamos ya montado?

—Hemos picado un poco. Casi mejor hacerlo ahora y así luego ya nos relajamos. ¿Queréis una cerveza primero?

—¡Por mí sí! —respondió David—, y enseguida nos ponemos, necesitaré un coche que nos alumbre y un par de linternas.

—Está bien, tomaos las cervezas y ahora mismo lo organizo. Has ido directamente al «Flaquito», ¿no?

—¡Sí! Era la mejor opción y la más acertada. Además, no se ha pasado nada con el precio y encima nos han engrasado los dos coches, como era de esperar.

—Pues nosotros casi se podría decir que hemos tenido una misteriosa visita.

—¿Una visita? ¿De quién, Sara? —preguntó asombrado David.

—No lo sabemos, bueno, tampoco es que se pueda decir ciertamente así, pero ¿recuerdas que yo hoy he dicho que he visto un coche parado a lo lejos? Como si nos estuviera observando, pues era ya de noche cuando lo hemos oído, debía de estar bastante cerca por el sonido, pero no llevaba las luces encendidas y no lo hemos podido ver.

—Qué raro lo de las luces, pero que pase un coche por aquí ya de noche es una cosa bastante habitual. Hay gente a la que le gusta ese tipo de conducción y tal vez se dirigía a algún albergue cerca de aquí.

—Supongo que puede que tengas razón, pero estaría más tranquila si no estuviéramos tan cerca de la frontera con Argelia.

—¡Vaya con Sara! ¿Pretendes meternos miedo? Ya sabes que somos muchos hombres y que solo has visto un coche.

—No te enfades, David, quizás en este lugar el coche ese dichoso

me ha puesto un poco nerviosa y en alerta.

—Venga, Sara, cariño, ¡déjalo ya! Vas a estropear una auténtica velada en pleno desierto y no tiene mucho sentido arruinarla por nada.

¿Vale?

—De acuerdo —contestó Sara observando las miradas serias del resto del grupo. Parecía que siempre tenía que dar la nota y se prometió que ya no iba a decir nada más.

—Estamos cansados y hambrientos a estas horas, ahora mismo solucionamos lo del radiador, cenamos y nos relajamos todos, no os preocupéis, este sitio es seguro, Tom y yo hemos estado muchas veces ya por aquí. ¡Venga!

Tino subió de nuevo al coche y lo encaró para poder alumbrar el coche de Pascual. David terminó rápidamente su cerveza y sacó el radiador del coche. Tom se acercó con dos linternas y, mientras Pascual los alumbraba, se pusieron manos a la obra.

Tal y como esperaban, en menos de una hora lo tuvieron montado.

Tras purgar el sistema de refrigeración, David probó a poner el coche en marcha arrancando a la primera. Todo el grupo se acercó dando palmadas de alegría y voceando con agrado a los organizadores. Ximo bajó la ventanilla de su coche y puso en

marcha su CD, llevaba música moruna con mucho ritmo y le dio volumen. El grupo se contagió, era un momento inolvidable y el sitio donde se encontraban propiciaba si cabe aún más la euforia que sentían. Empezaron a moverse al ritmo de la música; Sheila reía sin parar viendo a sus padres hacer el tonto con sus caderas. Sara cogió la mano de la pequeña y, bailando las dos, se acercaron a los demás.

Por un momento Sara se olvidó del frío, del hambre que empezaba a sentir, del coche misterioso, cerró los ojos y dejó de pensar en su pecho y hasta consiguió dejar atrás a la vieja arrugada. Todos reían al compás de la música mientras Tino servía unos tintos para terminar de entrar en calor.

María, viendo el espectáculo que se había montado, fue al coche en busca de su cámara; era preciso inmortalizar ese momento y sin decir nada se puso a grabarlos. Dos canciones después, Sara le pidió la cámara a María, invitándola a que bailara junto al grupo y así ella saldría también en la película.

Mientras Sara grababa girando la cámara de un lado a otro, de repente se quedó completamente parada y continuó grabando. Lejos de allí y apenas durante unos segundos, a Sara le pareció ver unas luces, casi no le había dado tiempo de verlas, pero estaba segura de que las había grabado.

Continuó grabando hacia aquel lugar, pero ya no se veían. No tuvo claro qué hacer, el grupo la cuestionaría si decía algo, aunque esta vez sí tenía razón; lo podían comprobar viéndolo en la cámara. Sara, sin decir nada, pausó la grabación y la retrocedió unos minutos hacia atrás. Se quedó mirando la pequeña pantalla y, efectivamente, comprobó que lejos de allí, cuatro luces aparecían escasamente unos segundos encendidas, apagándose por completo

como si las hubieran desconectado. «¡No es un coche, ahora son dos!», pensó. Levantó la vista y contempló las carcajadas del grupo; bailaban completamente embriagados de una gran alegría, estaban de vacaciones y pasándoselo muy bien. Le habían hecho un corro a Sheila, la pequeña reía al compás de las palmadas que le ofrecía gustosamente el grupo mientras la pequeña intentaba mover sus caderas como todos. Sara se acercó a María y le devolvió la cámara con una pequeña sonrisa. Tenía muy claro que no podía ni iba a decir nada, tan solo continuar alerta y rezar para que no les pasara nada.

Jesús se acercó y la cogió de la mano. Ella se abrazó a él en silencio, cada vez que estaba entre sus brazos, ella se sentía en casa, a salvo, y era una sensación de la cual jamás quería prescindir.

Sara tan solo tuvo palabras para decirle que empezaba a notarse cansada y que se iba a sentar para comerse ya su bocadillo. Jesús, sin soltarla de la mano, se fue con ella y se sentó a su lado mientras cogían un par de bocadillos que estaban ya preparados encima de la mesa. Poco a poco todos se fueron sentando para empezar a cenar. Ximo se acercó al coche y apagó su CD, no quería quedarse sin batería. Segundos después todos comentaban el momentazo que acababan de vivir, una experiencia que estaban seguros todos iban a recordar una vez estuvieran ya de regreso.

—¿Por qué no nos contáis alguna historia chula del desierto o de nómadas?

—Eso estaría bien, pero casi mejor después de la cena y con un té bien caliente. ¿Vale, María?

—¡Claro que sí! Ahora mismo bajo el hornillo y me pongo a

calentar agua, puesto que yo ya he terminado.

—Perfecto, dejaremos una pila encendida encima de la mesa, cada vez hay más estrellas y tampoco es que estemos a oscuras completamente.

Os aconsejo que saquéis las mantas de las tiendas y os las pongáis por encima, hace un momento estábamos acalorados con tanto baile, pero estoy seguro que dentro de un momento os vais a helar todos —contestó David mientras son reía a María, que ya estaba calentando el agua y sacando un paquete de té y el azúcar.

—¿No ibais a poner un toldo? —preguntó Laura.

—Vaya... es verdad, finalmente no lo hemos puesto. ¿Queréis que lo pongamos?

—Por mí no, Tom, menudo espectáculo que tenemos encima de nuestras cabezas, no me canso de mirar el cielo, ¡es una auténtica pasada!

—contestó Jesús apoyado por el resto del grupo, que opinaba exactamente igual que él.

Mónica repartió el humeante té y se sentó cogiendo en brazos a la pequeña Sheila, que estaba empezando a bostezar. Ximo les acercó una manta y las dos quedaron prácticamente enrolladas con ella. David estaba a punto de ofrecerles una apasionante historia según

él y todos se quedaron observándolo en silencio.

—En un pueblo tuareg, también llamado pueblo del velo, vivió una joven muy bella, su nombre era Lena, única hija de un humilde matrimonio cuyos seis hermanos mayores eran todos varones. La madre acogió a la pequeña con una gran felicidad, no tanto por parte del padre, que veía a la pequeña más bien como un estorbo y una boca que alimentar. A pesar que los hombres tuareg tenían un gran respeto por sus mujeres, el padre ejercía sin piedad un machismo enfermizo. Con los años su mujer había aprendido a llevarlo lo mejor posible y nunca se atrevió a contrariar a su marido. Desde los primeros días se dio cuenta de cómo miraba y trataba a la niña y la alegría del principio fue mermando en el pobre corazón de la madre, pues sabía que su marido no se lo pondría muy fácil a la pequeña Lena.

»El pueblo tuareg era un pueblo lleno de sabiduría y sus costumbres se anteponían con una gran curiosidad entre todos aquellos que llegaban a conocerlos o a tener contacto con ellos. Desprendían una cierta magia en su entorno y muchos anhelaban convivir con ellos con una sobredosis de curiosidad. Lena crecía amparada por su bondadosa madre. Mientras fue pequeña no tuvo demasiados problemas, ya que su padre estaba muy ocupado con sus hijos varones y les enseñaba bajo su punto de vista «la verdad de la vida». Ya tendría tiempo de ocuparse de su hija cuando creciera un poco más.

»Como pueblo nómada, el padre tenía que agudizar todas sus cualidades para sobrevivir junto a su familia y también sentía una gran necesidad de trasmitir a sus hijos el legado de su cultura como tuareg. Los hijos varones captaban todo lo que el padre les enseñaba, pero sin remedio alguno, fueron volviéndose como él, machistas despiadados, haciéndole en más de una ocasión jugarretas pesadas a la pobre pequeña Lena.

»Los años fueron pasando y Lena cumplió los ocho de edad. Su belleza se palpaba solo con mirarla y la madre alimentaba la esperanza de que un día alguien importante pasaría por allí y se enamoraría de ella llevándosela, a pesar de la angustia que eso le causaba, muy lejos.

»El padre empezó a disfrutar haciendo que la pequeña cargara con el agua que debía de traer para todos, y los hermanos reían cuando a Lena se le derramaba y tenía que volver de nuevo. Lena se sentía impotente y empezó a cosechar en su interior un gran resentimiento. Algún día se llevaría a su madre con ella y les haría pagar a su padre y a sus hermanos ese poder de autoridad que cruelmente se habían otorgado.

»Lena, cuando tenía el agua y su madre la dejaba descansar, siempre y cuando su padre y hermanos no estuvieran en casa, salía corriendo en busca de una niña algo mayor que ella, que siempre le contaba historias extrañas narradas por las noches por su abuela. Lena empezó a viciarse escuchándolas y sacando sus propias conclusiones. Creía que si aprendía aquellos encantamientos ceremoniales y algún que otro brebaje, conseguiría influenciar sobre ciertas situaciones y sobre todo en su padre y hermanos. Estaba segura de que debía de construirse algún tipo de talismán.

»En todas las culturas, le había contado su amiga, se aceptaba que alguna gente tuviera algún tipo de poder o capacidad sobrenatural, y su abuela era, sin dudarlo, una de esas personas. Lena solo había visto en alguna ocasión a esa señora, pero estaba segura de que su amiga estaba en lo cierto.

»Una noche la madre enfermó. A pesar de que el padre de la

pequeña en esa ocasión atendió con todos los cuidados posibles a su mujer, cada día enfermaba más y más, la pequeña sintió una tristeza y un temor agobiante; no quería ni pensar qué sería de ella si su madre fallecía. Sin decirle nada a su padre, salió corriendo angustiada en busca de la abuela de su amiga. Iba a pedirle ayuda. Tras contarle lo que estaba pasando con su madre a su amiga, la abuela salió de la habitación; sin querer, había escuchado las palabras desesperadas de la pequeña que también le caía y que tantos días iba a escuchar sus historias con gran entusiasmo. La abuela se acercó a la pequeña y mirándola le entregó un colgante verdaderamente muy extraño; debía de ponérselo unos días a su madre enferma, debajo de su ropa y mientras durase la enfermedad. Nadie más lo podía ver ni tocar, el amuleto absorbería el mal que llevaba dentro y cuando eso ocurriera, le aconsejó a Lena que fuera ella quien lo llevara, pero esta vez a la vista de todos. El amuleto la protegería siempre, y a aquel que intentara hacerle daño, ese mal se volvería en su contra.

»«A partir de ahora estás lista para adentrarte en los sueños...

Combinarás grandes visiones y alertarás peligros que ni tan siquiera vas a comprender».

»La abuela contempló la cara de desconcierto de la pequeña Lena, que se esforzaba en sonreír ante la mirada curiosa de su amiga. Lena, con tan solo ocho años, no había entendido prácticamente nada de lo que aquella señora le había dicho, solo tenía claro que se lo pondría a su madre y que luego lo llevaría ella puesto.

»Una gran felicidad la invadió por momentos, no podía dejar de sonreír y su amiga hacía lo mismo mirando a su abuela; hacía poco pensaba que debía de tener un talismán o alguna especie de amuleto y ahora empezaba a darse cuenta de que ya lo tenía. Lo

cogió de la mano de la señora y tras dar las gracias repetidas veces, regresó pensativa hacia su casa. Lo miraba embelesada, de un largo cordel negro colgaba una piedra blanca y se parecía mucho a un sol.

»Cuando llegó a su casa, su padre dormía acostado al lado de su mujer. Lena puso su mano en la boca de su madre y, tras hacerle un gesto de silencio, le puso en el cuello el amuleto que le había dado aquella mujer. Lo introdujo por dentro de su ropa para que nadie lo pudiera ver.

Sonriendo a su enferma madre, la pequeña besó su frente sudorosa y salió despacio de la habitación.

»Al día siguiente, cuando la pequeña despertó, lo primero que vio fue el rostro de su madre sonriendo. Estaba sentada a su lado y llevaba el amuleto entre sus manos. Sin decirse absolutamente nada, su madre le puso el amuleto a su pequeña, se miraron con complicidad y Lena, sin poder evitar emocionarse, se abrazó a su madre.

»A partir de ese día, Lena vio cómo sus hermanos de vez en cuando iban en busca del agua, pero por alguna extraña razón, siempre se les derramaba y tenían que volver de nuevo en su busca. Su padre se había convencido de que la pequeña debía de tener una gran dote para cuando empezaran a llegar posibles pretendientes y ahora se mataba a trabajar para ella, sin apenas tener tiempo para sus hijos varones. La madre rebosaba de salud y siempre estaba sonriendo, y Lena creció hasta convertirse en la mujer más bella de todo su poblado y a la cual cada día respetaban más. Su popularidad creció y se convirtió en una especie de consejera y curandera de su pueblo y de sus gentes.

»Lo más auténtico de todo es, mis queridos amigos —continuó contando David—, que hemos tenido el privilegio de estar y conocer dónde nació Lena y recorrer su pequeño poblado ahora completamente en ruinas. ¿Os acordáis? Bueno, todos menos Sara, que finalmente se quedó en el coche. Todo esto que os he contado es cierto. La primera vez que estuvimos allí, fuimos acompañados de un guía y es él quien contó esta extraña pero fascinante historia. Según él, Lena todavía debe de estar viva, aunque seguramente será ya una auténtica vieja, una vieja de esas arrugadas que vemos por todas partes cuando vamos de visita por los pueblos. Pero quién sabe… ¿Os ha gustado?

—¡Fascinante! —dijo Laura compartiendo los aplausos del resto del grupo, del resto menos los de Sara.

CAPÍTULO 15

A pesar de estar sentada junto al resto del grupo, Sara desapareció de allí, no veía a nadie, ni escuchaba absolutamente nada, ni tan siquiera los numerosos aplausos que estaba recibiendo David.

Su mente viajó al momento en el que sola contemplaba aquellas ruinas que cobraron vida ante sus atónitos ojos; los cerró esforzándose por recobrar en su memoria justo cuando aquella preciosa joven apareció ante ella y quedó cegada y deslumbrada por aquella luz, una luz que ahora veía claramente de dónde provenía. En su mente volvió a verla, allí estaba aquella preciosa mujer, de su cuello colgaba un cordón negro con un sol completamente blanco. Los destellos salían de su pecho cegándola completamente, hasta el punto que se vio cómo cubría su rostro y derramaba por el suelo la bolsa de patatas fritas. «Lena, la vieja arrugada se llama Lena...», pensaba Sara, «quizás ahora sé yo más cosas de ti. ¡Vieja!,

¿qué quieres? ¿Qué intentas decirme?».

Sara continuaba analizando la historia que acababa de escuchar, buscando respuestas a tantas preguntas que se estaba haciendo. Rebuscó entre las palabras de David, no tenía claro realmente qué buscaba e intentó repetir la historia para sí misma.

«A partir de ahora estás lista para adentrarte en los sueños...

Combinarás grandes visiones y alertarás de peligros que ni tan

siquiera vas a comprender».

«¡Eso es, eso es! Tiene que ser eso», pensaba Sara, «pero no tiene ningún sentido, no lo acabo de entender, más bien estoy como al principio. ¿Qué querrá decir?». Aquellas palabras carecían de sentido y de toda lógica para Sara.

—¡Sara, Sara!

—¿Qué? ¿Qué?

—¿Qué te ocurre?

—¿Cómo que qué me ocurre? ¡Nada!

—Estás como ida, te estoy diciendo que nos vamos a dormir pero no me contestas, ni tan siquiera creo que me estuvieras escuchando. ¿No es así?

—Bueno, bueno, ¡ya voy! Creo que me he quedado dormida, eso es todo.

—¿Dormida? —Sí.

—No me digas que no has escuchado la historia que nos ha contado

David…

—Creo que solo el principio, Jesús. ¿Por?

—Por nada, no sabes lo que te has perdido.

—¿Tan buena ha sido?

—¡Sí!

—Por lo que veo, a ti te ha gustado y mucho, ¿no?

—Creo que pensándolo mejor, seguro que tu intuición de nuevo hubiera hecho acto de presencia, casi que me alegro de que te durmieras.

—¡Vaya! Lo tienes bastante claro por lo que veo.

—Quiero que estés tranquila, cariño, mañana tenemos dunas y ya estamos casi al final del viaje, no quiero que se estropee; me he sentido muy bien viendo cuando bailabas, sonreías y estabas disfrutando, eso me gusta.

—Gracias, cariño, por preocuparte tanto por mí.

—¿Gracias? No me las tienes que dar nunca, Sara, eres lo más importante que tengo.

—Te estás poniendo romántico, ¡eh! Quiero que sepas que estoy bien.

Bueno, ¿nos vamos a dormir? Menudo día que llevamos hoy.

—Creo que será lo mejor, somos los últimos, como puedes ver.

—¿Y los demás?

—Los demás se han despedido ya y se han largado. Realmente ya veo que sí te quedaste roque, no te has enterado de nada. Ha sido un momento de esos que se recuerdan: el caliente té, enrollados con la manta, una bonita historia... ¡Mira, Sara, mira hacia arriba! Espectacular, ¿verdad?, contempla ese cielo, estemos donde estemos, jamás volveremos a ver nada igual.

—¡Es verdad! Con semejante espacio abierto y la inmensidad infinita encima de nuestras cabezas. Es digno de admiración ver ese cielo, está completamente plagado por miles de estrellas y apetece estar observándolo todo el tiempo.

—Bueno, mi preciosa Sara, ¿nos acostamos ya o qué? Mañana no quieren salir demasiado tarde, tenemos más de dos horas de vuelta

al hotel.

—¡Madre mía, Jesús! Mohamed, el camarero, ¿lo recuerdas?

—Claro, ¿y qué tiene que ver ahora aquí Mohamed?

—Se habrá preocupado al ver que no hemos llegado, ¿no?

—Estos chicos lo tienen todo controlado. David, antes de irse a dormir, nos ha hecho saber que cuando estaban esperando en Zagora en el taller, ha llamado al hotel contando lo sucedido y avisando de que dormiríamos en las tiendas.

—¡Vale, vale! Ya veo que están en todo, menos mal que hemos acertado con los organizadores, creo realmente que los dos son un encanto.

—¿Un encanto? El encanto te lo voy a dar yo a ti nada más entres en la tienda. Esta experiencia hay que terminarla como Dios manda.

—Ya veo lo bien que te ha sentado el té, la historia y estar aquí. ¿Me vas a poner a «rezar cara a la Meca», verdad? —dijo Sara sonriendo.

—No lo dudes, cariño, no lo dudes.

Jesús cogió la linterna que quedaba encendida encima de una de las mesas, que era la de ellos, los únicos que quedaban todavía despiertos en aquel inmenso lago. Sara, antes de entrar en la tienda, fijó su vista hacia aquel lugar donde hacía unas horas había observado unas luces. No se veía nada absolutamente, cruzó los dedos y entró en la tienda. Jesús, como si le fuera la vida en ello, se quitaba la ropa apresuradamente mientras esperaba a que su mujer hiciera lo mismo.

Eran las siete y media de la mañana y Tom y David sacaban de sus cajoneras una bolsa de bollería y varios bricks de leche con cacao que les quedaban.

Pusieron en marcha la radio del coche buscando en las emisoras locales alguna música que poner; querían que la gente empezara a despertarse. Era una hora ideal para desayunar y ponerse de nuevo en marcha de regreso. Las cremalleras de las tiendas empezaron a escucharse, y cada uno al salir buscaba un poco de intimidad para hacer sus necesidades matutinas, algo que inevitablemente no podía esperar. De alguna manera ya se habían acostumbrado, a pesar de que no había ningún lugar donde poder esconderse un poco. Las chicas se refugiaban por detrás de los coches, enterrando el papel o pañuelo en la escasa arena que había en el lago Iriki.

La noche había sido tranquila. Sara agradeció no despertarse con el ruido de ningún vehículo, pues antes de quedar completamente dormida, sintió miedo por si eso ocurría. Ahora se sentía completamente tranquila.

Los organizadores, como siempre, tenían un buen juicio y parecía que estaban en lo cierto; quienes fueran, seguramente estarían también acampados o dirigiéndose a algún albergue cercano. Ahora ya no le importaba, la luz del día le daba una seguridad que

agradecía sin sentir vergüenza alguna por pensar en eso.

El grupo ya reunido y terminando el desayuno, comentaba que no había sido ningún sacrificio dormir allí, todo lo contrario, a pesar de notar un poco de frío en la madrugada. La pequeña Sheila, sin despertar a sus padres, volvió a ponerse la chaqueta y se acurrucó nuevamente en medio de los dos. Comentaba sonriendo que ella había dormido caliente y como una reina. Se notaba que así había sido, puesto que no paraba de moverse y de hablar sin parar.

A las ocho en punto empezaron a desmontar las tiendas, y el pequeño e improvisado campamento estuvo recogido en pocos minutos.

Revisaron que no se dejaran nada y pusieron las emisoras en marcha. Uno tras otro salieron tras los organizadores.

El día amaneció prácticamente nublado, a pesar de que la estrellada noche anterior no apuntara a que fuera a ser así. Con una marcha algo ligera pero sin apretar demasiado, los organizadores aseguraron que antes de las once estarían en el hotel; si así era, darían una hora de margen para una ducha rápida y antes de las doce podrían salir hacia las dunas. Calculaban que tendrían igualmente tiempo para todo. ¡Eso sí!, tenían claro que comerían en el desierto, pues muy buenos tenían que ser todos para no quedarse ni una sola vez enganchados en la arena y eso era casi imposible.

Dentro y en la pequeña ruta que iban a hacer, pasarían por un sitio realmente espectacular: un pequeño oasis donde vivía una familia que tenía montadas algunas haimas para los más atrevidos y ofrecían cena y desayuno para los turistas que optaban por pasar una noche con ellos; era casi una sorpresa pues esa iba a ser la

última noche, y habían reservado varias haimas para todos. En principio el grupo pensaba que iban a hacer una pequeña ruta a través de las dunas, comerían y saldrían de nuevo hacia el hotel, pero todo estaba preparado para pasar una inolvidable noche dentro de las espectaculares dunas. Los organizadores optaron por no decirles nada ya que esperaban que acogieran de buen grado aquella gentileza que iban a tener con todo el grupo. Tenían previsto al día siguiente madrugar para volver al hotel y recoger todas sus pertenencias; saldrían después hacia Nador y a primera hora de la tarde podrían disfrutar de las últimas compras en el gran zoco para después tomarse el tradicional té y disfrutar de la espectacular cena que ya tenían reservada los organizadores en uno de los tradicionales restaurantes de pescado frito. A las once de la noche embarcarían de regreso hacia el puerto de Almería.

—Esto se acaba, Sara, esta noche es la última en el desierto. Los días han pasado muy deprisa, ¿no crees?

—¡Sí! Es verdad, mañana por la mañana salimos hacia Nador de nuevo. En general, si lo piensas, ha pasado todo muy deprisa, tal y como tú dices, pero también hemos visto y hecho muchas cosas.

—Aún nos queda pasar la tarde por Nador y visitar el zoco; cuando estuvimos por allí nos quedamos con las ganas.

—Yo no voy a pensar mucho en el barco, Jesús, me da un poco de miedo y ya sabes que realmente no me hace mucha gracia.

—Bueno, el viaje de ida nos fue muy bien y te pasaste la noche completamente dormida sin enterarte de nada. Te vuelves a tomar la pastilla del mareo y la de dormir, y cuando te des cuenta, estaremos en el puerto de Almería, ya verás.

—¿A qué hora llegamos?

—Si no recuerdo mal, sobre las seis y media o las siete.

—Todo eso es lo que menos me gusta de este viaje, luego tenemos la panzada de coche hasta casa y ya me estoy agobiando solo con pensarlo.

—Tampoco es para tanto, Sara, ya sé que son casi siete horas de viaje de vuelta, pero cuando nos cansemos se para y ya está.

—Cuando pienso en lo que me espera después de estas vacaciones…

me dan ganas de correr y de no volver.

—Es comprensible, cariño, ¡pero mira!, cuanto antes, mejor, antes pasará todo. Además, ya nos han explicado cómo será la operación, solo van a quitar un poco, pero yo quiero decirte que como si te lo tuvieran que quitar entero, Sara, lo importante eres tú, tu vida y que todo quede solo en eso.

—Ese es mi mayor miedo. He tenido tiempo ya de asumir y de mentalizarme de todo, pero me queda el susto de que luego con las revisiones pudiera salir algo más, que un buen día me dijeran: «Lo sentimos mucho pero hay que volver a operar». ¿Comprendes?

—¡Claro que te comprendo! Cómo no lo voy a hacer. ¿Crees que yo no tengo miedo de que eso pase? Pero no podemos pensar así, nos volveríamos locos y sería una tortura diaria.

—Y luego está lo de la radio, menos mal, Jesús, menos mal que me han dicho que por precaución me la van a dar; me voy a quedar más tranquila y segura, desde luego. A veces me da por pensar en las personas que conocemos que han pasado por la quimio. ¡Madre mía! Estoy casi a las puertas de eso, sé por ellas que lo han pasado muy mal y siento que solo puedo alegrarme de que yo no llegue a tanto.

—Esa es la postura y la actitud que tienes que tener, cariño. Piensa que lo tuyo es muchísimo más leve, con un muy buen pronóstico…, todo eso quiero que pienses. La radio es solo local, no tiene nada que ver con la quimio, ni tan poco tiene los mismos efectos secundarios.

—¡Ya, ya lo sé! Y todo eso es lo que pienso, pero ya lo tengo, Jesús, ¡ya lo tengo! Está dentro de mí, a veces casi ni me lo creo, he tenido que repetírmelo para aceptarlo. Es increíble y cuánta razón llevan esas personas cuando comentan creyendo que a ellas eso no les va a pasar, que eso les pasa a los demás, lo oyes y te entristeces, pero en el fondo sabes que no te está pasando a ti, hasta que… ¡mira, ahora soy yo, yo!

—No llores, cariño, por favor, estás siendo muy fuerte, muy valiente.

Siempre que me miras llevas tu sonrisa puesta, y así te quiero ver. Venga, cariño, me duele mucho cuando te veo así.

—Ahora se me pasa, Jesús, he llorado tan poco, que algún día tenía que ser, ¿no?

—Es verdad, Sara, es verdad.

El grupo no se atrevía casi ni a respirar. Estaba claro que Sara llevaba el micrófono conectado sin saberlo; tenía que estar mal puesto o quizás lo tuviera entre sus piernas y sin querer estaba apretando el botón sin darse cuenta. Nadie se atrevió a decir nada ni a interrumpir aquellas palabras.

Sabían que no estaba bien escuchar aquella conversación, pero el respeto por Sara fue tan grande, que no supieron cómo meterse por medio para decir que se oía todo por la emisora. Había mucho sentimiento en todas y cada una de aquellas palabras, e individualmente a todos les pareció que debían de callar, solo callar, no decir nada y corresponder de alguna manera solo con su silencio para no dar a entender a sus amigos que, sin buscarlo, habían sido testigos de la lucha interna que llevaban consigo.

David esperó unos minutos a que el silencio volviera a la emisora.

Cuando eso ocurrió, anunció al grupo que en menos de una hora estarían en el hotel y, puesto que habían avanzado más de lo previsto, pasarían un momento por Merzouga y cogerían ya de pasada el pan para la comida.

Mientras volvían, David hizo alarde de sus muchos conocimientos

en aquel lugar, diciendo que estaban saliendo de los Gassi, estrechos y caprichosos caminos que el viento trazaba a su antojo tras abandonar ya por completo el inmenso lago Iriki.

Sara miraba por la ventanilla, por el retrovisor, de nuevo pensaba en aquellas luces en la oscuridad, tenía la certeza de que las había visto, aunque por muchas razones decidió finalmente no decir nada al grupo, ni tan siquiera a su marido. Les quedaba tan solo ese día en el desierto y todo parecía indicar que al día siguiente saldrían hacia Nador; iban a pasar la tarde por allí y tras la típica cena de pescado, embarcarían de regreso a sus hogares, finalizando un viaje lleno de magia, lleno de intriga, de miedos y de incertidumbres, pero a la vez inolvidable y placentero, con grandes dosis de compañerismo. Sopesando a pesar de lo vivido en esas tierras, Sara tenía claro de haber estado en sitios realmente maravillosos, de contemplar cómo vivían esas gentes llenas de sabiduría y de hospitalidad. Mientras miraba en silencio por la ventanilla, continuaba ensimismada con sus pensamientos, albergaba la esperanza que tal vez estaba todo el tiempo equivocada, pensando en que algo les iba a ocurrir; incluso sintió que había llegado a estar obsesionada, pero ella no había empezado todo aquello; la culpa era de aquella vieja, se había colado sin permiso dentro de ella y esperaba que cuando regresara a su casa, todo quedara en nada. Ya tenía bastante pensando que debía de operarse nada más llegar; no era fácil para ella, a pesar de todo lo que había pasado allí, volver a casa.

—David, vamos a parar un momento.

—¿Qué pasa, Ximo?

—Aún no lo sé, pero creo que hemos pinchado.

—¡Vale! Ya habéis oído, chicos, vamos a parar un momento, pero no os bajéis de los coches. Ximo nos dirá.

—¡Oído! —respondió por la emisora el resto del grupo.

—¡Afirmativo, David! Hemos pinchado.

—De acuerdo, tranquilo, no pasa nada, nos reagrupamos todos junto al coche de Ximo y quien lo desee ya puede bajar.

Tal y como acababa de decir David, se reagruparon y bajaron de los coches. En un instante el gato estaba debajo del vehículo y rápidamente la rueda estuvo cambiada. Ximo montó la rueda pinchada en la puerta trasera y sonrió, el viaje estaba finalizando y después de ver los sitios por donde pasaban, pensó que seguramente iba a pinchar en más de una ocasión; aún contaba con otra rueda de recambio y esperaba no tener que utilizarla.

El grupo volvió a subir a los coches y continuó su viaje de regreso hacia el hotel. Quedaban tan solo diez kilómetros para llegar a Merzouga y el contratiempo de la rueda no había variado para nada los planes del grupo.

CAPÍTULO 16

Eran las once y veinte de la mañana, acababan de llegar al hotel y ya habían comprado el pan. Quedaron en verse en la cafetería antes de las doce para tomarse el café y salir inmediatamente hacia las dunas. Tom recordó a todos que, como siempre, cogieran sus gruesas chaquetas; no estaba de más llevarlas en los coches a pesar que a esas horas hacía bastante calor y en principio no las iban a utilizar, aunque sí lo harían por la noche, en el oasis donde iban a quedarse a dormir, la temperatura caía de una forma escandalosa nada más ponerse el sol.

—Jesús, ya estoy vestida. ¿Te falta mucho?

—¡No! Ya casi salgo, me estoy secando, pero querría afeitarme en un momento.

—Estás de vacaciones, no pasa nada si no lo haces por un día, se está haciendo tarde.

—Ve a la cafetería, que ahora mismo voy yo, no tardaré nada. ¿Qué hora es?

—Faltan cinco minutos para las doce, ya tendríamos que estar allí.

—¡Perfecto! Ve tú delante, me cuesta dos minutos afeitarme y voy

enseguida. Ve pidiéndome un café, ¿quieres?

—De acuerdo, acuérdate de coger la llave de la habitación, no te la olvides.

—Me lo dices siempre, no la olvidaré.

Cuando Sara llegó, estaban todos ya en la barra. Rápidamente saludó a Mohamed y pidió dos cafés; mirando después a Tom, disculpó a Jesús diciendo que llegaba enseguida.

Sara llevaba su larga melena recogida en una coleta, y se había puesto sus pantalones de camuflaje preferidos de color beige. Llevaba su camisa blanca un tanto escotada suelta por fuera y, a Mohamed, sin poder remediarlo, de vez en cuando se le iba la vista hacia su escote. Del brazo de Sara colgaban su mochila, su suéter y su acogedora chaqueta polar.

Antes de salir de la habitación Sara siempre hacía lo mismo, dejaba su mochila encima de la cama y empezaba a llenarla, revisando y calculando qué les podía hacer falta. Metió un par de bragas para el cuello, su monedero, los pasaportes, las gafas de sol, la crema solar y el protector de labios; siguiendo el ritual diario, fue en busca del pequeño bolso donde llevaba las medicinas. Pensó en qué coger y se decidió por las pastillas para el dolor de cabeza y sus preferidas, la caja de relajantes musculares; alguna que otra vez se tomaba alguna cuando sentía la necesidad.

—Mohamed, ¿qué son esos colgantes que tienes detrás de ti? No me había fijado en ellos.

—¿Colgantes?

—¡Sí! Ahí, en ese panel de madera.

—¡Ah, ya! ¿Te refieres a los soles blancos?

—Sí, los soles blancos. ¿Me pasas uno? Me gustaría verlo más de cerca.

—Claro, si te gusta, te lo puedes llevar de recuerdo, se venden muy bien y son realmente baratos.

En sus manos Sara tenía un sol de piedra blanca sujetado por un largo cordel negro. Lo miró fijamente, era idéntico al que llevaba Lena colgando en su pecho, aunque mucho más pequeño. Como le estaba ocurriendo ya más que a menudo, un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Miró al resto del grupo, que continuaba hablando entre ellos y ni cuenta se habían dado de la compra de Sara, solo la pequeña Sheila la miraba intrigada acercándose a ella y preguntándole si se lo dejaba ver. Sara, sin pensárselo en vez de dejárselo, se lo puso inmediatamente en su cuello y le compró otro a la pequeña. Mohamed acortó el cordón y se lo dio a la pequeña. Sara invitó a Sheila a que se lo pusiera también, no sabía el motivo que la impulsaba a ello, pero le hizo prometer a la pequeña que ya no se lo quitaría hasta que llegara a su casa. Le dio las gracias y un fuerte abrazo muy contenta y se fue a enseñárselo a sus padres.

Jesús acababa de llegar y tras unos aplausos del grupo y unas

reverencias por parte de él, sorbió el café que Sara le entregó e inmediatamente salieron hacia los coches. Por fin se iban a las dunas.

Llegaron a pie de dunas. Los organizadores estaban completamente equipados, consigo llevaban planchas de desatasco, palas, eslingas, grilletes y un buen gato hinchable. Los coches tenían todos el necesario cabestrante, que era la mejor opción si se quedaban anclados en la arena. Antes de entrar, todos desinflaron las ruedas, ya que así los neumáticos se adaptarían mejor en aquel inhóspito terreno. El grupo puso la tracción 4x4 y la reductora. Tom y David se aseguraron de que todo estuviera como requería antes de empezar la conducción por las dunas, y advirtieron antes de empezar que procuraran en lo posible evitar las roderas que iban a dejar los coches que circulaban delante, ya que la arena virgen es más dura y les resultaría más fácil. Siguieron los consejos de los organizadores antes de adentrarse en el amplio desierto. Tom les recordó que para afrontar una alta duna, lo mejor era ver que había detrás en lo posible. Lo más normal es que se encontraran con grandes desniveles, altos y verticales. La velocidad tendría que ser lo suficiente fuerte en la subida de la duna para no quedarse atascados en mitad, pero a la vez deberían ser cautelosos y tener mucha precaución de no salir volando en la cresta, por lo tanto les pidió que tantearan la velocidad para que fuera la más adecuada posible.

Ante aquel observador desierto plagado de dunas de todos los tamaños se podía respirar la quietud que allí dentro habitaba. Daba al lugar una apariencia petrificada. Aquel bello paisaje invitaba a tomar varias fotos y el grupo, tras tener todo a punto para subirse a los coches y empezar a deslizarse por el desierto, no vaciló ni un momento en posar desde varios ángulos y empezar a disparar sus cámaras todos juntos y también por separado.

Hacía bastante calor y la calima flotaba entre las crestas de las

dunas más altas. Mónica, antes de subirse al coche, sacó de su bolso la crema solar y se la dio a Sheila para que se la pusiera en la cara y en los brazos; tras pasarla al resto del grupo, la guardó de nuevo. Tom y David estaban ya subiendo al coche y rápidamente pusieron el motor en marcha. Un hormigueo empezó a deslizarse en casi todo el grupo que, sonriendo, empezó a seguir a los organizadores.

Impresionaba ver la duna más alta, la más espectacular que, aunque estaba un poco más lejos, se veía perfectamente. Era la duna la más famosa del lugar, por lo que numerosos grupos la visitaban a lo largo del año: «La duna de Erg Chebbi», con sus doscientos cincuenta metros de altura y uno de los puntos más turísticos de Marruecos. Tom y David estaban contentos, la arena era la idónea y la encontraron en muy buenas condiciones.

La adrenalina empezó a despertarse entre el grupo, apareciendo cuando subían una duna y también cuando bajaban por ella; siguieron guardando la distancia unos con otros y se escuchaban por la emisora gritos divertidos de vez en cuando. El grupo empezaba a soltarse y también a disfrutar. A veces que parecía que todos desaparecían y sin buscarse se volvían a ver. Los primeros en quedarse en la arena fueron Pascual y Laura, pero ni hizo falta sacarles ya que Pascual probó a dar marcha atrás sin brusquedad y consiguió salir por sí solo. Tom lo felicitó por la emisora y con paso tranquilo pero continuado, el grupo siguió entusiasmado de lo que estaba haciendo.

—¡Estamos parados! Tom... David.

—¿Qué os pasa?

—Pues no hemos podido llegar a la cresta de la duna y encima se

nos ha calado el coche. Me está entrando miedo, David, el coche está muy, muy inclinado hacia atrás, no me gusta nada cómo nos hemos quedado.

—No os pongáis nerviosos, Sara, mantened el volante recto. ¿Se ha calado?

—¡Sí!

—¡Vale! Pues no pongáis el coche en marcha, quitad el freno de mano suavemente y dejad que el coche se deslice hacia atrás despacio, tenéis que llegar abajo del todo, si no, no conseguiréis subir de ninguna manera. —¿No podemos volcar?

—¡No, no lo haréis! Solo estáis parados, si dejáis caer el coche recto y despacio, no os pasará nada. ¿Oído, Jesús?

—¡Sí! Te está escuchando, pero no querrás como estamos que encima se ponga él hablar por la emisora… Esto me está dando mucha impresión —contestó Sara asustada.

—¿Tenéis a alguien detrás?

—Creo que viene Ximo, pero no lo veo.

—Tranquilos, chicos, os estamos viendo y, desde luego, menuda foto tenéis. ¡Madre mía!

—Pues no os acerquéis, esperad a que bajemos e intentemos subir de nuevo.

—Descuida, Sara, tranquila, que no me pondré detrás por la cuenta que me trae. Estamos parados en una pequeña explanada y os vemos perfectamente, pero no me voy a acercar. Cuando alcancéis la cima, entonces saldremos. ¡Id con cuidado! Realmente sí está empinada la jodida.

—¡Allá voy, Ximo! —dijo Jesús.

Mónica llevaba su cámara en la mano y sacó varias fotos del coche de sus amigos parado allí arriba y también mientras con gran maestría dejaba sin ningún problema que el coche descendiera poco a poco y completamente recto. Llegaron a la parte baja de la duna y Jesús volvió a intentarlo, aunque esta vez aceleró un poco más. Sara cerró los ojos un momento, estaban a punto de llegar a la cresta y se le pasó por la cabeza que esa vez iban a salir volando, pero no fue así. Sara los volvió a abrir y se dio cuenta que la mayoría de dunas no tenían la cima que aparentaban desde abajo; en principio parecía que serían estrechas sin casi superficie donde aposentar el coche una vez arriba, pero no era así. Cuando llegaban a la cima, había sitio de sobra la mayoría de veces para más de un coche, e incluso algunas eran más anchas aún.

El grupo empezó a perder miedo a las dunas pero no el respeto.

Sentían más confianza pero tan solo era eso. Tom y David les habían dado muy buenos consejos y estaban cumpliéndolos por su bien y por el del resto del grupo a rajatabla. Llevaban algo más de

un kilómetro y los organizadores se sentían satisfechos. Todo iba de maravilla aunque realmente era muy pronto para poder decir eso. Como era de esperar, se cruzaron con pequeños grupos de 4x4, algunas motos Enduro y también con varios quads, que parecían los dueños allí, pues dominaban a la perfección y realmente iban bastante rápido en comparación con el resto del grupo. Tom y David sacaron con la eslinga a Tino y a Pascual. No llegaron a quedarse clavados hasta el punto de tener que bajarse todos de los coches, pero sí hizo falta la ayuda de los organizadores en varias ocasiones.

Finalmente los que no se quedaron ni una sola vez fueron Jesús y Ximo.

Eran casi las tres de la tarde y por la emisora David dijo que habían encontrado una gran superficie plana y que allí les esperaban a todos.

Había que pensar en comer ya que el hambre empezaba a apretar en sus estómagos, aunque nadie se había pronunciado al respecto, ni siquiera Mónica, que llevaba a la pequeña Sheila,

El grupo fue llegando junto a los organizadores y cuando bajaron de sus coches todos estaban excitados y de los nervios con tanta adrenalina en sus cuerpos. No paraban de hablar y de comentar sus impresiones, sus emociones, de contar cada uno a su manera lo que habían sentido allí y sobre todo cómo estaban disfrutando. Sara también se sentía eufórica a pesar de decir varias veces que no las tenía todas y que las dunas le imponían mucho.

—Bajamos sillas y un par de mesas, con eso será suficiente. Aquí dentro hace mucho calor, por lo que no lo alargaremos mucho.

Además, no podemos entretenernos demasiado, nos queda un buen tramo todavía y nunca se sabe lo que puede pasar; sería toda una aventura que nos quedáramos tirados por aquí de noche.

—¡Eso ni lo digas! —dijo Sara rápidamente.

—Yo llevo un par de paraguas y son bastante grandes, los podemos usar a modo de sombrillas, ¿no? Es verdad que hace mucho calor y nos pega el sol de lleno; nos vamos a poner todos como un tomate.

—Buena idea, Mónica, sobre todo para la peque. ¡Mira qué colores pobre lleva ya en la cara! ¿No le pones otra vez crema? Ten cuidado, que se quemará enseguida con la que está cayendo.

—¡Sí! Creo que le voy a poner otra vez. Sheila, dile a papá que mientras yo hago los bocadillos, saque la crema y te la vuelves a poner, y que te saque el agua fresca de la nevera, bebe un poco. No veo a tu padre,

¿dónde está?

—¡Ya voy! Estaba vaciando mis esfínteres, mujer.

—¡Yo quiero Coca-Cola!

—¿ Coca-Cola? Ni hablar, con lo excitada que estás, eso nos faltaba, no has parado de gritar en cada duna.

—¡Y qué! Me lo estaba pasando muy bien, no es que tuviera miedo y lo sabes, pero está bien, beberé agua.

—¿Alguien quiere una cerveza? Esta mañana he llenado la nevera y deben de estar ya frías —dijo Pascual. Todos contestaron afirmativamente, realmente estaban en el sitio perfecto para disfrutarla.

Tom sacó el pan, lo repartió y todos fueron en busca del fiambre envasado que les quedaba; al día siguiente ya regresaban y había que ir terminando las cosas que antes se podían estropear. Ya con sus bocadillos en las manos, se daban perfecta cuenta de que aquel lugar era realmente especial.

Sin saber de dónde salió, vieron a un hombre caminando despacio hacia ellos. Todos se quedaron asombrados, aunque a Tom y a David no les pareció nada raro. La gente del desierto aprovechaba al máximo su intuición de supervivencia, y cuando los turistas andaban cerca de sus campamentos, salían en su busca aunque tuvieran que recorrer largas distancias para encontrarlos. Los coches levantaban mucho polvo, hacían ruido, y los tuareg tenían sus sentidos muy bien desarrollados, por algo eran los dueños del desierto.

Era un auténtico tuareg que se acercó al grupo y los saludó. Llevaba su rostro completamente cubierto, a excepción de sus grandes y preciosos ojos negros. Bajo aquel rostro cubierto se adivinaba un hombre relativamente joven y bien parecido. Las chicas del grupo no pudieron evitar mirarse entre ellas y sonreír pícaramente. David, con el bocadillo en la mano, se levantó a saludarlo. El tuareg se había quedado parado a pocos metros mirándolos pero sin llegar a

acercarse completamente; era un modo de respeto hacia los turistas, estaba esperando permiso para acercarse. Tras el saludo inicial, lentamente acudió junto a ellos, les hizo una reverencia y después desplegó una tela que llevaba colgando de su hombro. Encima de la arena y de aquella azulada tela, empezó a ordenar y a arreglar pequeños objetos: pulseras y colgantes que llevaba consigo. Las mujeres tuareg hacían con gran maestría aquellas pequeñas joyas del desierto para luego venderlas. Era otro modo de conseguir algunas monedas que luego cambiaría por algún que otro saco de harina para poder hacer su pan. Los hombres eran expertos en pequeñas figuras, sobre todo hacían pequeños camellos de todos los colores para los turistas. Sara estaba atenta mirando todo lo que llevaba, sintió que después de aquella larga caminata que aquel hombre se había dado hasta encontrarlos, debía de comprarle algo.

El calor era casi insoportable allí dentro y antes de acercarse a mirar fue al coche y sacó de la nevera una fría Coca-Cola; tras saludarlo, se la ofreció.

No lo podía ver, pero Sara estaba segura que debajo de aquel rostro cubierto había una sonrisa.

Sara se arrodilló a su lado e inspeccionó todo lo que había traído. La mayoría eran pulseras de todos los colores trabajadas con numerosas piedras de varias formas. También llevaba finos y pequeños pañuelos para el cuello, soportes de bronce para velas, cruces extrañas de plata colgando de sus respectivos cordeles marrones, y los atractivos y graciosos camellos.

Sara escogió dos, eran de color chocolate con adornos en color oro; le pareció una obra maestra al pensar en cómo podían hacer semejante trabajo. Al cambio le costaron tres euros cada uno y no vaciló en darle diez por los dos. Esta vez el tuareg se quedó

sorprendido; por norma los turistas regateaban siempre su precio y finalmente por sacarse unas monedas le tocaba bajar siempre el precio. Aquella mujer le estaba dando más de lo que le pedía y le había ofrecido una bebida refrescante; sin ninguna duda, el tuareg pensó que aquella mujer era una buena esposa entre sus hombres. Se fijó discretamente en ella, era muy bella y llevaba colgando de su cuello el blanco sol. No tenía ni idea de dónde lo habría sacado pero le gustó que lo llevara, la protegería mientras pisara aquellas tierras. Aunque aquella turista seguramente no tendría ni idea de lo que llevaba puesto, aquel amuleto tenía mucha historia, por lo que con su escaso español no conseguiría explicarle nada. Esas historias antiguas eran cosa de su gente, de su poblado y de su familia. Su abuela Lena lo llevaba puesto y jamás la vio sin él. Cuando regresara a su campamento le haría saber que había visto a una bella turista con su colgante, aunque mucho más pequeño que el que su abuela llevaba. Sin darle más vueltas, agradeció a Sara su generosa propina y se quedó mirando a la pequeña Sheila que se le acercaba. La niña también llevaba el mismo amuleto.

Sonrió discretamente. Estaba seguro de que Lena se sentaría con aquella gente y les contaría historias que no olvidarían, aunque quizás esos turistas no tuvieran tiempo para esas cosas, pues vivían de forma muy diferente a ellos; por un momento le apeteció invitarles a su campamento, no estaba lejos de donde se encontraban y a su abuela le haría gracia ver lo que llevaban en su cuello. Finalmente descartó esa idea de su cabeza, estaba seguro de que esos turistas no estarían interesados y además, ya tendrían sus propios planes para pasar el día.

Sheila, con permiso de sus padres, podía escoger una sola cosa, pero solo una. La pequeña fijó su vista en una de las pulseras, estaba formada por pequeñas bolas blancas y le pareció que le quedaría muy bien con el colgante del sol blanco que le regaló Sara. Sin pensar más, llamó a su madre y se la enseñó. Mónica pagó solo dos euros por ella y le regaló a aquel hombre una caja de puzles que le quedaba para los niños de su campamento; no pesaba nada y estaba segura que los niños se alegrarían mucho recibiendo algo para jugar

que seguramente ni conocían.

María y Laura, una vez terminados sus bocadillos, se levantaron también y se acercaron. Se estaban contagiando para cogerle algo a aquel hombre. Verdaderamente todos pensaban que se lo había ganado. Laura no dudó en cogerle los dos porta velas; se fijó en ellos y le pareció que eran dos joyas. El bronce dorado brillaba ante aquel sol que caía a plomo y su tamaño era perfecto para ponerlos en una de las repisas de su salón, incluso en la mesa que tenía delante del sofá o en las mesitas de su habitación para una noche romántica. Le resultaban tan atractivos que en su mente los estaba poniendo por toda la casa y todos los sitios le parecían los apropiados. Pagó por ellos doce euros y pensó que era un verdadero chollo y más en el sitio donde estaba comprándolos. María fue directa a por tres camellos, se los regalaría a sus sobrinos y así de alguna manera también colaboraba con aquel hombre. Ni se imaginaban que con lo que consiguió en ese momento tendría para comprar harina y poder hacer pan durante más de tres meses.

El tuareg estaba contento, agradecía cada compra que le estaban haciendo y bajaba su cabeza una y otra vez cuando recibía el dinero.

Antes de marchar preguntó con un español casi inentendible si llevaban ropa para regalar para dos niños como Sheila; eran los hijos de su tío Gassit y se pondrían muy contentos. Sara se quedó pensando en ese nombre, lo había oído antes y le resultó muy familiar. Cayó en la cuenta de que así se llamaba el hijo de Lena, ahora se acordaba perfectamente e incluso lo veía allí en el oasis, pero pensó que allí todos se llamaban Gassit, Mohamed, o Abdul y no le dio más importancia.

Todos buscaron por sus maleteros; prácticamente lo habían

regalado todo ya, pero Ximo encontró en la única caja que le quedaba dos sudaderas y un par de gorras. El tuareg agradeció enormemente los regalos y recogió su tela con sus cosas de nuevo. Antes de marchar David le dio dos latas de sardinas. Todos los que iban al desierto habitualmente sabían de sobra que les encantaban y que no tenían opción de comerlas nunca, solo cuando los turistas se las ofrecían. El tuareg se fue por donde había venido. No tenían ni idea de cuánto debería de caminar de nuevo hasta llegar a su casa, a su campamento, pero estaban seguros de que ese hombre era parte del desierto, una de las personas que mejor sabía vivir y defenderse allí, pues sabían buscar y encontrar agua, se guiaban por las estrellas sabiendo siempre hacia dónde ir, eran capaces de tener un pequeño huerto allí donde parecía que nada iba a brotar, eran capaces con su sabiduría y sus legados heredados de vivir donde nadie más lo podía hacer y encima se les veía felices, completamente felices.

—¡Venga, chicos, todo el mundo a recoger! Por desgracia no somos tuaregs y como nos caiga la noche por aquí, veréis lo que vamos a padecer. La noche del lago Iriki será un juego de niños si nos llegamos a quedar tirados aquí —dijo Tom mientras empezaba a recoger.

Sara, mientras ayudaba a Jesús a sacudir de arena las sillas, miraba al tuareg que poco a poco se alejaba. Tuvo muchas ganas de proponer a los organizadores llevarlo en su coche; harían igualmente dunas y le ahorrarían la caminata de vuelta a aquel joven. Sara estaba convencida de que hubieran ganado todos mucho, si en vez de estar subiendo y bajando de un lado al otro por aquellas dunas, hubieran tenido la gran suerte de ver dónde y cómo vivían aquel tuareg y su familia, algo para ella de mayor interés.

Sara se había fijado en cómo los ojos de aquel hombre miraban sin parpadear el colgante del sol blanco que llevaba en su cuello. Estuvo tentada de preguntarle si lo conocía, si sabía algo acerca de

él, pero se lo pensó mejor y al final no le preguntó nada, pues hablaba bastante torpemente el español y viviendo allí entre aquellas dunas era casi seguro que no tendría ni idea de qué era. La figura del tuareg llamaba mucho la atención a pesar de estar lejos ya de ellos, con su larga vestimenta azulada y en medio de aquel espectacular desierto de arena rojiza; resultaba una valiosa estampa para recordar siempre cuando dejaran aquellas tierras.

Sara dejó que se fuera, prácticamente ya estaba todo recogido y ella también se iba a ir con su marido, con sus amigos. Recorrerían unos cuantos kilómetros más por el desierto de aquellas gentes, y era imposible que sus caminos se volvieran a encontrar, imposible que algún día volviera a ver a aquel tuareg. Lo que sí sabía a ciencia cierta es que estaba pisando su tierra, invadiendo de alguna manera su espacio, sin preguntar y sin pedir permiso, pues a pesar de sentir todo aquello, Sara solo era una turista, una turista más.

CAPÍTULO 17

Eran las cinco de la tarde, en una hora más o menos anochecería.

Estaban muy cerca del oasis donde iban a pasar la noche, aunque el grupo no lo sabía. Tom y David estaban tranquilos sabiendo que en cualquier momento detrás de alguna duna aparecería tan espectacular como siempre les parecía cada vez que lo veían.

Durante el trayecto por las dunas en más de una ocasión tuvieron que bajar del coche con la pala en la mano para ayudar a sacar al coche que se quedaba clavado en la arena, pero en general el grupo había logrado un notable alto en la conducción por las dunas y estaban más que satisfechos.

—Atención, chicos, hay un coche parado en lo alto de una duna por donde vais a pasar. ¡Tened cuidado! Hay cuatro hombres fuera del coche, pero hay sitio de sobra para pasar. ¡No os paréis! Continuad y seguid el track y las roderas de nuestro coche, ya estamos llegando.

—¿Llegando, dónde?

—Ahora lo veréis, Laura.

—Vale, lo pregunto porque delante solo se ven dunas y pensaba que

habría algún camino por donde salir, pero desde aquí detrás no se ve, David.

—No te preocupes, Laura, vosotros seguid, dentro de nada nos alcanzareis y ya verás. Acabamos de pasar por el sitio donde están parados esos cuatro, son de aquí por la pinta que llevan, no creo que tengan ningún problema ya que nos han mirado y no han pedido ayuda. Deben de ser todos unos expertos para aventurarse solos por aquí.

—¿Van en 4x4? —preguntó Sara.

—¡Sí!

—¡Qué atrevidos! Un solo coche, eso sí que me daría miedo a mí, David. Si les pasa algo, a ver qué hacen…

—Ellos sabrán, no son turistas, deben de conocer muy bien el terreno, estoy casi seguro por el sitio donde están que deben de acampar por aquí.

—Ya los veo... Bueno, el coche está un poco lejos de nosotros pero se ve en lo alto de una duna que tenemos ahí enfrente.

—Nosotros acabamos de pasarlos —dijo Pascual—. Vamos detrás de vosotros, David. —¿Quién os sigue?

—Tino y María.

—Vamos detrás de ti, Pascual, pero guardando distancias. Por detrás vienen Jesús y Sara; Ximo y familia vienen los últimos.

—¡Cerrando el grupo! —dijo Ximo por la emisora.

—De acuerdo, hemos parado y nos reunimos aquí delante, ya nos veréis, estoy seguro de que querréis tomar un par de fotos.

Jesús y Sara pasaron por delante del coche parado. Cuatro hombres de mediana edad estaban apoyados en él y miraban a los turistas pasando por delante de ellos. No movieron ni un solo brazo a modo de saludo, a pesar de que el grupo pasaba lentamente por delante y los miraba.

Cuando Sara se los quedó mirando por la ventanilla, le parecieron cuatro hombres escandalosamente serios y con una gran dureza en sus rostros, a pesar de estar semicubiertos por sus desgreñadas y largas barbas. Iban vestidos con pantalones y camisas grises y llevaban unas altas botas negras. La primera impresión que le dio a Sara es que parecían más bien militares o como si pertenecieran a algún grupo formado, pero la verdad es que no tenía ni idea.

No le gustaron para nada, ni tenía mucho sentido verlos allí parados observando cómo ellos y sus amigos pasaban por delante de sus narices.

Sara se sintió confusa y especialmente alterada, su mente empezaba a ponerse de nuevo en alerta y se resistía a tener de nuevo otra vez aquellas extrañas sensaciones que no la dejaban en paz.

Jesús conducía callado. Apenas los miró cuando pasó por delante de ellos. Sara estaba esperando a que su marido dijera algo u opinara acerca de aquellos individuos, pero eso no pasó. Jesús conocía muy bien a su mujer y sabía que ella sólita ya estaría pensando y dando vueltas acerca de qué hacían esos hombres allí. Miró por el retrovisor y a varios metros venía Ximo. Esperaba que pasaran al igual que ellos por delante de aquellos hombres y que nada ocurriera. No sabía por qué, pero le daban muy mala espina. Era todo muy diferente a lo que sintió con el joven tuareg, ya que lo hubiera llevado en su coche hasta su campamento.

—¡Jesús!

—Dime.

—¿Y si esos son los del lago ese Iriki?

—¿Pero qué dices, Sara?

—¡Lo que oyes! ¿Recuerdas que te dije que vi un coche?

—Claro que lo recuerdo. ¿Y qué tiene que ver eso?

—¿Como que qué tiene que ver? ¿No lo captas?

—No puedes estar pensando que son los mismos, Sara, eso es imposible.

—¿Imposible? Yo no lo veo así.

—¿Me puedes decir ahora qué se te ha ocurrido?

—¡Nos están siguiendo!

—Ja, ja, ja, ja, ja… Sara, por Dios, ¿para qué?

—No lo sé, lo he dicho así de pronto, pero tal vez esté en lo cierto.

¿No deberíamos de decir algo al grupo? Solo por si acaso.

—Sara, por favor, no digas nada, creo que estás sacando las cosas de lugar; tú y tu cabecita, no me lo puedo creer.

—Me haces sentir como una histérica a veces, ¿sabes?, pero no es como tú lo piensas, no soy ninguna histérica ni saco las cosas de lugar, es solo que no quiero que nos pase nada y esos hombres me están dando mal rollo.

—Vale, está bien que te den mal rollo, pero ya hemos pasado por delante de ellos y solo nos han mirado, como es natural, no han hecho nada más. Estarán estirando las piernas y luego se irán. No veo de dónde sacas esas cosas, ni entiendo por qué has pensado que nos están siguiendo. No hay nada lógico en lo que estás diciendo, Sara. Al final ya verás, terminaremos enfadados por nada.

—No quiero que nos enfademos, pero podrías tener un poco en cuenta lo que te estoy diciendo. Están ahí por algo, además, no te lo quise decir, pero cuando grabé yo con la cámara comprobé que un par de coches estaban cerca de donde estuvimos acampados, estaban como esperando.

—Sara, cariño, estamos llegando ya, mira ahí delante a los demás esperándonos. No pasa nada, ya viste que en el lago nada pasó, no quiero que cuando bajes digas lo que estás insinuando, al final no sé qué van a pensar nuestros amigos. Creo que este viaje se te está complicando, se te va de las manos desde aquella noche que estuvimos en aquel oasis.

Tranquilízate, ¿vale? Me gustaría que no te lo pasaras tan mal y que no pensaras en cosas que al final no ocurren. Sé que eres muy supersticiosa, que tienes un sexto sentido muchas veces para algunas cosas y que también aciertas en algunos de tus pensamientos. Ya sé que eres así, lo sé desde siempre, pero creo que ahora te estás pasando un poco. ¡Hemos llegado! Ahora vamos a bajar y nada ha pasado, ¿vale? Sara, cariño, encima no me mires así, que me haces sentir mal.

Antes de bajar, Jesús se quitó el cinturón y abrazó a Sara. Se quedó mirando por unos segundos los angustiados ojos de su mujer y trató

de tranquilizarla. Verdaderamente Sara lo estaba pasando mal. Jesús adoraba a aquella mujer y por nada quería verla en ese estado. Tras razonar con ella y quitarle importancia, Jesús consiguió que Sara se relajara y que aparcara aquella extraña e irreal idea que se le acababa de pasar por la cabeza. Cuando bajaron del coche, Ximo y su familia acababan de llegar y de parar a su lado. Todos cogieron sus cámaras, no podían imaginar lo que tenían allí delante, entre aquel pausado oleaje de un mar de dunas, la arena era de un color ocre y completamente fina en medio un espectacular oasis.

David se quedó mirando al resto del grupo. Viendo sus caras, tuvo muy claro que no esperaban encontrarse entre aquellas dunas aquel pequeño paraíso. Sin más espera les dijo que tenían reservado para pasar la noche en aquel precioso sitio. El grupo agradeció a los organizadores aquella grata sorpresa. No esperaban para nada tener la oportunidad de pasar una noche dentro del mismo desierto, entre aquellas inmensas dunas. Les explicó que el único inconveniente sería que les tocaría madrugar un poco más, puesto que al día siguiente tendrían que salir de allí para después pasar por el hotel, recoger todas sus cosas y llegar hasta Nador. Les quedaba una última etapa muy dura y con bastantes kilómetros por delante, pero ya tendrían tiempo de descansar toda la noche en el barco. Todos estuvieron de acuerdo, no les importaba el día siguiente, aquella era una ocasión que no podían desperdiciar y con esa alegría subieron a los coches para descender la última duna del día y poder llegar a aquel bello lugar.

El oasis estaba al pie de la gran duna principal de Erg Chebbi. Allí habían habilitado unas auténticas haimas bereberes y un poco más apartado, a unos metros, la familia que allí vivía y mantenía todo aquello, que disponía de un pequeño huerto ecológico. Parecía todo irreal.

También tenían para los turistas que los visitaban una gran haima, quizás la más grande que el grupo había visto hasta entonces, y se

adivinaban todas las comodidades que aquel sitio podía ofrecerles.

El grupo dejó los coches delante de una larga valla de madera y bajó para saludar a la familia. Tom y David se presentaron y confirmaron que eran ellos los que habían alquilado las haimas para pasar la noche allí junto al resto del grupo. La familia que atendía el campamento en aquel oasis eran auténticos bereberes, también llamados hombres libres.

Descendían de una etnia indígena del nordeste de África, hablaban la lengua bereber de la familia, pero con el tiempo dominaban a la perfección el francés y el español. Eso les ayudaba a entender a los turistas que les visitaban y se había convertido para ellos en un pequeño negocio. En la actualidad el término bereber es un nombre genuino que utilizan numerosas etnias que tienen una cultura, política y economía similares. No es un nombre originario de la etnia en cuestión, seguramente es un derivado del latín barbari, traducido al español

«bárbaros». Actualmente hay casi veinticinco millones de hablantes bereberes en el norte de África, principalmente concentrados en Marruecos y Argelia.

El hombre de la familia invitó inmediatamente a sus huéspedes a tomar el té en la gran haima. Su mujer y su hija mayor, tras sonreír y darles la bienvenida, se marcharon a poner la tetera al fuego, mientras sus dos hijos ya adolescentes se mantuvieron al lado del padre. Esperaron a que los turistas los siguieran hasta la haima. Aquel hombre llevaba el típico velo azul teñido, de ahí que con el tiempo su piel cogiera poco a poco ese color muy normal entre ellos. Llevaba una túnica suelta de un azulón bastante llamativo, los dos chavales iban con viejos vaqueros y adornaban sus cabezas con un velo negro, pero mantenían el rostro completamente

descubierto.

El grupo entró en aquella impresionante y espaciosa haima. Dentro, el suelo estaba cubierto por preciosas alfombras rojas y por donde miraban se encontraban cojines y más cojines repartidos. En un rincón de la haima tenían una especie de pequeña barra, donde ya estaban preparadas varias bandejas con los típicos vasos de cristal de todos los colores. Estar allí no tenía precio, eso es lo que el grupo sintió.

La mujer entró con su hija llevando dos teteras y se pusieron a llenar los vasos. Seguidamente ofrecieron al grupo el té con una gran amabilidad. Tenían por costumbre sentarse junto a sus visitantes la familia al completo y seguidamente les gustaba entablar conversación con ellos.

Siempre sentían curiosidad por saber de dónde venían y por conocer un poco más a la gente que se acercaba a compartir una noche en su original y especial hogar. La cena estaba preparada puesto que sabían de su visita y las haimas con las camas listas, aunque tan solo eran las seis y media de la tarde.

Estaba oscureciendo y la hija mayor, antes de sentarse junto a sus padres, encendió las velas que tenían repartidas por toda la haima.

La hospitalidad de aquella gente se respiraba en aquellos instantes, pendientes en todo momento de aquel grupo de amigos. Las dos mujeres de la familia llevaban anudados en sus cabezas un pañuelo de algodón con bordados. Sus vestidos eran largos hasta los tobillos, se veían muy ligeros y ambos eran de color azafrán. Por debajo asomaban unas llamativas zapatillas puntiagudas de color rojo y ricamente bordadas.

—Ayer tuvimos con nosotros a unos jóvenes franceses, esta mañana han salido muy pronto puesto que ya regresaban a su país. ¿Estáis muchos días por aquí? —preguntó Abdul, el cabeza de familia.

—Llevamos ya como una semana. Aquí se pierde rápidamente la noción del tiempo, pero mañana por la noche embarcamos de regreso hacia España —respondió amablemente Tom.

—Nosotros solo hace un año que nos hemos instalado en este oasis y no nos podemos quejar, recibimos muchas visitas a lo largo del año menos en verano. Ningún turista se atreve a venir entonces, pero nosotros estamos acostumbrados al calor. Antes vivía otra familia, pero eran muy mayores y sus dos hijos se casaron y querían vivir en la ciudad con sus mujeres, tener hijos y llevarlos al colegio, algo impensable viviendo aquí, y al final se llevaron a sus padres con ellos.

—Nosotros los conocimos, bueno, David y yo, que somos los organizadores, hace un par de años estuvimos aquí con otro grupo y nos llevamos un muy buen recuerdo, por eso no hemos dudado en repetir y traer a estos amigos.

—¿Vivís todos en España en el mismo pueblo?

—¡No, qué va! Cada uno viene de un sitio diferente, pero quedamos en reunirnos todos en el puerto de Almería y hemos estado enseñándoles vuestras tierras y vuestros pueblos. Solemos organizar dos viajes al año, uno en estas fechas para pasar el fin de año, y luego en Pascua.

—¡Vaya! Esa es una buena manera también de ganarse la vida.

—Tienes razón, aunque para eso deberíamos de organizar bastantes más viajes al año. Para nosotros es un entretenimiento y lo hacemos siempre que estamos de vacaciones, nos gusta este lugar y además de hacer de guías para pequeños grupos, lo disfrutamos también.

—Y vosotros, ¿es la primera vez que habéis venido? —continuó curioso Abdul mientras terminaba su vaso de té.

—¡Sí! —contestó Tino—. Ninguno de nosotros habíamos estado antes en Marruecos, pero María y yo estamos seguros que algún día regresaremos, se nos ha hecho corto este viaje y lo hemos pasado muy bien; es una lástima que esta sea la última noche. Los días han pasado muy deprisa pero hemos estado en sitios preciosos y nos llevamos muy buenos recuerdos con nosotros.

—Pues Pascual y yo estamos pensando en regresar el próximo fin de año. Esto no tiene nada que ver con otros viajes que hemos hecho hasta ahora. Creo que nos hemos enamorado de este sitio, también de sus gentes. Hemos experimentado cómo gente desconocida puede llegar a ser tan hospitalaria, y es verdad lo que dicen, o no vuelves nunca más, o quedas atrapado y enamorado de este lugar.

—¿Y tú, pequeña, cómo lo estás pasando? —preguntó Abdul a Sheila, que estaba sentada junto a sus padres y no le quitaba la vista de encima, escudriñando su rostro poco visible.

—¡Bien! Lo que menos me ha gustado ha sido ir tanto rato en el coche, a veces me aburría y terminaba por dormirme, y lo que más, los sitios donde hemos ido a dormir. Aquí los hoteles son casi como en los cuentos. Hemos hecho muchas fotos y cuando se las enseñe a mis amigas del cole, se van a morir de envidia, sobre todo mi prima Sandra, cuando se lo cuente se querrá apuntar y venirse si mis padres piensan en volver.

Sandra es un poco mayor que yo y si viene la próxima vez, aún me lo pasaré mejor pues tendré a alguien para jugar y no aburrirme tanto cuando vayamos tantas horas en el coche. ¿Crees, papá, que Sandra querrá venir?

—Estoy seguro, cariño, y más cuando le enseñes las fotos que hemos hecho. Por lo que veo, estás pensando ya que te gustaría volver.

—¡Sí!

Abdul hizo un gesto con la mano y sus dos hijos salieron de la haima para encender la hoguera que estaba ya preparada.

—¿Y a vosotros, os ha gustado Marruecos?

—¡Si, sí! Ha sido increíble, me quedo sin palabras —contestó Sara mirando a Tom y a David y después a su marido

—Mi mujer al principio no lo tenía claro, es un poco reacia a visitar

países con culturas tan diferentes, pero os puedo asegurar que lo hemos pasado muy bien y la compañía ha sido espectacular. No sé si un día volveremos o no, nunca se sabe, pero nos llevamos también muy buenos momentos y otros muy divertidos.

—Estupendo, me alegra oír todo eso acerca de mi tierra. Espero que vuestro paso por aquí os deje también un bello recuerdo. Mi esposa está calentando la cena y en cuanto digáis, podéis pasar.

—¿Alguien quiere ir al coche a por las chaquetas? Empieza a hacer frío —preguntó David.

—Yo quiero ir al baño; bueno, si hay.

—¡Claro, Sara! De paso que vamos a los coches, te indico dónde está. Si no recuerdo mal, está ahí detrás, solo girar.

—¡Esperad! Os voy a dejar un par de linternas, como podéis ver, no tenemos electricidad, pero ahora mismo enciendo unas cuantas antorchas, eso no nos falta nunca y mis hijos ya han encendido una buena hoguera.

Aquí funciona todo con leña, velas, antorchas y estas preciosas linternas…

, es lo que tiene estar en pleno desierto.

—Bueno, si es así, también puedo orinar por ahí fuera, creo que igual es mejor idea. A saber cómo será ese baño, doy por sentado que habrá que tirar un cubo de agua después. —¿Un cubo de agua? Mejor solo medio. Si te sientes mejor por ahí fuera, toma una de las linternas y que te acompañe Jesús.

—Gracias, David, ahora enseguida vamos, me estoy quedando helada.

Acompáñame, Jesús, no sé dónde ir, casi no se ve nada.

—¡Ven! Vamos ahí detrás mientras ellos se van hacia los coches. Este hombre se ha ido a buscar antorchas y dentro de un momento no sabrás dónde orinar.

En poco más de cinco minutos aquel lugar cambió completamente de aspecto. La luna se posó casi encima de ellos dando lugar a una mejor visibilidad. Abdul y sus hijos encendieron numerosas antorchas alrededor de las haimas donde iban a dormir; eso y la gran hoguera que ya estaba consumiéndose hizo que vieran perfectamente por dónde iban y el encanto se apoderó de aquel pequeño paraíso.

Sheila se encontraba entusiasmada saltando y corriendo de un lado al otro. Mónica y Ximo cogidos de la mano sonreían, se sentían muy bien y esperaban que la pequeña se cansara hasta quedar exhausta. El sitio y la noche prometían, para todos la noche pintaba muy especial. Jesús y Sara se reunieron con el resto del grupo, todos se pusieron sus gruesas chaquetas y se preguntaron si podrían dormir en aquellas frías haimas con el frío que empezaba a colarse por todas partes. No habían tenido tiempo de visitarlas por dentro, pero según los organizadores, aquella gente lo tenía bastante bien

montado y controlado.

—Nos están esperando para cenar. ¿Estamos todos? —preguntó Tom. Abdul y su mujer los esperaban en la puerta de aquella caseta.

—¡Madre mía! Esto sí que es una pasada. ¡No lo podía imaginar!

—Me alegra oír eso, Mónica, ya veo que tenías algunas dudas. Tom y yo ya contábamos con el factor sorpresa, nosotros la primera vez también nos quedamos igual de sorprendidos. Lo primero que piensas es cómo han traído todas esas cosas entre tantas dunas. Ellos utilizan sus dromedarios y lo transportan todo así, están más que acostumbrados y diría yo que les resulta hasta fácil. Lo que sí que puedo decir es que les traen muchas cosas, les suministran todo aquello que piden y pueden pagar.

—Da gusto hablar con vosotros, Tom, realmente lo sabéis prácticamente todo de estas gentes.

—Son muchas las veces que hemos venido y poco a poco te vas enriqueciendo hablando con ellos. Les encanta contar sus historias, sobre todo reunidos alrededor de una buena hoguera. Supongo que como es relativamente pronto y ya vamos a cenar, esta noche nos montarán algo alrededor del fuego, siempre lo hacen, o por lo menos la familia que antes vivía aquí así terminaba la noche.

—Igual estás en lo cierto, son solo algo más de las ocho, a este paso, antes de las diez estamos durmiendo.

—Verás como no, Mónica, aunque es verdad que no lo haremos muy largo.

—¿Sabes lo que no hemos hecho y ya no nos da tiempo?

—¿Qué?

—Un paseo guiado con dromedarios y poder ver la puesta de sol, que aquí es impresionante.

—¡Es verdad! No sé cómo se nos ha pasado, es una excursión muy típica de aquí, ojalá lo hubieras mencionado antes.

—Pues ahora ya no hay vuelta de hoja, habrá que dejarlo para la próxima vez, Tom. ¡Pero bueno!, lo tendremos en cuenta para el año que viene.

—Será un placer teneros con nosotros de nuevo, espero que así sea.

Muchas gracias, Mónica.

La sala estaba iluminada por varias lámparas de aceite y en la alargada mesa tenían encendidas cuatro velas alineadas. Vestía una tela fina en color marrón, no había sillas, solo unos bancos de madera un tanto incómodos y fríos. Las paredes estaban cubiertas por numerosos tapices muy coloridos y varias tinajas adornaban pequeños rincones con unas especies raras de plantas secas. En la

parte central había una chimenea encendida y la temperatura era ideal.

Nada más entrar, el grupo se quitó sus chaquetas, las necesitarían al salir por el brusco cambio de temperatura. Allí todo tenía más valor, sabían perfectamente dónde estaban y para ellos en ese momento aquello era un hotel de cinco estrellas.

Abdul, tras acompañarlos hasta la mesa, se fue por una estrecha puerta e inmediatamente las dos mujeres salieron con dos bandejas de verduras a la brasa que cultivaban en su propio huerto ecológico. Los dos chavales se acercaron y dejaron un acompañamiento a base de arroz con gran cantidad de especias tradicionales que olía deliciosamente. Abdul ofreció al grupo un exquisito pan que su mujer había preparado por la mesa; allí tenían mucha costumbre de mojar pan con aceite. Todos dieron las gracias a aquella familia por tantas atenciones y seguidamente y sin más espera empezaron a servirse. Estuvieron de acuerdo, ¡la cena estaba deliciosa!

CAPÍTULO 18

La magia de la noche se acrecentó en el desierto. El grupo rodeaba la gran hoguera de aquella familia y los dos jóvenes chavales empezaron a tocar sus tumboles con un suave ritmo. La hermana mayor se levantó y les ofreció una de las danzas más típicas y tradicionales de aquella región. Sus movimientos eran acompasados y deliciosamente sensuales. El grupo la observaba casi sin parpadear; aquel baile realzó la belleza de aquella joven.

Abdul miraba a su hija orgulloso, acababa de cumplir diecinueve años y se había convertido de repente y ante sus ojos en una mujer. Se entristeció pensando en las pocas posibilidades que tenía su hija viviendo donde vivía, tal vez algún día podrían cambiar las cosas para ella, pero de momento él ya estaba haciendo todo lo posible para que nada le faltara a su familia. De momento pensó que tendría que hablar con su mujer y ser ellos los que fueran más veces al pueblo cuando necesitaran algo; se llevarían a su hija con ellos, estaba seguro que le lloverían los pretendientes, al no estar siempre allí, más bien aislada y sin tener la oportunidad de conocer a un buen hombre. Su hija lo miró un momento mientras bailaba y le sonrió, parecía que leyera los pensamientos de su padre. Abdul le devolvió la sonrisa que, aunque no era visible, ella lo supo a través de sus ojos.

—¿Sabes, Jesús?, ahora mismo, en estos momentos, no me iría de aquí, es todo tan perfecto…

—Me alegra oírte decir eso, cariño. ¡Esto se acaba ya! Mañana a estas horas estaremos a punto de embarcar.

—No me apetece para nada pensar en la vuelta, me quedaría para siempre así como estoy ahora, a tu lado y con esta paz y esta tranquilidad.

—Te estás poniendo romántica. ¡Vaya, vaya!

—¡No te burles!

—No lo estoy haciendo, me gusta cuando te sientes bien, me contagias enseguida y lo sabes.

—Hemos terminado nuestro té. ¿Por qué no nos despedimos y nos vamos a la tienda?

—Es una muy buena idea, pero deberíamos de esperar un poco.

¡Mira a esta gente! Han preparado todo esto por nosotros y si nos levantamos y nos vamos, creo que es hacerles un feo, ¿no? —Claro, es verdad, esperaremos un poco, pero solo un poco, ¿vale?

—Sí, cariño, será solo un rato más.

Sara levantó la vista y la joven seguía bailando. El resto de sus amigos continuaban terminando su té mientras observaban aquella danza.

El fuego de la hoguera alumbraba y producía cambios de luz entre ellos, dibujando sombras alrededor de la inagotable muchacha, apareciendo y desapareciendo entre las llamas del fuego, unas veces completamente visible y otras imaginándola.

La vieja arrugada danzaba para Sara, mirándola directamente a los ojos, captando su atención. Sara se restregó los ojos y los abrió como platos. Se movía muy suavemente imitando los movimientos que tan solo hacía un momento les ofrecía la joven hija de Abdul.

Sara giró su cabeza para preguntarle a su marido si él también estaba viendo a la vieja. Pero Sara estaba de nuevo en manos de aquella mujer, en manos de Lena.

Solo ella podía verla y aquella magia se apoderó completamente de su mente. Aquella vez Lena no le sonrió, solo la observa ba y mantenía una expresión más bien seria. Sara quería levantarse, quería hablar y decirles a todos que aquella vieja había vuelto. Se sintió sin fuerzas, su voz y sus piernas no le obedecían, solo sus ojos podían moverse siguiendo los movimientos de aquella mujer. Intentó controlarse, siempre se exasperaba y dejaba de controlar la situación, arrepintiéndose después cuando todo se desvanecía, quedando ella allí, con aquella irreal situación y con miles de preguntas que nunca podía o no se atrevía a hacer. Tenía que calmarse, a pesar del sinsentido de lo que estaba pasando. A Sara mentalmente se le empezaron a amontonar las preguntas en su cabeza, sin orden y asfixiándola sin poderlo controlar como ella deseaba. Sin dejar de mirarla, empezó a preguntarle por qué se le aparecía por todas partes y por qué a ella. Deseaba con todas sus fuerzas que esa vez no desapareciera y así poder saber qué quería de ella o qué intentaba decirle. Tenía la sensación de que de nuevo aquella vieja estaba allí para avisarle de algo y eso precisamente es lo que quería saber. Mentalmente le suplicó a Lena que no jugara

más con ella y le hizo saber que no le tenía miedo, estaba preparada para escucharla sin rodeos, sin acertijos, ni frases liosas para solo confundirla.

Lena en ese momento le sonrió, estaba leyendo los pensamientos que Sara intentaba dominar y ordenar en su cabeza. La vieja disfrutaba sabiendo que sin pretenderlo se había colado en la vida de aquella joven sin ningún tipo de permiso; lo hacía desde muchos años atrás, tenía la capacidad de adentrarse en vidas ajenas y muchas veces desconocidas para ella. Se aventuraba exprimiendo aquel poder de gracia que había conseguido.

Desde que tuvo con ella el sol blanco, nada se le podía resistir, ni tan siquiera en la distancia y sin haber conocido ni visto jamás a esa persona.

«Estás donde no tenías que estar, ellos vendrán, se llevarán tu corazón que no habita en ti y quedarás atrapada en este desierto».

La hija de Abdul empezó a bailar frenéticamente. Ahora sus movimientos ya no eran pausados. El grupo se levantó y empezó a dar vueltas alrededor de la hoguera, bailando y riendo sin parar. Jesús, mientras bailaba con el resto del grupo, empezó a llamar a Sara viendo que era la única que quedaba por levantarse.

—¿No me estás oyendo? Estoy llamándote como un loco para que vengas con nosotros.

Sara miró a su marido confundida.

—¿Ir a dónde?

—¿Cómo que a dónde? ¡A bailar! Te has quedado ahí sentada.

Cuando me he levantado y te he dicho vamos con ellos, creía que me seguías detrás.

—Ni tan siquiera te he oído. ¡Ve, ve tú!

—De eso nada, ahora que todos están tan animados, nos damos dos vueltas de baile y entonces sí que podemos hacer el tonto y desaparecer.

—No quiero desaparecer...

—¿Pero qué te pasa? Solo estoy diciendo que ya nos podremos ir a la tienda.

—Ahora mismo no me apetece bailar, Jesús, ve tú con los demás,

¡venga! Yo me quedo aquí y disfruto mirando vuestros bailes, de verdad que no me apetece.

—Vale... No te insisto más, pero ve preparándote, en un momento vengo a buscarte, tenemos algo pendiente tú y yo esta noche.

—Claro, cariño, ve y diviértete —contestó Sara mientras sonreía a su marido, esforzándose para que no notara la agitación interna que se había apoderado de ella.

Jesús volvió junto a sus amigos, que continuaban bailando, intentando imitar los movimientos de aquella joven. Las risotadas se volvían cada vez más contagiosas. Abdul sonreía viéndolos a todos disfrutar. Se quedó mirando de reojo a Sara, parecía una estatua con la mirada perdida entre las llamas de la hoguera. Se acercó y se sentó a su lado, Sara no se dio cuenta.

—Mi mujer —empezó a decirle Abdul— no ha podido resistirse a la invitación de tus amigos y se ha unido a ellos. Menuda fiesta están montando imitando a mi hija. ¿No te gusta bailar? —¡Sí! Por supuesto, pero ahora mismo no me apetencia, estoy bien mirando cómo se divierten ellos.

—Esa pequeña cuando se vaya a la cama con sus padres caerá rendida, menudo ritmo que tiene la niña junto a su madre. Realmente se lo están pasando bien y eso me alegra mucho. ¿Y tú, muchacha, no te encuentras bien en este sitio? Te veo muy pensativa. Espero no estar metiéndome en algo que no me incumbe, solo deseo que mis huéspedes lo pasen bien y se lleven un bonito recuerdo de este lugar. Eso es muy bueno para nosotros, seguro que luego lo contáis a vuestros amigos y así viene más gente a visitarnos.

—Estoy segura de que todos hablarán muy bien de este sitio y también de vosotros, yo incluida, no te preocupes por eso, Abdul,

sois una familia encantadora.

—Muchas gracias, oyéndote me quedo más tranquilo, por un momento estabas tan seria que llegué a pensar que tenías muchas ganas de irte ya de aquí.

—No, es solo que ahora mismo estoy bien aquí sentada mirando a los demás y pensando en mis cosas; este momento es propicio para hacerlo.

—¿De dónde has sacado ese colgante? Me refiero al sol blanco que llevas en el cuello.

—Lo compré en el hotel donde nos hospedamos.

—Veo que la pequeña también lo lleva puesto.

—Sí, se lo compré yo, realmente es precioso y me parece muy interesante. ¿Por qué me lo preguntas, Abdul?

—Bueno, no lo pregunto por nada en concreto, me llama la atención veros con él puesto. Es un símbolo muy arraigado de algunas de las gentes de aquí.

—¿Qué sabes de él? ¿Conoces a esas gentes que dices que también lo llevan?

—Por supuesto. Perdona, no quiero parecer maleducado, pero sois tantos que no recuerdo tu nombre. ¿Cómo te llamas?

—Sara.

—Sara... Bonito nombre.

—Me estás diciendo que sabes o conoces gente que lleva este sol, ¿es así?

—¿Por qué te interesa?

—Es más bien curiosidad. Estuvimos una tarde en un oasis, allí conocimos a una familia que nos invitó a cenar y había una mujer mayor que me pareció un tanto especial. Ella llevaba este colgante puesto y estuvo un rato hablando conmigo, si no recuerdo mal, creo que se llama Lena.

—¡Lena! Así es, toda una leyenda entre las mujeres tuareg. Ahora ya es mayor, pero puedo decirte que su hermosura ha sido motivo de muchos enfrentamientos entre los hombres que la pretendían, aunque realmente es más conocida por todos por una especie de gracia que tiene o vamos a llamarle don, pero no creo que eso te interese mucho, ¿no?

—Me gustan las historias acerca de gente con algún tipo de poder

sobrenatural, es un misterio y despierta en mí una gran curiosidad.

—Podríamos pasarnos la noche hablando de Lena y te sorprenderías. Aquí creo yo que la conocemos prácticamente todos. Hace poco ella y su familia pasaron una noche aquí con nosotros, estaban de paso y se quedaron a descansar. Iban a reunirse con el resto de su familia, viven relativamente cerca de aquí; bueno, para mí cerca, para vosotros y dentro del desierto a unos cuantos kilómetros, lo que nosotros decimos un paseo. Quizás hayáis conocido a su nieto, va siempre en busca de turistas que se mueven no muy lejos de donde están acampados. Lleva siempre con él objetos y recuerdos que fabrican ellos mismos, la misma familia de Lena. En alguna ocasión ha llegado hasta aquí en busca de extranjeros que están de vacaciones para venderles lo que siempre lleva.

—¿Y qué lleva? Creo que sí lo hemos conocido y hasta le hemos comprado algunas cosas si no me equivoco.

—Colgantes, pulseras y también unos graciosos camellos de colores que, por cierto, se les da muy bien hacer. Es un joven tuareg que como yo lleva su rostro cubierto, pero no creo que lo recuerdes si lo has visto, aquí vestimos prácticamente todos iguales.

—¡Sí, sí lo hemos conocido! Es el joven que esta tarde, antes de llegar aquí, nos ha vendido muchas cosas a todos, incluidos a los organizadores. Se ha ido muy contento ya que no dejaba de agradecernos nuestras compras.

—Qué casualidad —contestó Abdul mientras observaba a Sara. Su mirada le decía que estaba intrigadísima por querer saber más cosas, aunque él no sabía muy bien qué es lo que buscaba aquella

mujer que empezaba a insistirle en que le contara más acerca de aquella familia y acerca de Lena. Pensó que a la vieja no le gustaría mucho que hablara de ella con una turista desconocida y no pretendía ni mucho menos enfadarla. Todos allí sabían muy bien la gracia que poseía aquella mujer y el gran respeto que toda su gente le tributaba.

Los tumboles dejaron de sonar y la mujer de Abdul se sentó cansada junto a su marido. Jesús se acercó sonriendo a su mujer y le ofreció su mano. El baile había terminado y el grupo por fin había decidido que ya era hora de retirarse a dormir; era más tarde de lo que en principio pretendían y ahora todos querían irse a las haimas y descansar. El grupo había disfrutado de una noche muy diferente de lo que habitualmente estaban acostumbrados, nunca habían vivido una experiencia con tanta libertad y sensación de paz como sintieron en aquel escenario tan perfecto como era el desierto. Se llevaban con ellos ese momento, un momento que estaban seguros guardarían en un rincón especial de sus corazones.

Sara acababa de vivir también un gran momento, pero por supuesto, muy diferente al de sus amigos. Todavía estaba procesando aquella escasa y extraña información y se sentía un poco más perdida de lo que ya estaba. Las imágenes de aquella vieja danzando y observándola volvían repetidamente a su mente, era todo un misterio para ella y continuaba sin saber por qué era presa de aquella mujer.

Como otras veces, se repitió las palabras extrañas que no conseguía de ninguna manera entender. Miró a Jesús, que tiraba de ella de la mano, y seguidamente se levantó despidiéndose de aquella familia hasta el día siguiente.

Cogidos de la mano, se dirigieron hacia su haima, cada uno con sus

propios pensamientos en silencio. Sara, a pesar del frío que se colaba allí dentro, se desnudó en la penumbra de la haima. Jesús la observaba adivinando aquellas curvas conocidas y que nuevamente su mujer le ofrecía. Sara se acercó despacio mientras Jesús empezó a quitarse su ropa.

Sin dejar de mirarse, se abrazaron sintiendo la tibieza de sus cuerpos rodeándose sensualmente. Sus besos empezaron a mezclarse entre sus carnes, tumbándose y sin importarles aquella fría cama. Sara estaba muy excitada y eso volvía loco a su marido y acrecentaba su pasión queriéndola poseer sin más espera, pero ella eso lo sabía y jugaba queriendo alargar ese momento, hasta que ni ella misma podía resistirse y entonces era Sara la que pedía a gritos que entrara en su cuerpo, invadiéndola por completo y dejándola sin respiración. Sus cuerpos se conocían, sabían cómo moverse, mientras sus manos continuaban acariciando y rozando aquellos rincones donde más placer experimentaban, sin ningún tipo de tapujos ni vergüenzas, ahora nada más importaba, solo continuar hasta el final, ese final que siempre les dejaba cao, sumamente rendidos y con aquella respiración agitada, para luego abrazarse de nuevo y reír. Pero esta vez Sara se quedó callada, abrazada a su marido y más silenciosa que nunca. Se había dejado la piel amándolo, él era su vida, su corazón y por un momento entendió lo que la vieja arrugada le había dicho aquella noche:

«Alguien iba a venir y se iba a llevar a Jesús, a su corazón que no habitaba en ella». No podía verlo más claro, por momentos todo cobraba sentido para ella; una y otra vez Lena había estado intentando captar la atención de Sara, desde el principio, advirtiéndola de su paso por el desierto que iba a ser incierto y quedando atrapada, atrapada sin poder marchar con aquellos barrotes invisibles sentenciándola a perder a su marido y convirtiendo aquel estúpido viaje en una cárcel, una cárcel de arena.

Lena nunca había querido dañarla, solo ponerla en guardia o tal vez complicarle el viaje para que marcharan de allí. El corazón de Sara latía y latía, pegada a la piel de su marido, rodeándolo con fuerza hasta el punto de llegar a hacerle daño, pero Jesús estaba quieto, sentía la fuerza de su mujer dejándose atrapar en aquel abrazo incontrolado, a sabiendas de que a Sara algo le estaba sucediendo. Intentó corresponderle con igual efusividad, queriendo que ella sintiera que él estaba allí, con ella y nada le podía pasar, pero Jesús no entendía nada, no tenía ni idea, no era Sara la que estaba en peligro, no era nada por ella, era él y solo él, y Sara necesitaba decírselo, ya no podía disimular ni guardar más aquel calvario que interiormente estaba viviendo y, sin avergonzarse de sus propios pensamientos o de lo que pudiera pensar su marido, decidió hablar con él. Todo cobraba sentido para Sara y era demasiado importante para mantenerlo dentro de ella.

CAPÍTULO 19

—Jesús —dijo Sara mientras se separaba de él y se sentaba a su lado—, quiero decirte algo, pero te ruego que no me interrumpas. ¿De acuerdo?

—Está bien, Sara, dime qué te pasa.

—He intentado no darle importancia en este viaje a cosas que realmente carecen de sentido, sé que solo quieres ayudarme y tranquilizarme, pero creo que he descubierto por qué esa vieja una y otra vez se pone en contacto conmigo.

—Pero Sara, ¡realmente estás convencida de que se te aparece!

—¡Sí! Desde luego que sí y esta noche con mayor fuerza.

—¿Esta noche, cuándo?

—En la hoguera, ya sé lo que debes de estar pensando, es de locos, lo sé, pero cuando la hija de Abdul bailaba para nosotros, hubo un momento que desapareció de mi vista, como si la vieja ocupara su lugar.

—¡Sara!

—¡Espera! Me has dicho que no me ibas a interrumpir, ¡déjame seguir! Esa mujer debe de tener algún tipo de poder, ya oyes las historias que cuentan por aquí. Todo el tiempo he sentido que me estaba advirtiendo de algo, pero sus palabras son siempre como un juego, de alguna manera se las ingenia para hacérmelas llegar. Yo me conozco muy bien, Jesús, sé que soy una persona muy intuitiva y además siempre has sabido que tengo un sexto sentido para percibir cosas.

—Sí, eso es verdad, pero no acabo de entender lo que me quieres decir.

—Al principio pensaba que me quería hacer daño, he sentido su presencia a lo largo de todo el viaje, pero después, cuando han ido pasando los días y me he dado cuenta de que nada malo me pasaba, empecé a pensar que tal vez quería asustarme, como queriendo decir:

«Iros..., no vengáis».

—¿Cómo no vengáis?

—Esa mujer ha estado advirtiéndome de un peligro. ¡Ella ha visto algo que iba a sucedernos, Jesús! Estoy segura de que ha tratado por todos los medios de asustarme y de advertirme con su poder sobrenatural, se ha permitido enviarme a su manera ciertos mensajes para que yo los captara y pudiera hacer algo.

—Está bien, Sara, vamos a pensar por un momento que todo eso es verdad, que por alguna razón consigue ponerse en contacto contigo. ¿Qué es lo que me quieres decir?

—Si no me equivoco, me está advirtiendo que algo te va a suceder a ti.

—¿A mí? ¿Pero qué me tiene que suceder?

—Esta noche me dijo, aunque no muy claramente, que vendrían y se llevarían mi corazón.

—No entiendo nada, Sara, no tiene sentido lo que acabas de decir.

—Pues yo creo que sí, Jesús, ella ha sabido interpretar que tú eres mi corazón. Si estoy en lo cierto, me dijo que alguien vendría y se te llevaría.

—¡Pero eso es imposible, Sara! Estamos en pleno desierto. ¿Quién va a venir hasta aquí y se me va a llevar? ¿Por qué?

—No sé responder a tus preguntas, ojalá lo pudiera hacer. Esto se ha convertido en un juego para ella, tengo miedo de que sus palabras se cumplan, Jesús.

—¿Y yo sabes de qué tengo miedo, Sara?

—¿De qué?

—Tengo miedo de que esto se te vaya de las manos. Ahora me doy realmente cuenta de lo real que es para ti todo esto. Lo vives de verdad,

¿no es así, Sara?

—Ya no es que lo viva o no, Jesús, es el mensaje encerrado en su juego de palabras lo que me da miedo.

—Vamos a tranquilizarnos, Sara. Estamos rodeados de amigos, en un lugar casi inaccesible y en medio de la nada. No tiene sentido de que alguien venga y se me lleve. Además, ¿quién soy yo? ¡Nadie! ¿Entiendes, Sara? Dentro de un rato nos tenemos que levantar, debe de ser muy tarde y mañana ya nos vamos de aquí. Todo el miedo que sientes, mañana desaparecerá, ojalá estuviéramos ya en el barco y descansaras de una vez de esa maldita vieja. ¡Ojalá nunca la hubieras conocido!

—Entiendo que pienses así, pero quizás solo trata de ayudarnos. Yo misma no sé muy bien qué pensar. Si el resto del grupo supiera todo esto, creo que me tomarían por una loca.

—El resto del grupo no debe de saber nada de todo esto, Sara, nada tiene sentido y no me parece que crean en estas cosas, pienso que

hasta se burlarían de nosotros. Vamos a dejar las cosas como están, ahora intentemos dormir y verás que mañana quizás todo lo veamos de otra manera. Estoy completamente seguro de que cuando lleguemos al hotel a por nuestras cosas y marchemos hacia Nador, todo quedará solo en una extraña anécdota para nosotros.

—Ojalá tengas razón en todo, Jesús, no veo el momento de embarcar y de largarnos de una vez de aquí.

—Es una lástima terminar este viaje así, Sara, lo digo más por ti que por mí. Veo que no has disfrutado de este viaje como yo y eso me entristece, y lo digo porque yo sí lo he disfrutado, más que disfrutarlo, me ha parecido un viaje fascinante y me apetecía mucho poder volver algún día.

—Pues lo siento, Jesús, siento no poder decir lo mismo; si nada de esto hubiera ocurrido, supongo que pensaría igual que tú.

—¡Seguro, Sara! Ahora ven, vuelve a acostarte a mi lado e intentemos dormir, ya ves que la noche no espera y no tiene sentido continuar hablando del tema. Como puedes ver, nadie ha venido, ni nadie se me ha llevado.

Sara, en la penumbra de la haima, miró muy tristemente a su marido.

Se acostó y se acurrucó a su lado tapándose completamente con las mantas e intentando volver a entrar en calor. Viendo a su marido tan tranquilo, entendió la poca credibilidad que habían tenido sus palabras, pero no lo podía culpar, difícilmente ella misma alcanzaba

a creer todo lo que le había pasado en ese viaje. Intentó permanecer al lado de Jesús y mantenerse despierta, ella misma velaría sus miedos para poder quitarle la razón y el protagonismo a aquella vieja. Pero el sueño y el cansancio poco a poco se fue apoderando de ella, venciéndola sin remedio y abandonándose sin que nada pudiera hacer, solo esperar a que Jesús estuviera en lo cierto y que el nuevo día disipase de una vez sus temores, sus angustias y a la propia vieja.

El día empezó a batallar con la noche y poco a poco ésta se fue transformando, citándose con los primeros rayos que empezaban a restar oscuridad y a dejar entrever un nuevo día.

Tom y David fueron los primeros en salir de su haima y los primeros también en entrar y sentarse para desayunar junto a Abdul y su mujer, quien amablemente les sirvió leche caliente y el solicitado café que siempre le pedían los turistas. Encima de la mesa estaban las finas tortas de harina aún calientes esperando para acompañarlas con las mantecas y mermeladas que el sonriente Abdul ofrecía.

—Muchas gracias, Abdul —se apresuró a decir Tom mientras cogía la mermelada.

—¿Cómo habéis dormido, muchachos? Espero que bien y no hayáis pasado mucho frío.

—No me he enterado de nada, fue acostarme y caer enseguida, ni siquiera escuché esta noche los ronquidos de aquí mi colega David, y eso ya es decir.

—Tampoco será para tanto, se nota que tú no te escuchas, si lo hicieras, quizás entonces no dirías nada.

—¡Buenos días a todos! —dijo Ximo mientras se sentaba a la mesa —

. Para ronquidos, los míos... Mónica creo que se ha pasado la noche dándome codazos.

—¿No se han levantado aún?

—Ahora vienen, David, diez minutos más y se levantan. Creo que no las he dejado dormir mucho esta noche. ¿A qué hora nos vamos?

—En cuanto desayunemos todos. Si no tardan mucho, nada más se haga de día del todo, no quiero perder a nadie por ahí en las dunas.

—No lo harás, está ya amaneciendo —contestó Ximo mientras saludaban todos a Pascual y Laura, que acababan de entrar en ese momento.

—¿Qué tal? —dijo Laura sentándose a la mesa—. Madre mía, qué frío hace ahí fuera.

—Es muy pronto, dentro de un par de horas cambiará por completo y a media mañana ya se podrá sentir el calor del sol.

—No sé cómo lo podéis resistir en verano, Abdul, tiene que ser un horno estar aquí —continuó Laura mientras sorbía con ganas el café caliente.

—Todo es acostumbrarse, muchacha. Las personas tenemos más capacidades de las que creemos. Para muchos de vosotros quizás vivir aquí sería algo impensable, sin embargo, para noso tros es vivir en una libertad que pocos conocen y realmente creo que no sabríamos vivir de otra manera.

—Pues yo creo que os acostumbraríais enseguida a las comodidades de la ciudad; no sé qué daría ahora por una buena ducha de agua caliente

—contestó Laura sin siquiera darse cuenta de las palabras hirientes que acababa de pronunciar—. ¿Me pasas una torta de esas, Pascual?

—¡Claro, toma y come! A veces calladita estás más guapa.

Laura miró a Pascual preguntándose por qué le acababa de decir eso, mientras él miraba de reojo a Abdul, que intentaba sonreír a sus huéspedes.

No obstante, con el rostro casi cubierto, era muy difícil de apreciar lo que aquel hombre sentía, pero Pascual estaba casi seguro que de alguna manera se había ofendido por no tener el lujo de poder ofrecer agua caliente. Laura no había tenido en cuenta, ni siquiera se había parado a pensar en aquel momento, que estaban en el

desierto y ya era todo un lujo y muy de agradecer poder levantarse y que les sirvieran un café caliente y aquellas deliciosas tortas que Laura continuaba devorando. Miró a Pascual y levantó los hombros preguntándole con la mirada qué pasaba.

—¿Dónde están los demás? ¿Todavía no se han levantado? —

preguntó Pascual.

—Eso parece, si tardan, habrá que ir a despertarlos, en media hora será completamente de día y tenemos que irnos. Nos costará un buen rato salir de las dunas y hoy no podemos jugar con el tiempo —contestó Tom mientras terminaba de desayunar.

—¡Hola! Buenos días. Sheila, siéntate al lado de papá, ¿quieres, cariño? Ahora te sirvo el desayuno.

—Vale, mamá, quiero una torta de esas y con mucha mermelada, tengo mucho hambre.

La mujer de Abdul sirvió en un pequeño plato una torta para la pequeña del grupo y seguidamente salió con la bandeja vacía hacia la cocina en busca de unas pocas más. Estaba contenta de que aquellos turistas comieran tan gustosamente sus tortas. Contó que le faltaban cuatro personas más para desayunar, no quería que nadie se quedara sin tortas.

—David, creo que deberíamos de ir a darles un toque al resto,

deberían de estar aquí desayunando ya, se nos va a hacer tarde, ¿no?

—Esperaremos cinco minutos más, ¿vale? Si no vienen, ya voy yo mismo a buscarlos. Tranquila, Laura, estoy pendiente de la hora, vamos bien.

—¡Buenos días a todo el mundo! —dijo Tino entrando junto a María.

—¡Qué frío he pasado esta noche! A pesar de las mantas y de casi no poderme ni mover, ¡uf!

—¿Cómo puede ser, María? Abdul te dio la manta extra que sobraba.

—Pues aun así… La pedí porque me conozco, soy muy friolera y ya tenía claro que con las dos no iba a tener suficiente, y eso que son gruesas y pesadas. Creo que llevo toda la noche pegada como una lapa a Tino, me he pasado casi toda la noche diciéndole que se acercara más para sentir su calor.

—Y no es eso solo, cada vez que le apetecía girarse, lo tenía que hacer yo también para continuar en posición fetal y que no se perdiera el calor dándole la espalda. Creo que me he pasado la noche en un duermevela eterno que parecía no tener fin. No sé quién se habrá levantado esta noche, pero entre María y los pasos que oía fuera de la haima, me ha costado mucho dormirme. ¿Han llegado más turistas esta noche, Abdul? —¿Más turistas? No, claro que no, y menos en la madrugada. No esperamos a nadie hasta

dentro de unos días, creo que viene, si no me equivoco, un pequeño grupo de franceses, pero ya mayores. Me hicieron saber que viajan en caravanas y debo de ir a buscarlos con los dromedarios, ya sabéis, la típica excursión y alojamiento con cena en el desierto.

—Pues me pareció escuchar un coche, pero no aquí mismo, sino más lejos. Luego debo de haberme dormido, aunque no me extraña después de la nochecita que me ha dado María.

—Te habrá parecido, Tino. Es muy raro escuchar un coche de noche por aquí dentro; si uno se puede perder enseguida durante el día con tantas dunas, imagínate por la noche.

—Pues eso pensé, David, igual lo he soñado.

—¿Dónde están Jesús y Sara? —preguntó Sheila.

—Ahora vendrán, creo que anoche «rezaron» hasta tarde —dijo Ximo con una sonrisa mientras David se levantaba para ir a despertarlos; era ya hora de dejar aquel pequeño oasis y no les iba a dar tiempo de desayunar.

David se aproximó a la silenciosa haima y llamó un par de veces, hasta que se escuchó decir a Sara que ahora mismo salía. Sara se incorporó somnolienta, no tenía ni idea de qué hora era, pero la luz del día que se colaba a través de la haima le decía que debían de darse prisa si querían desayunar. Cuando se giró para despertar a su marido, se quedó pensativa al ver que no estaba.

Empezó a sentirse fastidiada por haberla dejado dormir tanto; ahora le tocaría ponerse las pilas. Jesús había apurado demasiado en dejarla dormir y eso le daba mucha rabia, no le gustaba empezar el día ya con prisas.

Sara revisó la haima antes de salir y con las prisas se dio cuenta de que casi se dejaba la mochila; allí dentro estaban los pasaportes de los dos y sin ellos no podían salir del país. No se atrevía ni a imaginar qué hubiera pasado si no llega a darse cuenta, era impensable olvidarse la mochila en aquel desierto. Sara salió de la haima y se dirigió hacia el comedor, donde suponía que solo faltaba ella.

—¡Venga, Sara! Hay que desayunar rápidamente, nos tenemos que ir ya.

—Ya voy, David, la culpa no es mía.

—¡Mía seguro que no! —contestó David con una sonrisa.

Sara lo miró y enseguida supo por qué estaba sonriendo David. Si no recordaba mal, le había pedido a gritos a su marido que se subiera encima de ella y por la mirada que le acababa de ofrecer, tenía claro que lo había escuchado perfectamente. Sara no pudo evitar sonrojarse y bajó ligeramente la mirada. David y Sara estaban en el comedor y antes de que éste le preguntara por Jesús, ella desvió su mirada hacia la mesa donde todos estaban esperándoles. Su semblante se volvió serio. Sara empezó a palidecer levemente, sus ojos buscaban inquietos a Jesús que, por un momento, lo había imaginado sentado tomándose un café.

—¡David! ¿Dónde está Jesús?

—Contigo, en la tienda. ¿Dónde iba a estar?

—¡David, por Dios! Dime que ha desayunado con vosotros y que está por ahí fuera y no lo he visto. ¿Tal vez en el coche?

—Aún no ha venido a desayunar. ¿Cómo me preguntas eso, es que no estaba contigo en la tienda cuando he ido a buscaros?

Sara palideció completamente y sintió un ligero mareo y que sus piernas perdían fuerzas. Antes de caer al suelo, a David, viéndolo venir, le dio tiempo de cogerla entre sus brazos.

El grupo corrió hacia ellos preguntándose qué le pasaba a Sara. Entre Ximo y David la cogieron y llevaron a un rincón de aquella pequeña sala y la acostaron en un sofá destartalado. Todos rodeaban a Sara y se preguntaban dónde estaba Jesús. Abdul cogió un par de cojines y los puso debajo de los pies de Sara, mientras Mónica intentaba darle aire con una vieja revista que acababa de ver encima de una silla. La mujer de Abdul desapareció hacia la cocina y seguidamente entró de nuevo en la sala con un pequeño frasco de cristal que contenía un líquido de color marrón; solo lo paso una vez por la nariz de Sara e inmediatamente abrió los ojos y se incorporó.

—¿Habéis ido a los coches? ¿Está allí Jesús?

—No, no hemos ido, pero ahora mismo voy yo, Sara, tranquila, seguro que está allí —dijo Tom realmente muy preocupado, saliendo enseguida del comedor.

Tom se acercaba a los coches. Su vista recorría precipitadamente todo el entorno, no había ni rastro de Jesús. Después de mirar el interior del coche, regresó sin saber qué estaba pasando y sin tener ni idea de dónde demonios estaba.

—¡Maldita sea, Jesús! ¿Dónde te has metido?

Tom no se podía creer que iba a entrar al comedor para decirles a todos, a todos, incluida Sara, que no había ni rastro de Jesús.

Sara miró a Tom y, antes de que le dijera nada, ella ya sabía lo que le iba a decir: Jesús había desaparecido.

—No lo encuentro, Sara, en los coches tampoco está. —Bueno... Vamos todos fuera y echemos un vistazo, ¿no? Seguro que está por ahí, no puede estar muy lejos, digo yo. Tal vez ha tenido ganas de hacer alguna necesidad y ha ido a esconderse.

Todos salieron tal y como acababa de decir Tino, incluidos Abdul y su mujer, que mantenían al igual que los demás unas caras de gran preocupación.

Sheila cogió de la mano a Sara y, sin decirle nada, a la pequeña empezaron a asomar unas lágrimas que en ese momento fue incapaz

de controlar. Sara la miró agradeciéndole ese gesto, pero sus ojos estaban tan vidriosos, que apenas podían distinguir el rostro de la pequeña.

El grupo empezó a llamar a Jesús. Recorrieron todos los rincones de aquel pequeño oasis, pero Jesús no daba señales de vida. Fue cobrando fuerza la idea de que Jesús había desaparecido.

Pero, ¿cómo era posible? Nadie se lo podía creer, nadie, excepto Sara.

Tal y como la vieja le había dicho, a Jesús se lo habían llevado, Jesús había sido raptado.

CAPÍTULO 20

Tras recorrer todo el oasis, el grupo entró de nuevo al comedor completamente consternado. Sara no paraba de llorar y preguntaba a todos qué iba a hacer ahora. Las lágrimas se contagiaron rápidamente de unos a otros, intentando tranquilizarla pero sin apenas tener palabras para hacerlo; nadie sabía qué decir ni qué hacer. Tenían un grave problema, esa noche embarcaban de regreso, pero no se atrevían ni a mencionarlo, no se podían marchar y dejar sola a Sara.

—David, ven un momento —dijo Tom apartándose de los demás.

—¡Maldita mala suerte! ¿Cómo nos ha podido pasar esto? —se lamentaba David.

—¿Que hacemos, David? Estoy en blanco. ¿Quién ha podido llevarse a Jesús y por qué?

—No tengo ni idea, espero que no le pase nada. ¡Madre mía, pobre Jesús!

—Pobre Jesús, Sara y nosotros, que no nos podemos marchar —

contestó Tom muy nervioso.

—Nosotros somos los responsables de esta gente, nunca se me pasó por la cabeza que algo así nos pudiera suceder.

—Pero no estamos siendo objetivos ni solucionamos nada lamentándonos. Tenemos que coger las riendas de esta situación, supongo que todos estarán pensando qué van a hacer los organizadores, y ahora mismo no sé qué les vamos a decir.

—Ellos tienen que decidir, y solo ellos, qué van a hacer. Tenemos que pensar fríamente todo, Tom; o nos quedamos unos días más en el hotel y vemos qué pasa, o uno de los dos se marcha con ellos y el otro se queda con Sara. Hay que ir lo primero de todo a denunciar la desaparición de Jesús —

en ese momento se dio cuenta de la magnitud del problema que estaban viviendo, pues empezaba a pensar más allá. Se le pasó por la cabeza que estaban en otro país y no tenía ni idea de cómo funcionaban en un caso así.

Tom y David se acercaron al grupo. Apenas hablaban y los llantos de Sara eran cada vez más angustiosos. Abdul y su familia se habían unido en el pesar de aquellos turistas que tan solo hacía unas horas bailaban y disfrutaban de su hospitalidad.

—¡Sois mi responsabilidad! —dijo Abdul—. Estáis en mi casa y debo ayudaros por mi honor. Sois mis huéspedes; alguien tendrá que pagar por lo que está sucediendo.

—Gracias, Abdul, tendremos en cuenta tu ofrecimiento, seguro que nos puedes ayudar. Necesitaremos información para mover los hilos necesarios con la policía de aquí.

—Yo mismo os acompañaré al puesto policial de Merzouga. Haré todo lo que esté en mis manos para ayudaros, David.

—Muy bien, Abdul, muchas gracias. ¡Escuchadme todos! Nuestra prioridad es Jesús, pero antes de ponernos en marcha, debo de saber qué vais a hacer. No os sintáis mal si decidís embarcar esta noche. Sara no se va a quedar sola, yo mismo me voy a quedar con ella y tenemos la ayuda de Abdul. No creo necesario que nos quedemos todos, incluso me atrevería a decir que tanta gente podría entorpecer la agilidad de movernos lo más rápidamente posible.

—Muy a mi pesar, y no lo digo porque quiera marcharme, creo que tienes razón —se pronunció Ximo al ver que nadie decía nada—. Pero si Sara necesita que nos quedemos, por mi parte, desde luego que nos quedamos.

—Gracias, Ximo —dijo Sara secándose las lágrimas—. No sé qué decir, ya es mucho no quedarme sola, pues no sabría ahora mismo ni por dónde empezar. Muchas gracias a ti también, David, por quedarte conmigo.

Gracias a todos, amigos, sé que si os pidiera que no marcharais, todos os quedaríais, pero tal vez David tenga razón, somos mucha gente y un solo coche se mueve mejor; tengo que ayudar a mi marido, no quiero ni pensar qué le deben de estar haciendo y lo que debe de estar pasando.

Sara se puso a llorar otra vez sin poder remediarlo. Mónica, con lágrimas en los ojos, se acercó y la abrazó; nadie se podía imaginar que el viaje terminara así. Tom se aproximó a Sara y le preguntó si estaba segura y prefería que el resto del grupo se marchara, ya que si era así, por seguridad él debía de irse con ellos pues David tenía claro que él se quedaba.

Sara solo afirmó con la cabeza, las palabras no le salían. Tom fue el primero en despedirse de ella abrazándola y asegurando que todo saldría bien. Entregó el teléfono satélite a David para poder estar en todo momento en contacto con ellos.

Sara abrazó uno a uno a todos y cada uno de los componentes y ahora grandes amigos del grupo, unidos y muy dolidos por despedirse así.

Las lágrimas asomaron en todos los rostros sin poderlo remediar. La pequeña Sheila se abrazó fuertemente a Sara, prometiéndose que irían a visitarlos en cuanto encontraran a Jesús a su casa, dándole fuerzas y pidiendo que pronto terminara aquella injusta pesadilla. Sara, abrazada a la pequeña, le aseguró que se pondría en contacto nada más supieran algo, y besó las mejillas empapadas de aquella pequeña que le había robado su corazón. Todos pensaban que hubiera podido ser cualquiera de ellos y con la sensación de no saber muy bien si era correcto que se marcharan y dejaran a David y a Sara allí. Se despidieron de Abdul y su familia, asegurando éste que él se hacía cargo de ayudarlos y de no dejarlos solos en ningún momento.

La marcha del grupo y el vacío que dejaban terminaron de arruinar la compostura de Sara, que intentaba aparentar mientras decía

adiós con la mano, viendo cómo desfilaban los coches por delante de ella.

Eran las nueve de la mañana y el grupo ahora debía de darse prisa en salir de las dunas. Tom no tenía muy claro si llegarían a tiempo de embarcar, pero ese era un mal menor para él, se sentía muy impotente de dejar a David y a Sara allí y en esas circunstancias. Las emisoras estaban todas conectadas, pero nadie decida nada. Tom se llevaba el coche, ya que David tendría que sacar el de Jesús de aquellas dunas y así dispondrían de vehículo para moverse. Sara llevaba la llave de repuesto, tal y como le dijo Jesús que cogiera.

—Abdul —dijo Sara—, tú sabes dónde vive Lena, ¿verdad? —Abdul miró sorprendido a Sara.

—¿Lena? No entiendo por qué me preguntas por ella.

—No puedo ahora contarte, es demasiado largo y a la vez confuso, pero ¿qué me dirías si te dijera que de alguna manera yo sabía que esto iba a suceder? Y si te dijera también que ella me ha estado enviando mensajes para advertirme de lo que iba a pasar, ¿me creerías?

Abdul se quedó mirando a su huésped y se mostró pensativo, observaba a Sara lleno de interrogantes; Lena era todo un misterio, pero todos conocían las historias que contaban acerca de ella. Si Sara decía la verdad, aquel podía ser el primer eslabón para poder llegar a entender qué le había pasado a Jesús.

El campamento de Lena estaba a una hora en coche de aquí más o

menos, no era mucho, aunque tampoco tenía la certeza de que aquella vieja continuara allí.

—Si esa mujer se ha puesto en contacto contigo para advertirte de esto, estoy seguro de que algo nos podrá contar. Tampoco se pierde nada por hablar con ella, tal vez sea un acierto y una buena idea, Sara.

—Yo voto por salir inmediatamente, pero no para buscar a esa vieja.

¿Te das cuenta, Sara, de lo que estáis diciendo? Hay que ir enseguida a la policía y cuanto antes, mejor. Los que se han llevado a Jesús igual aún no están muy lejos, el tiempo corre en contra. Vamos a tener más problemas de los que ya tenemos si salen del país y cruzan la frontera.

—¡David! El lago Iriki, nos dijiste que estábamos muy cerca de la frontera de Argelia. ¿Es así?

—¡Sí! ¿Y?

—Yo escuché a lo lejos por lo menos un coche, esa noche vi luces de faros en la distancia, os lo dije a todos y desde luego os lo tomasteis a la ligera. Nos estaban vigilando, David, han estado ahí todo el tiempo siguiéndonos, hasta que han visto el momento de llevarse a alguno de nosotros.

—Diciéndolo así y después de lo que ha pasado, podría ser.

—Claro que puede ser, pero lo grave es que seguramente, si estaban tan cerca de la frontera de Argelia, es que pueden venir de allí y a estas horas Jesús puede estar ya en ese país.

—Argelia —dijo Abdul—. No me gusta nada, cada vez se oye más hablar de grupos rebeldes; si es así, el motivo del rapto va a ser un rescate, Sara, esa gente necesita dinero para expandirse y para comprar armas.

—¿Un rescate? Pero si nosotros no somos ricos, Abdul. ¿Cómo han podido pensar eso?

—Vuestros coches llaman mucho la atención, muchacha, pero no llores de nuevo, por favor, me rompes el corazón. Si piensan que tenéis dinero, nada malo le pasará, para ellos tu marido puede ser muy valioso y no creo que le hagan daño.

—Todo esto son suposiciones —dijo alterado David—. No tenemos ningún argumento para ir a la policía y decir que Jesús ha sido raptado por un grupo rebelde de Argelia. ¿No os dais cuenta?

—Pero Lena sí nos lo podrá decir, si ella ha visto que iban a raptar a mi marido, tal vez sepa también quién ha sido. Abdul piensa que sí deberíamos de ir para hablar con ella.

—Disculpadme, pero creo que estáis como dos cencerros.

David salió a respirar y coger aliento, debía de tranquilizarse, ya que todo esto le estaba superando. Abdul y Sara pensaban que aquella vieja podía darles información del secuestro de Jesús. Por más que se esforzaba, no encontraba sentido a esa ocurrencia; era verdad que aquella mujer tenía algo especial, él mismo se dio cuenta cuando visitaron aquel oasis, pero eso era todo. Por un momento se sintió perdido.

David contemplaba las dunas que tenía delante, no se oía absolutamente nada. El sol, haciendo acto de presencia, acarició con tibieza su rostro y, sintiéndolo, cerró los ojos. Deseaba con todas sus fuerzas abrirlos de nuevo y que nada de esto estuviera pasando. Él y Tom habían viajado en numerosas ocasiones a Marruecos, al desierto de los niños, como ellos lo llamaban, cargados de juguetes y de ilusiones; ahora todo parecía de otra manera, aquel desierto se había convertido en una trampa. Debía de reponerse y volver a controlar la situación, si quería regresar a su casa sano y salvo y además sin ningún cargo de conciencia.

—¡Nos vamos, Sara! —dijo entrando de nuevo en el comedor—.

Abdul..., te necesitamos para que nos acompañes al campamento de esa vieja. ¿Estás dispuesto? En cuanto salgamos de allí, con o sin información, nos vamos a hablar con la policía.

—Perfecto —contestó Abdul mientras hablaba con su mujer.

Sara lo miró a los ojos con agradecimiento, y se quitó el cordón que llevaba puesto en el cuello, entregándole la llave del coche a David.

Sara se sentó detrás, dejando que Abdul ocupara su lugar para dirigir a David por aquellas dunas hacia el campamento de Lena.

Mientras empezaba a ascender y descender por aquel terreno inhóspito, Sara tenía cada vez más claro que no podía demorar mucho la difícil llamada que debía que hacer a su familia. Pensaba en qué decirles para suavizar en lo posible la tremenda noticia que iba a contarles.

Repasaba en su mente cómo empezaría la conversación con ellos... Le era imposible suavizar nada, dijera lo que dijera, la conversación siempre se dirigía hacia el mismo final: «Han raptado a Jesús». Imaginó las caras de sus padres y la de sus suegros, seguro que les daba un ataque de histeria a todos, pero es que no era para menos. Aquella llamada pondría patas para arriba las vidas de sus seres queridos y no podía hacer nada para evitarlo.

Los padres de Jesús tenían un pequeño negocio, una tienda de bicicletas desde hacía muchos años. La tienda había pasado por momentos muy críticos y estuvieron a punto de cerrarla; ahora estaba de nuevo cobrando vida y devolviéndoles poco a poco el gran esfuerzo que había supuesto para ellos mantenerla abierta.

—Estás muy callada, Sara. ¿Te encuentras bien? —preguntó David.

—¡Sí! Deseando llegar, tengo muchas cosas que preguntarle a Lena.

David se esforzaba en no quedarse atascado en aquellos

descomunales montones de arena. Estaba seguro de que a Tom se le daba mucho mejor que a él, aunque confiaba en su destreza y en su concentración.

De vez en cuando los ojos se le iban mirando por el retrovisor a Sara, llevaba sus grandes gafas de sol puestas, pero la había pillado en más de una ocasión secándose las lágrimas que no cesaban.

Mientras Abdul orientaba a David, pensaba en la vieja Lena, su apariencia era de una seriedad casi abrumadora, pero él había tenido el privilegio de compartir su mesa con ella y sabía a la perfección que todo era fachada; dentro de aquella misteriosa mujer se apreciaba, en cuanto la conocías mejor, a una mujer que anteponía por encima de todo el valor de las personas, admirando y valorando su bondad, siempre predispuesta a ayudar a los demás.

—David.

—Dime, Sara.

—He visto que Tom te ha dejado su teléfono. Mi móvil la mayoría de veces no tiene cobertura, y después quiero llamar a mi familia y a los padres de Jesús; si mi móvil continúa así, me lo tendrás que dejar.

—Sin ningún problema, Sara. Tom ha tenido una buena idea dándomelo, la mayoría de veces el mío también está igual. Después te digo el número para que se lo puedas dar a tu familia. ¿Cuándo piensas darles la noticia?

—No lo sé, a lo mejor ya tendría que haberles llamado. Me cuesta mucho hacer esa llamada, David.

—¿Y por qué no esperas, muchacha? —dijo Abdul—. Aparte de lo que ha pasado, no tienes mucho más que decirles; seguro que quieren saber qué ha dicho la policía y qué es lo que están haciendo, y no sabrás qué contestar. Yo que tú, primero hablaría con la policía y después les llamas. Creo que no debieras de mencionar para nada lo que nos has contado de Lena ni que vamos a hablar con ella, estoy seguro de que no te entenderían.

—¡Dímelo a mí! —dijo tajante David—. Aquí estoy, dirigiéndome hacia su campamento y preguntándome qué demonios estoy haciendo.

—Tranquilo, verás que al final acertamos, tengo el presentimiento y la convicción de que sacaremos algo de todo esto.

—Ojalá tengas razón, Sara, ojalá. ¿Falta mucho, Abdul, para llegar?

Tenemos el depósito con algo menos de la mitad de gasolina, ni siquiera lo he mirado antes de salir. Hay que volver y llegar a Merzouga, y solo nos faltaría quedarnos sin combustible.

—No, debemos de estar casi llegando, si no me equivoco, menos de un kilómetro. Como podéis ver, ya empiezan a aparecer pequeños grupos de palmeras. Vamos a un sitio que no podéis ni llegar a imaginar, pero para que vayáis abriendo boca, os diré que es un

oasis, pero tres veces más grande que donde yo vivo.

Llegaron a un pequeño pero frondoso palmeral donde el suelo se había convertido en un estrecho río de arena. Abdul les comentó que por allí pasaban rutas de caravanas que con sus dromedarios atravesaban el Sáhara. Mientras se acercaban, ya de lejos se veía un gran asentamiento de nómadas. Una manada de dromedarios se encontraba pastando a pocos metros de su paso. David continúo conduciendo despacio, agradeciendo que hubieran llegado sin ningún tipo de contratiempo.

Ante ellos, un bello espectáculo para su vista: varias haimas nómadas aparecieron esparcidas cobijadas entre palmeras y numerosos arbustos.

Tres pequeños corrieron dentro de una haima en cuanto vieron que un coche se acercaba. Acto seguido, dos mujeres se asomaron y esperaron a que bajaran aquellos visitantes. Los niños, curiosos, volvieron a aparecer, pero esta vez semiescondidos detrás de aquellas mujeres. Iban descalzos y no tendrían más de cuatro o cinco años. Las dos mujeres vestían largas túnicas y, a pesar de llevar pañuelos en sus cabezas, lucían sus rostros completamente descubiertos, tal y como ya conocían de las mujeres tuareg.

—Abdul, pregunta por Gassit, tal vez se acuerde de nosotros y nos lleve hasta su madre —dijo Sara antes de bajar del coche.

—Está bien, Sara, veamos qué nos dicen.

Tras los saludos cordiales, Abdul les hizo saber a aquellas mujeres

que deseaban hablar con Gassit. La mayor de las dos, tras obsequiarles con una breve sonrisa, les rogó que la acompañaran, ella misma les iba a llevar hasta la haima de Gassit.

Aquella mujer se paró ante una de las haimas más grande que allí había y sin traspasar su entrada se acercó y llamó a Gassit. Tras unos minutos, una mujer se acercó caminando despacio, llevaba su pañuelo puesto sin cubrir su cara. Sara no le quitaba la vista de encima y esperaba que se acercara un poco más; la penumbra de la haima cubierta todavía no le dejaba ver bien a aquella mujer, pero los latidos acelerados de su corazón ya la estaban avisando: aquella mujer de pasos cortos era la vieja, la vieja arrugada llamada Lena.

CAPÍTULO 21

Las dos mujeres se miraron en un silencio espeso que casi se podía cortar.

Ninguna de las dos decía nada, solo se miraban como si nadie más estuviera presente. Sara notaba sus latidos en su cuello, como un reflejo y, sin controlarlo, pasó su mano como queriéndolo ocultar. La vieja, sin quitarle la vista de encima, finalmente le sonrió, pero Sara se mantuvo como una estatua sin apenas parpadear; por fin estaba ante aquella mujer y esta vez no era una visión. Sara escudriñó los rasgos de aquella mujer, su mirada era lo que más le llamaba la atención, te atrapaba como si te estuvieran hipnotizando y, a pesar de lo mayor que era y de sus arrugas, se adivinaba que había sido una mujer muy hermosa, tal y como se mostró ante ella en aquellas ruinas.

—Hola, Sara —dijo Lena finalmente.

—Hola, Lena, he tardado en encontrarte, ojalá lo hubiera hecho antes, pues a lo mejor lo que ha pasado se hubiera podido remediar.

—Aún estás a tiempo, muchacha.

—No empieces con tus juegos, necesito hablar contigo, esto es muy serio, han raptado a mi marido.

—Lo sé.

David y Abdul estaban casi al lado de Sara y por supuesto, aunque ellas parecía que no se daban cuenta, estaban escuchando aquella conversación.

David se quedó pasmado cuando escuchó decir a Lena que sabía del rapto de Jesús. En ese momento empezó a entender el porqué de la necesidad de Sara de buscar a aquella vieja.

—Podéis entrar y sentaros conmigo.

—Gracias, Lena —dijo Sara—. Venid conmigo, quiero que estéis a mi lado mientras hablo con ella, seguro que intenta enredarme con sus juegos de palabras y esta vez tengo que tener las cosas claras. Está en juego la vida de Jesús y no se lo voy a permitir.

Lena escuchó las palabras de Sara mientras los tres visitantes la seguían dentro de la haima, y sin poder evitarlo, nuevamente sonrió.

Sara cada vez estaba más atrapada, debía de estar revolviéndose aunque no era consciente de ello. Intentaría no jugar demasiado con ella, Sara no merecía tanto sufrimiento; durante todo el viaje estuvo temiendo un acontecimiento tras otro y al final no lo pudo evitar.

—Sentaos. ¿Os apetece un té? —No creo que tengamos tiempo para eso, pero muchas gracias —

dijo David.

—Es de mala educación, aunque tengamos prisa, no compartir un té con quien te lo ofrece —dijo Abdul mirando fijamente a sus huéspedes—.

Estoy seguro de que mientras conversamos tenemos tiempo de tomarlo.

Gracias, Lena, yo sí tomaré y además con mucho gusto.

Lena, que aún no se había sentado, se fue a otra sala de aquella haima, se le escucho hablar con alguien y enseguida volvió a reunirse con ellos.

David echó un vistazo rápido al entorno del interior de la haima de aquella mujer. Era mucho más espaciosa de lo que aparentaba por fuera y, como no podía faltar, varias alfombras se repartían cubriendo por completo el suelo. Colgando del techo había tres grandes lámparas típicas con sus cristales de colores y una gran vela blanca en cada una de ellas.

Con semejante tamaño, David estuvo seguro de que por las noches alumbrarían más de lo que podía imaginar. Apenas había cojines por el suelo, solo en un rincón con una mesa de madera tan baja, que parecía que no tuviera patas. Lena tenía dos grandes sofás de color anaranjado y allí mismo los invitó a sentarse.

Un joven se acercó en silencio con el rostro cubierto. Iba vestido con su túnica azul, y en sus manos llevaba una bandeja con cuatro vasos llenos de té y sus típicas hierbas de menta. Cuando cruzó la vista con Sara, los dos se quedaron mirándose. El joven bajó la vista hacia el amuleto del sol blanco de Sara; aquella era la joven que junto con sus amigos le habían comprado unos recuerdos en el desierto. Sara recordó aquellos ojos, ahora sabía con seguridad que aquel joven sí era uno de los nietos de Lena; a pesar de la mirada, nin guno de los dos dijo nada, el joven cogió la bandeja vacía y se retiró.

—¿Qué has venido a buscar aquí, Sara? —dijo Lena mientras empezaba a beber despacio su té.

—Yo creo que lo sabes, no sé cómo lo haces, pero has estado por todas partes durante mi viaje.

—Eso es verdad.

—¿Por qué, Lena, por qué no me dijiste lo que iba a suceder sin más? Ahora Jesús estaría conmigo.

—Te he estado avisando. Ahora no entiendes nada pero puedo ayudarte, depende de lo receptiva que te encuentres en este momento.

—¡Pues soy toda oídos! Para que no me confundas, están conmigo mis amigos, ellos también te escuchan.

—Escuchan porque tú lo permites, Sara, yo solo estoy hablando contigo.

—Como tú digas, Lena. Dime si sabes dónde está mi marido, por favor.

—Tu marido, como bien piensas, está en Argelia, pero muy cerca de la frontera.

—¿Y tú cómo sabes lo que yo pienso?

—¿Me equivoco tal vez?

—No, no te equivocas, es verdad que he mencionado que podría estar allí. ¿Y ahora qué debo de hacer?

—Tú conoces a quien se ha llevado a tu marido, Sara; bueno, conocerles tal vez no sea la palabra apropiada, digamos que los has visto.

Te puse en alerta, Sara, te avisé, te estoy diciendo y escúchame bien, que todo esto se puede evitar.

—No termino de entender lo que me dices, Lena. ¿Por qué me dices que los conozco? ¿Cómo voy a conocer a los que han raptado a

Jesús?

—¿Recuerdas el coche parado en las dunas cuando ibais hacia el oasis? El oasis de aquí, mi amigo Abdul.

—¡Sí, claro que lo recuerdo! Le dije a Jesús que no me gustaba nada cómo nos miraron cuando pasamos por delante de ellos.

—¡Ellos se han llevado a Jesús!

—¿Pero cómo lo puedes saber? —dijo David casi histérico, sin obtener contestación por parte de Lena.

—¿Estás segura, Lena, fueron esos hombres?

—Eso es, Sara, pero ya no te puedo decir nada más, ahora tendrás que ser tú la que tome el camino adecuado. Tienes que saber que no todo el mundo tiene segundas oportunidades y descubrirás que tienes mucha suerte aunque en estos momentos no te lo parezca. Ahora sabes que en este viaje se llevan a tu marido, sabes a dónde y también quién.

—Gracias, Lena —se apresuró a decir Abdul mientras terminaba su taza de té.

—Sara, creo que debemos de irnos, ya tienes lo que andabas buscando y pasar aquí más rato no creo que ayude mucho a Jesús.

—Tienes razón, David, nos tenemos que ir. Gracias, Lena, gracias por todo, me has hecho pasar momentos muy angustiosos, aunque creo que lo sabes muy bien. Has sido de gran ayuda y jamás te olvidaré.

—Lo sé, Sara, lo sé. Estoy segura de que jamás me olvidarás.

Sara se atrevió a darle un abrazo a aquella vieja y mientras lo hacía, sus respectivos soles se enredaron. Con suavidad, Lena desenredó los amuletos devolviendo a Sara el suyo en su pecho. Una sonrisa apareció en los rostros de las dos mujeres y tras un asentimiento de cabeza, Sara salió con una gran energía de la haima de aquella vieja arrugada.

David puso el coche en marcha, nunca había creído en las cosas sobrenaturales, era más bien reacio a tocar ese tipo de temas, pero algo había cambiado en su interior. Agradecía la cabezonería de Sara y su insistencia en visitar a aquella mujer, si se lo llegan a contar, no se lo hubiera creído. Él había visto el coche en lo alto de aquella duna con aquellos hombres, eso no tenía nada de especial, pero sí lo era cuando Lena dijo que esos hombres se habían llevado a Jesús.

Salieron del oasis pero esta vez no se mantenían silenciosos. Los tres no paraban de hablar de toda la información que le había ofrecido Lena.

David pensó que ahora eran los tres los que estaban como cencerros y, por supuesto, no podían ni debían de dar esas explicaciones a la policía. A David se le ocurrió que más bien dirían que desde el

principio sospechaban de aquellos hombres, incluso para dar más veracidad a sus palabras, tendrían que decir que habían visto cómo los seguían. Ahora se esforzaban por recobrar en su memoria todo acerca de aquel coche y de la imagen de aquellos individuos.

—Abdul, nosotros tenemos que ir directos a la policía. Será mejor dejarte en tu casa ahora que me pilla cerca, si no, después tendré que entrar de nuevo en las dunas para llevarte y ahora voy solo; es un poco peligroso para nosotros si nos pasa algo con el coche. ¿No crees?

—Pero es que yo quería acompañaros, conozco a un amigo que es policía de Merzouga y debéis hablar con él.

—Si nos dices su nombre, le diremos que vamos de tu parte. Quiero hablar también con el chico del hotel, hemos hecho mucha amistad con él. Le diré que se ponga en contacto contigo en cuanto sepamos algo; se llama Mohamed, es el joven camarero que nos organizó la noche en tu oasis.

—Sí, lo conozco, suele enviarme a los huéspedes del hotel. Está bien, le llamaré para que me informe de cómo va todo. Podéis localizarme a través de él, tiene mi móvil y me avisa de posibles visitas. Mi amigo el policía se llama Omar.

—¿Dónde está la policía en Merzouga, Abdul? —preguntó Sara.

—Es muy fácil, en la calle principal y más ancha que atraviesa el pueblo. Hay una pequeña plaza la encontrareis enseguida, la fachada está pintada de azul, si no recuerdo mal. Recordad el

nombre de Omar, estoy seguro de que cuando le contéis lo que ha pasado, os ayudará. No dudéis en buscarme si os soy de ayuda, aquí tenéis un amigo. —Gracias, Abdul, lo sabemos.

—Muchas gracias por todo, estamos en contacto —añadió Sara mientras Abdul se bajaba del coche.

Estaban a pocos metros del pequeño oasis y Abdul no quería entretenerlos. Sara se bajó y subió delante con David. Mientras se alejaban, se quedó mirando por la ventana aquel precioso lugar. Ahora para ella era un cúmulo de sentimientos. Recordaba las escenas que vivió con su marido dentro de la haima aquella noche. Se le hizo un nudo en la garganta, le estaba costando mucho asimilar que Jesús no estaba con ella, no dejaba de pensar en él y en qué le estaría pasando, dentro de ella se sentía histérica de impotencia.

David se mantuvo casi todo el trayecto en silencio, de vez en cuando miraba de reojo a Sara. Contaba que les faltaba una media hora para salir de las dunas y el teléfono que le había dejado Tom de repente empezó a sonar. Los dos se miraron un instante. David, que iba a descender una duna, detuvo el coche en seco.

—¡Dígame! —dijo apurado.

—¡David, soy Tom!

—¡Tom! ¿Qué pasa?

—Estamos a punto de salir del hotel, tengo que decirte algo muy importante. ¿Está Sara contigo?

—¡Claro! ¿Dónde quieres que esté? Ahora vamos hacia ahí, nos queda media hora para salir de las dunas o quizás algo más.

—Escucha atentamente, Mohamed ha venido a buscarme a la habitación. ¿Recuerdas al camarero?

—Sí, lo recuerdo.

—Dice que alguien ha llamado al hotel preguntando por Sara.

—¿Cómo dices? ¿No ha dicho quién?

—No, no sabe quién era, solo que la llamada la ha hecho un hombre y ha dejado el mensaje de que volvería a llamar a las doce.

—¿Podría ser Jesús, Tom?

—No, David, ¿cómo va a ser Jesús? Si hubiera sido él, lo habría dicho, hombre.

—Está bien, son las once, llegamos sobrados. ¿Os vais ya?

—Sí, me gustaría esperaros y saber qué pasa con esa llamada, pero no creo que llegáramos a tiempo de embarcar. El grupo se está replanteando quedarse, están todos muy afectados.

—Me lo imagino, pero creo que es lo mejor, ahora nos íbamos a hablar con la policía pero en vista de esa llamada, iremos primero al hotel.

—Está bien, David, llama en cuanto sepas algo. —Descuida. Buen viaje, Tom, saludos al resto del grupo.

—¿Qué pasa, David? He oído algo acerca de una llamada.

—Mohamed, el camarero, le ha dicho a Tom que alguien ha llamado preguntando por ti.

—¿Por mí? —Sara se quedó pensativa—. ¡Dios mío! Po drían ser los que se han llevado a mi marido. ¿Quién iba a ser si no?

—Yo también lo pienso, pero esto es más serio de lo que pensaba.

Saben incluso dónde nos hospedamos, Sara.

—¡Nos han estado siguiendo! Yo tenía razón en todo, y Jesús me cuestionaba cuando intentaba hablar con él. Ahora debe de estar

lamentándose por no haberme hecho caso.

—Siento mucho todo lo que está pasando, Sara, pero no desesperes, va a ser cuestión de dinero, solo eso. Después recuperarás a tu marido, ya verás que no le pasa nada.

—Pues yo siento mucho decirte que la palabra dinero ya me aterra.

¿Y si no tenemos lo que van a pedir? ¿Qué pasara entonces? Nosotros no somos gente de mucha pasta, David. Tal vez mis suegros nos puedan ayudar un poco junto a mis padres, tendré que hablar con ellos. Creo que tienen un depósito en el banco, pero no tengo ni idea de cuánto dinero tienen. En mi familia no acostumbran a hablar mucho de ese tema, sé que les va bien y que de vez en cuando se permiten algún viaje y algún capricho. Mi padre es cirujano y mi madre enfermera, se conocieron en el hospital donde trabajan, pero de eso hace ya muchos años. Lo que sí te puedo decir es que no somos ricos.

—Vamos a esperar, Sara, no precipitemos las cosas. Aún no sabemos quién ha llamado.

David continuó conduciendo y por fin empezó a salir de las dunas.

Eran las once y media pasadas, debía de llegar antes de las doce al hotel.

Sara se encontraba inquieta, subía y bajaba la ventanilla del coche

una y otra vez, y no paraba de moverse en su asiento. Cuando llegaron al aparcamiento del hotel, se llevaron una gran sorpresa. Los coches del resto del grupo estaban allí. Sin pararse en la recepción, como si se hubieran puesto de acuerdo, los dos se dirigieron a la cafetería, esperaban encontrar tras la barra a Mohamed. Cuando entraron, lo primero que vieron fue dos mesas unidas y al resto del grupo. Todos se levantaron en cuanto vieron entrar a Sara y a David. El grupo no se había ido, la decisión había sido unánime, no eran capaces de marchar en esas circunstancias, se quedaban hasta el final, hasta que Jesús volviera con ellos, y entre un mar de emociones así se lo hicieron saber a Sara y, por supuesto, a la gran persona que era David. Tras unos minutos de abrazos sinceros, Mohamed, que observaba todos aquellos acontecimientos desde la barra, decidió salir y unirse para trasmitirle a Sara su pesar por lo que le había ocurrido a su marido, haciéndole saber que la ayudaría en todo lo que estuviera en su mano. Sara se sentía arropada por toda aquella gente que conocía tan solo de una semana. Estaba sumamente agradecida y sintió más fuerzas para poder continuar. Experimentaba que estaba viviendo una película de la que jamás le hubiera gustado ser la protagonista. Todo se mezclaba en su interior, debía de regresar pronto por su operación, el resto del grupo no tenía ni idea, o eso pensaba ella, pero en ese momento no importaba, debía de ser fuerte y recuperar a su marido, esa era su máxima prioridad. Después, cuando volvieran juntos los dos, ya habría tiempo de pensar en la operación; solo rezaba y esperaba que aquella maldita enfermedad tuviera un poco de consideración, que fuera benévola con ella y aguardara un poco a seguir desarrollándose.

Cuando iba a preguntarle a Mohamed por la llamada, la recepcionista del hotel se asomó a la cafetería diciendo que preguntaban por Sara.

—¡Soy yo! —dijo Sara mirando a David casi sin respiración.

—Vamos, Sara, yo te acompaño.

Todo el grupo se quedo callado, sin decir palabra. Se sentaron de nuevo viendo cómo Sara y David salían apresuradamente de la cafetería siguiendo a aquella joven. En cuanto llegaron a recepción, le paso el teléfono a Sara sin mediar palabra.

—Diga... —dijo Sara sin apenas salir la voz.

—¿Eres Sara? —un hombre con acento extranjero y voz grave sonó al otro lado del teléfono.

—¡Sí, soy yo! —contestó pero esta vez con mayor decisión.

—Tenemos a su marido, si quiere volverlo a ver con vida, escuche bien lo que le voy a decir.

—¿Cómo está? Por favor, no le hagan daño, déjeme hablar con él.

—¡Le he dicho que escuche!

Sara empezó a llorar, pero a pesar de eso, logró decir que estaba escuchando.

—Tiene tres días para reunir quinientos mil euros.

—¿Quinientos mil? No tengo ese dinero, no lo voy a poder conseguir, por favor, replantee la cifra.

—Seguro que los reúne, son muchas personas las que viajan con usted. Mañana por la noche volveré a llamar y le daré instrucciones.

Escuche, esto es para confirmarle que tengo a su marido. —¡Sara, Sara, cariño!

—¡Jesús, por Dios! ¿Qué te han hecho, estás bien? No te preocupes, cariño, te sacaré de ahí.

—Estoy bien, asustado, pero no me han hecho daño.

—Recuerde —dijo de nuevo la voz grave—, quinientos mil, mañana por la noche tendrá otra llamada.

La comunicación se cortó. Sara colgó el teléfono y se abalanzó a los brazos de David sin parar de llorar. David poco a poco la rodeó con sus brazos diciéndole al oído que lo iban a lograr e intentando serenarla. Sara se mantuvo pegada a su cuerpo y entre sus brazos unos minutos. David, a pesar de las circunstancias, sintió el suave aroma que despedía aquella bella mujer que se abrazaba a él con todas sus fuerzas.

—¿Qué ha pasado? —dijo Tom asomándose a la recepción.

Sara y David se miraron un momento. Después se acercaron lentamente para decirle a Tom que sí que eran los que se habían llevado a Jesús. Sara le contó su conversación telefónica.

—He podido hablar con Jesús solo unos segundos, han dejado que se pusiera al teléfono para que supiera que lo tienen con ellos. Solo le ha dado tiempo de decirme que está asustado, pero que no le han hecho nada.

—¿Y qué quieren, qué te han dicho?

—Quinientos mil euros, eso es lo que quieren.

—Eso es mucho dinero.

—Yo no tengo ese dinero, y solo me dan tres días, mañana por la noche volverán a llamar.

—Siempre piden bastante dinero, Sara, y luego negocian, lo he visto en montones de películas, tal vez consigas que rebajen esa cifra —dijo David.

—Pero esto no es una película, no sé de dónde lo voy a sacar.

—Mañana por la noche puede que sea mejor que me ponga yo al

teléfono —sugirió David—. Puedo hablar en tu nombre, que vean que no estás sola y perdida para darles todo lo que piden; digamos que me puedo hacer pasar por un negociador de esos, ¿no?

—Se os va la olla, esto es muy serio, David.

—Lo sé, Sara, pero si no tienes ese dinero, habrá que hacer algo para rebajarlo. El asunto es realmente sencillo a pesar de la situación. Tú les das el dinero y ellos sueltan a Jesús. Pero hay que ponerse de acuerdo con la cifra, esa es la cuestión. Si te digo la verdad, aún doy gracias por lo que piden, creía que iba a ser más.

—Dame el teléfono, David, estoy mirando mi móvil y continúo sin cobertura. Voy a llamar a mis padres y también a mis suegros.

—Espera, cojo un papel y te apuntas el teléfono, querrán llamarte ellos también.

—Gracias, David.

Entraron en la cafetería, todos estaban ansiosos por saber quién había llamado, ya imaginaban que era la gente que había raptado a Jesús.

David le dio el teléfono a Sara y dejó que fuera él quien explicara a sus amigos la conversación. Ahora Sara ya no podía retrasar más aquellas llamadas.

CAPÍTULO 22

Sara cogió el teléfono y salió del hotel, necesitaba hacer esas llamadas a solas. Dudó un momento, pero terminó por llamar primero a sus padres.

—Dígame —escuchó decir a su madre.

—Hola, mamá.

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal? Desde las uvas que no llamas, ya estaba preocupada. ¿Estáis embarcando ya?

—No... ¿Está papá contigo?

—Acaba de salir, cielo. ¡Una urgencia! Yo iba a comer ahora, entro a las tres. ¿Ocurre algo?

—Yo estoy bien, mamá, pero sí que ha pasado algo.

—¿Qué pasa?

—Se trata de Jesús, mamá, no te asustes, está bien, pero no sé cómo

decirte esto, se lo han llevado.

—¿Llevado?

—Mamá, a Jesús lo han raptado.

—¿Pero qué dices? ¿Cómo puede ser?

—Yo tampoco me lo acabo de creer, ha sido esta madrugada, me he despertado y ya no estaba.

—¿Pero por qué? ¿Quién ha podido hacer tal cosa? ¿Qué puedo hacer, hija? Estás tan lejos y en ese país… ¡Maldita sea, Sara!

—¡Mamá! No necesito esto ahora, ¿entiendes? Han llamado al hotel donde nos hospedamos y he conseguido hablar un momento con él. Dice que no le han hecho daño, pero ¿sabes cuánto piden por liberarlo?

Quinientos mil euros, mamá, no sé qué vamos a hacer.

—¡Dios mío, Sara! Eso es muchísimo dinero.

—Lo sé. ¿Me vais a ayudar?

—Pues claro... ¿Cómo me preguntas eso? Pero no tenemos ese dinero. ¿Has hablado con los padres de Jesús ya?

—No, os he llamado primero a vosotros, en cuanto cuelgue, lo hago; no sé qué les voy a decir —Sara, sin poder aguantar más, se puso a llorar; al otro lado su madre se desesperaba por no poder estar con ella.

—Sara, Sara, cariño, tranquilízate, ¿vale? Habla con sus padres y yo miro todo lo que te podemos dar. Me voy ahora mismo al hospital y hablaré con tu padre, no te preocupes, lo solucionaremos. ¿Tienes tu móvil disponible? No he reconocido este número. —No, apuntalo, casi nunca tengo cobertura, me tienes que llamar a este número.

Se despidieron con gran pesar. La mirada de Sara era muy triste, en sus ojos se adivinaba el trágico acontecimiento que estaba viviendo. El cielo se encapotó y empezó a caer una tenue llovizna, algo inusual en aquel lugar. Sara respiró profundamente y marcó el teléfono de sus suegros. Después de varios tonos colgó. Debían de estar los dos en la tienda. Decidió que volvería a llamar a la hora de comer; por un momento agradeció que no estuvieran, aunque sabía que no podía escapar de aquella llamada.

Entró de nuevo en la cafetería, el grupo hablaba con David y todos coincidieron en quedarse a comer en el hotel mientras ellos iban a la policía. No querían ser causa de retrasos ni que estuvieran pendientes de ellos. Ximo y Tom se ofrecieron en acompañarlos, aunque a Sara le pareció que era mejor ir solo con David.

Quedaron en verse en el hotel y salieron hacia el aparcamiento en busca del coche de Jesús; irían primero a la gasolinera, el depósito estaba casi en el punto de la reserva.

—¿Has hablado con los padres de Jesús?

—No, no estaban, llamaré a la hora de comer, he hablado con mi madre.

—¡Joder! No quiero ni pensar cómo se habrá quedado.

—Hecha polvo, nunca esperas una cosa así. Ha salido pitando para hablar con mi padre, que está en el hospital con una urgencia en estos momentos.

—¿Ya sabes cuánto dinero te pueden dar? Tenemos que estar preparados para esta noche.

—No lo sé, David, no tengo ni idea. De momento solo tengo diez mil euros, es todo lo que tenemos Jesús y yo en el banco, ya ves.

—Tendremos que idear algo, una cuenta aquí para que te ingresen con una trasferencia el dinero.

—En menudo lío estoy metida, no sé cómo lo vamos a hacer. Las trasferencias tardan en llegar, ¿no?

Solo han dado tres días para tener el dinero.

—Depende, espero que lo podamos solucionar. Espera un momento, no hace falta que bajes, voy a llenar el depósito.

—Toma, David, con cincuenta euros creo que será suficiente.

David cogió el dinero y acto seguido llenó el depósito. Estaban en el principio de la calle principal a pocos metros de la plaza. Se suponía que allí estaba la policía, había pasado varias veces por esa zona pero no recordaba si había visto o no la comisaria. Aparcaron muy cerca e inmediatamente vieron la fachada de color azul, tal y como les había dicho Abdul. Entraron y se llevaron una sorpresa, estaba impolutamente limpia; el sitio era más bien pequeño, había varios compartimentos, y detrás de un mostrador, dos agentes bien uniformados que charlaban observaron a los turistas que se acercaban hasta ellos.

—Buenos días —dijo David.

—¿En qué les podemos ayudar? —dijo el más joven tras un respetuoso saludo.

—Buscamos a Omar. ¿Está aquí?

—Sí, señor, ¿Quién lo pregunta?

—Me llamo David, es un asunto muy delicado y de gran urgencia, nos envía un tal Abdul, amigo de Omar, vive en el oasis de las dunas.

—Por supuesto, aquí todos conocemos a Abdul. Me deja su pasaporte, si es tan amable…

—¿Mi pasaporte? ¡Sí, sí, enseguida!

—Está bien, joven, ahora mismo le digo a Omar que salga. ¿No quiere que le ayude yo?

—Preferiría hablar primero con Omar, señor, pero muchas gracias.

Los dos guardias se miraron y levantaron los hombros. El joven que les había atendido salió del mostrador y se fue por un estrecho pasillo donde se adivinaban varias puertas. Al cabo de un minuto regresó con un policía más mayor e igualmente uniformado con gran pulcritud.

—¿Preguntan por mí?

—¿Es usted Omar, señor? —dijo David; aquel policía imponía solo con mirarlo.

—¡Sí, soy yo! Me han dicho que les envía mi buen amigo Abdul, por lo tanto, sean bienvenidos. ¿En qué les puedo ayudar?

—¿Podríamos hablar un momento con usted en privado, señor?

—Por supuesto, joven, y no me llame señor, puede llamarme Omar, los amigos de Abdul son también mis amigos.

—Muchas gracias, Omar —contestó David respirando un poco más tranquilo. El aspecto y el uniforme de aquel policía le habían puesto un poco nervioso, interiormente se sentía acelerado.

—Síganme, por favor.

Se fueron tras el policía por aquel estrecho pasillo y entraron en un pequeño despacho. Omar les invitó a sentarse y él también lo hizo detrás de la mesa en su acomodado sillón.

—Ustedes dirán…

David y Sara se miraron inquietos unos segundos, tomando la palabra él puesto que aquellas gentes tomaban más en serio a un hombre, que mil palabras de una mujer.

Le empezó a explicar lo del coche que les observaba por la noche en el lago Iriki, cómo les había seguido en la distancia, tal y como acordaron él y Sara que iban a decir, desapareciendo y volviéndolo

a ver con cuatro hombres con apariencia sospechosa en lo alto de aquella duna.

Seguidamente contó la noche que pasaron en el oasis de su amigo Abdul y cómo madrugaron para poder salir pronto, explicándole que iban a embarcar esa noche y dándose cuenta de que Jesús no estaba, que había desaparecido. Continuó diciendo cómo lo habían buscado por todas partes, sin dar señales por ningún sitio, y finalmente le contó aquella llamada que recibió Sara en el hotel. Mientras David se explicaba, Omar miraba de vez en cuando a Sara, ella se mostraba como queriendo saber anticipadamente qué pensaba aquel hombre y qué les iba a decir.

David concluyó aquella conversación desvelando la suma que les pedían los secuestradores y preguntándole cómo podían hacer para recibir el dinero que los familiares les pudieran proporcionar en aquel pueblo de Merzouga.

El policía se quedó callado unos momentos, apoyó los codos en la mesa y se les quedó mirando a los dos con expresión seria. Sara por un momento pensó en saltar encima de él y exigirle que hiciera el favor de abrir aquella maldita boca. David cogió una de las manos de Sara, parecía adivinar sus pensamientos viendo cómo se retorcía las manos por debajo de la mesa. Sara agradeció aquel gesto y se mantuvo quieta cogida de David.

—¿Necesita alguna otra información? —se atrevió a decir David, animando a Omar a que se pronunciara de una vez.

—¡No! De momento no —contestó—. Ha sido de gran ayuda todo lo que me ha contado.

—¿Cuántos días dice que se van a quedar?

—No entiendo la pregunta… No nos vamos hasta que suelten a Jesús.

—Perdón, no quería decir eso, más bien quería decir cuántos días han dicho que tienen hasta la entrega del dinero… Porqué piensan dárselo, ¿no es así?

—Han dicho tres días, aunque como le he contado, esta noche van a volver a llamar.

—¡Veamos! —dijo Omar esta vez dirigiéndose también a Sara—. No es la primera vez que sucede esto con extranjeros o llamémosles turistas.

—Yo he estado aquí varias veces y nunca había oído nada al respecto —interrumpió David.

—Si usted y demás turistas lo supieran, no vendrían a nuestros pueblos a gastar su dinero, pero esa no es la cuestión. De entrada y puede que no esté en lo cierto, el rapto parece originarse en Argelia, puesto que dicen que estaban en el lago Iriki cuando se percataron de esa vigilancia, eso está muy cerca de la frontera. Tiene lógica pensar que los siguieron y aprovecharon oportunamente el momento. Si quieren recuperar a su marido —dijo Omar esta vez mirando solo a Sara—, solo veo dos opciones. La primera, si me permiten un momento, voy a mirar en mi ordenador.

Omar tecleó sin parar su ordenador y apuntó unos datos en su pequeña libreta. Sara se estaba poniendo de los nervios y cada vez apretaba si cabe más la mano de su amigo David; no tenía ni idea de qué estaba buscando aquel hombre en aquel maldito ordenador, no tenía mucho sentido.

—Está bien, aquí lo tengo; como les decía, tienen dos opciones, la primera es esta. Pueden ir hasta la embajada de Rabat, he estado mirando, pero es lo más cerca que hay, está a algo más de quinientos kilómetros de aquí —a Sara se le abrieron los ojos como platos—. Allí les pueden ayudar, de eso estoy seguro, les puedo dar incluso la dirección, que también la he anotado: « Avenue Ain Khalouiya». Pero no creo que lo tengan todo solucionado en tres días, prácticamente tienen un día de ida y otro de vuelta, ya saben cómo son nuestras carreteras.

—¿Y la segunda opción? —preguntó Sara, esta vez atreviéndose a hablar y mirando aquel hombre directamente a los ojos.

—La segunda opción, señora, es la más rápida y la más fácil.

—Está bien, Omar, somos todo oídos —dijo David.

—Aquí no vais a poder abrir una cuenta para que os ingresen nada, eso ya os lo digo yo —dijo Omar de pronto tuteándoles.

—¿Y qué nos aconsejas? —se pronunció David de igual manera, ya temiéndose lo que Omar iba a decir.

—Yo os puedo dar mi número de cuenta, hablaré con el banco para que tenga en cuenta que la cedo, pero solo para una transacción que nada tiene que ver con mis asuntos y que es vital para el rescate de un español.

No creo que haya ningún problema. Nadie quiere asustar a posibles turistas y una vez zanjado y volvéis a vuestro país, se lo lleva el viento.

¿Entendéis?

—Creo que lo entendemos perfectamente —dijo Sara mirando a David—. Por lo visto, no se puede hacer nada más.

—No se equivoca, señora —dijo Omar volviendo a guardar las composturas.

—Debemos de pensar en todo esto, pondríamos en sus manos, Omar, todo el dinero posible que nos van a enviar. Tendremos que confiar plenamente en usted, no sea que luego se marche con esa gran suma —

dijo David bromeando, aunque no lo estaba haciendo.

—Les entiendo, pueden encontrarme a media tarde en la cafetería que hay en la esquina de la plaza; si deciden la segunda opción, por

si acaso les traeré el número de cuenta.

—Está bien, muchas gracias por su ayuda, ya le diremos qué hemos decidido.

Sara y David salieron disgustados y pensativos, ambos veían claramente una gran trama en todo lo que les había explicado Omar; por supuesto, ya pensaban en la tajada que se llevaría a cambio del acceso a su cuenta, pero también percibían que algo se les escapaba: según parecía, no era la primara vez que esto ocurría y les olía a que Omar seguramente ya habría prestado en más de una ocasión su bondadosa cuenta a otros en su misma situación.

—Ven, Sara, ahora iremos al hotel, pero antes siéntate y toma un té conmigo, ahí mismo esta la cafetería que ha mencionado Omar.

Deberíamos de hablar un poco todo esto antes de regresar. ¿No crees?

—Está bien, David, creo que me vendrá bien relajarme un momento, estoy de los nervios desde que desperté esta mañana.

—Hola, tomaremos dos tés, por favor —dijo David al camarero que se acababa de acercar.

—¡David!, ¿podría estar Omar implicado? Ya sabes, tiene una muy buena razón para estarlo, doy por sentado de que nos va a pedir algún tipo de comisión. Abdul habló muy bien de él, pero me da a

mí que voy a estar en lo cierto, no suelo equivocarme mucho con mis presentimientos.

—Podría ser, Sara, pero veo inviable viajar hasta Rabat para hablar con la embajada. Seguro que podemos conseguir el teléfono, pero estos asuntos requieren hacerlo en persona. Como bien ha dicho Omar, está a quinientos kilómetros de aquí, demasiado lejos y no tenemos tanto tiempo.

—Parece que estamos en sus manos.

—Mucho me temo que sí, aunque tenemos que pensar solo en Jesús, él es nuestra prioridad. No me gustaría nada estar en su pellejo. Desde que ha pasado esto, pienso que podríamos haber sido cualquiera del grupo, ¡yo, por ejemplo! Ha tenido la mala suerte de pasarle a él, seguro que salió de la tienda en algún momento y estaban por allí, esperando, era solo cuestión de esperar y llevarse al primero que se pusiera a tiro. —Pienso lo mismo que tú, aunque yo tengo la mente más retorcida.

¿Quién pudo avisar que estábamos en el lago Iriki? Aquel coche se presentó sin más cuando ya era de noche, justo cuando vosotros estabais en el taller reparando el radiador. Nadie más que nosotros sabía que estábamos allí, ¿no?

—Te equivocas, Sara, cuando estaba en el taller, llamé a Mohamed, el camarero, bueno, no directamente a él, llamé al hotel para avisar de lo sucedido, para que no se preocuparan. Dije que nos quedábamos en las tiendas a pasar la noche en el lago Iriki, eso es exactamente lo que dije y justo también a él, ya que fue quien cogió el teléfono.

—¡Vaya! Ahora piensa un poco. Mohamed sabe que estamos allí. ¿De acuerdo?

—¡Sí! —dijo David acelerándose de nuevo.

—¿Quién sabía que estábamos en el oasis de Abdul?

—¡Mohamed!

—¿Te das cuenta?, la misma persona de nuevo...

—¿Estás tratando de decirme lo que ya pienso?

—No quiero decir nada, estoy sacando mis propias conclusiones. A lo mejor es todo pura coincidencia, pero empiezo a pensar que puede que Mohamed esté implicado.

—Esto se está ensuciando por momentos, Sara. Mohamed avisa de nuestra situación en el lago, quizás allí no tuvieron la opción; también avisa de la noche que vamos a pasar en el oasis. Cuando estábamos allí, Mohamed ya sabía eso; si estás en lo cierto, todo parece cobrar sentido, ya nos estaban esperando cuando íbamos por las dunas, y descaradamente dejaron que pasáramos por delante de sus narices.

—¿Y Abdul, David, crees que también puede estar metido?

—Abdul... Es él quien nos ha mandado a que hablemos con su amigo Omar; me cuesta mucho creer después de su hospitalidad y de acompañarnos hasta la vieja, que esté implicado también, parece un hombre honrado.

—Lo parece…, pero puede que solo sea eso, no sé qué pensar.

—No tengo ni idea de si Abdul se salvará de esto, a lo mejor su intención es buena y no sabe tanto de su amigo Omar como él cree, puede que no tenga ni idea de nada —dijo David intentando convencerse—.

Todo esto son solo conjeturas, Sara, a ciencia cierta no sabemos nada, pero me da a mí también que no vamos mal encaminados.

—Deberíamos de hablar con la embajada, independientemente de si accedemos a ingresar en la cuenta de Omar. Es la vía rápida para sacar a mi marido del calvario que debe de estar viviendo. La embajada deberá de hacer sus propios deberes e indagar para descubrir el pastel que están cociendo aquí con los turistas. Estoy segura de que si se mueven, averiguarán más transferencias de sumas importantes en esa misma cuenta. Los podemos poner en alerta cambien con Mohamed, puesto que él sabía todos nuestros pasos. Respecto a Abdul, no está en nuestras manos; si está o no implicado se verá en su momento.

David y Sara salieron de la terraza de aquella cafetería prácticamente convencidos de sus propias reflexiones. Era hora de

comer, tenían que solucionar muchas cosas y Sara no podía posponer más la llamada a sus suegros; estaba segura de que incluso se la iban a liar por llamarles después de tantas horas de lo ocurrido. Mientras regresaban al hotel, los dos pensaron que pondrían en aviso respecto a Mohamed al resto del grupo. Por si acaso no debían de hablar nada del tema en la cafetería delante de él; si estaba metido, no podan permitirse que se enterara de sus planes. Mientras conducía David, Sara llamó a sus suegros.

—Diga... —escuchó Sara.

—Hola, Rafael, soy Sara.

—¡Hola, Sara! ¿Cómo os va? Si no pasa nada, ya nos vemos mañana.

¿Lo estáis pasando bien?

—Rafael, necesito vuestra ayuda, escucha lo que te voy a decir, Jesús está bien. ¿Vale? He hablado esta mañana con él, pero el problema es, bueno, quiero decir que unos hombres se han llevado a Jesús esta madrugada; en tres días lo pondrán en libertad si les damos el dinero que piden, pero no quiero que te asustes, lo han dejado hablar conmigo hace un rato, él mismo me ha dicho que lo tratan bien y que no le han hecho nada; es solo cuestión de dinero. Rafael, Rafael, ¿estás ahí?

—Sí, estoy aquí, Sara.

—¿Estás bien? Dime algo, por favor, lo siento, siento mucho lo que está pasando.

—Tranquila, Sara, para ti aún debe de ser peor. No me estás engañando, ¿verdad? Realmente has hablado con él y está bien, ¿verdad?

—¡Sí, sí! Solo es cuestión de dinero, para ellos Jesús es muy valioso, no le harán nada.

—¿De qué cifra estamos hablando, Sara?

—De una muy gorda, Rafael, de quinientos mil euros.

—¿Y qué ocurrirá si no reunimos ese dinero? Debes de saber que desde luego no lo tenemos, no quiero ni pensar ahora cuando se lo diga a Marisun.

—Te entiendo perfectamente, para mí ha sido muy duro llamaros y hablar contigo, no sabía ni cómo decírtelo. ¿Puedo contar con vuestra ayuda? Mis padres me van a dar todo lo que puedan, aunque sé que jamás reuniremos lo que piden. Esta noche tienen que volver a llamar, dicen que me darán instrucciones para la entrega. Debo de conseguir una cifra más razonable para nosotros y convencerlos de que se han equivocado de turista, no somos ricos.

—¿Cuándo tienes que tener el dinero, Sara? Aquí los bancos ya han cerrado, puedo ir mañana a primera hora, tendré que pedir ayuda a

mis hermanos; la vida de mi hijo está en peligro y seguro que nos ayudan un poco. No se me ocurre nada más. ¿Dónde te tengo que enviar el dinero?

Supongo que ya tendrás algo claro, no me has hablado de la policía. ¿Ya has ido? ¿Has puesto una denuncia?

—Está todo en marcha, Rafael, quiero que estéis tranquilos en la medida posible, estoy rodeada de amigos y todos están ayudando.

—De acuerdo, Sara, esta noche te llamo y te digo el dinero que he conseguido. ¿A este número?

—Sí, por favor, aquí es difícil tener cobertura. Un abrazo muy fuerte y otro para Marisun, dile que siento mucho llamar para dar esta mala noticia.

—Gracias, Sara, estoy seguro de que harás todo lo que esté en tu mano para liberar a mi hijo.

—Por supuesto, Rafael, por supuesto, hasta la noche.

Sara colgó el teléfono y lo dejó apoyado en su regazo. Se mantuvo callada hasta llegar al aparcamiento del hotel. David solo condujo, era incapaz de romper aquel silencio íntimo que sin querer Sara había creado.

Los sentimientos y las emociones estaban a flor de piel, en cualquier momento se podían agrietar y salpicar cayendo con aplomo. Estaban sometidos a una cruel situación, careciendo de salvavidas. Solo podían nadar con sus propios brazos, deseando llegar a la orilla y comprobar que por fin todo había acabado, comprobar que el grupo al completo regresaba a sus respectivos hogares, unidos para siempre por el apreciado lazo de la verdadera amistad.

David apagó el motor del coche. Sara se le quedó mirando antes de bajar y él le sonrió diciéndole sinceramente que todo iba a salir bien.

Entraron directamente al comedor, el grupo estaba empezando a comer en ese momento. Todos se alegraron al verlos entrar interrumpiendo la comida y bombardeándolos a preguntas. Sara y David se sentaron diciéndoles que enseguida les ponían al corriente, en cuanto Mohamed les sirviera sus platos y se alejara de la mesa. David les pidió que fueran discretos puesto que estaba en peligro la vida de Jesús, añadió que sería mejor reunirse todos en su habitación al finalizar la comida. Una extraña sensación se apoderó del grupo. David les hizo saber que no debían de hablar nada sobre lo que había pasado en sitios donde les pudieran escuchar, no era seguro.

CAPÍTULO 23

Mientras Mohamed servía otra mesa, miró en varias ocasiones a David y a Sara. Ellos se percataron enseguida puesto que estaban demasiado pendientes. David aconsejó a Sara en voz baja que intentaran no dar pie a Mohamed a pensar que lo estaban observando. Una curiosidad que no pasó desapercibida para todos fue que siempre, después de comer, Mohamed se acercaba ofreciéndoles a todos un té, y ese día no lo hizo. Se estaba poniendo nervioso, pensaron por igual David y Sara.

Todos comieron inquietos, estaban deseando que les explicaran qué estaba ocurriendo. No esperaron al té, en cuanto terminaron, salieron del comedor aprovechando que Mohamed se había metido en la cocina. A David no le apetecía mucho que viera cómo todos se dirigían a su habitación.

Entraron e inmediatamente cerró la puerta. Sin hacerles esperar más, empezó a contarles todo, la suma de dinero, el policía Omar, las opciones que tenían y, por supuesto, la conversación que había mantenido con Sara en aquella terraza en la plaza. El grupo se quedó sin palabras, ni se habían imaginado que otros turistas también habían pasado por aquella misma situación.

—¡Deberíamos irnos de aquí! —dijo Mónica bastante alarmada—.

Viene Sheila con nosotros, me muero si le llega a pasar algo.

—Yo también opino igual. ¡Cambiemos de hotel!

—No podemos, Laura, quiero que pensemos bien las cosas. Sara tiene que recibir esta noche otra llamada, por lo tanto, no nos podemos ir a otro hotel, hay que quedarse. Además, no sería normal y no quiero alarmar a Mohamed —dijo David.

—No quiero que nadie más salga perjudicado y mucho menos que le ocurra algo a nuestra pequeña Sheila, pero no creo que lo vuelvan a intentar con alguien del mismo grupo. Sería demasiado alarmante y seguro que no se van a arriesgar. Ellos ahora solo quieren cobrar ese dinero y me atrevería a decir a que después nos vayamos enseguida, pero yo no estoy dispuesta a dejarlo así. Es verdad que quiero darles el dinero que consiga, pero solo por liberar a mi marido. Una vez esté con nosotros, pienso contarlo todo en la embajada que hay en Rabat. Espero que cojan a todos los desgraciados que están metidos en el ajo.

—Además —continuó David—, Mohamed no tiene que darse cuenta de nuestras sospechas, hay que aparentar delante de él y si pregunta algo, os hacéis los despistados; estamos esperando pagar el rescate y que liberen a nuestro amigo, eso es todo. Si hay que sonreír y tomar un té con él, pues lo tomaremos. ¿Estáis de acuerdo?

Se miraban unos a otros asintiendo y todos empezaron a hablar a la vez, intercambiando sus opiniones y sus inquietudes.

—¿Cuánto dinero tienes, Sara? —preguntó de pronto Sheila.

—No mucho, cariño, estoy esperando la llamada de mis padres y de

mis suegros. Ojalá pudiera decir que tengo más y no involucrar en esto a nadie, aunque sea mi familia. Pero la cuestión es que solo dispongo de diez mil euros, ya ves.

—Yo quiero darte el dinero que tengo en mi hucha para que vuelva Jesús. Le diré a mi abuelo que la rompa y que te lo envíe. Creo que tengo muchísimo, hace tiempo que voy metiendo todo lo que me dan, por lo menos... mil euros.

—Cariño —dijo Sara abrazándola mientras todos quedaban en silencio—, no te preocupes, pequeña, guarda tu dinero, pero muchas gracias, eres muy buena, Sheila, siempre recordaré este momento.

—Yo voy a añadir a los mil euros de Sheila otros cinco mil euros más, así que, querida amiga, ya tienes dieciséis mil. No es nada para la suma que hay que recaudar, pero es mi pequeño granito de arena; si estuviera en tu lugar, me gustaría mucho que hicieran lo mismo por mí.

Sara se quedó mirando a Ximo y a su familia al completo. Mónica le sonreía a pesar de sus lágrimas, sus ojos empezaron a brillar, estaba muy emocionada y simplemente sin palabras. María se quedó mirando a Tino, un nudo se le hacía en la garganta, y sin poder evitarlo, le metió un fuerte codazo en toda la barriga.

—Venga, Tino, ayudemos a nuestros amigos.

—Nosotros te vamos a dar cuatro mil euros, Sara. La verdad es que nos gustaría poder colaborar con más, pero son tiempos difíciles.

—No sé qué decir, solo hace una semana que me conocéis y no tengo ni idea de cómo agradeceros lo que estáis haciendo. Solo tengo ganas de llorar…

—¡Ven aquí, preciosa! —dijo Tino—, ven y dame un abrazo, ya nos lo cobraremos, no te preocupes, cuando todos estemos en casa, no te creas que te vas a escapar. Iremos a visitaros y nos debes una espectacular cena. Sara sonrió entre lágrimas. David y Tom se miraron. No hacía mucho pensaron que habían reunido a un estupendo grupo, ahora sus miradas confirmaban que tenían además excelentes amigos.

Entre los dos pensaron que el momento requería también su pequeña aportación. En todos los viajes se sacaban una buena comisión por ser los organizadores, les salía siempre su estancia gratuita en los hoteles y, por supuesto, un poco de cada coche y pareja que los acompañaba. Estuvieron haciendo números y entre los dos podían aportar tres mil euros del viaje, más lo que personalmente decidieran.

—Sara —dijo David—, Tom y yo también queremos ayudarte económicamente en lo que podamos, te vamos a dar los tres mil euros que nos aporta este viaje; de alguna manera nos sentimos responsables por lo que ha pasado. Nosotros os llevamos al oasis, nunca pensamos que algo como esto pudiera pasar. Además de esos tres, yo puedo darte dos mil más, aunque sé que te falta mucho, esperemos que tus familiares te den una buena alegría.

—La situación no es para estar alegre, pero el momento sí. No voy a olvidarme nunca de ninguno de vosotros. Gracias, David; muchas gracias, Tom, no esperaba todo esto —Sara abrazó muy fuerte a

David, mientras Tom se acercaba esperando su abrazo.

—¿Cuánto dinero llevamos ya, Sara?

—No lo sé, Tom, me tenéis tan emocionada que he perdido la cuenta.

—Sara lleva en estos momentos veinticinco mil euros —contestó Ximo, mientras Sheila aplaudía mirándola.

—¡Madre mía! Muchas gracias a todos. Jesús se va a quedar de piedra cuando le explique todo esto.

—¡Pues que se vaya preparando! Laura y yo no nos hemos pronunciado todavía —dijo Pascual.

Era la pareja más acomodada de todos, a pesar de ser los más jóvenes. La empresa del padre de Laura crecía año tras año a pesar de la gran crisis que estaba viviendo el país. Era socio de un importante abogado y en unos años tuvieron que trasladarse a un bajo mucho más grande, en pleno centro de Madrid, justo en la afamada Gran Vía.

Mientras unos perdían sus hogares, sus empleos y ponían denuncias y demandas, el bufet cada día se expandía más, logrando tener trabajando para ellos a seis personas y, por supuesto, a Laura y a Pascual. Contaban con un buen sueldo y al final del año siempre se les entregaba un sobre extra por su buen hacer, una regla que los

dos socios tenían muy clara para que todos sus empleados dieran lo mejor de sí en el trabajo. —Me estás poniendo nerviosa, Pascual, deja de sonreírme —dijo Sara.

—¡Venga! Que tampoco va a ser para tanto. Laura y yo te podemos dar quince mil euros sin ningún problema, Sara.

—¡Sí, sí, sí! —dijo el grupo a la vez saltando y aplaudiendo.

Sara, en un rincón observándolos a todos, continuaba llorando, deseaba con todas sus fuerzas que Jesús estuviera allí y poder ver lo que estaba ocurriendo. Era muy difícil encontrar personas tan desinteresadas, tan llenas de bondad. Esta vez ya no pudo decir nada más, se acercó a Pascual y Laura, y los abrazó mirándoles en un mar de lágrimas.

—¿Te das cuenta, Sara? Esta noche hay que darles cuerda a esos tipejos, ya tienes cuarenta mil euros, tenemos que conseguir que bajen la cifra y estoy casi seguro de que lo conseguiremos.

Unos golpes en la puerta interrumpieron al grupo. Todos se quedaron callados por completo. De nuevo se volvieron a escuchar. Tom y David se miraron extrañados. David, haciendo un gesto de silencio, abrió la puerta, y se quedó sorprendido al ver a Mohamed.

—¡Hola! —dijo mirándolo con recelo—, acaba de llamar Omar, dice que había quedado esta tarde con vosotros pero no va a poder asistir. Ha dicho que ahora mismo está en la cafetería donde esperará media hora por si decidís acudir.

—Está bien, Mohamed, muchas gracias.

—¿Cómo se encuentra Sara? ¿Sabéis algo de su marido?

—Sara está bien, estamos aquí animándola un poco. Respecto a su marido, esta noche volverán a llamar, te ruego nos lo comuniques de inmediato si coges tú el teléfono.

—¡Por supuesto! Contad con mi ayuda para lo que dispongáis, todo el personal del hotel estamos muy apenados. La Dirección me envía también para deciros que tenéis tres noches de hotel con todos los gastos pagados, es lo menos que puede hacer. Nunca había ocurrido algo así aquí.

—Gracias de nuevo, es todo un detalle, Mohamed. Ahora, si me disculpas, voy a darle tu mensaje a Sara.

—Lo hemos oído todo, será mejor que nos vayamos, necesitamos claramente ese número de cuenta, el muy jodido lo sabe y por lo visto no quiere esperar.

—Se me ocurre que mientras Sara y yo nos vamos, alguno podéis ir a la sala de ordenadores. Mirad si encontráis el teléfono de la embajada española en Rabat. Estoy de acuerdo con Sara en que esto no puede quedar así; antes de irnos, los denunciaremos. Me he quedado con los tres días que nos ofrece el hotel de estancia. ¿Cómo cojones saben que necesitamos tres días hasta la entrega del dinero? Cada vez me huele peor.

—No digas ya nada más, David. ¡Me estás acojonando! —di jo Mónica.

El grupo salió de la habitación. Tom quedó en acompañarlos. Tino y Pascual se fueron a investigar el teléfono de la embajada. Todos los demás se fueron a sus habitaciones; con tantos acontecimientos hacía dos días que no se duchaban y querían aprovechar hasta el regreso de sus amigos. En cuanto tuvieran el número de cuenta, entrarían en los ordenadores para hacer las transferencias.

Salieron del aparcamiento hacia la plaza de Merzouga. A esas horas hubieran estado a punto de llegar a Nador; todos habían hablado ya con sus respectivas familias y no podían ocultar lo sucedido puesto que no llegarían el día previsto. Las familias de los integrantes del grupo se quedaron asustadas, deseando que volvieran cuanto antes.

Aparcaron a pocos metros de la plaza. En una de las mesas de la terraza se encontraba Omar, aunque esta vez iba vestido de paisano. Se levantó estrechándoles la mano e invitándoles a tomar un té; a Sara no le apetecía mucho pero David y Tom asintieron.

—¿Estáis bien, muchachos? ¿Algo nuevo que contar?

—¡No! Todo sigue igual, deseando que llegue la noche para ver si podemos conseguir que bajen esa cantidad. Sara no tiene ese dinero y sus familiares, por más que la quieran ayudar, tampoco. Me gustaría que supieran los que se han llevado a nuestro amigo que no podremos conseguir esa cifra, esperamos poder convencerlos —dijo David con doble intención.

—¿Entonces está decidido ya? ¿Os doy mi cuenta?

—¿Qué nos va a costar esto? —dijo tajante Tom

—Vaya.... Veo que traéis refuerzos. ¡Hombre!, me gustaría decir que nada, pero debo de cubrirme un poco, solo por si al final el banco me cobra algo por ese ingreso tan importante o quién sabe. La gente del banco siempre se inventa lo que sea para poder mojar también.

—¿Y la cifra es…? —continuó con el mismo tono Tom.

—Siete mil euros, no es mucho para todo lo que podéis conseguir.

—¿Siete mil euros? —dijo Sara muy enfadada.

—Así es, eso lo ganáis vosotros en pocos meses, aquí hay que trabajar bastante más que eso para poderlo conseguir. Pero eso no es para mí. Seguro que el banco se las ingenia para cobrarme, yo soy un hombre de bien, policía, recordadlo, estoy solo ayudándoos.

Sara miró a David, estaba claramente muy indignada, pero él sabía que a pesar de eso, era la mejor opción si querían recuperar a Jesús. Estaban metidos de lleno en algo muy serio como para liarla con Omar.

—Está bien, pásame el número de cuenta. Cuando todo el dinero esté ingresado, iremos contigo al banco y dejaremos los siete mil.

—¡Perfecto! Ahí lo tenéis. ¿Y ya sabes cuándo será eso?

—Supongo que pasado mañana a primera hora. Pasaremos a por ti.

¿Estarás en la comisaría, supongo?

—Allí os espero. Ahora, si me disculpáis, tengo que irme, espero que disfrutéis del té.

—¡Menudo personaje!

—No digas nada, Tom, he estado a punto de echarme encima de él y darle en toda su cara tantos puñetazos como siete mil euros que se quiere llevar.

—Olvidas una cosa, ese dinero lo va a implicar aunque él no lo sabe.

Esperemos que la embajada, cuando sepa lo que está ocurriendo, caiga sobre él con todo su peso.

—Tienes razón, David, pero no puedo evitar sentirme impotente.

—¡Vamos! Ya tenemos lo que queremos, en cuanto lleguemos al hotel, pondremos en marcha las transferencias.

—Está bien, Tom, vamos.

Mientras iban a por el coche, el teléfono de David empezó a sonar.

—¡Sí…!

—Hola, pregunto por Sara, por favor. ¿Está ahí?

—Sí, ¿de parte de quién?

—Soy Marisun, su suegra.

—Le paso. Tu suegra, Sara.

—Hola, ¿estás bien?

—¡No! ¿Cómo voy a estarlo? No me quito a mi hijo de la cabeza.

¿Sabes algo?

—Acaban de darme el número de cuenta para los ingresos y mis amigos están averiguando el número de la embajada. Hasta la noche no sabré nada, vamos a intentar negociar con esa gente.

—¿Y tú cómo estás, Sara? Incluso hemos pensado en ir a una agencia de viajes para estar contigo.

—Esperad, a lo mejor esta noche se soluciona todo. Vamos a empezar ahora mismo, en cuanto lleguemos al hotel con las transferencias. ¿Sabes lo que ha hecho la gente que está viajando con nosotros?

—No, supongo que todos estáis muy afectados.

—¡Exacto! Van a darnos dinero, Marisun, están todos haciendo lo imposible por ayudar a tu hijo. —¿En serio?

—¡Sí! Tenemos ya cuarenta mil euros.

—¡Señor, qué buenas noticias! Gracias, dales las gracias a todos, por favor, espero un día poder conocerlos. Estoy de los nervios, cariño.

—Lo sé, puedo imaginarlo. ¿Ya sabes cuánto dinero podréis enviar?

—Rafael se ha ido a hablar con sus hermanos, espero que nos puedan ayudar un poco, rezo para que sea así. Nosotros solo podemos enviarte cincuenta mil euros, Sara, dejamos la libreta a cero, pero eso ahora no importa, ya nos las arreglaremos.

—No imaginaba que sería tanto, como la tienda estuvo tan mal…, pero es una buena noticia. Mis padres me tienen que llamar, estoy a la espera de que me digan cuánto van a poder ingresar, pero bueno, ya contamos con noventa mil euros.

—Te digo algo en cuento llegue, espero que al final sea un poco más.

—De acuerdo, ya hablamos después, ya verás como todo se arregla.

Cuando llegaron al hotel fueron directos a la sala de ordenadores, pero allí solo había una pareja. Salieron hacia la cafetería, Mohamed estaba tras la barra y Tino y Pascual tomaban café llamándolos en cuanto los vieron, saludaron a Mohamed y se sentaron con ellos.

—¿Habéis conseguido el número de la embajada? —preguntó David en voz baja.

—¡Lo tenemos!

—¡Qué bien! Pues cuando queráis podemos empezar con las transferencias. Vamos a ser un poco discretos, nos iremos pasando

el número de cuenta. ¿De acuerdo? Los padres de Jesús van a ingresar cincuenta mil euros, pero el padre se ha ido a hablar con sus hermanos, quizás puedan ingresar algo más.

—Entonces, ¿cuánto tenemos ahora?

—¡Noventa mil! Pero faltan los padres de Sara, Tino, aunque creo que no reuniremos ni la mitad.

—Pues esperemos a esta noche, no sé qué más podemos hacer.

La tarde pasó muy lentamente, empezaron con las transferencias cruzando los dedos para que no surgieran más problemas de los que ya tenían. La primera en hacerlo fue Sara y, uno tras otro, todos hicieron su aportación desinteresada.

El padre de Sara ya había llamado. Sara volvió a explicar todo lo que había pasado desde la noche del lago Iriki hasta ese preciso momento. Su padre intentó darle ánimos, se mantuvo todo lo sereno que pudo dadas las circunstancias, recordando a Sara que tenía que regresar en cuanto soltaran a Jesús, sin atreverse a decirle «eso si lo soltaban». Estaba pendiente su operación y todo preparado para la semana siguiente. Tenía buenas razones para decirlo, era cirujano y sabía cómo funcionaban estas cosas, el tiempo era crucial para ella.

Tras una larga conversación, su padre, que adoraba a su hija, le hizo saber que podía ingresarle ciento cuarenta mil euros. Sara le dio las gracias repetidas veces y se despidió de él haciéndole saber que le llamaría por la noche en cuanto recibiera la ansiada llamada. Ahora ya sabía de cuánto dinero disponía. Pensó por un momento

en dejar que fuera David quien se pusiera al teléfono, tenía miedo de perder los nervios y que todo lo que dijera no funcionase. No había podido conseguir ni siquiera la mitad, pero ya no dependía de ella. Sara dejó al grupo en la cafetería y aprovechó para irse a la ducha; quedó con ellos en verse después. La hora de la llamada se iba aproximando y necesitaba un momento solo para ella.

CAPÍTULO 24

Por primera vez Sara entró en la habitación del hotel a solas, sin su marido. Se sentó en la cama acariciándola, el recuerdo de Jesús allí tumbado le producía si cabe más tristeza de la que podía soportar. No había tenido tiempo de llorar a solas la fatal situación que estaba viviendo desde la madrugada. El día había transcurrido muy lentamente, estaba impaciente de saber si aceptarían el dinero que tenía. Hablaron de cuándo sería el mejor momento para llamar a la embajada, y todos acertaron en decir que sería mejor cuando soltaran a Jesús. Si alguien de la embajada se desplazaba para hablar con ellos y empezaba a hacer preguntas por allí, podía poner en peligro la vida de su marido.

Se desnudó y se metió en la ducha, hubiera preferido darse un buen baño de por lo menos una hora, pero decidió ser prudente y estar por allí fuera lo antes posible por si acaso llamaban antes. Mientras se duchaba recordó que su suegro ya sabría a esas horas si sus hermanos los ayudaban o no, pero no se había pronunciado en toda la tarde. «Doscientos treinta mil euros. ¡Madre mía, cuánto dinero! Y sin embargo no llegaban ni a la mitad», pensó Sara mientras se secaba. Se puso sus vaqueros y un grueso jersey de cuello alto azul marino. Secó su melena y la dejó suelta, no tenía ningunas ganas de maquillarse y simplemente utilizó un poco de crema hidratante; sus mejillas estaban sonrosadas por el sol.

—¡Sara, Sara! —dijo David golpeando la puerta.

—¿Qué pasa? —contestó abriéndola apresuradamente.

—Toma, tu suegro al teléfono.

—Dime, Rafael.

—Siento no haberte llamado en toda la tarde, pero me ha costado mucho encontrar a mis hermanos.

—Tranquilo. ¿Qué han dicho? ¿Nos ayudan en algo?

—¡Sí! Mañana entre todos me van a dar veinte mil euros, ya sé que son muchos hermanos, pero no pueden darme más.

—Mejor es eso que nada. Mis amigos de viaje ya han hecho las transferencias y mi padre lo hará a primera hora de la mañana. Contando esos veinte mil euros, ¿sabes cuánto hemos logrado reunir?

—¿Cuánto, Sara?

—Justo doscientos cincuenta mil euros.

—¡Tanto! —Sí, mis padres tenían un poco ahorrado.

—Nos falta la mitad.

—Sí, Rafael, la mitad, pero es lo que hay. Tengo esperanza de que acepten, apúntate el número de transferencia, necesito que esté todo ingresado mañana. ¿De acuerdo?

—¡Vale! No olvides llamar en cuanto sepas algo. Cuídate mucho, Sara, confiamos en ti. Marisun está muy afectada, te manda un abrazo pero no te la paso, no deja de llorar.

—Un abrazo para los dos, hasta después.

—Están todos en la cafetería, Sara, ¿te vienes?

—Sí, estaba a punto de salir cuando has llegado. Estoy muy nerviosa, David, en cualquier momento pueden ya llamar.

—¿Quieres que me ponga yo al teléfono?

—No lo sé, deja que lo piense bien. ¿Vamos?

Cuando entraron en la cafetería Sara se dio cuenta de que estaba prácticamente llena. Nuevos turistas llegaban para pasar los Reyes. Sara tuvo muchas ganas de gritarles que se fueran todos a sus casas; aquella gente no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Cuando empezó a saludar a sus amigos, entró la joven de recepción. Todo el personal del hotel ya sabía quién era Sara y lo que le había pasado a su marido. Fue directamente a decirle que tenía una llamada. El

grupo la miró unos segundos, dándole fuerzas y sobre todo deseándole mucha suerte.

—Puedes acompañarme si quieres, David, pero ahora ya sé que quiero ser yo la que hable con ellos.

—Está bien, me parece lo más acertado, Sara.

Salieron de la cafetería ambos con los dedos cruzados. Era un momento crucial y Sara rezaba en silencio. Había estado toda la mañana esperando esa llamada. Deseaba estar lo más convincente posible y, a pesar de analizar repetidamente qué les iba a decir, los nervios le empezaban a jugar una mala pasada, y empezó a sentirse bloqueada.

—Tranquila, Sara, no te pongas nerviosa, hay que convencerlos de que es imposible conseguir más dinero.

—Puedes coger el teléfono, Sara, te deseo mucha suerte —dijo la joven que había ido a buscarla.

—Soy Sara —acertó a decir.

—¿Tienes el dinero? —volvió a escuchar aquella voz grave.

—Lo primero de todo, quiero saber cómo está mi marido, necesito saber que está bien antes de nada.

—Tu marido está bien, esperando que lo saques de aquí. Pero no será posible como no nos entregues el dinero que te hemos pedido. ¿Lo entiendes?

—¡Quiero hablar con él!

—Eso no será posible, aquí las reglas las pongo yo.

Sara, con un inesperado impulso, colgó el teléfono, sin llegar a pensar en las graves consecuencias que sin darse cuenta acababa de crear.

—¡Pero qué haces, Sara! ¿Te has vuelto loca?

—¡No digas nada, David! Tengo que saber que mi marido está bien, no saben cuánto dinero he podido reunir. ¡Volverán a llamar! Lo sé, lo presiento, confía en mí.

Sara empezaba a ponerse cada vez más nerviosa, hacía cinco minutos que había colgado el teléfono y estaba pegada a él casi sin poder respirar.

La llamada se estaba haciendo de rogar y empezó a pensar que a lo mejor se había equivocado, pero el teléfono de repente se puso a sonar. Sara no esperó a que lo cogiera la joven.

—¡Dígame! —dijo con voz más firme.

—Hola, cariño.

—¡Jesús!

—Estoy bien, Sara, pero sácame de aquí.

—Lo voy a hacer, no te preocupes, Jesús... ¡Jesús!

—Jesús se ha ido a descansar, Sara. ¡No vuelvas a colgarme! Si lo vuelves a hacer, te arrepentirás. Te volveré a hacer la pregunta, pero solo una vez más. ¿Tienes el dinero?

—Tengo mucho dinero, pero te ruego que me escuches. Noso tros somos gente que vive de su trabajo, no somos ricos. Mis padres me han dado todo lo que tenían y los padres de Jesús también, incluso he conseguido que la gente que viaja con nosotros nos ayude también, pero habéis pedido mucho más de lo que soy capaz de conseguir.

—¿Y cuánto dinero es eso, Sara? ¡No juegues conmigo!

—He conseguido doscientos cincuenta mil euros.

—Vaya, vaya, no está mal, pero solo tienes la mitad.

—¡Lo sé, lo sé! Escucha, por favor, quiero daros más dinero, de verdad, pero no lo tengo, no voy a poder conseguir más y te pido por favor que me creas. No tengo a nadie más a quien recurrir, ya es mucho dinero el que estoy dispuesta a daros, te pido que lo consideréis..., por favor.

—No me estarás tomando el pelo, ¿verdad? No sabes de lo que soy capaz de hacer, puede que te devuelva a tu marido pero a cachos.

—¡No, no! Te prometo y juro por mi vida que he hecho lo imposible para conseguir ese dinero. Si le haces daño o algo le ocurre a mi marido, ni siquiera vas a poder tener lo que te estoy ofreciendo. —Tengo que hablar con mi gente, pasado mañana acudirás tu sola a la entrada del río de arena, verás un albergue medio derrumbado, dejarás en una bolsa el dinero allí y luego te largarás por donde has venido, y eso será justo a las doce del mediodía.

—¿Y mi marido?

—Tendrás que esperar y confiar. Si decidimos que ese dinero es justo y creemos que no puedes conseguir más, lo soltaremos, pero si no es así, no volverás a verlo.

Sara se quedó mirando a David. Ya no le dio opción a decir nada más, acababan de colgar. David presenció cómo una mujer luchaba por la libertad de su marido íntegra y llena de valor, pensó que estaba muy orgulloso de ella.

—¡Muy bien, Sara! Lo has hecho muy bien.

—¿Tú crees?

—Por supuesto, doy gracias a que decidieras hablar tú, yo no hubiera podido hacerlo mejor. Las mujeres tenéis un don especial para tocarnos la fibra cuando queréis. Estoy seguro de que realmente piensa que no puedes conseguir más dinero. No creo que quiera perder el que le ofreces, pero te has olvidado de descontar los siete mil de Omar.

—Pues habrá que conseguirlos, es la cifra que he dicho que tengo y no tengo ganas de cabrearlo más, podría pensar que me estoy burlando de él y pagarlo Jesús.

—El grupo debe de estar de los nervios, será mejor que nos reunamos con ellos y les cuentas. Hay tanta gente hoy por aquí que Mohamed es incapaz de controlarnos y menos de escuchar lo que hablamos.

—Ve tú y pasad al comedor, ahora voy enseguida. Si me dejas el teléfono, llamaré a mi familia, están esperando esta llamada.

—De acuerdo, voy a decirles lo que ha pasado, te esperamos en el comedor.

—Gracias, David.

—¡Papá! Soy yo, ya me han llamado.

—Cuéntame, cariño, ¿Qué te han dicho?

—Ha sido una conversación rápida, pero he podido hablar de nuevo un momento con Jesús. Por lo menos sé que está bien.

—Eso es una muy buena noticia. ¿Y?

—Les he dicho el dinero que he podido conseguir, tengo que entregarlo después de mañana a las doce, pero no me han asegurado que acepten esa cifra, solo que tenía que hablar con su gente, eso es exactamente lo que me ha contestado. Cuando deje el dinero, habrá que esperar para ver si lo sueltan o no. Es todo, papá, no he podido hacer nada más pero les he asegurado que no tenía nada más.

—La incertidumbre de no saber es lo peor de todo. Vamos a pensar que sí lo van a soltar, ten un poco de paciencia, cariño, solo tiene que pasar mañana.

—Lo sé, papá, lo intentaré. Ojalá estuvieras aquí conmigo y menos mal que están estos amigos, no sé qué haría yo sola.

—No lo pienses, Sara, sé fuerte, mañana voy al banco a primera

hora y dejo el ingreso hecho.

—Vale, papá. ¡Espera! Se me olvidaba decirte que tienes que conseguirme siete mil euros más, habla con los del banco, es muy importante, esa cifra es la que tengo que dejar al policía que me ha dejado su cuenta, digamos que es el porcentaje que se va a llevar.

—¡El muy canalla! Menos mal que es policía…

—Haz lo posible, papá, cuento contigo.

—Lo haré, hija, hasta mañana. Mamá te manda un fuerte abrazo.

—Gracias, ahora voy a colgar ya, tengo que hablar con mis suegros, deben de estar de los nervios.

Sara colgó el teléfono inmediatamente y marcó el teléfono de los padres de Jesús. Tal cual había contado a su padre, se repitió de nuevo. Los padres de Jesús consideraron que era una buena noticia, puesto que en ningún momento habían rechazado esa cifra y Sara ya sabía hasta dónde tenía que dejar el dinero. Después de sacar sus propias conclusiones, Sara finalizó la llamada despidiéndose hasta el día siguiente.

Entró en el comedor y las fuentes de comida estaban servidas en la mesa, pero todos estaban esperándola. David les había explicado ya la conversación y se mostraban bastante confiados. Sheila le guardó un sitio a su lado; la pequeña, a pesar de su edad, manifestaba una

gran madurez y estaba muy pendiente de Sara. La cena fue un poco extraña, Sara apenas probó bocado y los demás estaban más silenciosos de lo normal.

Tom intentó cancelar los billetes de embarque. Tuvo una pequeña bronca con la persona que le atendió, pero después de explicarle lo que había sucedido, consiguió su propósito. Los billetes quedaron abiertos, solo tenía que llamar con un día de antelación.

La cena fue ligera y corta, se encontraban cansados y decidieron retirarse pronto para descansar. Cuando estaban en el pasillo de las habitaciones, Sheila, sin preguntar a sus padres, le dijo a Sara:

—¿Quieres que esta noche te haga compañía? Así no estarás sola —

Mónica miró a su hija con mucho cariño por su bonita ocurrencia.

—¿Harías eso, Sheila? —Claro que sí, seguro que mis padres me dejan.

—Bueno, puede que sea una buena idea. Gracias, Sheila, cariño, eres muy buena, pero solo accedo porque tú quieres, no pasa nada si me voy a dormir sola.

—Pues entonces acompáñame a mi habitación a por mi pijama. La sonrisa de mamá quiere decir que me deja.

Sheila y Sara entraron en la habitación y seguidamente se pusieron sus pijamas calientes. La pequeña no paraba de hablar, le hizo saber a Sara que estaba convencida que aquellos hombres tan malos cogerían el dinero y dejarían marchar a Jesús. Ella sola ya le había dado todo lo que tenía en su hucha y eso era ya mucho dinero, y si no lo había entendido mal, el grupo le iba dar más aún.

Sara se acurrucó al lado de la pequeña cogiéndola de la mano, hablaron unos minutos más pero enseguida les venció el cansancio.

En una pequeña habitación sobre un colchón viejo y con tan solo una manta, Jesús intentaba dormir. Habían soltado sus manos maniatadas y sus pies. No tenía manera de escapar. Entraba tan solo una pizca de luz a través de una pequeña y alta ventana, pero tan solo la luz que le proporcionaba la luna que apenas se dejaba ver esa noche. La habitación carecía de todo, tan solo le habían dejado al lado del colchón un desconchado orinal blanco de hojalata. Los tipos que lo retenían llevaban siempre puestos cuando entraban en la habitación pasamontañas en sus cabezas; sentía que eso era bueno para él. Le dolía mucho la parte trasera de su cabeza, aun sin ni siquiera tocarse.

Todo había ocurrido muy deprisa y por supuesto sin esperarlo. Salió de la tienda apartándose de allí para orinar, no escuchó nada ni vio a nadie, sintió un golpe justo donde ahora tanto le dolía y ya no recordaba nada más. Cuando se despertó, comprobó que iba sentado en un coche, con las manos atadas y le habían cubierto la cabeza. Empezó a gritar y a preguntar qué estaba pasando. Un hombre con acento extranjero le puso un arma en el cuello, diciéndole que no dudaría en disparar si no callaba inmediatamente. No podía dar crédito a lo que le estaba pasando, en principio se preguntó si a su mujer también se la habrían llevado, pero pronto le aclararon que su mujer sería la que les daría el dinero que pidieran por su rescate.

Lo habían dejado en aquella habitación y solo entraron en contadas ocasiones, dos veces para dejarle hablar con Sara y dos más para traerle un poco de comida y agua. Ahora eran aquellos hombres los que llevaban sus cabezas cubiertas; agradeció que le quitaran aquella capucha y que lo desataran. Debía de estar en algún rincón aislado y escondido, pues por más que se esforzaba en escuchar, no se oía absolutamente nada.

El momento más duro fue cuando lo interrogaron preguntando por sus bienes y por el dinero que tenían él y su familia. Le habían dado una buena paliza, pero solo consiguieron sacarle los diez mil euros que tenía en el banco. No tenía ni idea de lo que podían tener sus suegros, y terminó diciendo que trabajaban en un hospital pero que no sabía nada más. Respecto a sus padres, intentó convencerlos de lo mal que iba la pequeña tienda de bicicletas, pero el hombre que se encarnizó con él pegándole se enfureció por las palabras repetitivas que empleaba Jesús.

Tal vez el enfado se debía a que cada vez estaban más convencidos de que se habían equivocado de turista y ya adivinaban que ni por asomo conseguirían lo que pedían por él.

Jesús tuvo mucho tiempo de pensar en las palabras que decía Sara, en sus miedos y en sus presentimientos. Sara lo veía atrapado en aquella habitación, sentía sus pensamientos, incluso podía sentir en sus carnes la paliza que recibió Jesús en aquel interrogatorio. Se desesperaba sabiendo que en aquel momento no podía hacer nada. La voz de la vieja arrugada volvió a visitarla.

«Aguarda pacientemente, todo se esfumará como se creó, tienes el poder de solucionarlo antes de lo que piensas».

CAPÍTULO 25

—Hola, Sheila —dijo Sara al ver que la pequeña estaba despierta y la miraba con atención—. ¿Hace mucho que te has despertado?

—Un momento. Tengo hambre. ¿Nos vestimos?

—Buena idea, vamos a lavarnos la cara y enseguida salimos a desayunar.

Hoy será un día tranquilo, eso espero, ojalá pase muy deprisa. ¡Mañana es el día, Sheila! Mañana espero recuperar a Jesús.

—¿No tienes miedo de ir tú sola a llevarles el dinero? Mi padre te podría acompañar escondido en el maletero, es muy grande y seguro que cabe.

—Tu padre ya ha hecho demasiado por mí, no quiero involucrar en esto más a nadie. Le pediré a David que me acompañe con otro coche hasta cerca del río de arena, ahora mismo no sé ni por dónde tendría que ir.

—Eso también es buena idea. ¡Ya estoy! ¿Te queda mucho?

—No, coger mi mochila y la chaqueta.

Sheila dio un beso a su madre cuando se la encontraron por el pasillo, iba a llamarlas para el desayuno en vista de que no estaban en el comedor.

—Hola, mamá. Hemos dormido muy bien, pensaba contarle alguna historia a Sara para entretenerla pero creo que me quedé dormida enseguida.

—Muy bien, cariño, hoy te veo un poco más contenta. ¿Se puede saber a qué se debe?

—No lo sé, supongo que porque Sara me ha dicho que mañana ya es el día en que suelten a Jesús, falta muy poquito para eso y me da alegría.

Porque lo van a soltar, ¿verdad?

—Claro, cariño, seguro que sí —Mónica y Sara se miraron y sonrieron pero muy tímidamente, intentaban convencerse de que así iba a ser.

—Buenos días a todos —dijo Sara mientras se sentaba.

—Buenos días —contestó el grupo al completo.

—¿Qué tenemos hoy, Sara? —dijo Tom amablemente mientras sorbía su café.

—Hoy nada, bueno, yo tengo que llamar a mis familiares para asegurarme de que el dinero está ingresado. Mañana a primera hora habrá que ir a sacarlo, a las doce es la entrega.

—Sara, no hemos pensado en algo muy importante.

—¿En qué? No me asustes, Tom.

—En algo tan evidente como que no van a tener el dinero en efectivo.

—¿Cómo? —dijo Sara muy alterada.

—El dinero está ingresado, sí, pero esto es un pueblo pequeño y no creo que en ese banco tengan todo el dinero que pretendes sacar.

—¡Ostras! Eso no lo había pensado. ¿Qué se te ocurre?

—Hay que ir con Omar al banco y avisar de que tengan preparada esa cifra y si puede ser ahora, mejor; tal vez lo puedan solucionar hoy, mañana podría ser tarde.

—Pues ya me estás acompañando a buscar a Omar. Espero que esté por allí «el aprovechado», no podemos permitir dejar ningún cabo suelto

—Sara se bebió su café a pesar de que estaba hirviendo—. ¿Nos vamos?

—Sí, nos vemos en la plaza y daremos una vuelta por el pueblo —

dijo Tom al resto del grupo—. Sería un verdadero coñazo pasar todo el día aquí encerrados en el hotel y además no adelantamos nada.

—De acuerdo, en un rato estamos por la plaza, en cuanto terminemos de desayunar —contestó David.

Salieron pitando del aparcamiento. Tom prefirió coger su coche y en quince minutos estaban en la entrada de Merzouga. Como siempre, tenían sitio de sobra para aparcar, aunque varios jóvenes se disputaban el sitio que les indicaban; era una manera de llevarse una propina fácil, eso sí, prometían cuidar el coche hasta su vuelta.

Entraron en la comisaría y Sara sonrió, pues mientras iban hacia el mostrador vio enseguida a Omar.

—Hola, ¿qué hacéis aquí? Si no me equivoco, es mañana cuando

hay que ir al banco.

—Sí, pero hay que ir ahora también.

—¿Para qué? —contestó Omar mirando la determinación de aquella joven.

—Mañana, si no vamos a avisarles, no tendrán todo el dinero en efectivo, y no puedo arriesgarme. A las once como muy tarde tengo que disponer de él.

—Pues no sé qué decir, la verdad, no lo había pensado. Esperad un momento, ahora mismo estoy con vosotros. Sara y Tom salieron fuera a esperarlo. A pesar de que lucía el sol, hacía frío, pero era bastante normal, ya que solo eran las nueve de la mañana. Omar salió y enseguida se fueron al banco, estaba relativamente cerca y no valía la pena coger el coche; caminaron durante diez minutos a paso ligero.

Cuando llegaron, Omar les pidió que esperaran mientras buscaba al director. Sara y Tom vieron cómo Omar hablaba con un señor mayor que de vez en cuando desviaba la vista hacia ellos. Omar parecía que discutía con aquel hombre, aunque a veces los miraba y sonreía para después volver a la acalorada conversación que estaba teniendo. Tras cinco minutos, Omar regresó junto a ellos.

—¿Qué ha pasado? —dijo Sara sin tener espera.

—Hará todo lo posible para que tengas ese dinero mañana, pero tiene que moverse y hacer unas gestiones. Tenías razón, si no llegas a venir, mañana no tendrías el dinero.

—Vale, ¡pues hala! Ya no te molestamos más, nos podemos ir.

—No corras tanto, Sara, me ha pedido que cuando te den el dinero le dejes mil euros que te va a cobrar por las gestiones y molestias. Pero no pongas esa cara, mujer, esto es un pueblo muy pequeño, era de esperar ya que tendrá que hacer un gran esfuerzo en reunir en un día esa cifra.

—¡Vámonos, Tom! No me lo puedo creer.

Sara salió del banco muy cabreada, todo el mundo quería llevarse tajada por su desgracia, por decirlo de alguna manera. Estaba harta de la frialdad y el egoísmo de la gente. Ahora tendría que reunir mil euros más y no sabía de dónde sacarlos. No podía pedirles más dinero a sus padres.

Rafael tendría que responder de esos mil euros más, al fin y al cabo, era su hijo, que les pidieran a los vecinos si hacía falta, el estrés que estaba viviendo empezaba a pasarle factura. Tom, que en silencio la escuchaba, intentó tranquilizarla. Sara solo quería darle cuerda al día, hacer que las horas transcurrieran como minutos y verse con el dinero en el coche y deseando que todo saliera bien.

Habían solucionado el tema antes de lo que pensaban y decidieron esperar a los demás en la cafetería de la plaza. La noche anterior apenas había probado bocado, y la mala leche que tenía en ese

momento contribuyó a despertar su hambre. Pidió un café y algo de bollería, Tom la acompañó con un té caliente mientras la observaba sin saber qué más decirle.

Sara tenía la mirada perdida, cuando levantó su rostro y miró a Tom cómo la observaba, se puso a llorar, eran lágrimas de impotencia y de rabia. Tom se levantó de la silla y se sentó justo a su lado tomándola de la mano.

—No llores, Sara, mañana ya verás, todo se acabará y regresaremos a nuestras casas. Siempre dices que eres muy intuitiva y ahora soy yo el que tiene esa intuición. No quiero que le pidas a nadie esos mil euros que ahora vuelven a pedir, yo te los voy a dar; de todos, soy el que menos ha colaborado y necesito hacer eso por ti. ¡Con lo guapa que eres y menuda cara que me llevas!

—Es que siento que me faltan fuerzas. Jesús no se merece lo que le ha pasado, a saber cómo estará y lo que le habrán hecho…, seguro que no me dice nada por no preocuparme más.

—Bueno, has hablado con él y eso es muy importante, Sara. Venga, haz el favor de terminar tu desayuno, nuestros amigos no tardarán mucho en aparecer por aquí y no quiero que te vean con esa cara y menos llorando. Piensa que se han quedado para ayudarte y apoyarte, deben de verte valiente y fuerte.

—Tienes razón, lo siento mucho, ahora se me pasa. Muchas gracias, Tom, eres un buen amigo. Menuda ruina que soy para todos vosotros.

—Mira, ahí están ya aparcando. David ya nos ha visto.

—¿Qué habéis dicho que vamos a hacer?

—Nada en concreto, Sara, daremos una vuelta por aquí por si alguien quiere comprar aún algo más. Es solo para que no estemos todo el día metidos en el hotel, tampoco es para que nos vayamos de excursión, pero así nos da el aire a todos.

Cuando llegaron a la terraza donde estaban sentados Sara y Tom, éste les explicó lo que había pasado en el banco. El grupo se indignó; como bien había dicho Sara, parecía que allí todos querían sacar algo de una manera o de otra. David intentó cambiar de tema y animó al grupo a dar un paseo y volver a entrar a la tienda de fósiles. Por la cara que llevaba Sara, imaginó que había estado llorando.

Pasearon a sabiendas de que si no pasaba nada, sería el último día que estarían por Merzouga, pues al día siguiente no se iban a mover del hotel. Ximo y David irían en coche hasta dejar a Sara cerca del río de arena donde era verdad que había un albergue en ruinas. Sara dejaría el dinero y la esperarían para regresar al hotel. Después solo podían esperar a que verdaderamente liberaran a Jesús. Suponían que lo dejarían cerca de alguna zona donde él pudiera regresar al hotel pidiendo ayuda, o tal vez fueran más atrevidos y lo dejaran en Merzouga, donde la gente iba y venía a su aire con sus quehaceres. Todo eso pensaban intercambiando sus puntos de vista y sus propios argumentos. Si todo ocurría como esperaban, por la noche harían las maletas y saldrían en la madrugada del día siguiente.

Estaba pendiente el embarque, podían llamar a la oficina en cuanto

Jesús estuviera con ellos; según parecía no debían de tener ningún problema. Respecto a la embajada española, todos pensaron que era buena idea llamar en cuanto llegaran a Nador antes de embarcar. La intención era contarles lo que les había pasado y nombrar a Omar, Mohamed e incluso a Abdul; si alguno de ellos estaba implicado como creían, la embajada debería de ocuparse, aunque David continuaba pensando que Abdul nada tendría que ver, de hecho, quería ponerse en contacto con él para darle la buena noticia si eso ocurría.

Entraron en la tienda y el dueño sonrió al ver a tantos clientes juntos. Tras saludarles les dijo que ojearan a su aire brindándoles su ayuda y recomendando que acababa de recibir el más bello de los recuerdos que se podían llevar: «La rosa del desierto», acordando con ellos que si todos se llevaban al menos una, les haría un buen descuento. El dueño debía de tener muchas ganas de venderlas pues en otra ocasión ya habían comprado en las salidas que hicieron y recordaban que pagaron más del doble de lo que les pedía; al cambio les suponía tan solo dos euros por cada una y por supuesto todos salieron con su rosa del desierto.

—Menuda pasada de espabilados que son estos moros —di jo Mónica—. Piensas que estás haciendo una buena compra y después lo ves más barato aún. ¡Dos euros! ¿Qué se debe de sacar en limpio? No lo entiendo.

—A ellos no les cuesta nada, Mónica, saben dónde buscar y traen a montones o las intercambian por otros objetos. Se acaba de ganar diez euros, aquí con eso compras para toda la semana.

—¡No está mal! —contestó María—. Yo cogí una de otra tienda que ya ni recuerdo dónde era y pagué cuatro euros; no me pareció cara pero también es verdad que era bastante más pequeña que esta.

—¿Por qué te has quitado el sol blanco, Sara? Veo que hoy no lo llevas —preguntó Sheila, que sí lo llevaba.

—No sé decirte, la verdad es que no me lo he quitado, más bien no me lo he puesto aunque lo he mirado esta mañana en la mesita y he pasado de él. No creo que me esté dando mucha suerte después de todo lo que ha pasado, yo diría que todo lo contrario.

—Pues mira, yo lo llevo y no me ha pasado nada y tú deberías de hacer lo mismo, se han llevado a Jesús, sí, pero has dicho que está bien.

¿Y si no lo llevas y le pasa algo?

—¡Vaya, Sheila! Veo que crees en esas cosas. Por si acaso, pero solo porque tú me lo dices, en cuanto llegue al hotel me lo vuelvo a poner.

—¡Eso me gusta! —contestó Sheila intentando guiñarle el ojo pero sin saber hacerlo bien; el resultado fue una graciosa mueca—. ¿Esta noche también me quedo contigo?

—Gracias, Sheila, pero será mejor que no. Hoy seguro que me voy pronto a dormir y quizás me tome algo para descansar.

—Como quieras, pero si cambias de opinión, me lo dices, ¿vale?

—Claro, cariño, no te preocupes —contestó Sara mientras paseaban y hacían tiempo para comer.

María y Laura se acercaron a Sara mientras paseaban. Estaban siendo muy amables con ella y todos estaban muy pendientes, pero por más que le decían, no podía creerse que estuviera de paseo mientras su marido había sido raptado. Era una situación lamentable, pensaba en su interior, pero intentaba que el tiempo transcurriera lo más rápido posible o se encerraba en su habitación hasta el día siguiente.

Comieron en un bar pero en la terraza, hacía sol y se estaba muy bien fuera. El menú era puré de verduras y pollo con una salsa espesa con especias aromáticas, no había otra opción. Esperaban que, a pesar del precio tan económico del menú, estuviera bueno y en condiciones.

Mónica no las tenía todas consigo cuando vio el precio tan barato del menú. Al terminar de comer estuvieron todos de acuerdo en decir que había sido una comida excelente. Cogieron los coches y volvieron al hotel. Nadie decía nada pero se notaba que no había ganas de más paseos.

Ahora ya no estaban allí de vacaciones, ni era momento de ver más cosas, prácticamente lo habían visitado todo o por lo menos lo más emblemático; ahora estaban retenidos, atrapados y solo cabía esperar a que no se complicaran más las cosas y también ver pronto a Jesús de nuevo con ellos. Cuando llegaron al hotel se fueron a sus habitaciones para dormir una pequeña siesta. Quedaron en verse sobre las seis en la cafetería. David recordó a Sara que tenía que confirmar los ingresos que estuvieran ya en el banco y le dio el

teléfono despidiéndose de ella hasta después.

Sara llamó a sus familiares antes de tumbarse en la cama. Cuando le confirmaron que ya disponía del dinero se tranquilizó, les explicó cómo estaba pasando el día y les hizo saber las ganas que tenía de que todo terminara. Se despidieron hasta el día siguiente completamente emocionados, sin que las palabras llegaran a alcanzar los sentimientos que les desbordaban. Sara se quedó tumbada en la cama, no tenía ganas de nada. A veces le pasaban muchas cosas seguidas a una misma persona, desequilibrándola y viviendo momentos tan tristes, que la angustia la invadía sintiendo que ya no podía aguantar más.

Empezó a recordar cómo un golpe tras otro, visitaron su hogar poniéndola a prueba y desgastándola interiormente. Jesús salía todos los sábados por la mañana con un grupo de amigos en bicicleta, hasta que una mañana Sara recibió una llamada. Jesús se había caído de la bici con tan mala suerte que no pudo o no le dio tiempo de poner las manos en el suelo. El golpe lo recibió en la boca. A pesar de darle la noticia lo más suavemente que pudo el amigo que llamó, le dijo a Sara que se fuera al hospital, ya que Jesús llegaría en ambulancia en diez minutos. Mientras escuchaba esto, a Sara se le doblaron las piernas, y su agitado corazón le decía que saliera pitando. Recordó que llegó ella antes que la ambulancia; allí estaba sola, esperando, se fumó dos cigarros seguidos pidiendo que no fuera grave. No quiso llamar a nadie hasta ver en qué circunstancias llegaba su marido. Cuando llegó la ambulancia y bajaron a su Jesús, vio que llevaba semicubierta toda la zona de la boca, que no dejaba de sangrar. El resultado fue siete dientes arrancados de cuajo, una fisura en la tráquea y pérdida del conocimiento. Sara continuó recordando. La noche anterior al accidente de Jesús, había acompañado hasta su último momento a una de sus tías más querida para ella. La adoraba por la gran bondad que desprendió durante toda su vida, y ya no podía hacer nada más que acompañarla hasta que se marchara definitivamente para siempre. Su tío y su prima quedaron desconsolados. Cuando recibió la llamada del accidente de Jesús, llegó antes que la

ambulancia porque estaba ya en la puerta para salir hacia el tanatorio. Todo se complicaba para recordar a Sara que la vida te daba y te quitaba. A la semana del accidente de Jesús...

Las lágrimas de Sara volvían como si lo estuviera viviendo otra vez.

Su perrita Dalay tuvo un fuerte ataque. Dalay era la mimada de la casa, una pincher miniatura. Sara la adoraba, la quería y era una más de la familia. Tal vez, pero solo tal vez, los que nunca han tenido un perro en casa no puedan llegar a entender lo que se siente. Habían luchado por ella dejándola tres días ingresada. Sara regresaba todos los días llorando a casa, le hicieron pruebas y el diagnóstico fue meningitis; ni siquiera podía pensar que eso le pasara también a los perros. Cuando Dalay regresó a casa, había perdido la capacidad de caminar. Ella y su marido la cuidaron, la bajaban al parque y la mantenían para que no cayera, y poco a poco lograron que Dalay volviera a caminar. Había quedado con secuelas, pero estaba con ellos y su calidad de vida, a pesar de que no corría como antes, era bastante buena. A partir de ahí Sara todavía quería más a su perrita y Dalay lo sabía, cuando ella estaba en casa solo quería estar con ella, en sus brazos. Le dio todas las atenciones y cuidados que necesitaba. Sara siempre le hacía saber cuánto la quería abrazándola y teniéndola a su lado. Dalay la miraba fijamente siempre, y donde iba Sara, ella la seguía detrás. Aguantó nueve meses tras aquel ataque y al final empeoró. Recordaba cómo luchaba interiormente para no tomar la decisión que sabía que tarde o temprano tenía que tomar. Una mañana empezó a no respirar bien, dentro de ella sabía que el momento llegaba. La cogió entre sus brazos, enrollada con su manta, y nuevamente la llevó a la clínica de la veterinaria. Luchó por ella hasta el último momento, aun sabiendo que Dalay estaba sentenciada. Le hicieron una radiografía, sus pulmones estaban encharcados y nada se podía hacer. Pidió que la durmieran inmediatamente, no quería verla sufrir más, eso es lo que tenía que hacer aunque dentro de ella algo moría al decir esas palabras. Tuvo ganas de salir de allí corriendo, pero Dalay se merecía que estuviera con ella también hasta el último momento. La tuvo en sus brazos

acariciándola hasta que se durmió. Sara no tenía muy claro qué había sido más duro..., si todo eso o volver después a recogerla con su manta enrollada, o tal vez fue más duro aún levantarse al día siguiente y notar su falta, sentir que Dalay no estaba por ningún rincón de la casa.

Puede que no lo estuviera porque estaba ya dentro de su corazón y allí es donde se quedaría junto a Sara para siempre.

Mientras pensaba todo esto, las lágrimas de Sara volvían a sus ojos de nuevo. La vida que te da y te quita la visitaba otra vez, y ahora le tocaba a ella; a pesar de tener buen pronóstico, no dejaba de ser lo que era.

Demasiadas cosas, pensaba, deseaba con todas sus fuerzas que la vida la dejara tranquila, como cuando era pequeña y no sientes que tienes problemas y todo es bonito; esa era la palabra, que sea todo bonito. Cerró sus ojos y decidió no pensar en nada más.

Eran las siete de la tarde y el grupo estaba en la cafetería. No tenían muy claro si dejar a Sara tranquila en su habitación o ir a buscarla. A las siete y media, Mónica se levantó y fue en su busca, tal vez se había quedado dormida y no tenía ni idea de qué hora era. En un rato abrirían el comedor para la cena.

—Sara —dijo Mónica mientras llamaba a la puerta. Al no contestar volvió a llamar.

—¿Quién es? —escuchó. —Soy Mónica, Sara. ¿Estás bien?

—Ya voy —contestó Sara mientras abría la puerta—. Me he quedado dormida. ¿Ya son las seis?

—Son las siete y media, estaba preocupada.

—Entra, deja que me lave la cara. Me duele un poco la cabeza, creo que no me ha sentado muy bien dormirme a estas horas.

—¿No tienes nada que tomarte?

—¡Sí! Siempre llevo de todo, ahora me tomo un ibuprofeno.

—David nos ha dicho que tenías que llamar a tu familia. ¿Está todo bien? ¿Ya tienes el dinero en el banco?

—¡Sí, esta todo ya! Ahora solo falta que mañana me lo puedan dar.

—Bueno, has ido a avisarles, no tendría por qué haber ningún problema.

—Eso espero, Mónica. Vamos si quieres, ya estoy.

Entraron en la cafetería y se sentaron junto al resto del grupo. Sara

comentó que se había quedado dormida. No tenía ganas ni de cafetería ni de nada, pero sola en su habitación tampoco solucionaba nada.

Estuvieron hablando intentando no tocar mucho el tema, repitieron la ronda de té e hicieron tiempo hasta que Mohamed, como siempre, se acercó para decirles que ya podían pasar al comedor. Miró un momento a Sara y le hizo saber que esperaba que estuviera bien y deseaba que recuperara pronto a su marido. Sara solo le ofreció una pequeña sonrisa y junto al resto del grupo se levantó y salió de la cafetería. Mientras cenaba, Sara pensó que ojalá fuera la ultima cena sin Jesús. Al día siguiente era el roscón de reyes, daban una gran fiesta en el hotel para todos sus huéspedes, y por supuesto, estaban todos ellos invitados. Era la última noche de hotel que deberían de pasar allí y eso es lo que esperaba Sara que ocurriera.

CAPÍTULO 26

Eran las siete y media de la mañana. Sara se levantó y fue directa a la ducha. Su intuición le decía que todo iba a salir bien. Después de días de angustia, había llegado el momento, a pesar de no saber qué iba a ocurrir.

La esperanza de recuperar a Jesús la hacía estar más animada. Se duchó rápidamente y se puso unos vaqueros blancos y una camiseta negra de manga larga. Peinó su pelo y tras coger su chaqueta y su mochila, salió hacia el comedor a desayunar. Había quedado con David a esa hora para luego salir en busca de Omar, que les esperaba a las nueve. Cuando entró en el comedor, se sentó en la mesa habitual. David no había llegado todavía.

Mohamed atendía la única mesa ocupada. Cuando terminó se acercó a Sara sonriente.

—Buenos días, Sara. ¿Te sirvo ya? —dijo mientras continuaba sonriendo.

—¡Sí! Tráeme un café con leche y una tostada.

—¿Solo? ¿No quieres zumo también, como de costumbre?

—No, gracias —contestó Sara. La idea de que Mohamed pudiera

estar implicado con el secuestro de Jesús hacía que se mostrara un tanto arisca con él, aunque intentaba disimularlo.

—Está bien, ahora mismo te lo traigo —le contestó Mohamed, que ya no sonreía, retirándose.

—Hola, Sara —dijo David mientras se sentaba a su lado.

—Buenos días.

—¿Cómo estás? ¿Has descansado?

—Sí, pero esta noche me he tomado una pastilla para dormir. Entre la siesta y los nervios, he pensado que sería lo mejor. Gracias, Mohamed

—dijo dirigiéndose a él, siendo esta vez un poco más amable. Mohamed dejó el café con leche y la tostada y sin contestarle a Sara saludó a David.

—Buenos días, Mohamed, tráeme lo de siempre, gracias.

—Por supuesto —contestó sin decir nada más.

—¿Qué ha pasado aquí? No es normal ver tan serio a Mohamed.

—Creo que es culpa mía, ahora puede que no sea tan amable con él como al principio, pero es que no lo puedo evitar.

—No lo pongamos nervioso, Sara, ten un poco de paciencia.

Mañana, si todo sale como esperamos, hablaremos con la embajada. No es buena idea que sospeche nada, cada vez estoy más convencido de que Omar y él están metidos hasta el cuello.

—Está bien, no lo hago adrede —contestó Sara mientras Mohamed traía el desayuno de David—. Mohamed, al final sí que tomaré el zumo.

¿Me lo traes, por favor?

—Enseguida —contestó saliendo de nuevo hacia la cocina.

—¿Ves?, tampoco es tan difícil, esa sonrisa ha sido perfecta. Ahora a desayunar, que presiento que va a ser un día muy largo.

Mientras desayunaban David y Sara no pararon de hablar. El viaje estaba siendo más largo de lo previsto y todos ansiaban regresar a sus casas. Cuando terminaron el desayuno salieron a por el coche para ir en busca de Omar.

—Mira, David, está en la puerta. ¡No aparques! Creo que sería mejor ir en coche. ¿Por qué no le pitas y que venga?

—Ahí en frente hay espacio para aparcar y el banco no está lejos.

¿Por qué quieres ir en coche?

—¡Porque sí! Es mucho dinero el que vamos a llevar encima, ir en coche en cuanto lo tengamos me da más seguridad.

—Está bien, Sara, iremos en coche —contestó David mientras se bajaba y llamaba a Omar.

—Buenos días, David —saludó—. ¿No aparcas?

—¡No! Del banco nos vamos directos al hotel. Sube detrás si quieres.

Supongo que ya habrán abierto, ¿no?

—¡Sí, sí! Está bien, vamos pues. Buenos días, Sara —saludó mientras subía al coche—. ¿Cómo estás?

—Hola, Omar, estoy bien, gracias, deseando que todo esto pase y con muchas ganas de irme a mi casa con mi marido.

—Ya me imagino, verás como todo se arregla.

—¿Y si les doy el dinero y al final no sueltan a Jesús? Tengo miedo de que eso pase. Tú eres policía. ¿Qué harías entonces?

—Eso no va a pasar, esa gente solo busca recaudar dinero, luego estoy seguro de que tu marido ya no les interesa para nada.

—Sara, vamos a confiar en que será así, ¿de acuerdo? —David intentó tranquilizarla, no quería que Sara profundizara respecto a qué haría o dejaría de hacer Omar. Ahora solo lo necesitaban para acceder a su cuenta, ya tendrían tiempo de ocuparse de él al día siguiente.

David aparcó el coche casi en frente del banco.

—Cuando saquemos el dinero, recordad que voy a dejar ocho mil euros en mi cuenta.

—Lo recordamos, Omar, aunque tú no te puedes ni llegar a imaginar lo que hemos sufrido para poder conseguir el dinero que esos malnacidos han pedido.

Omar, sin contestar, entró en el banco mientras Sara y David lo seguían. Tal y como había acordado con el director, fue directo a su despacho; no era una cifra para ir a pedirla en la pequeña ventanilla

y delante de ojos ajenos. Llamó a la puerta y en unos segundos el director les hizo pasar. Por supuesto, estaba esperándoles con una sonrisa de mil euros que se iba a ganar en unos escasos minutos bien puesta. Tras los saludos cordiales, el director sacó una pequeña bolsa negra, encima de la mesa depositó el dinero que ansiosamente Sara comprobaba que por fin estaba a su alcance. Miró un momento a David y, sin mediar palabra, se sentó delante de la mesa y cogió el dinero. Decidió contarlo, visto lo visto, quería asegurarse que se llevaba los doscientos cincuenta mil euros que iba a entregar. Ese dinero era el sacrificio de muchas personas, algunas de ellas desconocidas hasta hacía tan solo unos días.

—¡Está todo! —dijo en voz alta cuando terminó de contar.

El director, sin decir nada a David y a Sara, sacó unos billetes más de uno de los cajones de la mesa.

—Toma, Omar, esto es tuyo —dijo sonriendo sin tener en cuenta nada más.

—Muy bien —contestó, y delante de las narices de Sara y David empezó a contar sus siete mil euros que sin ningún escrúpulo se metía en su bolsillo.

—¿Nos vamos, David? —Sara se sentía indignada e inmediatamente se levantó de la silla y salió del despacho sin despedirse del director y de Omar.

—Gracias por todo —dijo David saliendo detrás de Sara para alcanzarla—. No pierdas los nervios, ya tenemos el dinero y eso es

lo que importa ahora. Será mejor que regresemos directos al hotel y, por si acaso, no te despegues de esa bolsa, no tendrías opción ninguna sin ese dinero.

—Lo sé, David, me pregunto qué estará haciendo esa gente ahora.

¿Crees que estarán cerca de aquí con Jesús?

—No tengo ni idea, Sara, lo que sí que puedo decirte es que me siento un poco más tranquilo. Debería de ser así de fácil, tú dejas el dinero y ellos sueltan a Jesús, deseo y espero que así sea.

—Yo también, David. Quiero decirte que te estoy muy agradecida por todo, por acompañarme, eres un buen amigo.

David se giró un segundo mientras conducía y la miró haciéndole un guiño. Sara a cambio le brindó una sincera sonrisa. Eran las diez de la mañana, a las once saldrían hacia el río de arena para buscar el albergue. Sara iría sola con su coche, tal y como le habían pedido, pero David y Ximo la acompañarían en otro coche hasta la entrada del río de arena.

Luego Sara tendría que recorrer ella sola un par de kilómetros más o menos hasta llegar al albergue.

Se habían reunido con el resto del grupo en un rincón de la amplía cafetería, todos estaban nerviosos y un tanto excitados después de la angustia para poder reunir el dinero y de esperar a los tres días

que aquella gente les había dado de margen. Llegaba el momento de la verdad.

Sheila sonreía a Sara y le enseñaba su sol que también llevaba colgando en su pecho; para ellas se había convertido en un amuleto de protección y de buena suerte. Había una cierta complicidad entre ellas dos que el resto del grupo ignoraba. Mohamed, tras la barra, atendió su teléfono personal en varias ocasiones, aunque sonreía al grupo como de costumbre. Sara percibía el desasosiego que lo perseguía esa mañana. Se encontró con su mirada en repetidas ocasiones y deambulaba por detrás de la barra sin dejar de moverse; para otros huéspedes de la cafetería quizás pasaba inadvertido, pero para Sara era evidente que algo le sucedía. Seguro que Omar ya le había dicho que tenía el dinero. «Estará ansioso por recoger su parte», pensó Sara mientras continuaba sentada junto a Sheila y el resto del grupo. Una idea se le pasó por la cabeza, tenía ganas de provocarle un poco y ver con sus propios ojos antes de la llamada a la embajada si percibía realmente que Mohamed era cómplice del secuestro de su marido. Sin decir nada al grupo, ni siquiera a David, mientras estos charlaban tomando café, Sara se levantó y se acercó a la barra donde en ese momento estaba solo Mohamed.

—Hazme un té, Mohamed.

—De acuerdo, Sara, ahora lo preparo y te lo llevo a la mesa.

—Espero aquí, tranquilo. ¿Sabes qué día es hoy?

—¿Hoy? Claro, esta noche el hotel celebra el roscón de Reyes para todos vosotros.

—Creo que sabes a qué me refiero, Mohamed. ¿No es así?

Mohamed, que estaba calentando el agua en el vaso para Sara, sin querer puso la mano en el chorro de vapor a presión y se la quemó.

Corrió hacia el grifo de agua y mirando nervioso a Sara puso su mano ardiendo debajo del agua fría.

—¿Te has hecho daño? —dijo Sara—. Espero que no sea grave, me refería a si sabes o recuerdas que hoy volverá a estar Jesús con nosotros, o por lo menos eso espero. ¿Tú qué crees, Mohamed?

—Yo qué voy a creer… —respondió mientras se miraba su mano—, pues lo mismo que vosotros, deseando que así sea. —¿Puedo contarte un secreto, Mohamed? Pero me tienes que prometer que no lo dirás a nadie.

—Yo no sé, Sara, si debes o no decirme, pero te prometo que nada diré.

—Es por la confianza que te tengo después de tantos días y porque casi estoy segura de que hoy liberan a mi marido. Pero debes de saber que tengo un «as» guardado en la manga.

—No entiendo… ¿Un «as»? No sé lo que es.

—Es una manera de hablar. Cuando íbamos hacia el oasis de Abdul,

de lejos vi un coche en lo alto de una duna con unos hombres que estaban fuera del coche. ¡Los grabé! —dijo Sara acercándose al oído de Mohamed y en voz baja—. Creo que pueden ser los hombres que se llevaron a Jesús también tengo grabado el coche y la matrícula, ¿sabes, Mohamed? Sus rostros están en mi cinta y si hoy no llega Jesús al hotel tras dar el dinero a esos cabrones, pienso entregar la cinta a la embajada española.

—¿Por qué me cuentas eso a mí, Sara? Deberías entregar esa cinta a la policía, ellos te ayudarían, estoy seguro.

—¿A la policía? Mejor no, si sueltan a mi marido, que es lo que yo quiero, mañana nos iremos y quiero olvidarme del tema; pero si hoy mi marido no aparece, iré yo misma a la embajada a entregar la cinta. Creo que esa gente estaba allí por algo y si estoy en lo cierto y los cogen, caerán también todos los que estén implicados.

A Mohamed, aunque intentaba aparentar lo contrario, se le desencajaba su cara por momentos.

—¡Vaya, Sara! No imaginaba nada de lo que me estás contando; verás que no necesitas sacar la cinta de la manga como has dicho antes, seguro que hoy Jesús vendrá.

—Espero que te oigan y así sea. Bueno, ¿y mi té?

—Enseguida, ya casi está listo.

—Gracias, Mohamed, voy a sentarme, mejor me lo traes a la mesa —

dijo Sara mirándolo fijamente y esta vez sin sonreír.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Sara? He notado un poco nervioso hoy a Mohamed y por lo que veo todavía algo más. ¿Se ha quemado?

—Solo un poco, pero ha sido él solo. ¡Cállate! Ahí viene.

—Tu té.

—Gracias, Mohamed —esta vez le brindó una amplia sonrisa.

Mohamed no volvió a la barra, instintivamente sacó su móvil del bolsillo antes de salir de la cafetería. Sara salió detrás a pesar del reproche de David. Le hizo un gesto de silencio y lentamente siguió a Mohamed. Cuando salió a la gran terraza del hotel se sintió seguro para hacer una llamada, pero lo que no sabía es que Sara, escondida detrás de las grandes palmeras, lo estaba escuchando.

—La mujer sabe más de la cuenta, más de lo que debería saber. ¿Qué hacemos? —escuchó decir a Mohamed—. Tiene una cinta, grabó a los estúpidos que se dejaron ver en lo alto de la duna, ella ya cree que son ellos.

No, no puedo quitarle esa cinta, por lo visto la lleva atada en la manga de su ropa. ¿Que cómo lo sé? Me lo ha dicho ella, tiene confianza en mí, eso es todo. ¡No! No le quiero hacer daño —escuchó con alivio Sara—. Cuando soltéis a su marido se larga de aquí seguro, sí, sí, solo quiere a su marido y olvidarse del tema, es lo que me ha dicho, no querrá demorar la salida a su país. Solo entregará esa cinta a la embajada si su marido no aparece en el hotel. De todas maneras, por si acaso, cuando vaya a dejar el dinero entraré con mi llave a su habitación, tal vez entendí mal dónde tiene la cinta. Ya sé que es más seguro que se la quite, pero yo no tengo cámara para ver qué hay dentro. De acuerdo, mañana por la mañana ya se van. Tenemos nuevos huéspedes, ¿sugiero la noche en el oasis de Abdul otra vez? ¡Perfecto!, mañana paso a por mis tres mil euros, espero que Abdul no llegue a sospechar, pronto tendremos que cambiar de sitio. Hasta mañana, Omar.

Sara salió corriendo de la terraza, estaba en juego su vida si Mohamed la veía. Llegó a la cafetería y se sentó jadeando en la mesa.

Todos la miraron preguntando dónde se había ido y qué le ocurría; solo le dio tiempo a decir que disimularan. Mohamed acababa de entrar y les sonrió mientras pasaba por delante de ellos. Sara en voz baja les contó lo sucedido en la terraza. Con disimulo comprobó su móvil y sonriendo miró a Sheila, parecía que el sol blanco estaba con ellas, pues a pesar de la escasa cobertura había conseguido grabar aquella conversación. Mirando a todo el grupo dijo: «Los tenemos».

—¡Muy bien, Sara! —dijo David—. No me lo puedo creer.

—Es casi la hora de iros, voy a mi habitación un minuto, se me ocurre que deberías de dejar por allí una cinta, es mejor que se la

lleve Mohamed y que crea que la tiene, les dará seguridad y no tendremos problemas al marchar puesto que creerán que tienen la cinta que les puede involucrar. Tino y yo siempre llevamos alguna de repuesto y como no puede ver lo que hay dentro, salimos del paso.

—Muy buena idea, María, ve, corre y tráemela, la dejaré en el cajón de la mesita y que crea que la tiene. Ahora aún estoy más segura de que lo van a soltar; ya están pensando en coger a otro huésped. No sé qué deberíamos hacer para poder evitarlo.

—No esperaremos a llamar a la embajada mañana —contestó Tino —, lo haremos en cuanto Jesús esté aquí.

—No habrá nadie ya, será en vano la llamada como la hagamos a la noche. Podría ser tarde para otra persona si mañana no envían a alguien.

Imaginad que por la noche en el oasis de Abdul vuelve a ocurrir. No estoy dispuesta a dejar que de nuevo se salgan con la suya.

—¿Qué quieres hacer entonces, Sara? Es hora de que te vayas ya, pasan de las once. Toma mi llave, Tom, deja la cinta tú ahora mismo y que no te vea Mohamed por mi habitación. Después sal de este hotel, llama a la embajada y explica lo que está ocurriendo. Aquí tienes mi móvil, puedes hacer que escuchen la conversación, cuéntales todo; mañana cuando lleguen aquí, noso tros ya nos habremos marchado, y los cogerán antes de que consigan raptar a otro.

—Suerte, Sara —dijo Sheila.

—Gracias, pequeña. Venga, vayamos.

David y Ximo salieron junto a Sara hacia el aparcamiento, mientras María y Laura se acercaban a la barra para pedirle a Mohamed un segundo té. Tom tenía que aprovechar ese momento para dejar la cinta en la habitación de Sara. Mónica se sentó con su hija y le dejó claro a Pascual que cuando todos se reunieran, sería mejor empezar a pensar en marcharse de aquel hotel, no le gustaba nada lo que se estaba descubriendo, aunque también sabía que hasta que no soltaran a Jesús no podían irse de allí. Tom entró de nuevo en la cafetería; la falsa cinta estaba ya en la habitación.

—Tom —dijo Mónica—, si sueltan a Jesús, ¿sería posible marchar y pasar la noche en otro sitio? Me refiero a que nos pille de camino hacia Nador.

—Lo veo difícil… Primero, no sabemos si lo van a soltar ni cuándo.

Ya sé que estamos todos muy positivos pensando que así será, pero lo cierto es que no sabemos nada en concreto. Y segundo, esta noche los hoteles estarán al completo, viene mucha gente a pasar la Nochevieja y los Reyes. Además, somos un buen grupo y eso aún complica más encontrar sitio así de pronto. Solo te puedo decir que lo pensaré, pero quiero que estés tranquila, estamos todos juntos y mientras eso sea así, nada nos pasará.

—Está bien, Tom, solo es que a estas alturas me resulta un poco difícil seguir cerca de Mohamed. ¡Cómo nos ha engañado! Tan

cordial y amable que se hace ver.

—Voy a ir a la habitación, creo que es el momento de hablar con la embajada. Esperadme por aquí, ¿vale?

—Ve, Tom, de aquí no nos movemos —contestó Pascual.

Mientras Tom se dirigía hacia la habitación, pensó en Sara. Debía de estar ya muy cerca del río de arena; cruzó los dedos deseándole suerte, a pesar de algún momento de bajón, estaba siendo muy valiente.

Sara llevaba la emisora conectada. Siguió a David hasta donde empezaba el río de arena, a partir de ahí debía de continuar sola. Ximo le hizo saber que esperaban hasta su regreso. Tras las instrucciones de David, Sara siguió conduciendo. Estaba nerviosa y deseaba llegar cuanto antes al albergue. Tal y como imaginó, allí no había ni un alma. Sin apagar el motor del coche, bajó y se acercó hasta lo que quedaba de aquella construcción. Entró por donde se suponía que alguna vez allí hubo una puerta y dejó la bolsa al lado de una pared. A pesar de que realmente no había nadie, ella presentía que la estaban observando. Era de esperar que en cuanto se marchara alguien se acercara y cogiera el dinero; no se arriesgarían a que pasaran por esa zona algún grupo de turistas. Sin más que poder hacer, regresó al coche. Con mucho cuidado dio la vuelta, estaba metida en un sitio donde la arena empezaba a ser más profunda.

Volvió lentamente por donde vino hasta llegar junto al coche de David.

Por la emisora Ximo le indicó que los siguiera de nuevo y en algo más de media hora estaban llegando al hotel.

—¡Ya está! Ahora solo podemos esperar que cumplan con su palabra

—dijo Sara en cuanto se reunió con David y Ximo.

—¿Dónde has dejado el dinero?

—El albergue está en muy mal estado, lo he dejado dentro, al lado de una pared. Supongo que en estos momentos ya estará en sus manos.

Ximo, cuando estaba allí me sentí observada.

—Yo también pienso lo mismo, ya deben de tenerlo. ¿Qué vamos a hacer ahora, David?

—No podemos hacer nada, estar en el hotel donde se supone deberían de soltar a Jesús, bueno, me refiero al menos por los alrededores. Vamos dentro a buscar al resto de la gente. Tom ya debe de haber hablado con la embajada y nos dirá qué le han dicho.

—Es verdad —contestó Sara—. Con los nervios ya no me acordaba de que iba a llamar.

Como imaginaron, estaban todos en la cafetería.

—¿Cómo ha ido, Sara? —preguntó Laura anticipándose a todos.

—Supongo que bien, he dejado el dinero donde me dijeron y ya está. Ahora es cuando te quedas en que no sabes nada más —Sara se sentó y miró a Tom—. ¡Cuenta! ¿Has llamado a la embajada?

—Sí, al principio el hombre que se ha puesto al teléfono me ha dicho que era mejor que fuera en persona. Me ha costado un poco hacerle entender que era necesario y urgente hablarle por teléfono puesto que hay muchos kilómetros para llegar allí y debían de saber inmediatamente lo que está ocurriendo.

—¿Y entonces? —dijo de nuevo Sara impaciente.

—Baja la voz, Sara —continuó Tom—. He explicado con detalle lo que ha pasado con Jesús, pero creo que ha empezado a tomarme en serio cuando a través del teléfono le he hecho escuchar la conversación que has grabado. Por cierto, David, después de escucharla bien tenías razón sobre Abdul; está clarísimo que no tiene nada que ver, por desgracia para Omar, Mohamed lo nombra claramente. Bueno..., a lo que íbamos, me ha dicho que esperara un momento y me pasaba con la persona indicada. Se ha puesto al teléfono una mujer y de nuevo he tenido que explicar todo desde el principio. Antes de ella escuchar la grabación me ha dicho que la iba a grabar para tenerla como prueba. Mañana por la mañana moverá los hilos necesarios, me ha parecido una mujer muy eficiente. Me ha dicho que como sabe el sitio donde va a volver a ocurrir, lo van a mantener como cebo para coger también a los

otros cuatro. Si consiguen descubrir dónde llevan a sus víctimas y rescatan el dinero, me lo hará saber.

—Que fácil parece todo contado así. ¿Quieres decir que incluso podríamos recuperar el dinero?

—Algo así me ha dado a entender. Se ha quedado con los nombres y apellidos de todos. Como tengo la lista del viaje, también me ha pedido vuestros teléfonos.

—De acuerdo. ¿Entonces yo no tengo que llamar para nada?

—De momento supongo que no, creo que su interés es coger a esa gente, he percibido eso cuando hablaba con ella porque sobre Jesús no me ha dicho qué puede hacer o no en caso de que no lo suelten.

—¡No jodas! O sea, que da prioridad en ocuparse de pillarlos y seguirlos aun a riesgo de que se puedan llevar a otras personas, para tener claro dónde se esconden y así saber también dónde tienen el dinero. ¡Otra que también quiere mojar! Si por un momento pensé que podría devolveros el dinero, me parece a mí que ya no lo tengo tan claro.

—No seas así, Sara —dijo Tom—. Esa mujer me ha atendido muy bien y se va a poner enseguida con este grave asunto que está ocurriendo aquí. Puede que dé prioridad a cogerlos para que esto termine y no vuelva a ocurrir jamás. A lo mejor es porque sabe cómo actúan y piensa como nosotros que lo van a soltar. Igual recibo un día una sorpresa y llama para decir que tiene el dinero.

—Podría ser, no siempre acierto con mis intuiciones. Habrá que esperar, Tom, el tiempo nos lo dirá.

CAPÍTULO 27

El comedor estaba adornado especialmente para la noche. Cuando el grupo entró a comer, solo faltaban ellos por sentarse en su mesa habitual.

Habían contratado más servicio para ese día especial, puesto que los últimos huéspedes ya habían llegado y estaban de nuevo al completo.

Cuando se sentó, Sara se quedó mirando mesa por mesa. Era imposible saber a qué grupo le iba a tocar vivir el calvario que ellos estaban viviendo, pero tenía que dejar hacer a la embajada si querían pillar a los otros implicados. Sintió pena por no poder levantarse para advertirles de lo que les podía pasar. De nuevo estaba atrapada en aquel lugar, intentó no darle más vueltas. Por intuición de vez en cuando miraba hacia la puerta del comedor, habían pasado casi dos horas desde que dejó el dinero y en cada momento se imaginaba cómo Jesús entraba por esa puerta.

Mohamed atendía otras mesas y todo el grupo de alguna manera lo agradeció. El móvil de Sara ya había confirmado que estaba implicado y no les hacía ninguna gracia tenerlo por allí. Estaban deseosos de que al día siguiente alguien se presentara y lo detuviera, al igual que al policía Omar, incluso al director del banco, que tendría que explicar los mil euros que se había llevado por nada. Ahora estaba segura de que esa operación se repetía en numerosas ocasiones. Abdul se había escapado y Sara agradecía que no estuviera implicado; en todo momento le pareció que su intención de ayudarlos era real, aunque tampoco podía advertirle de lo que pasaba en su oasis. ¿No se daría cuenta él solo?, pensó,

nada podía entorpecer que consiguieran atraparlos a todos.

Un camarero con su pañuelo bien puesto y su túnica empezó a dejar las bandejas en la mesa para que se sirvieran. Se notaba que todo el servicio llevaba sus mejores prendas para la ocasión. Habían colocado elegantemente telas azules y blancas por todo el techo del comedor y como aperitivo para que se hicieran una idea de la fiesta que por la noche iban a disfrutar, una suave música tradicional empezó a escucharse por los altavoces del amplio comedor. La gente tenía ganas de fiesta, reían y hablaban unos con otros, solo la mesa del grupo se mantenía al margen de aquellas risotadas.

—No creo que pueda resistir esta noche aquí si Jesús no llega —dijo Sara abiertamente a sus amigos—. Escucho la música y aún tengo más ganas de llorar.

—Es normal, Sara, mira qué cara tenemos todos y mira a tu alrededor, parece que nosotros estamos en un funeral —le contestó María, que estaba a su lado.

—Un viaje tan bonito y bien preparado que hemos hecho, y cómo se ha fastidiado todo —añadió Laura lamentándose—. Espero de corazón que suelten a Jesús. Sara, Pascual y yo no vamos a poder quedarnos mucho tiempo más, he hablado con mi padre y se nos está acumulando el trabajo, espero que lo entiendas.

—No te preocupes de nada. Laura, ya habéis hecho más que suficiente. Tengo mucho que agradeceros y, sinceramente, nunca esperé tanto de todos vosotros.

—Gracias, Sara, por entenderlo, me quedo más tranquila, pero ya verás que no será necesario que nos marchemos sin voso tros. Todos nos iremos mañana, ya lo verás —Sara le sonrió mirándola con mucho afecto.

El camarero, tras servir los postres y el té, dejó un papel encima de la mesa del grupo. David lo cogió para mirar qué era, había solo un número siete. Cuando terminó de repartir otros números por las mesas, la música paró, reclamó un poco de atención, hizo saber a los huéspedes que cuando la música empezara a sonar, la mesa del número uno saldría a bailar en el lugar donde habían reservado para ese cometido, después la número dos y así sucesivamente hasta que todos disfrutaran del baile con sus músicas típicas. Les recordó que puntualmente la cena de Reyes se serviría a las diez de la noche y la música empezó a sonar de nuevo. El grupo de la mesa número uno salió sin pensárselo y empezaron a improvisar danzando como bien podían aquel tipo de música; todos empezaron a hacerles palmas y a moverse en sus mesas esperando que les tocara el turno. Todos menos la mesa de Tom y David.

—Mónica, realmente creo que estabas en lo cierto cuando dijiste de no pasar la noche aquí. Ninguno tenemos ganas de fiestas, tanto si aparece Jesús como si no, que espero que eso no ocurra. Tal vez deberíamos de replantearnos la salida hoy, pero solo si sueltan a Jesús, de ninguna manera podemos irnos y dejar aquí sola a Sara; estamos todos demasiado involucrados con ellos dos a estas alturas, y desde luego yo no podría hacerlo. Pero vamos a suponer que aparece Jesús… Cogemos las maletas y nos largamos, aunque será de noche, supongo nosotros conocemos muy bien el camino de vuelta. Aunque no será un hotel como éste, sí hay moteles por la carretera donde solo dan habitación y desa -

yuno. Bien pensado, la gente no busca esos sitios en una noche así, puede que tengamos suerte y de paso mañana por la mañana estemos más cerca de Nador. Así, en vez de tener esta noche que a

nadie le apetece, podemos disfrutar de Nador mañana. De todas maneras, cuando llegamos no visitamos nada por allí y es una gran ciudad para ver.

—¿Ves como yo no iba mal encaminada? —le contestó—. Si al resto le parece bien, por nosotros perfecto.

—Nosotros hacemos lo que digáis —contestó Tino—, la idea no me parece mala.

—Pero si al final salimos ya de noche, tampoco lo haríamos muy largo, ¿no? Me refiero a que no serían muchos kilómetros, a Pascual no le gusta mucho conducir de noche y estas carreteras, la verdad, dejan mucho que desear.

—Un par de horas a lo mejor como mucho, Laura, las ganaríamos para mañana, tampoco es una barbaridad aunque sea de noche.

—Vale, por nosotros de acuerdo.

—Perfecto —contestó Tom—. Entonces deberíamos de continuar esperando. Creo que lo mejor será retirarnos un rato a las habitaciones, acaban de salir a bailar los de la mesa número seis, y si no queréis que vengan a reclamarnos la salida, nos toca.

El grupo se levantó y todos empezaron a aplaudirles. Mohamed los miró no muy convencido de que se acercaran a bailar, tal y como esperaba. El grupo, sin girarse ni decir nada, salió del comedor

escuchando de fondo varios silbidos de una gente que no sabía, que desconocía y que solo se había guiado por las apariencias como en tantas ocasiones hacíamos todos. Llegaron al pasillo donde tenían las habitaciones, todos quedaron en verse más tarde. Lo mejor que podían hacer era descansar o ver la tele tumbados en sus respectivas camas. No podían irse y tampoco tenían ganas de estar por allí fuera donde el hotel ya respiraba la fiesta que en unas horas iban a disfrutar los nuevos huéspedes.

Sara llevaba metida dos horas en su habitación. Eran las cinco y media de la tarde, desde las doce que había dejado el dinero habían tenido tiempo sobradamente de soltar a Jesús. Empezó a desesperarse. Tras mirar todos los canales de la tele, terminó por apagarla. Se metió un rato en la bañera, sumergida allí dentro lograba siempre un bienestar que su cuerpo siempre agradecía pero en esta ocasión no le dio resultado. Se volvió a vestir y cogió un libro; ni siquiera con un libro entre sus manos logró concentrarse, se estaba volviendo loca allí sola. Se puso sus botas, cogió su gruesa chaqueta y salió de la habitación. Se dirigió hacia la cafetería, y cuando entró fue directa a la barra. Mohamed no estaba. Pidió un té caliente a uno de los camareros que habían contratado para esa ocasión, de esa manera no tenía que comentar a nadie lo mal que estaba llevando aquella espera. Sara cogió el té entre sus manos. La cafetería estaba a tope y, a pesar de que no lo estaba pasando muy bien sola, tampoco le apetecía tanto exceso. Pensó en salir a la terraza del hotel, quizás allí podría alcanzar un poco más de tranquilidad. Cuando se disponía a irse, alguien se acercó a ella.

—Hola —dijo un joven sonriéndole—. Si no me equivoco, estás tomando el té sola, ¿verdad? ¿Puedo acompañarte? Perdona, no me he presentado, me llamo Iván.

—No soy muy buena compañía, Iván, discúlpame.

—Espera, mujer. ¿Llevas muchos días aquí? Igual estoy metiendo la pata, este no es un sitio de venir sola. No lo estás, ¿verdad? Yo he venido con un grupo de amigos.

—No, no estoy sola. Ahora, si me disculpas, voy a tomarme el té, que lo paséis muy bien.

—¿Alguna recomendación antes de irte? —dijo Iván antes de dejar marchar a Sara.

—No vayáis al oasis de las dunas, al oasis de Abdul.

—¡Vaya! Pues después de comer, un amable camarero ha sido lo primero que nos ha recomendado.

—Hazme caso, no vayáis allí por más que os digan, es un auténtico desastre. Te puedo asegurar que de todos los sitios que hemos visitado es el peor, de verdad no os lo aconsejo.

—Está bien, por la manera que lo dices desde luego debe ser así.

Hablaré con mis amigos y decidiremos dónde vamos, pues mañana de todas maneras no me hacía mucha gracia madrugar después de la fiesta que nos espera esta noche. Igual te tomo la palabra.

—Pues te aconsejo que lo hagas, ha sido un placer hablar contigo.

Nos vemos, Iván.

—Eso espero. Igual me concedes un baile esta noche, ¿no? —Sara le sonrió y se marchó hacia la terraza.

Se sentó en primera línea observando las dunas que tenía frente a ella.

En un rincón de la terraza solo había una pareja que, acaramelada, tomaba su té. Empezaba a refrescar y el sol descendía lentamente para esconderse hasta el día siguiente. Habían pasado muchas horas desde que dejó el dinero en aquel albergue y Jesús continuaba sin dar señales de vida; allí sentada contemplando el desierto, se sentía pequeña e insignificante.

Pensó en Lena, deseaba que le enviara una señal, algo a lo que aferrarse para no perder la esperanza. Pronto anochecería y las fuerzas empezaban a abandonarla. Semejantes individuos que eran capaces de hacer lo que hacían no debían de tener palabra ninguna, se habían salido con la suya, ahora tenían el dinero y tal vez Jesús continuaba preso; era insoportable pensar todo lo que le pasaba por la cabeza.

—¿Puedo? —escuchó decir. David estaba de pie con otro vaso de té en las manos.

—Claro, siéntate. ¿Qué haces aquí fuera?

—Quería saber cómo lo llevabas. He llamado a tu habitación y tampoco estabas en la cafetería, imaginé que estarías aquí fuera.

—No estoy bien, David, van pasando las horas y no ocurre nada.

Empiezo a temer por la vida de mi marido.

—No pienses eso, no pierdas la esperanza, Sara, sé que es fácil de decir pero no tendría mucho sentido que se lo cargaran —Sara lo miró con los ojos enrojecidos—. Perdona, Sara, tampoco era eso lo que quería decir, más bien pienso que no tiene sentido que no lo liberen. ¿Qué ganarían con eso? Ya deben de tener claro que el dinero que les has dado es lo que puedes conseguir, ni más ni menos.

Sara lo escuchaba en silencio, la vista se le perdía ante aquella inmensidad. Sacó un pañuelo de su bolsillo y secó sus ojos, mientras se esforzaba en reprimir el llanto que le subía por la garganta. David continuaba hablándole, intentaba animarla. Su vista continuaba escudriñando delante de ella. Por un momento le pareció ver algo que se movía a lo lejos y las palabras de David no le llegaban, apenas lo escuchaba, toda su atención estaba puesta en aquel desierto.

—¿Qué pasa, Sara? —dijo David viendo cómo se había puesto de pie mirando hacia las dunas. Tardó un momento en contestarle y se volvió a sentar.

—Nada, no pasa nada, me pareció ver a alguien a lo lejos moviéndose entre las dunas —David se puso de pie y quedó un minuto observando frente a él. Todo estaba en calma, ningún movimiento que pudiera ponerles en guardia.

—No veo nada, seguramente te habrá parecido.

—¿Puedo hacerte una pregunta, David?

—Claro.

—Dices que hacéis varios viajes al año aquí, ¿cómo es posible que nos pasara esto?

—No sé qué decir, nunca he oído nada al respecto, ni siquiera con otros organizadores. Entramos en foros de gente que cuenta sus experiencias, su viaje, cuelga fotos, pero no he leído en ningún sitio que algo así le ocurriera a alguien. —Ha sido entonces solo mala suerte, ¿no?

—Puedes llamarlo así si prefieres, Sara. Digamos que Mohamed nos escogió como hubiera podido ser otro grupo de turistas, solo tenían que esperar el momento oportuno.

—A lo mejor si Jesús no hubiera salido de la tienda en plena noche, esto no estaría pasando.

—No podemos saberlo, tal vez sea así.

—Empieza a oscurecer. ¿Qué hacemos?

—No lo sé, de verdad que no sé qué podemos hacer. Quizás esperábamos que Jesús ya estuviera con nosotros.

Sara volvió a mirar hacia el desierto, rezaba para que algo ocurriera.

Delante de ella alguien caminaba al parecer dirigiéndose hacia allí. No distinguía muy bien su aspecto pero desde luego no debía de ser nadie del terreno; no llevaba nada en la cabeza ni vestía la tradicional túnica larga.

Estaba descendiendo una de las dunas de altura media. Sara cada vez lo observaba cada vez más nerviosa. Se puso de nuevo de pie.

Vio cómo aquella persona se caía en el suelo arenoso, estaba bajando la duna a trompicones cayéndose y levantándose en varias ocasiones.

—¡David, David! Mira allí.

—¿Qué pasa? —dijo poniéndose de pie también y mirando hacia donde Sara señalaba con su dedo—. ¿Crees que es él? No se distingue bien, Sara.

—No lo sé, no lo sé. ¡Que sea él, por favor! Corre, David, vamos.

David dejo el té en la mesa y salió corriendo detrás de Sara.

—Me parece que sí. ¡Creo que sí, Sara, corre! —decía mientras los dos corrían tambaleándose en la arena.

—¡Jesús, Jesús! —empezó a gritar Sara.

Jesús se levantó y se quedó quieto un momento mientras veía a dos personas que corrían hacia él. No se lo podía creer, aquella mujer parecía Sara. Empezó a correr hacia ellos a pesar de que apenas tenía fuerzas para hacerlo. No tenía ni idea de cómo lo había conseguido, ni cómo había sido capaz de orientarse.

Llevaba caminando por aquellas tremendas dunas desde la una.

Cuando lo soltaron solo le indicaron con la mano hacia dónde debía de ir, pero después de tantas horas era muy difícil saber si continuaba o no la misma dirección. David y Sara corrían hacia él, ya no tenían ninguna duda, cada vez estaban más cerca y los gritos de Jesús se escuchaban ya con claridad.

—¡Sara, Sara! —repetía una y otra vez.

—¡Dios mío, Jesús! —cuando los dos llegaron a su encuentro, ni se miraron. Se abrazaron sin dejar de hacerlo fuertemente, llorando como dos niños. David llegó a su altura y no pudo evitar emocionarse al verlos abrazados. Contempló el lamentable aspecto que tenía su amigo, su cara era un mapa de moratones y llevaba alguna que otra brecha; estaba claro que le habían pegado una buena paliza. Su aspecto empeoraba con la barba de los tres días que habían pasado y su ropa estaba sucia y manchada de sangre.

—Bienvenido, Jesús, amigo, bienvenido seas —dijo David acercándose a ellos.

Sara y Jesús, entre risas contagiadas por sus lágrimas, alzaron los brazos mientras David se unía a ellos. Se fundieron los tres con la emoción que dictaba ese momento. Mirándolo a los ojos, Sara no paraba de repetir su nombre: «¡Jesús, Jesús!».

CAPÍTULO 28

«¡Jesús, Jesús!».

Sara abrió los ojos. La sala era enorme, delante de ella había una chica tumbada en una cama. Un enfermero y una enfermera estaban hablando con ella. Les escuchó cómo le decían que moviera las piernas.

La chica tumbada repetía una y otra vez que no podía hacerlo.

Sara se quedó quieta, inmóvil, observando todo su alrededor. «¿Dónde estoy?», se preguntó, no entendía qué le estaba ocurriendo, sintió frío.

Levantó la sábana que la cubría y se dio cuenta que llevaba puesto un camisón azul de hospital. Cuando intentó incorporarse, se hizo tanto daño que dejó de hacerlo. ¿Qué le había pasado? Los enfermeros iban vestidos de blanco y hablaban perfectamente el español. De repente Sara sintió una punzada muy fuerte en el pecho y al mismo tiempo notaba que algo la oprimía sin dejarla casi respirar. Introdujo su mano por debajo de la sábana y después también por debajo de su camisón. Su corazón empezó a latir cada vez más fuerte, muy lentamente fue subiendo su mano hasta que muy despacio tocó su pecho, estaba completamente vendado, aunque percibía que seguía teniéndolo o por lo menos parte de él.

—¡Oiga! Enfermera, por favor

—Vaya, hola, dormilona, por fin te has despertado —dijo la enfermera acercándose—. ¿Cómo te encuentras?

—No lo sé, estoy muy confundida. ¿Qué me ha pasado?

—¿Cómo qué te ha pasado? ¡Nada! Ha salido todo muy bien, aunque eso te lo dirá el médico cuando pase a visitarte.

—¿Mi médico?

—Por supuesto, cuando estés bien del todo, te subirán a planta y el doctor Gras pasará a visitarte. Te veo realmente un poco confundida, tal vez debas quedarte un poco más en la sala de despertares, estás un poco pálida.

—¿Dónde está Jesús?

—¿Jesús? —preguntó la enfermera.

—Sí, mi marido.

—Bueno, debe de estar esperando en la habitación; entraste a quirófano a las ocho de la mañana, me parece que no recuerdas mucho,

¿no?

—¿Y qué hora es ahora? —Es la una, Sara.

—¿La una? ¿Cómo es posible tantas horas?

—No te preocupes, te estás excitando demasiado. La operación no ha durado tanto, mujer, llevas aquí dormida varias horas. La verdad es que te ha costado mucho despertarte, pero mi compañero y yo hemos estado todo el tiempo controlando que estuvieras bien. Deberías tranquilizarte, Sara, estás recién operada.

—¿Puedes decirme, por favor, qué día es hoy?

La enfermera se quedó mirándola pensativa. Aquella mujer había perdido la noción del tiempo.

—Hoy es jueves, Sara.

—¿Jueves de qué día?

—¡Sara! —contestó un poco más seria, mientras observaba que la cara de aquella mujer reflejaba una gran angustia—. Hoy estamos a dieciséis de diciembre. ¿Te encuentras bien?

—Sí, aunque no termino de ordenar mis pensamientos.

—Eso es la anestesia, cariño, verás que en unos minutos recobras y ordenas esos pensamientos. Descansa un poco, en cuanto te vea más tranquila, llamaré al celador para que te suba a la habitación. No puedo dejarte subir así, tus familiares después de tantas horas estoy segura que estarán ya nerviosos.

Sara intentó serenarse, aún sentía la arena en sus pies y el emotivo encuentro que acababa de vivir al reencontrarse con su marido; seguía sintiendo aquel abrazo. ¿Cómo era posible?, se preguntó. No tenía mucho sentido lo que estaba viviendo, en ese momento dudaba qué era real y qué no. ¿Lo había soñado todo? No podía ser... Ella conocía a David, a Tom, a su pequeña Sheila y a todos sus amigos de aquel increíble viaje. Habían pasado unos momentos estupendos dejando aparte lo que sucedió con Jesús. ¿Cómo podía tener la capacidad de soñar algo así?

—Dieciséis de diciembre —se repitió una y otra vez. Nada había ocurrido, ¡nada! Todo había sido un misterioso sueño, pero ella lo había vivido en sus propias carnes, lo había sentido como si hubiera sido todo verdad. Poco a poco empezó a recordar.

El día quince de diciembre, antes de ingresar, el cirujano le indicó que tenía que ir al hospital provincial, al departamento de Medicina Nuclear. Ahora Sara recordaba que le inyectaron un líquido azul en el pecho, le dijeron que era para llegar al ganglio centinela con la mayor exactitud posible. Lo extraerían y analizarían para saber si la axila estaba afectada también, aunque el doctor Gras estaba casi seguro de que no era así. «Prevención», le había dicho. Sara recordó cómo obedientemente decía a todo que sí. Eran tan amables con

ella, cariñosos, aquella gente estaba muy bien preparada para atender a mujeres como ella que tenían que pasar por ese proceso. Sara se vio cómo sonreía a todos y cómo les daba las gracias por el trato que le daban.

Se esforzó en comprender, necesitaba revivir lo que le había pasado, pero no en el desierto; según parecía ni siquiera había ocurrido y eso es lo que le costaba de digerir.

Empezó a recordar de nuevo cómo se sintió preparada para pasar por aquella operación y cómo la mirada serena de su marido le aportaba la tranquilidad que necesitaba.

Había ingresado con numerosos mensajes de tranquilidad, de su gente, de su familia, de amigos y otros tantos amigos virtuales que ni siquiera conocía personalmente… su mente desbordaba gratitud.

Pensó en su padre y sonrió, en su sueño apareció siendo un cirujano, aunque eso no era verdad, estaba feliz porque lo había visto de nuevo, y escuchó su inconfundible voz… Lo echaba tanto de menos. Ahora recordaba ya perfectamente cómo antes de ingresar fue un momento al cementerio con su marido; pensaba constantemente en él, le hablaba y le recordaba a diario, pero tuvo la necesidad de visitarlo y de hablarle allí. Le explicó serenamente todo lo que le estaba pasando y quería decirle que le iban a quitar un trozo de pecho. Pidió que la ayudara y no la dejara sola en ese momento. Cuando salió del cementerio se sintió protegida, tonterías tal vez... Pero eso es lo que sintió.

A primera hora de la mañana fue a buscarla un amable celador para llevarla al quirófano. Aunque previamente la llevaron a otra sala, iban a ponerle un arpón en el pecho, pero tenía que ser antes de

dormirle. Eso la puso nerviosa, la médico que la estaba esperando parecía muy cualificada y segura de lo que iba a hacer, pero ella ni por un momento quiso mirar el dichoso arpón. Mientras seguía tumbada, aquella médico le dijo que le pondría tan solo un poco de anestesia local, puesto que después iban a dormirle en quirófano. Sara miró a otro lado y sintió perfectamente cómo el arpón atravesaba y se introducía en su asustado pecho; fue muy duro y doloroso. Cuando salió de aquella sala, su familia continuaba a la espera para acompañarla hasta las puertas de quirófano.

Intentó no demostrarles el daño que le acababan de hacer para no inquietarles todavía más.

El celador de nuevo cogió su cama y recorrió un largo pasillo. Todo el mundo que se le cruzaba le sonreían como dándole ánimos y como si supieran lo que iban a hacerle. Su familia caminaba al lado de la cama.

Llegaron a las puertas del quirófano y el celador les dijo que tenían un minuto, después ya se la llevaría dentro. Sara vio el cariño y la preocupación de su familia en sus ojos, en sus labios temblorosos; tenía que ser fuerte, tenía que dejarlos tranquilos. Recordó a la perfección cómo los miró y sonrió. Besó a cada uno de ellos y al oído les dijo que les quería..., por si acaso, uno entraba a quirófano y nunca sabía qué podía pasar. Todos se quedaron mirándola mientras las puertas se habrían y el celador se la llevaba. Levantó su mano sonriendo y aún le dio tiempo de decir: «Hasta después». A pesar de las circunstancias, fue un momento mágico.

Ahora Sara se había despertado, estaba ansiosa por saber qué le habían hecho y volvió a tocarse su pecho por debajo del camisón. No lograba saber la magnitud de la operación, deseaba saber cuánto pecho le habían quitado, pero era imposible, estaba demasiado

aplastado y oprimido por aquellos vendajes.

Se quedó pensando en sus amigos del viaje misterioso, oía sus voces, veía claramente sus caras y recordaba el nombre de todos ellos. ¿Cómo era posible soñar algo tan real, si ni siquiera había estado nunca en ningún desierto? ¿Cómo unas horas de anestesia daban tanto de sí, para vivir aquella increíble aventura? Entre la operación inesperada en esos momentos para ella y lo que le había pasado, allí acostada se sentía echa un lío.

La enfermera se acercó y le puso el termómetro, se puso también a tomarle la tensión sonriéndole y nuevamente desapareció. Un poco más calmada, miró todo su alrededor. La chica de enfrente la observaba, ella a cambio le ofreció una breve sonrisa. Las cortinas no le dejaban ver si a su lado había alguien más. De pronto sintió muchas ganas de orinar.

—¡Oiga! —dijo Sara aguantándose—, enfermera, por favor.

—Dime, Sara —contestó mientras se acercaba.

—Tengo muchas ganas de orinar.

—Pues eso lo solucionamos enseguida, espera un segundo —la enfermera se fue directa a por una cuña—. Venga, Sara, ayuda un poco, levanta ese culo —Sara así lo hizo dándose cuenta del gran dolor que tenía al esforzarse.

—Muchas gracias —dijo Sara mirándola—. ¿Me podrían llevar ya a planta, por favor? Me encuentro bien y tengo muchas ganas de ver a mi familia y a mi marido.

—Sí, creo que ya estás lista, ahora llamo al celador.

—Una cosa... Mientras me operaban, ¿sabes si ha entrado en quirófano el doctor José Jaime?

—No lo sé. ¿Lo conoces? —¡Sí! Es amigo de la familia, se ha interesado mucho por mí y me ha ayudado a prepararme para la operación, le estoy muy agradecida. El doctor Gras no estaba la semana pasada en el hospital según parece, y José Jaime me recomendó que fuera él el que me operara, dice que es el especialista en este tipo de operaciones y eso me ha dado más seguridad.

Total, solo he tenido que esperar un poco más y tampoco pasaba nada por unos días de espera.

—José Jaime es muy buen médico, Sara, y también una excelente persona, se involucra mucho con sus pacientes, siempre tratando de ayudarles.

—Lo sé —contestó Sara con una pequeña sonrisa.

—¡Venga, muchacha! —dijo el celador al llegar—. Tus familiares te esperan impacientes, me he cruzado con ellos por el pasillo de tu

habitación y están de los nervios, llevas muchas horas aquí metida. ¿Qué pasa, no querías despertar o qué? —Sara lo miró sin contestar.

El celador cogió la cama y la llevó con cuidado de vuelta a la habitación. Cuando entró, Sara se dio cuenta de que todos sus familiares estaban allí. Les escuchó decir cuando el celador abrió la puerta: «Ya está aquí». Su mirada fue directa a su marido, allí estaba Jesús, esperándola y sin ningún moratón en la cara. Se alegró muchísimo al verlo, se le había quedado la sensación de su ausencia en aquellos interminables días que duro su secuestro. Aunque Jesús no dejaba de mirarla, no tenía ni idea de todo lo que su mujer estaba sintiendo en esos momentos. Todo se le mezclaba interiormente, era una sensación muy extraña.

El celador enchufó la cama a la red de la pared y salió de la habitación a seguir con su trabajo. Su familia se acercó preguntándole cómo se encontraba; todos pasaron por su cara inundándola de besos.

De nuevo la puerta se abrió otra vez y el cirujano que la había operado entró con una enfermera. El doctor Gras le preguntó cómo se encontraba. Seguidamente Sara empezó a sentir que la presión tan fuerte del vendaje de su pecho la oprimía cada vez más, hasta el punto de no poder coger aire bien para respirar.

—Me aprieta mucho —pudo decir sin apenas salirle las palabras.

—Te tiene que apretar —contestó el doctor Gras—. Hemos hecho un buen corte y también llevas drenaje, tiene que ser así.

—No, no, no me entiende, me está aplastando, no puedo respirar casi

—dijo Sara empezando a coger aire con pequeñas bocanadas, ya que su pecho no podía subir más—. Por favor, ayúdeme, me estoy mareando —la vista de Sara empezó a nublarse, sintió un zumbido lejano en sus oídos, también llegaba a sentir el aire que Jesús le hacía con una revista y de momento un fuerte e inesperado tirón en su pecho. El aire volvió a entrar de nuevo en sus pulmones con facilidad y al instante Sara recobró su visión; no había llegado a desmayarse por los pelos. El doctor Gras acababa de arrancar de cuajo el vendaje de su pecho, haciendo que Sara diera un grito de dolor, pero ahora todo estaba bien, sentía la vida de nuevo dentro de ella.

Inmediatamente el cirujano ordenó a todos sus familiares que salieran de la habitación y la dejaran descansar.

Se despidieron de ella hasta el día siguiente. Jesús se iba a quedar también toda la noche, no quería que nadie lo relevara. La enfermera arregló de nuevo el vendaje y Sara le pidió a su marido que le dijera cómo había quedado su pecho; ella no quería todavía verlo y menos recién operada, estaba segura de que le afectaría y deseaba hacerlo un poco más adelante, cuando la herida no estuviera tan reciente. Jesús le sonrió, le hizo saber que tenía muy buena pinta y que habían quitado menos de lo que él esperaba. La enfermera término de vendarle pero esta vez sin que la oprimiera tanto.

—Sara —dijo el cirujano—, la operación ha sido todo un éxito, te he extraído el ganglio centinela, ya sabes que ha sido para descartar que tuvieras la axila afectada.

—¿Está bien la axila entonces? ¿No había nada ahí?

—No, no había nada. Te hemos quitado solo un trozo de pecho, pero quiero decirte que conservas también el pezón, aunque te lo he tenido que coser de nuevo, pero con el tiempo apenas se va a notar, ya lo verás.

—Bueno, no pasa nada, he confiado plenamente en usted. Estoy segura de que ha hecho un excelente trabajo, además, estas cosas, si hacen falta se arreglan, yo lo que quiero es vivir.

—Gracias, Sara, esa es la actitud. Estéticamente te puedo decir que apenas lo vas a notar y también podrás ponerte un biquini ya que el corte lo tienes al lado, no se te verá y esa cicatriz, aunque es larga, luego queda solo como una fina línea. Por otra parte y la más importante, has tenido mucha suerte, el tumor aún estaba en proceso de formación, digamos que las células estaban todavía agrupándose para formarlo. No todos los días consigo un diagnóstico tan bueno. Hemos quitado todo en esa zona y también todo el alrededor.

—¿Entonces ahora ya no tengo nada? —dijo Sara un poco emocionada.

—La zona ha quedado limpia, cuando el corte empiece a cicatrizar, te enviaré al hospital provincial, a Oncología. ¿Entiendes lo que te digo?

—Por desgracia, lo entiendo demasiado, allí acompañaba a mi padre; mira por dónde, ahora soy yo la que tengo que ir, quién me lo iba a decir, estamos todos expuestos. Un día vas a una mamografía y pasas de estar bien a estar así, sin beberlo ni comerlo —dijo Sara entristecida mirando a Jesús.

—Sara, ya quisieran muchas mujeres estar en tu piel, tener la suerte que has tenido, no a todo el mundo se le detecta en pleno inicio, ahí está la importancia de que vayáis a las revisiones de las mamografías.

—Tiene razón, no quiero que parezca que encima me estoy quejando, es solo que me va a costar mucho entrar en ese sitio, pero es por mi padre, solo por eso. He estado un año seguido acompañándolo y me cuesta pensar que voy a ir.

—Te entiendo, Sara, pero ahora lo debes de hacer por ti. Te visitará un oncólogo y él será el que decida tu tratamiento. Quiero que estés tranquila, estoy seguro de que solo te van a dar unas cuantas sesiones de radio, ya verás y luego te harán los controles oportunos, analítica, mamografía.

—¿Y la radio? Se me va a quemar mucho el pecho, he oído que quema dentro y fuera, incluso que el pecho parece un «pollo rostido».

—Espero que eso no pase, aunque es verdad que afecta fuera a la piel según las sesiones que te den, no vas a notar nada con la máquina; sentirás por dentro del pecho como unos pinchazos cuando vayan avanzando las sesiones, eso es normal y bastante soportable; si me haces caso, ya te digo que no llegará a quemarse mucho. Tienes un mes para preparar ese pecho, en la farmacia

venden una crema especial para personas irradiadas, póntela a partir de la semana que viene, bueno, quiero decir a partir de cuando ya no lleves ese vendaje y deje de supurar.

Bebe mucha agua, cuando empieces las sesiones, ese pecho debe de estar muy bien hidratado y evitaremos males mayores.

—¿Cuántas sesiones me van a dar?

—Eso lo valorará el médico de radio, te harán un tac y decidirá, pero yo creo que unas veinte o quizás treinta como mucho.

—De acuerdo —contestó Sara.

—¿Alguna pregunta más?

—Creo que no. ¡Bueno!, ¿cuántos días voy a estar ingresada?

—Depende de cómo vaya todo, unos cuatro y después a casa. Quiero que pidas cita conmigo en consultas antes y después de la radio. ¿De acuerdo, Sara?

—Sí, creo que lo he entendido todo. Muchas gracias, doctor Gras —

el cirujano le sonrió y tras despedirse hasta la visita del día

siguiente, se marchó con su enfermera.

—Esto no ha sido muy normal, ¿no? Normalmente cuando vienen a visita no te dan tantas explicaciones, más bien siempre hay que ir detrás de los médicos para que te expliquen bien las cosas.

—Abrázame, Jesús. No he tenido todavía tiempo —le dijo Sara cuando por fin se quedó a solas con él.

Mientras lo abrazaba, Sara pensó en Lena. Con tantos acontecimientos que acababa de vivir se había olvidado por completo de ella. Recordó a la perfección su rostro, aquella mujer apareció misteriosamente en su sueño. Había estado todo el tiempo persiguiéndola y le hablaba con mensajes que no llegaba a entender. Poco a poco Sara empezó a repasarlos en su mente, los ordenó intentando comprender y empezó a ponerse nerviosa. Los mensajes cobraban sentido lentamente, aquella mujer le estaba avisando de lo que les podía ocurrir, la estaba advirtiendo de lo que le podía pasar a ella y a su marido si viajaban al desierto. Pero eso era imposible, se decía a sí misma, sus palabras eran evidentes: «Ellos vendrán, se llevarán tu corazón que no habita en ti y quedarás atrapada en el desierto».

Ahora estaba muy claro, aquella mujer se había pasado todo el sueño advirtiéndola de algo que todavía no había sucedido. Ni entendía ni sabía cómo había conectado con ella, era de locos pensar que eso podía ocurrir.

Trató de recordar algo más acerca de lo que le dijo: «Te he estado avisando, ahora no entiendes nada pero puedo ayudarte, depende de lo receptiva que te encuentres en este momento».

Sara iba comprendiendo sus palabras, aquella mujer tenía el poder de adentrarse en los sueños ajenos, por eso al principio le ocurrieron aquellas cosas tan extrañas: la picadura del escorpión, cuando la vio en aquel espejo…, estaba intentando meterle miedo para que no viajaran allí, eso tenía que ser.

«Tu paso por el desierto será incierto, tu mirada de alerta te delata, niña pálida, atrapada estás en mi visión no muy lejana, despierta y todo terminará... Te estoy avisando, pero hazlo ya, no te muevas ni hables, tú misma me has creado, tú misma me has llamado, pues que así sea».

Cada vez Sara lo tenía ya todo más claro.

—¡Dios mío! —dijo Sara mientras su marido dejaba de abrazarla y la miraba preocupado.

—¿Qué sucede, Sara, llamo a la enfermera?

—No, no, tranquilo, todo está bien.

—¿Seguro? Vuelves a estar pálida como antes. ¿Te estás mareando?

—No, de verdad, estoy bien, por favor, no llames a la enfermera ni a nadie, Jesús, es solo que estaba recordando un sueño que he tenido, pero si ahora te lo contara, creo que no llegarías a creer

absolutamente nada. —Está bien, pues luego ya me cuentas ese sueño, ¿vale? Ahora quiero darte una pequeña sorpresa. Según parece, hasta por lo menos dentro de un mes no empezarán a darte la radio. ¿Es así?

—Según el médico, sí.

—Bueno, de aquí al veintinueve faltan todavía muchos días, creo que estarás ya bastante recuperada de la operación, pero bueno, lo veremos. Si es así y después de lo que ha pasado y el susto que nos hemos llevado con lo del pecho, pienso que nos merecemos unas pequeñas vacaciones.

—Eso estaría bien —contestó Sara sonriendo—. Necesito estar contigo, Jesús, y olvidarme unos días de todo.

—Perfecto, creo que tengo escogido el sitio indicado para que eso suceda. Me he estado informando y el viaje que te voy a proponer no es muy caro. Me han dado un folleto para que le echemos un vistazo. He esperado este momento para dártelo y animarte un poco, hace días que lo tengo, espera y lo busco, si no recuerdo mal, está en mi chaqueta.

Jesús se acercó a Sara sonriendo con el folleto en la mano. Sara lo cogió y se quedó helada al verlo. El folleto anunciaba:

«Pasa con nosotros la Nochevieja en el desierto».

Fotografiada bajo esas palabras, la vieja arrugada miraba directamente a la cámara, sonriendo.

Tras un duro viaje, aquí me hallo completamente agotado. El mágico y espectacular atardecer me hipnotiza mientras contemplo el sol a lo lejos, me sumerge lentamente en las dunas, dando alas a mi imaginación, recreando el pasado de esta tierra, ahora recubierta por el desierto que antaño estuvo llena de vida.

PILAR COSTALES ESCAPA

Y miro hacia las dunas, ellas me abstraen, olvido todo lo que sucede a mi alrededor. Por extraño que parezca, noto una brisa en medio del desierto que me hace evocar lejanos recuerdos, fui feliz. Una lágrima recorre mi rostro, pues se que ya no volverán.

PILI RUBERT SAURA

Las dunas grandes e imponentes se alzan delante de mí, haciendo que me sienta pequeña en la inmensidad del desierto. Percibo cómo los rayos del sol broncean mi blanquecina piel, es una sensación pura, el estar delante de algo tan perfecto como es la naturaleza, es un efecto casi abrumador.

LAURA CASTILLO PESET

Volví al desierto y el amanecer hizo que me acordara de ti. Recordé la sensación de paz y felicidad que aquel instante nos hizo vivir. Ese cielo

de fuego y esas olas de arena, a pesar de no tenerte todavía, hoy lo recuerdo.

MARIVÍ ALBIOL

Los granos de arena parecían cada vez más grandes, crecían dando la impresión que estaban aprendiendo a despedirse y allí estaba yo, cada vez más grandes, cada vez más cárcel, aunque las peores cárceles no son las que tienen barrotes, son las que los seres humanos nos imponemos.

CONCHA LLOP

Y mientras contemplaba el desierto, miré al cielo, a ese océano de estrellas. Volví a bajar la vista, a ese mar de arena y me sentí como el granito más pequeño y humilde de todos ellos, pero imprescindible para que estuviera completo. Lo comparé con la vida. Aquel desierto era como ellos, tan enorme y yo tan pequeña.

MARÍA MORENO MALDONADO

Con la misma tranquilidad y calma que tú, desierto de arena infinita, mi alma reposa sobre mares de dunas calientes y ahora que te contemplo y observo la belleza que emanas, soy capaz de aceptar tu silencio, desierto, y escuchar el lenguaje del alma... El secreto que guardan tus dunas es la señal.

ROCÍO FERNÁNDEZ LÓPEZ

Sentado en aquel seco y dorado océano, bañado por el inclemente sol, me hizo pensar en la pequeñez del ser humano, en lo importantes que nos creemos ser, cuando en realidad no somos más que insignificantes granos de arena. Solo que, aunque fuésemos agrupados seriamos invisibles en la inmensidad del universo. En cambio el desierto era más que visible. En comparación un simple grano de arena era igual o superior a mí en la escala universal.

JESÚS VERA

Me he dejado embrujar, por la magia del desierto, sentado junto a ti, la paz en mi interior tengo.

Mucho voy a encontrar, en tus brisas y tus vientos, todo me lo vas a dar, así lo siento.

Su penumbra se acercará con sigilo y desplante, sentada me podré quedar, observando su semblante.

Mi interior volverá a nacer, creándome un nuevo futuro, no tengo nada que perder, te lo aseguro.

PABLO MANRIQUE YEBRA

Sentada frente a las dunas, como no podía ser de otra manera, me sentí pequeña e insignificante ante la inmensidad del desierto.

Pensé y profundicé sobre el sentido de la vida y la majestuosidad del mundo con su belleza tan singular, que te atrapa y repele al mismo tiempo, igual que el desierto y sus dunas atrayéndote y atrapándote en la tormenta de la vida, que se escapa de las manos... como arena del desierto.

ROSANA BASIERO

Se nos fue en un suspiro y sin darse cuenta, buen amigo y mejor persona. Te vamos a echar de menos. Me quedo con nuestra última experiencia juntos, por desgracia tu último viaje al desierto. Tantos proyectos, confidencias... El deseo de que te pusieras bien, risas y buenos ratos quedan en mi recuerdo y en mi corazón. Un viaje estupendo que fue un regalo compartir contigo, David. Tu cara de satisfacción a la vuelta me la quedo para mí.

Al final, a pesar de luchar, no pudo ser. Gracias por estos y muchos momentos compartidos, estoy segura que donde estés ahora habrá mucha arena y muchas dunas y estarás disfrutándolas con tu defender. Un beso muy grande, David, siempre te llevaremos en el recuerdo.

Buen viaje, amigo.

MÓNICA BARREDA

En memoria de nuestro querido amigo David Solsona.

Aunque sea de esta manera y por unos días, he querido rescatarte del cielo, para volver a vivir contigo aquello que tanto amabas, nuestros viajes por el desierto. Ahora que esta aventura ha terminado, regresa a tu descanso, amigo, espero que allí donde estés sonrías y te sientas feliz. Lo siento mucho, David, siento que marcharas tan pronto dejándonos lastimados por tu ausencia. Tus padres, hermanas, familia y amigos jamás te olvidaremos.

Mª VICTORIA PESET

Índice de contenido

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

Hitos

Portada